

LA REVUELTA

DE LAS

DE
VÍCTIMA A
ACTIVISTA

PUTAS

AMELIA

TIGANUS

SINE
QUA
NON

Amelia
Tiganus

La revuelta de las putas



*A mis hermanas, con cariño y esperanza.
Para dejar de ser consideradas las otras de las otras*

Prólogo

Estamos ante un libro muy singular, yo diría que excepcional, en el que se mezcla la vida de la autora, durante cinco años en la prostitución, con una reflexión de largo alcance sobre esta institución. La autora convierte la «experiencia vivida» —término acuñado por Simone de Beauvoir— en una reflexión crítica que conduce hacia las entrañas de una realidad, la prostitución, que es una fuente inagotable de dolor y violencia para millones de mujeres y niñas en todo el mundo. Este libro que tienen ustedes en las manos es tanto una reivindicación que hace Amelia Tiganus de sí misma como una radiografía del sistema prostitucional. Son páginas llenas de dolor, pero también de optimismo. Son palabras de quien ha logrado sobrevivir al infierno, pero también de quien un día abrazó el feminismo porque encontró en él las palabras y los conceptos que transformaron su experiencia individual en un hecho político. El optimismo nace de quien un día se acostumbró «a vivir sin vida» y hoy tiene una vida plena de proyectos. Sin embargo, este libro, que se lee de un tirón, no se recrea en el dolor y solo narra una pequeñísima parte de lo que vivió en esos «campos de concentración» —tal y como los denomina otra superviviente argentina, Sonia Sánchez— que son los burdeles. Agradezco a Amelia que no se haya recreado en las experiencias dolorosas y haya utilizado las elipsis para dar paso a una interpretación política de su propia experiencia.

Este libro está escrito para quien quiera saber y escuchar más allá de tópicos dominantes, prejuicios ignorantes y discursos interesados. La experiencia vivida de Amelia Tiganus confirma los análisis crítico-abolicionistas de la prostitución. Y es que, tomando como punto de partida la vida de Tiganus, se pueden reconstruir aquellos procesos que hacen de la prostitución una estrategia de

desarrollo para países con altas tasas de pobreza. A través de su vida también se identifican las estrategias de captación de mujeres y niñas para la prostitución. Su experiencia en prostíbulos nos acerca a la sobreexplotación de las mujeres prostituidas, así como a la lógica «empresarial-esclavista» sobre la que se asientan los prostíbulos y otros lugares de prostitución. En el mismo sentido, su vida nos aproxima a la realidad de las mafias que sostienen la economía criminal y que mercantilizan los cuerpos de niñas y mujeres. Y, de la misma forma, se comprenden tanto las estrategias de los proxenetas para, sin violencia física, controlar y atar a las mujeres a la vida prostitucional con alcohol y/o drogas, entre otros recursos, como a la producción de discursos empoderantes que desembocan en el «orgullo de la puta» a efectos de anular cualquier atisbo de malestar crítico de las mujeres prostituidas. Como dice la autora: «Es mucho más sencillo fabricar putas orgullosas que activistas feministas».

Amelia Tiganus, con sencillez solo aparente y con complejidad de fondo, desactiva los grandes argumentos de la industria de la explotación sexual. El gran discurso de legitimación que interpela, asumido incomprensiblemente por sectores políticos progresistas, es el del consentimiento. Y lo hace cuando afirma que «someterse para sobrevivir no es consentir». Las mujeres que desembocan en la prostitución, tanto si lo hacen voluntariamente como a través del engaño o la violencia, lo hacen para sobrevivir. Por eso explica que «si pudiéramos sentir lo que es un día en un prostíbulo...» difícilmente se podría blanquear esta institución con el argumento de la libertad de elección, a excepción de los proxenetas, mercenarios que viven de la industria de la explotación sexual y los puteros.

Este libro da testimonio de una nueva fase en la que ha entrado el pensamiento y la práctica política abolicionista. Hasta hace apenas dos décadas, el abolicionismo estaba formado por un grupo de mujeres feministas que analizaban la prostitución como una institución clave para la reproducción del sistema patriarcal. Por tanto, combatir la prostitución era proporcionar un golpe irreparable a los cimientos de las sociedades patriarcales. Y es que el

abolicionismo está en los orígenes del feminismo desde el mismo siglo XVIII. No han existido posiciones teóricas y políticas feministas que defendiesen la prostitución como una manifestación de libertad sexual hasta los años ochenta. Y esas posiciones no fueron elaboradas desde el interior del feminismo, sino desde conceptualizaciones críticas con la opresión sexual. Desde Mary Wollstonecraft el feminismo ha sido abolicionista, aunque no hubiese puesto la lucha contra la prostitución en el corazón de la agenda política feminista. Ha sido en el marco de la cuarta ola cuando la prostitución se ha colocado en la centralidad del feminismo como una institución central para el dominio masculino y como una forma criminal de violencia patriarcal. Ha sido ahora cuando se ha observado la relevancia económica que tiene el sistema prostitucional para el capitalismo neoliberal. Y también cuando se ha podido identificar la propuesta de convertir los cuerpos de las mujeres en mercancía.

Pues bien, el abolicionismo ha crecido políticamente con el testimonio y la presencia política de las supervivientes, y por este motivo ha entrado en una fase distinta que nos acerca a nuevos sectores de población, unos que cada vez comprenden mejor el significado político y económico de la prostitución. Esto, sin embargo, solo ha sido posible cuando ellas han tomado la palabra, cuando han transformado su doloroso testimonio personal en un hecho político, cuando han convertido su experiencia personal en activismo feminista. Este es el caso de Amelia Tiganus y por eso *La revuelta de las putas* es un libro imprescindible para el abolicionismo de la prostitución. Y por eso, yo, como abolicionista, siento un profundo agradecimiento no solo por este libro, sino también por su incansable activismo feminista.

ROSA COBO
Madrid, junio de 2021

Memorias de cómo se fabrica una puta

¿Quién soy?

Soy Amelia. Nací en Galați (Rumanía) el 11 de marzo de 1984. Soy hija de obreros y nieta de obreros por parte materna y de campesinos por parte paterna. Soy heredera de una educación autoritaria, con graves castigos físicos y psicológicos. También del comunismo y del caos que desató la entrada violenta del siempre violento capitalismo en la Europa del Este. Soy la mayor de dos hermanas. Soy activista feminista. Soy la loca de los gatos. Y de los libros y los tatuajes. Soy rebelde.

Soy formadora. Soy superviviente y, sobre todo, testigo directo del sistema prostitucional. Porque sobrevivir sobrevivimos muchas. Aparte de haber sobrevivido, hago algo más: testifico. Lo hago públicamente desde 2016. He impartido más de cuatrocientos talleres, charlas y conferencias, y más de mil entrevistas en todos los formatos. Se dice pronto, pero me ha costado sangre, sudor y lágrimas.

Soy amiga, compañera y amante. He decidido no ser madre. Siento que esta responsabilidad está por encima de mis capacidades, y porque me da miedo sufrir y hacer sufrir a un ser inocente cuya vida dependerá de mí, al menos unos años, los primeros y más importantes. El discurso de la crianza igualitaria me parece una estafa. Al igual que el de las parejas heterosexuales igualitarias. No es cuestión de tener o no un compañero de vida y/o crianza con una masculinidad más o menos deconstruida. Es cuestión del sistema. Y del sistema

no me fío ni un pelo. Mientras siga siendo patriarcal y capitalista, no cambiaré de idea.

Soy oradora. Soy escritora.

Fui puta. Fui víctima. Fui un ser inocente cuyos derechos fueron vulnerados por miles de hombres, con el amparo de los estados. Ya no soy víctima. Porque ser víctima NO es un estado mental y social permanente e irreversible. Porque de serlo, de nada servirían la prevención, reparación y protección. Fui niña. Soy mujer.

¿Cómo soy?

Soy dura, fría e intransigente cuando veo peligrar mis propósitos y valoro que estoy en una situación de poder. Soy flexible, cariñosa y seductora cuando no veo peligrar mis propósitos o cuando valoro que estoy en desventaja de poder. Soy inteligente. Y vulnerable. Y pasional. Y exigente. Conmigo misma y con las demás personas. Soy aquello que aprendí de y con otras personas y situaciones. Soy perfeccionista y, por tanto, estoy en constante sufrimiento por la imperfección. El caos me enloquece. El silencio y la soledad me calman. Soy solidaria pero solitaria. Soy creativa cuando consigo ser flexible y dejar mi mente fluir, sin hacer caso a la voz interior que me abronca, me insulta, me menosprecia. Eso pasa pocas veces. Por eso este libro me ha costado mucho escribirlo. Mucho esfuerzo de protegerme, quererme, cuidarme y calmarme. Por las mañanas hago entrenamiento intensivo para regularme emocionalmente. Por las tardes me doy atracones de comida basura por lo mismo. Aprendiendo me hallo. Identificando, aceptando, domando y utilizando la rabia y el dolor para (re)construir(me) y dejar de destruir(me).

Me niego a que los actos violentos que otros han ejercido sobre mí sigan gobernando mis decisiones racionales y, sobre todo, las respuestas irracionales. Entender cómo funciona el trauma me ayuda a caminar, aunque el camino se

haga muy cuesta arriba. Disfruto de la caminata, celebro mis pequeñas victorias y presto atención, con comprensión, a mis muchos errores. No soy ni seré perfecta. Y tener que asumir esto siendo perfeccionista es todo un reto. Y una declaración de buen trato con una misma, primero, y con las demás, después, como consecuencia.

¿Qué quiero?

Quiero dejar el mundo como me hubiese gustado encontrarlo cuando empecé este viaje llamado vida. Quiero encontrarme al encontrar la paz para las niñas y las mujeres.

Quiero dejar de ser la víctima, la superviviente, la violada, la exprostituta, la puta, la rumana que da su testimonio. Ser objeto de análisis tras ser objeto de consumo te mantiene como objeto de deseo. Quiero ser sujeto. Intento hacerlo todos los días al esforzarme por ser más y que mi identidad no gire en torno a la violencia sufrida. Sin embargo, depende poco de mí y mucho de cómo me ven y me colocan los demás. El estigma —interior y exterior— es una carga muy pesada.

Quiero liberarme. La subjetividad (impuesta) de «exprostituta» es perturbadora en tanto que estigmatizante, —y por tanto violenta—. Soy consciente de lo importante que es que se conozca el origen de una afirmación y del peso de un relato en primera persona. Aun así creo conveniente resaltar que es insoportable ser la «exprostituta que habla de su pasado». Sobreviví a la prostitución porque no se puede llamar de otra manera un periodo de tiempo en el que la violencia sistemática te impide SER y solo te permite ESTAR. Pero nunca llamaríamos a una mujer que ha sobrevivido al maltrato de su pareja «exmaltratada» por el resto de su vida, porque eso también estigmatiza e impide un desarrollo pleno de la (auto)percepción en el mundo, en el presente y en el posible futuro.

Lo que en un primer momento me acercó a la militancia me aleja ante el temor de ser considerada durante el resto de mi vida —y haga lo que haga— la «exprostituta», «la superviviente», «la víctima», «la violada», «la puta».

¿Cómo lo haré?

Escribiendo. Y desnudándome. Y así mostrarme totalmente vulnerable. Para que una vez acabada la faena, coger mis sueños, adornarme el pelo con ellos, pintarme los labios de rojo pasión y, por última vez —o quizá por primera—, caminar hacia la libertad. Las putas sabemos desnudarnos para los demás. Es lo que mejor sabemos hacer. Escribo y me desnudo para el público lector. Sin embargo, no lo hago como puta sino como mujer. Me desnudo emocionalmente. No para gustarte. Ni para complacerte. Lo hago para cerrar una etapa. Después de esto, seré escritora. Y después seré psicóloga. E investigadora. Siempre rebelde. Siempre mujer.

¿Qué necesito?

Valor, tiempo y capacidad reflexiva. Solo tres cosas. Pero de manera bidireccional. Porque intentar tocar la conciencia y las emociones de otras personas removiendo las propias implica un acto de valentía, compromiso e inmensa generosidad. Una valentía, compromiso y generosidad que de no ser bidireccionales se transforman una vez más en injusticia, soledad y dolor.

¿Y ahora qué?

Decía Viktor Frankl en su magnífica obra *El hombre en busca de sentido* que «la

libertad no es más que el aspecto negativo de cualquier fenómeno, cuyo aspecto positivo es la responsabilidad». [1] Acompáñame en este proceso de liberación y abraza la responsabilidad individual y colectiva como aspecto positivo de honrar la vida y la libertad. Tenemos la suerte de ser responsables. Para bien o para mal. Elige en qué bando estás.

*¡No! Permanecer y transcurrir
No es perdurar, no es existir
¡Ni honrar la vida!
Hay tantas maneras de no ser,
Tanta conciencia sin saber
Adormecida.*

*Merecer la vida no es callar y consentir,
Tantas injusticias repetidas...*

*¡Es una virtud, es dignidad!
Y es la actitud de identidad ¡más definida!*

*Eso de durar y transcurrir
No nos da derecho a presumir.
Porque no es lo mismo que vivir
¡Honrar la vida!
¡No! Permanecer y transcurrir
No siempre quiere sugerir
¡Honrar la vida!
Hay tanta pequeña vanidad,
En nuestra tonta humanidad
Enceguecida.*

*Merecer la vida es erguirse vertical,
Más allá del mal, de las caídas...
Es igual que darle a la verdad,
Y a nuestra propia libertad
¡La bienvenida!*

*Eso de durar y transcurrir
No nos da derecho a presumir.
Porque no es lo mismo que vivir
¡Honrar la vida!*

Honrar La Vida,
ELADIA BLÁZQUEZ

¿Quiénes son las otras?

Las otras somos nosotras, las mujeres. Siguiendo el planteamiento de Simone de Beauvoir (entre otras) en su obra *El segundo sexo*, el hombre es el sujeto y nosotras somos la otra.^[2]

La otra ha sido dividida en dos —en *la otra* y *la otra de la otra*— para la funcionalidad del patriarcado. De esta manera las mujeres nos hemos convertido en privadas vs. públicas, las que sirven a un hombre vs. las que sirven a todos los hombres, la buena vs. la mala, la que goza de reconocimiento social vs. la que sufre el estigma.

Es la dualidad de un ser (mujer) construida a través de los ojos de un tercero, esto es, un sistema que prioriza el bienestar de los hombres y la reproducción de una jerarquía basada en los cuerpos sexuados a través de los cromosomas XY o XX. Un constructo social que las feministas hemos denominado género y que pretendemos abolir, para que la feminidad y la masculinidad resultantes dejen de oprimirnos, especialmente a las mujeres.

Una dualidad de un ser (mujer) convertida en división. Una división que nos impide, aun hoy en día, reconocernos como iguales en cuanto al destino de servir y de ser para otros y no para nosotras mismas. Como sujeto de una lucha revolucionaria como el feminismo. Dos caras de una misma moneda. Tu cara de la moneda lo decidirá el lugar donde naces, tu clase social o la mano tendida o no ante la violencia sexual que ejerzan sobre ti. Cuanto más abandono y

empobrecimiento económico, intelectual, emocional, político y cultural sufras, más papeletas tienes de ser la puta de todos y de todas. ¿Ahora entiendes por qué a algunos países les sale muy rentable no apostar por educar, proteger y empoderar a las niñas y cuidar su bienestar y derechos humanos? Porque la desgracia de unas es la diversión de otros. Y el enriquecimiento de otros. Y el reconocimiento de otras como libres en virtud de una patraña. Dime, ¿qué se siente cuando gritas fuerte «No es no», «Ninguna agresión sin respuesta», «Hermana, yo te creo», acompañada por miles de mujeres y al pasar por delante de un puticlub? Porque yo como superviviente de esos campos de concentración exclusivos para mujeres empobrecidas y como activista feminista siento que pocas veces, muy pocas —aunque cada vez más—, existe una conciencia de nosotras, las mujeres, al margen de la dicotomía patriarcal.

No tiene ningún mérito no acabar en la prostitución. Como tampoco tiene ningún mérito ser una buena mujer, *la mujer de*. Las mujeres no decidimos esto. No es una cuestión de decisión individual, al margen del sistema político, económico y sociocultural.

Cómo se fabrica una puta

EL ORIGEN

Nacer en Rumanía en el año 1984 sin duda ha influido y mucho en mi experiencia vital. Ser hija de la transición y parte de una generación perdida entre lucha de poderes e intereses políticos no ha jugado a mi favor. Hija de obreros que bajo la dictadura han trabajado mucho para tener poco, y en nombre de la democracia han trabajado más para tener menos aún. Nunca pasé hambre, ni frío ni me faltó nada material. Pero emocionalmente sí pasé hambre, sed y frío. No era la única, ya que veía a mi alrededor que eso ocurría como norma.

Había muy pocas excepciones. Las normas jerárquicas, patriarcales, los valores de la Iglesia, de la familia tradicional, la ley del más fuerte, la violencia como método de educación, el silencio absoluto sobre cosas consideradas inmorales... La doble moral y la ignorancia de un pueblo que había sido domado y adiestrado para obedecer y muy pocas veces pensar.

De la infancia tengo pocos recuerdos, casi todos tristes. Me contaron siempre que fui una niña deseada y querida. Tiendo a creerlo, no tanto por los recuerdos sino por el relato detallado de cómo mi madre y mi padre se casaron por amor, ella con diecinueve años y él con veinticinco, en el año 1983. Al poco tiempo mi madre se quedó embarazada de mí y en esos momentos no se podía conocer el sexo del bebé hasta el parto. Mi padre quería tener una niña como primogénita, al contrario que la mayoría de los hombres. Mi madre también. Los puedo imaginar, tan jóvenes, tan llenos de esperanza y sueños. Con toda la vida por delante. Con un proyecto de vida en común. Seguro que pensaban que la vida iba a ser mejor y más fácil de lo que había sido. Los dos venían de vidas muy duras. Distintas. Pero duras.

En el comunismo la regla era estudiar, trabajar, casarte, recibir una casa, tener descendencia, seguir trabajando mientras las criaturas se encontraban en el jardín de infancia primero y en el colegio después. Las reglas eran simples. Y ellos estaban dispuestos a respetarlas. Vivir en ese orden, en esa seguridad que les daba no desafiar las normas. Nunca tuvieron inquietudes políticas ni ansias de buscar la democracia. La vida era así, y estaba bien. Tenían muy asumido su papel de obreros, de hormiguitas soldado que acatan las reglas y aportan al bien común. Era lo único que conocían. La fábrica donde trabajaban ellos y casi toda la clase obrera de la ciudad. Y la casa.

Mi madre tiene dos hermanos; ella es la mayor. Es rubia, de ojos azules y estatura baja. Nació y se crio en la misma ciudad que yo. No sé mucho de su vida anterior a conocer a mi padre; nunca quiso ni quiere hablar de ello con nadie. Puede que mi padre supiera sus secretos y se los haya llevado a la tumba. Lo intuyo.

Su padre, mi abuelo materno, era obrero y alcohólico. Mi madre lo quería mucho. Tenían mucha complicidad. Lo recuerdo. Siempre que había un conflicto, por muy pequeño que fuera, las posiciones eran claras: padre e hija juntos, madre e hijos juntos; padre contra hijos, madre contra hija y viceversa. Mi abuelo era callado. Cuando no trabajaba se pasaba el tiempo leyendo periódicos y bebiendo ensimismado.

Su madre, mi abuela materna, era obrera y muy espabilada. Aún vive. Una luchadora nata, con mucho garbo. Fría como el hielo y cruel con su hija, mi madre, y llena de pasión por la vida y sus hijos varones. La recuerdo haciendo cosas siempre, de un lado para el otro, pisando con firmeza, impecable con sus vestidos impresionantes, sus collares, su pelo bien peinado y los labios pintados en los que a veces posaba un cigarrillo. Parecía una actriz (de Hollywood, diría ahora, después de conocer la cultura americana, prohibida por aquel entonces). Me fascinaba. Esa admiración genuina me trajo bastantes castigos por parte de mi madre, al despertar en ella los celos y no saber manejarlos con madurez o inteligencia emocional. Qué difícil tener tal cosa cuando sufrir el maltrato ha sido tu día a día. Mi madre nunca se vistió, peinó, pintó y actuó con esa gracia. Seguro que en un intento de diferenciarse de su madre. O quizá por miedo a parecer una copia a la sombra. Cuando tuve edad suficiente como para imitar el estilo de mi abuela lo hice, y lo sigo haciendo. Por gustazo mío y desgracia de mi madre, que hizo todo lo posible para que no fuera así, pero se encontró con un muro de hormigón. «Pareces una payasa», me decía con rabia. «Pues así voy a salir a la calle», le contestaba con soberbia cuando ya había perdido el control sobre mí.

Los hermanos de mi madre son dos alcohólicos incapaces de mantener relaciones afectivas y trabajos estables. Los dos son maltratadores de sus parejas, hijos e hijas. Por acción u omisión. Sus historias son terribles, pero las historias de quienes han tenido o tienen un vínculo con ellos son peores.

De mi padre sí que sé más cosas anteriores a conocer a mi madre. Tenía un hermano y una hermana, y él era el mayor de los tres. Era moreno, de ojos

negros y estatura mediana. Hijo de campesinos. Nació y se crio en un pequeño pueblo a unos noventa kilómetros de la ciudad. La vida dura trabajando en el campo o cuidando los animales desde niño y antes de llegar a la ciudad para estudiar y trabajar no le habían embrutecido ni ensombrecido el carácter afable y el buen humor. Cuando no trabajaba la tierra elegía estar rodeado de mujeres. Decía que las mujeres eran más divertidas y más sabias. En el pueblo se juntaban siempre para hacer cosas. Así aprendió mi padre a coser, a tejer, a limpiar, a cocinar, a cuidar, a cantar, a bailar, a contar historias, a leer, a escribir poemas, a abrazar, a acariciar y a escuchar. Sentía auténtico amor, admiración y respeto por las mujeres y sus vidas.

Mi abuelo paterno era un hombre gigante. Alto y fuerte como un peso pesado de la lucha. Tenía sangre gitana. Trabajaba de sol a sol y no se andaba con historias. Nada cariñoso. No era para nada violento, pero sí muy contundente al expresarse. Él también me fascinaba. Tenía un sentido del humor muy ácido y no le gustaba la gente que no se deslomaba trabajando. «Primero trabajamos, luego nos reímos» podría haber sido su lema. Y perfectamente el mío.

Mi abuela materna era una gran mujer pequeñísima de estatura. De mirada bondadosa y voz tierna. Se movía como un pajarillo y trabajaba como tres hombres juntos. Nunca se quejaba de nada y siempre sacaba alguna galleta o algún caramelo del bolsillo de sus faldas largas hasta el suelo para dárselo a quien tuviera delante. Era su truco mágico para meterse a todo el mundo en el bolsillo. Esto dicho hoy en el «primer mundo» parece cualquier cosa y más cuando la mayoría estamos sobrealimentados y empachados de todo. Un gesto así en la pobreza equivale a que te inviten a cenar a un buen restaurante teniendo zanahorias y lechuga en la nevera porque no te ha dado tiempo de pasarte por el súper. Te ilusiona y lo agradeces infinitamente al ser algo excepcional y una prueba de amor y generosidad. A mi tío, el hermano de mi padre, casi no lo conocí. Trabajó y vivió toda su vida en Bucarest y los últimos años, con una enfermedad crónica, los pasó en el pueblo natal. Pero yo ya tenía mi vida aquí, en Euskadi, así que coincidimos pocas veces. Mi única tía es una gran mujer,

muy trabajadora, a la que guardo mucho cariño aunque no tengamos mucho trato. Era el ojito derecho de mi padre. Se querían mucho. Es la única persona que me queda por parte de mi padre.

Este es mi origen. Si tuviera que describirlo en tres palabras positivas diría: trabajo, honestidad y determinación. Y te puedes perder por el camino de la vida, pero las raíces te mantendrán alimentada con sus valores y principios. Incluso salvarte. Las tres palabras negativas serían: maltrato, desamor y dolor. Eso también forma parte de mi historia anterior a mi propia vida. Una herencia que me tocó sufrir en mis carnes.

LA INFANCIA

Recordar mi infancia y mi adolescencia es lo que más dolor me provoca. Llevo meses intentando escribir el relato de unos recuerdos que me conmueven. Siento dolor y pena por la niña que fui. También escucho las voces de quienes me conocen bien y saben lo que tengo que contar. Les digo que tengo miedo, que me duele, que no encuentro consuelo alguno al intentar tocar esa parte de mi vida. Que quiero hacerlo para ser honesta y para que se entienda bien dónde está el problema y a la vez la solución. Proteger la infancia como el bien máspreciado. Como responsabilidad política y social. Me dicen que soy muy valiente y que seguramente esto ayudará mucho, aunque no llegue a cambiar el mundo. Cambiaré el mundo de algunas personas. Así podré consolarme, sabiendo que ha servido para algo el hecho de que lo haya vivido y además lo cuente. Me hice activista abolicionista por lo mismo.

Durante muchos años de mi vida —hasta hace más bien poco— he culpabilizado a mi madre de todos mis males. Tras adentrarme en la teoría feminista he dejado de decirlo a terceras personas, pero lo he seguido pensando. Mi silencio no se debió a ningún pacto de silencio acorde al discurso políticamente correcto, sino a que necesitaba comprender qué ocurre a nivel

macro para que una madre sea capaz de verter sobre su hija la violencia verbal, los comportamientos sádicos y despreciativos, la repulsa afectiva, las exigencias excesivas o desproporcionadas para la edad y las consignas e inyecciones educativas contradictorias o imposibles. Todo ello se considera maltrato psicológico a la niñez. A lo que hay que sumar el maltrato físico.

Entender cómo en el patriarcado la responsabilidad de la educación recae sobre las madres y que se espera de ellas que sean seres de luz mientras cargan sobre sus hombros con algo terriblemente pesado, sin duda me ayudó a empezar la reflexión sobre la relación entre mi madre y yo. Sin embargo, hubo un punto de inflexión cuando a los conocimientos feministas se le han ido sumando los conocimientos sobre la mente humana. Quiero decir que no estoy sentando cátedra ni de teoría feminista ni mucho menos de psicología. No soy académica ni tengo colgado (de momento) ningún título universitario en la pared. Pero sí soy una apasionada de la lectura y de la reflexión. Mi biblioteca está llena de libros sobre feminismo y sobre psicología. Los demás, según los voy leyendo, los dono a la biblioteca del pueblo. Uno de los que más me marcó fue *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad* de Philip Zimbardo.^[3] Seguramente lo conoceréis. Y si no, os lo recomiendo mucho. Comprender el origen del mal y cómo interactúan las fuerzas situacionales y la dinámica de grupo para convertir a hombres y mujeres decentes en monstruos es imprescindible. Siempre. Pero hoy más que nunca.

Este libro llegó en el momento justo a mi vida. En pleno proceso de psicoterapia. Hace dos años que soy paciente de la doctora Carmina Serrano, experta en violencia sexual y trauma. El libro se asentó sobre el rico pozo de sabiduría que Carmina siembra en mí cada semana. Aún recuerdo nuestra primera vez. Nos conocíamos hacía ya un tiempo por compartir militancia abolicionista. Me había escuchado muchas veces en mis conferencias. Siempre me prestaba atención. Eso ayudó bastante para que yo confiara en ella. Y entregarme a ella. En la primera cita me dijo sin muchos rodeos: «Amelia, te he escuchado muchas veces en tus intervenciones. Eres una persona increíble con

una gran capacidad de comunicación. Llegas. Sin embargo, me llama la atención una cosa. Nunca hablas de tu madre. Háblame de tu madre, por favor. Necesito saber para poder ayudarte». En ese momento la odié un poquito. ¿Por qué? ¿Por qué me hacía eso? Yo no quería hablar de mi madre. No quería y a la vez lo necesitaba desesperadamente. Y sobre todo, necesitaba oír aquello que me dijo tras escucharme: «Te entiendo. Tu madre te hizo mucho daño». Con eso me bastó para empezar a comprender y perdonar a mi madre. Aún estoy en ello. Pero he avanzado mucho. Porque hasta ese momento solo había escuchado la negación de la posibilidad de renegar de mi madre y acusarla de haberme dañado.

Muy poco a poco Carmina ha ido incorporando en nuestras sesiones aquello que Zimbardo explica en su magnífica obra. Cuáles fueron las interacciones de las fuerzas situacionales y la dinámica de grupo para convertir a mi madre en un monstruo.

Y digo monstruo porque lo fue. Pero no siempre ni para siempre.

Uno de mis primeros recuerdos es del 29 de mayo de 1988. El día anterior le había dicho a mi madre que dejara de comer porque le iba a llegar la tripa hasta el televisor. También, al acostarme a su lado como todas las noches, le dije que se diera la vuelta porque me soplaba en la cara con su respiración y me molestaba. Me dio un beso y se dio la vuelta. Me quedé dormida sin más preocupación que aquellas que siempre expresaba. Pedía con mucho entusiasmo muchas hermanas y hermanos. «Doce, catorce..., como en la guardería», decía. Siempre que me oían decir estas cosas se reían y me decían que eso quizá era demasiado, pero que un o una hermana puede que me trajera la cigüeña. Le escribí una carta a la cigüeña y todo. Me aseguraron que ella, la cigüeña, entendería mi carta aunque yo no supiera escribir como las personas adultas. En esa carta —que después de escribir dejé en la ventana siguiendo las instrucciones— pedí con todas mis fuerzas una hermanita con la que jugar y prometí cuidarla, protegerla y quererla. Mi madre y mi padre me hicieron prometer eso en la carta, pero, vaya, no les costó nada sacarme esa solemne promesa.

Era un niña alegre y muy sociable. Me encantaba compartirlo todo con los demás. Esa era una norma social muy marcada y valorada en el tipo de sociedad en el que había nacido y bien pronto lo aprendí, tanto en el entorno familiar como en la guardería. Lo que más me gustaba era que me hicieran caso y jugaran conmigo. A veces lo pasaba mal porque me quedaba sola en casa un par de horas que me parecían semanas. Mis padres y mis abuelos maternos estaban trabajando, y algunos días me recogía mi abuela de la guardería, me dejaba en casa y se iba corriendo al hospital, donde trabajaba en la lavandería. Estaba sola hasta que llegaban mi abuelo, mi madre o mi padre. No tenía miedo —o de eso llegué a autoconvencerme—, pero sí me sentía sola. Para no sentirme tan sola sacaba todos los juguetes del saco donde los guardaba y los colocaba encima de la cama, bien ordenados. Camiones, coches, muñecas de tela, muñecas de plástico, peluches, pelotas, muebles de cocina y tazas de té... cuando estaban bien ordenados cogía uno de mis libros, me ponía de pie ante ellos y les *leía* un cuento: a medida que veía las ilustraciones del libro, les contaba lo que iba imaginando.

Casi nunca estaba callada. Desde que empecé a pronunciar los primeros sonidos parecía que tenía algo que decir y siempre mucho que preguntar. Estaba convencida de que si tenía doce o catorce hermanas y hermanos, como en la guardería, me lo iba a pasar muy bien y nunca más volvería a sentirme sola. Había niñas y niños que lloraban cuando los llevaban a la guardería. A mí me hacía muy feliz volver a estar entre tanta gente pequeña y abrazar a la señora Visan, cuya cara ya no recuerdo, pero sí sus abrazos apretados y tiernos. Los fines de semana me despertaba a la misma hora y les pedía que me llevaran a la guardería, tanto me gustaba. Así era mi vida cuando me dormí ese día anterior al 29 de mayo de 1988. Tenía cuatro años y los ojos más grandes del mundo.

A la mañana siguiente me desperté y busqué a mi madre con la mirada. La busqué con ansiedad porque el olor que sentí al abrir los ojos no era el suyo. Efectivamente, ella no estaba. Estaba mi tío, el hermano pequeño de mi madre, diez años menor que ella y los mismos mayor que yo. Esa situación me

desconcertó. Sentada en la cama y con los ojos aún a medio abrir lo sacudí y pregunté por mi madre. Me contó que de madrugada había pasado, sobrevolando la ciudad, una bandada de cigüeñas y que mi madre y mi padre habían ido corriendo al hospital, donde las cigüeñas dejan a los bebés, para traerme a mi hermanita. En ese instante sentí la mayor alegría de mi vida. De un salto acabé en la mitad de la habitación y borracha de felicidad me pasé un buen rato saltando, cantando, gritando y bailando. También avisé a todos mis juguetes de la buena nueva. ¡Una hermanita! Mi sueño se había cumplido.

Seríamos grandes amigas, jugaríamos, yo le enseñaría todo lo que sabía y la cuidaría y la protegería de todos los males. Lo tenía muy claro. Además, así lo había prometido en la carta a la cigüeña. Lo primero que le enseñaría sería que no debía tratar de salir del patio de la guardería por debajo del cercado. Yo lo había intentado aprovechando un pequeño hoyo en la tierra, pero me había quedado atrapada. Me asusté muchísimo. Grité, lloré... hasta que consiguieron liberarme. Creo que mi madre se preocupó mucho al enterarse por boca de la señora Visan. Ella también gritó y lloró de camino a casa. Me sentía muy mal entre sus gritos, zarandeos y lágrimas. Pero sobre todo había algo que me desbordaba sobremanera. Y era que no sabía responder a la pregunta que tanto me repetía: ¿Por qué? No entendía qué significaba eso. No había un porqué. Al menos uno que yo pudiera articular desde la razón. En mi cabeza no había razones. Me movían el impulso, el deseo, la emoción y la fascinación por la belleza salvaje y lo desconocido. No tenía miedo a descubrir el mundo que me rodeaba. No sabía los problemas que me iba a traer el haber nacido mujer y no tener miedo a ser vista y reconocida, caminando por el sendero de la libertad. No sabía que estaba desafiando todas las normas. No sabía que iban a intentar por activa y por pasiva colocarme en el lugar del miedo, el silencio, la pasividad y la servidumbre.

Recuerdo la fascinación y el profundo amor que brotó en mi pecho al ver por primera vez a mi hermanita. Esa sensación y ese sentimiento vuelven a mí todos los días de mi vida y hasta hoy. Sospecho que será para siempre. Mi pequeña

hermana, un pilar fundamental en mi vida. Sin embargo, mi felicidad se vio ensombrecida por muchos cambios. Todo cambió. Todo lo que conocía desapareció. No solo porque de repente todas las miradas se dirigieran a mi hermana, cosa que entendía perfectamente, porque me daba cuenta de lo pequeña y dependiente que era al ser una bebé. Nunca sentí celos de ella. Me alegraba y me sumaba a esos cuidados como una más. Pero sí cambió el ambiente; el color, el sabor, el olor, el tacto y el sonido de mi vida se volvieron insoportables... y no entendía por qué. Por qué mi madre dejó de sonreír, por qué mi padre tenía la mirada triste aun cuando sonreía... Nos mudamos a finales del año 1988 a un piso más grande en un barrio obrero nuevo. Me quedé sin mi vida de hasta entonces. Y lo que más me pesaba eran el frío y el silencio. El frío era emocional y el silencio, permanente. Era muy pequeña para comprender aquello en toda su magnitud.

Con la perspectiva del tiempo y los conocimientos pude no solo comprender a mi madre y a mi padre, sino también perdonarlos y pedirles perdón. Eran tiempos muy difíciles aquellos últimos años de la dictadura comunista. Los alimentos escaseaban; las colas para acceder al racionamiento de alimentos y los cortes de luz eran el pan de todos los días. La desesperación se apoderaba de una sociedad que llevaba casi cinco lustros sobreviviendo a la Guerra Fría y resistiendo a asumir el modelo capitalista contrario a los valores comunistas que defendían que todos los ciudadanos debían ser tratados como iguales, todos tenían derecho a estudios, vivienda y comida, todo era de todos. La entonces llamada República Socialista de Rumanía era uno de los países catalogado peyorativamente como *estado satélite* de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviética, la URSS.

En diciembre de 1989 estalló la revolución y tras ella y con la caída del régimen comunista —y la ejecución televisada del dictador Nicolae Ceausescu y su esposa, Elena Ceausescu—, el capitalismo entró y se instaló sin reparos. Este cambio radical pilló desprevenida a la población en general, pero los grandes amantes del capitalismo supieron aprovechar el caos y el shock emocional para

acumular poder, enriquecerse y forjar grandes fortunas. Durante la revolución todo el mundo gritaba emocionado «¡Libertad! ¡Libertad!» y «¡Dios existe!». La transición supuso un montón de protestas principalmente anticapitalistas en las que la gente coreaba «No nos vendemos el país». La mayoría de las personas quería libertad, pero no de mercado. Los detalles sobre la revolución rumana aún no se han esclarecido hoy, treinta años después de los hechos. No se sabe el número total de víctimas mortales ni las circunstancias en las que fueron asesinadas, no hay responsables de las devastadoras decisiones políticas que se tomaron en los primeros meses y años de democracia —ni en los años que han pasado desde entonces—, nadie ha sido responsabilizado por los enormes bulos que se difundieron a través de la propia TVR (Televisión Rumana) tomada por autodefinidos revolucionarios. Jugaron con el desconocimiento y el miedo de la gente y sembraron el caos absoluto. Mientras la recién estrenada sociedad civil rumana luchaba contra la incertidumbre, el caos, la inflación, el hambre, el frío, el auge del alcoholismo... esa libertad tan ansiada era aprovechada por hombres del antiguo régimen comunista para hacer comercio a gran escala y privatizar todo lo que podían. Contaban con la experiencia y los contactos necesarios para obtener el máximo beneficio personal, por encima del bien común.

También a pequeña escala hubo individuos que vieron la posibilidad de enriquecerse a través del comercio de importación-exportación y compraventa. Con las fronteras abiertas y sin ningún control fiscal ni de otro tipo, las calles de Rumanía se llenaron de pequeñas caravanas en las que se podía comprar absolutamente de todo, desde chicles, chupachups, chocolate y cigarrillos hasta pantalones vaqueros y oro, todo traído de Turquía. Todas las esquinas se llenaron de puestos de refrescos y helados que salían de máquinas dispensadoras. Estos pequeños negocios pertenecían a un número muy reducido de personas que no procedían de las filas obreras. En cuanto a exportar, se trataba sobre todo de muebles, rodamientos y mujeres y niñas. Los casos de secuestros de niñas y mujeres adolescentes que acababan vendidas como esclavas sexuales en Turquía estaban a la orden del día. Los y las obreras seguían yendo a trabajar a esas

fábricas decadentes y mayoritariamente exponían el deseo de trabajar y producir riqueza para la clase obrera. La fábrica era su casa y fuente de riqueza colectiva y se negaban a vender y entregar ese medio y su fuerza de trabajo al patrono extranjero capitalista. Aquello era su vida y lo único que conocían. Querían libertad para el bien común. Su instinto les decía que aquella era la única manera de sobrevivir y estar a salvo: el bien común. Por supuesto que esa resistencia no tuvo éxito en el nuevo mundo salvajemente capitalista neoliberal. Los despidos colectivos, el cierre de fábricas, la privatización, el mercado libre... poco a poco eso se transformó en un sálvese quien pueda.

Los grandes y pequeños nuevos empresarios no dudaron ni un momento en meterse en la política de forma directa o financiando partidos políticos —ya que nadie ni nada les impedía hacerlo y no se consideraba incompatible o ilegítimo— y desde ahí legislar en beneficio propio. La falta de regulación y de control propició que la riqueza del país y los beneficios obtenidos a través del comercio se quedaran en manos de unos pocos hombres.

La democracia rumana se construyó sobre el fraude y la corrupción desmedidas. De aquellos barro, estos lodos. Todo ello delante de las narices de una población atemorizada, que no alcanzaba a comprender la complejidad de todo aquello y carecía de herramientas sociales, jurídicas, políticas y económicas para frenar ese despropósito.

De aquella época los recuerdos e imágenes sobre el mundo exterior que tengo son muy escasos. No tanto por no recordar, sino porque en todo ese tsunami mi padre, y en especial mi madre, decidieron que la mejor manera de protegernos a mí y a mi hermana era evitando todo lo posible el contacto con la calle y el mundo exterior. Y se instaló el silencio absoluto. En casa no se hablaba casi nunca de nada más allá de lo básico y fundamental. Cualquier intento mío de saber qué pasaba ahí fuera era duramente castigado. Cualquier intento mío de manifestar individualidad y autonomía era duramente castigado. La disciplina a través de la violencia física y psicológica empezó a dejar huella en mi corta vida. Mi madre quería a toda costa que la obedeciera sin rechistar, sin embargo, yo la

desafiaba constantemente con mi mirada y mis ganas de indagar. Quería controlarlo todo, desde mis gestos a mis actos y palabras. Y si no me movía ni hablaba también corría el peligro de ser castigada por parecer triste y pensativa. Más de una vez, y de cien, tuve que escuchar que debería estar agradecida y feliz porque no tenía ninguna preocupación ni sufrimiento al ser una niña a la que no le faltaba de nada gracias a sus esfuerzos y sufrimiento. En ese entorno era muy común el hecho de negar la vida interior en la niñez. Eso en sí es una forma de violencia. A mi madre la felicitaban por tener mano dura conmigo. Todo el mundo decía que la señora Tiganus era una madre ejemplar. Por darme una educación, decían. La única manera de educar a una chica desobediente y desconsiderada que veían posible en mi entorno: a palos.

Es cierto que nada material nos faltó y agradezco profundamente el esfuerzo monumental que hicieron mi madre y mi padre por nosotras, sus hijas. En esos momentos no lo entendía ni lo veía así. Lo que yo veía y sentía era un padre ausente, ensimismado, haciendo las cosas de manera automática, como un robot, y una madre que me sofocaba con su control, sus castigos, sus críticas, su desprecio, su frialdad, su mal humor, su eterno cansancio, sus silencios, sus malas caras, sus ataques de ira, sus gritos descontrolados, sus lágrimas, sus constantes dolores de cabeza y, por último, sus varias enfermedades diagnosticadas —la mayoría relacionadas con el sistema hormonal y el corazón— tras estar hospitalizada un largo periodo de tiempo, a raíz de dos preinfartos que sufrió cuando tenía solo treinta y tres años. Y yo solo trece.

Han pasado muchos años desde entonces y ahora es cuando puedo ponerme en sus zapatos. Desde mi yo adulto, conociendo el contexto y empatizando con ella, no puedo más que sentir muchísima compasión. No pude sentir antes todo esto porque durante estos años se me negó el derecho a no amar a la madre, a criticarla o a nombrar todo el daño que me causó. Desde el punto de vista patriarcal y con la exaltación de la figura sagrada de la madre no pude hacerlo por toparme con el «tienes que amar y respetar a tu madre pase lo que pase». Una vez descubierto el feminismo tampoco pude hacerlo porque cualquier crítica

dirigida a una mujer o es rechazada o tajada con un «son educadas desde un punto de vista patriarcal y víctimas del mismo sistema». Al estar de acuerdo con esto último, esta reducción y cierre de boca nunca satisfizo mi necesidad de ser escuchada y creída en cuanto al sufrimiento y el dolor que me causó mi madre.

Este tema tabú —que solo es utilizado para los machistas y misóginos cuando les interesa resaltar el hecho de que la educación en el seno de la familia recae sobre los hombros de las madres y las señalan como responsables de todos los males, como siempre lo ha hecho el patriarcado— parecía intocable. Hay feministas que se niegan a hablar o simplemente a escuchar sobre ello por el miedo a que los machistas lo aprovechen para seguir esparciendo su miseria dañina. Sin embargo, necesitamos nombrarlo y hablarlo para poder no solo sanar nosotras como hijas, sino también tener argumentos y estrategias para reparar y cuidar a nuestras madres, las madres de ahora y las que vendrán. El pasado no se puede cambiar, pero tiene un valor incalculable según en qué se transforme. Por eso me fascina la psicología. Me asombra la capacidad del ser humano de resistir y perdurar. La mente humana es prodigiosa. Hace falta conocerla en profundidad para sacarle el máximo provecho, eso sí. Las cosas buenas de verdad nunca son fáciles.

Lo cierto es que mi madre fue el monstruo de mi infancia y mi adolescencia. Me atemorizaban su presencia y su existencia. Alguna vez incluso he deseado su muerte, y muchas veces he fantaseado con tener otra madre. No tenía escapatoria, ni comprensión, ni alivio. No podía huir de ella físicamente, pero sí emocionalmente. Y lo hice. Para protegerme. Y eso me alivió. El problema empezó cuando hace unos años ella empezó a buscar mis abrazos, mi cariño, mi comprensión. Mi angustia, mi rabia y mi dolor iban en aumento cada vez que escuchaba un te quiero que no era capaz de contestar de otra forma que no fuera el silencio. Cada vez que ante un abrazo suyo me quedaba petrificada, rígida y anestesiada; cada vez que me hablaba de ella, de cómo se sentía, de los problemas que tenía con su madre, de lo que pensaba... mi cabeza se descolocaba de tal manera que no era capaz de ordenarla. Sentía impulsos de

decirle «¡Jódete! Tú no estabas cuando yo necesitaba tus abrazos, tu cariño y tu comprensión. Yo no te quiero y tampoco quiero que me abracés y me cuentes tus historias. No me importas». Deseaba decir eso y a la vez no quería herirla ni faltarle el respeto. Sobre todo porque sabía que eso iba a disgustar profundamente a mi padre. Él siempre quiso mediar entre nosotras, sin éxito aparente. Me contenía el amor por mi padre y el deseo de no actuar como mi madre, sino como lo haría él, desde la calma y la reflexión y con la flexibilidad y la generosidad con la que solía obrar. Mi madre dejó profundas huellas en mí, pero mi padre también. Y estaba en un momento de mi vida en el cual podía elegir de qué forma obrar. Coger lo mejor que me enseñó cada uno y utilizarlo con conciencia. ¿Y qué hacer con la herida? ¿Hacer como que nada de eso pasó? No era mi manera de entender la vida y de hacer las paces con ella.

Justamente di el paso de convertirme en activista por la abolición de la prostitución porque no soportaba más el silencio y la negación de la dolorosa realidad. Tenía todas las pistas necesarias para saber que para mi madre la negación era un modo de supervivencia, no sé si para siempre, pero sí hasta el día de hoy. Lo comprendo, puesto que yo misma utilicé esta herramienta en algún momento de mi vida en el que no tenía otra manera de soportar y afrontar la vida. En las películas es diferente. Madre muy arrepentida pide perdón a la hija por todo el daño causado. Las dos lloran y se funden en un abrazo amoroso. Fin. En la vida real es muy poco probable que ocurra de esta manera. La realidad es mucho más compleja. Tuve que asumir que al menos en mi caso eso no iba a ser así. Entonces, ¿cómo perdonar a quien no te pide perdón pero por fortuna deja pistas de que lo quiere hacer? No tengo la respuesta clave. O sí.

Cuando mi madre estaba ingresada en el hospital a causa de los dos preinfartos que sufrió yo ya experimentaba las cuestiones típicas de la adolescencia. El amor, la sexualidad, las relaciones de amistad, los planes de futuro. Tenía trece años y la sexualidad era un tema tabú en mi casa, como todos los temas. El tiempo en el que mi madre estuvo ingresada fue el paraíso para mí. Quedaba con una amiga de mi edad y hablábamos de chicos y de cómo sería

nuestro primer beso. Leíamos revistas para adolescentes y hasta pegué unos pósteres de Backstreet Boys en mi habitación. Estaba enamoradísima de Kevin. Los morenos siempre me han gustado mucho. Acariciaba la libertad. Y la disfrutaba en la inocencia de la edad.

El día que mi madre volvió del hospital yo llegué a casa del colegio diez minutos más tarde de lo normal. Lo normal era tardar cinco minutos del colegio a casa, todo estrictamente medido por mi madre. Había pasado por el quiosco para comprar —con el dinero de las rosquillas que no me comí en una semana para ahorrar— el último número de la revista *Bravo*, esa que leía con mi amiga.

Al llegar a casa y ver a mi madre supe que me había metido en un buen lío. Ella lloraba con desespero mientras me daba los primeros puñetazos en la cabeza. Me rompió la revista y los pósteres, y entre insultos me obligó a desnudarme, a ponerme de rodillas y me pegó con un cinturón hasta que se cansó. No era la primera vez que lo hacía. Pero sí fue la última. Mientras me pegaba me preguntaba por qué, pero sin buscar la respuesta. No sabía qué me preguntaba. ¿Por qué qué? Me exigía entre gritos que le pidiera perdón y que le dijera que no lo volvería a hacer. Sin decirme el qué. Hacía años que yo ya no lloraba cuando me daba esas palizas. Ese día tampoco le pedí perdón por algo que desconocía. Me amenazó con que me iba a sacar así desnuda a la calle y que me iba a seguir pegando allí, para que todo el mundo se riera de mí. Seguí sin inmutarme, sin llorar y sin pedirle perdón. Con la cabeza en alto. En esos momentos solo pensaba en vengarme de ella. Lo haría. Al acabar se fue llorando, diciendo que la iba a matar a disgustos y que andar con esas revistas me iba a traer la perdición porque no tenía edad para pensar en chicos. Que lo único que tenía que hacer era estudiar y obedecer. Me bastó con escuchar eso para saber cuál iba a ser mi venganza. Matarla.

Es el día después de la última paliza de mi madre. No me habla. Nadie habla porque hablar es despertar su furia otra vez. Mi pobre hermana está en shock. A ella nunca le pega ni la insulta. Pero la daña igual o más que a mí porque la violencia indirecta destruye a quien ama y no puede hacer nada por proteger a su amada. Dormimos juntas desde siempre y yo le cuento de noche cuentos que leo de día. Soy una lectora muy apasionada. Como mi padre. Él también tiene la mesilla de noche llena de libros. Vamos juntos a la Biblioteca Municipal a cogerlos en préstamo y a devolverlos; es nuestro ritual y nuestro momento íntimo. Es una vía de escape del horror en el que vivo. Serían los últimos libros que leería en muchos años, aunque en ese momento lo desconocía. Lo desconocía todo.

Con el cuerpo dolorido y lleno de moratones desde el cuello hasta los tobillos, me visto, le doy un beso a mi hermana, le susurro que la quiero, me susurra que ella también, cojo la mochila y me voy al cole. Hasta ahora he sido una muy buena estudiante. Sacaba matrícula de honor. Y se me daban muy bien las matemáticas y la informática. Hasta participaba en Olimpiadas. Soñaba con ser profesora o médica. Para enseñar o curar.

En el corto camino hacia el colegio me topo con un chico que vive a dos bloques de mí. Tiene diecisiete años, es guapo y alguna vez nos hemos saludado al cruzarnos en el trayecto. El único que hacía yo cuando iba sola. Ese día me paro delante de él y le pregunto cómo está. Me dice que bien. Que va a comprar el pan porque sus padres se han ido al pueblo por un par de días. Inmediatamente se me enciende la bombilla y le digo impasible: «Vamos a follar». Se queda de piedra y me dice que sí. Le digo que hay que usar preservativo. Lo había leído en la revista. El chico no compra pan sino dos preservativos. Subimos a su casa. Yo no sé qué es follar. Solo sé que está prohibido y que a mi madre la puede matar. Así que lo voy a hacer. La voy a matar.

Bajamos las persianas hasta que la oscuridad es casi absoluta. Por la puerta entreabierta entra un poco de luz. Torpes los dos, no sabemos qué hacer. Le digo que se tiene que poner el preservativo. Se va al baño con los pantalones puestos.

Vuelve del baño con los pantalones puestos, empalmado y con el preservativo puesto. Intenta acariciarme pero como me duele todo le digo que no. Me desnudo. Me desnudo como he aprendido a hacer para que mi madre me pegue con el cinturón. Me desnudo como he aprendido a hacerlo para jugar a un juego secreto con mi tío. ¿Por qué todo el mundo me desnuda para avergonzarme? Con golpes o caricias. Avergonzarme. Hace unos años de aquello, pero aún recuerdo su cuerpo sobre el mío y nuestra piel pegada, a veces con una especie de líquido gelatinoso. Yo lo quería porque me hacía caso y jugaba conmigo siempre. Un día cambió de juego. Después de unas cuantas veces dejó de mirarme a los ojos. Me abandonó. Sin una palabra. No sabía qué había hecho mal. Pero sabía que algo había hecho mal. Esa sensación de vértigo, miedo, asco y abandono. De no avergonzarme tanto ese juego le pediría que nunca me abandonase, que jugaré con él a lo que quiera. Su mirada ya no se posaba sobre mí. Ahora me desnudo una vez más. Lo hago sola. Lo hago sin sentir ya nada. Cuanto antes me desnude antes acabará. Me tumbo en la cama boca arriba. El chico se tumba sobre mí. Está temblando. Yo no. Yo pienso en matar a mi madre. Con esto la voy a matar. Estoy satisfecha. Me sorprende sobremanera que intente encajar su pene dentro de mí. Yo pensaba que follar era frotar el pene entre las piernas de la chica, literal. No meterlo dentro. No digo nada porque nada sé. Él tampoco parece que sabe mucho pero al menos sabe algo más que yo. Siento un poco de dolor. Nada comparado con el dolor de los golpes. El chico me dice que ya está. Y yo pienso que vaya puta mierda de cosa es eso de follar. ¿Para eso tanto misterio e histeria? ¡Pues vaya! No volveré a follar en la vida, pensé. Empiezo a vestirme y el chico levanta la persiana. Me ve llena de moratones y casi se desmaya. «¿Qué te ha pasado?», me pregunta asustado. «Nada», le digo pasiva. Acabo de vestirme y sin ninguna emoción salgo por la puerta mientras digo adiós. Me arrepiento de haberlo hecho. Esto no era así en mis sueños. Ni en los recuerdos de la infancia cuando mi tío se frotaba contra mi cuerpo —los dos desnudos bajo las mantas en la cama de mi madre— y me decía que era su preferida y que era nuestro juego secreto. Estoy tan confundida. Pero una cosa sé: mi madre no volverá a tener el

control sobre mí. Pase lo que pase. Abandono el nido y me lanzo al mundo. Ese mundo del que nada sabía ni nada querían contarme. Yo averiguaré lo que hay.

Y me enseñaron que el mundo es un lugar cruel y violento. A los dos días de mi primer polvo cinco tipos me meten en un portal y me violan. Juntos y por separado. No me defienden porque no sé qué hacer. No lloro, no grito, no me opongo, no intento escapar. Sé muy bien que de intentar hacerlo sería peor. Mi cuerpo se congela y hasta puedo escuchar latir mi corazón más despacio que nunca entre el zumbido que me aísla de las risas y los insultos de los violadores. Me preguntan varias veces si me gusta follar. Y me llaman puta. No veo nada. Estoy ciega, sorda y muda. Y no siento nada. Sí siento. Siento que estoy entrando en un túnel sin salida. O cayendo en un pozo sin fondo. No quiero morir. Solo quiero saber qué hay en este mundo que no me explican ni me dejan conocer. Algo bueno debe de tener para que me lo quieran ocultar. Lo sé. En el fondo algún tesoro debe de haber. Y lo encontraré.

Las putas no tenemos paz. Lo pude descubrir en mis carnes después de sufrir esa violación múltiple a los trece años. Me convirtieron en puta sin importarles que yo en realidad quisiera ser médica o profesora. Abandoné los estudios por no soportar aquella situación y aquel dolor. Las violaciones y la persecución se volvieron sistemáticas y yo, en la soledad y el abandono más absoluto, encontré la (falsa) solución el día que dejé de resistirme y me resigné. Ellos me convirtieron en una puta y cuando lo consiguieron, los acosadores, los violadores y los que manejaban el lado oscuro de la ciudad cambiaron totalmente su actitud hacia mí: ¿por qué? Porque luego vendría mi entrada en el sistema prostitucional y lo que conocemos como «trata de mujeres con fines de explotación sexual». Ya me habían doblegado con sus torturas y sus violaciones repetidas... después se dedicaron a repetirme las bondades que tenía la prostitución. Me convencieron de que mi mejor destino era empezar a ejercer la prostitución en España; me convencieron de que, si era lista, en un par de años tendría la vida solucionada, y me ponían como ejemplo algunas pocas mujeres que había en la

ciudad, que tenían casa, conducían coches lujosos, vestían ropa de marca y usaban perfumes caros.

Eso no ocurría de manera desinteresada, ya que esas pocas «privilegiadas» les servían a los proxenetas como gancho para captar y convencer sin mucho esfuerzo a las demás. El privilegio de unas pocas era y es el yugo de todas las demás. Esa es una jugada maestra de los proxenetas. De esta forma se convierten a su vez en salvadores y supremos protectores.

Desde mi lugar he utilizado el olvido como estrategia de resiliencia. Sin embargo, cada día recuerdo más cosas y cada vez estoy más convencida de que si he llegado hasta aquí es porque mi mente privilegiada y muy sabia ha borrado u ocultado muchos episodios traumáticos de mi vida como estrategia para resistir y persistir.

También recuerdo que a los quince años estuve ingresada en un manicomio. Fue después de estar una semana desaparecida de casa. Me escapaba mucho de mi casa. No recuerdo exactamente dónde estuve durante aquella semana. Solo sé que buscando trabajo encontré un anuncio en un periódico. Solicitaban una dependienta de productos sanitarios. Fui a la nave a la que se suponía que remitía la oferta. La entrevista consistió en la violación por parte del dueño y de otros dos hombres que lo acompañaban. No tuvieron bastante con ello. Me subieron a un coche y me llevaron a una casa de la que solo recuerdo una cama frente a una puerta y que pasaban hombres por encima de mí. Durante una semana estuve secuestrada por ellos. Después, no sé cómo, volví a casa. Mis padres me pegaron, me acusaron, me echaron en cara lo mala que era por escaparme de casa y por cómo me ponía en peligro. Yo no decía nada, no hacía nada, no sentía nada. Estaba fuera de mí, en estado de shock. Recuerdo, paradójicamente, que no sentía nada... nada de nada. Y tampoco hablaba. Me diagnosticaron un cuadro de mutismo y me encerraron en el manicomio. Allí me atiboraban a pastillas. Me dolía todo, estaba muy cansada. No podía andar ni veinte metros del cansancio. Allí había niñas y niños muy enfermos mentalmente. Las noches eran terribles. Éramos muchos en una misma sala o

habitación. Los internos gritaban, tenían ataques, las cuidadoras los ataban a la cama, les pegaban, ellos y ellas lloraban desesperados hasta que se quedaban dormidos entre lágrimas, sudor y orina. Y yo no sentía nada, no pensaba nada, no articulaba palabra. Solo quería y necesitaba un poco de amor y comprensión. Me soltaron al cabo de un mes porque no tenía ninguna enfermedad mental.

Empecé a hablar poco a poco y solo lo mínimo. A partir de esa experiencia se rompió cualquier relación con mis padres. Decían que era una vergüenza para ellos y me repudiaron. Es algo muy común en Rumanía. A los dieciséis años empecé a trabajar en una fábrica y a intentar sacar la vida, mi vida, adelante.

Ahora también recuerdo que siempre quería andar desnuda, exhibirme, gritar, bailar, llorar. Hasta hace unos años andaba completamente desnuda por casa, daba igual si era invierno o verano. Pero un día, sin darme cuenta (es ahora cuando me doy cuenta) dejé de hacerlo. Lo más seguro es que fuera en ese momento cuando empecé a hacer las paces con mi cuerpo y a quererlo. Qué duro querer un cuerpo cuando lo que deseas con desesperación es huir de él para siempre. Y ser otra persona. Una nueva. Sin manchas de dolor. Sin manchas de vergüenza. Sin manchas de arrepentimiento. La prostitución fue para mí la ilusión de tener el control sobre esos abusos que había sufrido en la infancia y en la adolescencia. Se repetían una y otra vez, exactamente igual que antes, pero yo me alimentaba con la ilusión de tener el control sobre la situación y además obtener un beneficio económico. Una trampa mortal.

Es por esto por lo que pagan los puteros. Pagan por mujeres sin alma, sin deseo. Pagan por follar con muertas.

La sociedad fabrica putas para que los hombres tengan el privilegio de disponer del cuerpo de algunas mujeres. También en Rumanía.

En España la demanda de prostitución es muy elevada y es vista con normalidad o en algunos casos como un mal necesario y, como no se puede cubrir con las mujeres que supuestamente están encantadas de prostituirse, se recurre a la fabricación de las putas: pactos entre hombres, el patriarcado de las instituciones y del comercio y las redes de proxenetas se convierten así en una

gran multinacional que traspasa las fronteras. Ese gran negocio y disfrute de los hombres que es la explotación sexual se consuma con mujeres violadas en su niñez, quebradas y obligadas a agachar la cabeza, mujeres a las que se las deshumaniza para que puedan venderse, como me vendieron a mí a los diecisiete años por trescientos euros unos proxenetas rumanos a un proxeneta español. Me tuvieron en un piso en Rumanía hasta cumplir la mayoría de edad. Ahí había más mujeres como yo, menores de edad. Nos enseñaban a ser, según ellos, las mejores «profesionales del sexo». Nos hacían andar con tacones, hablar bajito, tener una conducta muy feminizada, sonreír, complacer, pasar hambre, invertir mucho tiempo en maquillarnos, depilarnos, vestarnos de manera estereotipada para ser objetos de deseo. Debíamos interpretar el papel de la mujer fina y estúpida. Teníamos que modificar nuestra conducta y pasarla por los cánones de la feminidad patriarcal y tener sexo sin rechistar, fingiendo ganas y orgasmos con cualquiera de los hombres que acudían a las «fiestas de putas» que organizaban los proxenetas rumanos en las que el whisky y la coca corrían a raudales. Éramos su diversión. Nos tenían amarradas a la cadena invisible del chantaje. Ellos eran quienes tenían la llave de la maldita oportunidad prometida. Teníamos que aguantar lo que nos hicieran y decir que nos encantaba.

En Rumanía primero me topé con los hombres acosadores, después con los violadores y luego con los proxenetas (muchos de ellos son también violadores que escogen a niñas para violarlas, quebrarlas y luego venderlas: la fabricación de putas y la violencia patriarcal son inseparables). Y todos esos hombres que conocí se movían impunes, arropados por sus familias, su comunidad más cercana y la complicidad del Estado proxeneta.

La fábrica de putas existe porque los estados permiten la trata de personas con fines de explotación sexual y la prostitución. La fábrica de las putas se construye con machismo y misoginia.

Niñas que cuando llegamos a la pubertad somos las víctimas perfectas de toda esta maquinaria para ingresar en el mercado de la explotación sexual... Se nos crea una realidad muy hostil, se nos culpa y se nos castiga con la mayor de las

crudezas, se nos mira con desprecio, con odio, solo por ser mujeres. Se nos señala como culpables y merecedoras de haber sido violadas. Vengo de una sociedad que piensa que las putas son putas porque así han nacido. Sonia Sánchez habla de la soledad de la puta y es estremecedor; solo las putas sabemos y entendemos cómo se vive esa soledad. Es una soledad que entierra en vida el alma de quien un día llegó al mundo con el derecho a vivir libre y feliz. Cuando me violaron por primera vez a los trece años, solo encontré miradas llenas de odio, voces acusándome, personas que miraban hacia otro lado. La presión no era solo la de fuera. Mi tío, el hermano pequeño de mi madre, me dijo que cuando lo viera por la calle me cambiara de acera. Las reuniones familiares eran horribles. De nuevo, la única persona que me cuidaba y me quería era mi hermana. Me suplicaba que no me escapase nuevamente porque cada vez que me iba sufría y me echaba mucho menos. Ella relacionaba todo lo que me pasaba con el maltrato intrafamiliar, no con las violaciones. Muchos años después pude contarle la verdad. Quise protegerla de la única forma que podía: ocultárselo. Ella entendía mi enfado y mi rebeldía y me defendía como podía. Me sentía la mayor de las mierdas. No podía más. Por eso me acercaba muchos días a la orilla del Danubio y me quedaba durante horas mirando el agua. Imaginando cómo me sumergía, y el dolor dejaba de existir. Pensaba suicidarme pero no por acabar con mi vida. Sino por acabar con el dolor y la incertidumbre. No lo hice. Por amor. Por amor a mi hermana y por el amor que mi hermana me demostraba. En sus ojos veía admiración por mí. Ella veía en mí a un ser admirable cuando para todos los demás solo era una puta. Un desecho. Y me agarré a esa mirada como a un clavo ardiendo y seguí buscando la paz en el infierno. Resistí. A veces me pregunto qué hubiera sido de mi vida si mi familia, mis amigos y amigas, mis compañeros de clase, el profesorado, la comunidad de vecinos, las familias de los violadores, la policía, los médicos que me atendieron, las ONG y el Estado, me hubieran ayudado. Quizá no hubiera abandonado la escuela. Quizá no me hubieran convencido de que mi mejor destino era el de ser una puta. ¿Por qué mi entorno no reaccionó para evitar que mi dignidad y mi integridad fuesen

pisoteadas? Sobre mí recayó la responsabilidad como un gran bloque de cemento mientras los violadores fueron los triunfadores, los ganadores de un gran trofeo, con la cabeza en alto, seguros de sí mismos. ¡Y no! No nos engañan con falsas promesas de trabajo. ¡No hace falta! Puedes elegir entre ser puta en Rumanía, donde las prostitutas son perseguidas y multadas por policías que abusan de su poder (muchas veces sobornan a las putas o directamente las violan y hacen la vista gorda con las que son presas de sus proxenetas y no intervienen cuando son violentadas a manos de clientes misóginos y machistas que la sociedad cría, apoya y ama...). O puedes emigrar y ejercer la prostitución en otros países como España, donde las mujeres autóctonas han conseguido importantes avances en el camino hacia la igualdad, mientras «otras», mujeres migrantes de países empobrecidos, refuerzan su condición de colonizadas por puteros españoles que no están dispuestos a renunciar a los privilegios que el patriarcado les ofrece. Y entre estas dos oportunidades elegimos la segunda. Rumanía es un país que no ama a sus mujeres, es una sociedad que las utiliza para perpetuarse y para satisfacer los deseos de sus machos. Y para lucrarse con sus cuerpos, ya que es muy suculento el botín que deja el negocio de la trata al Estado.

Pero tú tampoco te engañes, es en España donde se cierra el círculo de la fabricación de las putas. Aquí, hombres que tú conoces, puede que tu marido, tu padre, tu hermano, tu primo, tu hijo, tu vecino, tu amigo... financian esta esclavitud, son ellos los principales socios de los proxenetas. Y todo esto lo permiten el Estado y la sociedad española.

Países exportadores y estados proxenetas

Las políticas globales neoliberales y los grandes magnates del mundo han creado una realidad que supera *El cuento de la criada* para las mujeres desechables.^[4] Es mucho peor y ya ha llegado. Las mujeres más empobrecidas y vulneradas del planeta son utilizadas para sostener la economía de los países, y España es clave

en mantener este sistema de destrucción en masa, puesto que es la puerta de entrada a Europa desde los países del sur, tanto de África como de América Latina.

En España y en el resto de los países europeos la mayoría de las mujeres prostituidas son de origen rumano. Somos la mercancía más barata y más fácil de trasladar. Un negocio muy rentable. Cuando en el año 2002 se admitió a Rumanía en la Comunidad Europea, supuestamente íbamos a ser un lastre porque no teníamos nada más que pobreza. Rumanía era pobre pero tenía mujeres y niñas. Tenía la materia prima que necesitaba el sistema prostitucional para nutrir la demanda que iba en aumento mientras las mujeres de los países ricos se empoderaban y conquistaban derechos. Un espejismo. En realidad no le comían el terreno al patriarcado; solo se adaptaban al capitalismo neoliberal individualista.

Y esas fábricas destruidas que tanta riqueza generaron en el comunismo se transformaron simbólicamente en una maquinaria para fabricar putas en serie. Rumanía es una fábrica de putas. Y otros países, también. Y es que sale muy rentable no invertir nada en absoluto en garantizar los derechos básicos de las niñas y encima exportar esa mercancía que tanto dinero mueve. Nos dejaron entrar en la Comunidad Europea para abaratar los costes de abastecimiento.

La fabricación de las putas y la guerra contra las mujeres se construye gracias a la complicidad de los estados, que se convierten en estados proxenetas cuando permiten que proxenetas y puteros tengan barra libre, con un contingente numeroso de mujeres pobres, con falta de oportunidades, la mayoría provenientes de países excluidos de la riqueza del primer mundo. Aunque también van en aumento las cifras de mujeres y niñas del «primer mundo» que son convertidas en meros receptáculos de semen no solo por la pobreza, sino además por el marketing que utiliza la industria de la explotación sexual para convencer a las adolescentes que su mejor destino es ser putas. Como me convencieron a mí, pero con una maquinaria propagandística mucho más afinada y poderosa: internet.

España es el mayor consumidor de prostitución de Europa: cuatro de cada diez hombres son puteros; ocupa el tercer lugar a nivel mundial, después de Tailandia y Puerto Rico. Indignante estadística lideramos: ser el prostíbulo de Europa y permitir que el turismo de la explotación sexual no pare de crecer alimentado por al menos cien mil mujeres prostituidas en los miles de prostíbulos, pisos y calles. Con ausencia de leyes que lo detengan —en España la prostitución es ilegal—, con leyes insuficientes que permiten el crecimiento del proxenetismo y el dolor, sufrimiento y violencia contra las mujeres. La situación en España con la prostitución es alarmante, porque ni siquiera figura como preocupación social en las encuestas del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). Es triste constatar que poco o nada nos importa ser el prostíbulo de Europa y que esto suceda con el coste de la deshumanización, mercantilización y devastación de cientos de miles de mujeres anualmente. No le importa a la sociedad y no le importa a nuestra clase política. Además, el *lobby* proxeneta está muy presente y pretende legalizar el proxenetismo y la explotación sexual hablando de legalizar el «trabajo sexual». El lenguaje es importante porque construye la realidad. Y no es nada inocente este concepto que parece inocuo. Más adelante lo explicaré mejor.

La sociedad en general tiene el mismo discurso que la industria de la explotación sexual. El *lobby* proxeneta tiene mucho dinero y puede comprar hasta voluntades, medios de comunicación, empresarios, hombres del poder...

Por suerte contamos con el movimiento feminista, uno de los más potentes y organizados a nivel mundial. Y como feministas nos preguntamos una y otra vez: ¿Cómo vamos a alcanzar la igualdad entre mujeres y hombres cuando los representantes políticos —que hasta gustan de llamarse a sí mismos feministas— permiten y ponen a disposición de los hombres lugares de ocio y disfrute donde las mujeres son meros hoyos? Esos lugares donde el machismo, el clasismo y el racismo se juntan y con el consenso y la complicidad social los puteros disponen de una oferta exótica y barra libre de mujeres para regodearse entre sí, sin cargo de conciencia alguno y descansando del «acoso» de las feministas que pretenden

cuestionar su masculinidad y sexualidad, para que aprendan a relacionarse sexoafectivamente en igualdad y con reciprocidad y buen trato.

Por suerte existimos las feministas, que no estamos dispuestas a tolerar que hagan con otras lo que no queremos que nos hagan a nosotras, a nuestras amigas, a nuestras hermanas, a nuestras hijas o a nuestras compañeras.

Las unas y las otras. ¿Víctimas o empoderadas?

Ya hemos visto cómo el patriarcado nos ha dividido entre las que sirven para procrear y las que sirven para dar placer. La moral religiosa monoteísta delimitaba claramente la línea entre la pureza y el pecado. A lo largo de los años esto se ha ido transformando, diluyendo y, sobre todo, se ha reformado bajo los mandamientos del capitalismo neoliberal.

La izquierda abrazó el ideal de libertad sexual en mayo de 1968 olvidándose de lo que más le debería preocupar: la desigualdad. El machismo en la izquierda es un problema que debemos abordar para entender cómo hemos llegado hasta aquí. Aun teniendo claro que la desigualdad de clases era y es un grave problema, al hablar de las relaciones sexoafectivas entre mujeres y hombres hizo de la libertad un himno que ahogó el supuesto propósito de la libertad sexual de las mujeres. Se olvidaron u obviaron la desigualdad entre sexos. Y una vez más el capitalismo supo aprovechar la oportunidad. Hay varias personas que han analizado este fenómeno. Recomiendo encarecidamente el libro de la maestra Rosa Cobo *La prostitución en el corazón del capitalismo* para llegar al fondo de la cuestión.[5]

La industria pornográfica no perdió la oportunidad de convertir el cuerpo de las mujeres en mercancía y utilizar el contenido pornográfico para promover la deshumanización, la cosificación y la desconexión emocional, reforzando aún más si cabe la idea de mujer como objeto. Sabemos de sobra que el capitalismo engendra en la mente deseos antes inexistentes y hasta los convierte en

necesidades. La imagen es un recurso muy poderoso. Para bien y para mal. En este caso para el bien de la industria de la explotación sexual y el mal de las relaciones humanas, cuyas grandes perjudicadas somos las mujeres y las niñas.

Hasta hace bien poco no veía una preocupación por parte de madres y padres en cuanto a la existencia de la prostitución. Seguro que las familias con hijas pensaban que eso no les podía ocurrir a ellas —esa cosa que solo les pasa a las otras— y las que tenían hijos no veían preocupante que se convirtieran en puteros. Al fin y al cabo ir de putas siempre fue en el patriarcado el ritual de iniciación de la masculinidad. La mayoría de las veces de la mano del padre. Cualquier hombre en el patriarcado debe demostrar que desprecia y utiliza a las mujeres para entrar en el Club de los Elegidos como «hombres de verdad». Los que no lo hacen serán tachados de débiles, maricas, planchabragas... no merecedores del diploma de macho. Y sabemos qué influencia tiene la presión de grupo y la necesidad de pertenencia, especialmente en la adolescencia. Lo sabemos nosotras y lo saben los magnates pravos. Sin embargo, esa preocupación empieza a ir en aumento. No tanto por la prostitución en sí (aunque el camino lleve a ello), sino por la pornografía y el consumo de ese contenido cada vez más feroz, que moldea el deseo sexual y lo que podría servir para crecer como personas se convierte en un arma de destrucción.

Soy conocedora de primera mano de la realidad de las niñas y mujeres jóvenes. Y a pesar de mi experiencia vivida, no deja de asombrarme el nivel de daño y crueldad que reciben por parte de sus novios, ligues, compañeros o como se quieran llamar. No dejo de pensar que yo tuve mucha suerte de que en mi adolescencia no hubiera internet ni teléfonos móviles. No al menos al alcance de cualquiera. Y mucho menos en Rumanía. Me imagino muchas veces que eso que me hicieron me lo hacen ahora. Para empatizar con las chicas que me cuentan atrocidades. Y me quedo sin aliento ante el miedo que me invade al pensar que no solo me agreden sexualmente, sino que además lo graban y lo difunden, como prueba veraz de su «categoría de hombre de verdad». Cuando nos violan no lo hacen solo por ellos mismos. Lo hacen sobre todo para sus iguales. Si la

experiencia de ser agredida sexualmente resulta difícil de digerir y asimilar, no me puedo imaginar lo que es que además te priven de aquello que la mente humana utiliza para protegerse: la disociación. Y aunque a la larga suele traer muchos problemas de salud mental si se convierte en sistemática o no se inicia una psicoterapia, creo que es mucho mejor que saber que cualquiera puede verlo y hasta masturbarse con ello. Porque la pornografía ha conseguido erotizar el trato degradante y la tortura contra las mujeres. La ha normalizado. La ha convertido en un modelo para seguir.

Según la última investigación de la Universidad de Islas Baleares, la edad de iniciación del consumo de pornografía es de ocho años.[6] Niños y niñas ven pornografía, pero el mensaje que reciben no es análogo. Si lo peor que me podían llamar a mí era puta, ahora mismo lo peor que se le puede llamar a una chica es mojigata o puritana. Otra forma de presionar y apropiarse de la libertad sexual de las mujeres, especialmente de las más jóvenes. Otra forma de instrumentalizarnos y despojarnos de nuestro deseo y placer sexual. El sexo se ha convertido en símbolo de liberación, salud, bienestar o cualquier cosa con tal de vender. Y podría ser eso de no ser por la desigualdad estructural entre mujeres y hombres, y de clases. La libertad sexual no es follar con cualquiera, sino solo con quien nos apetece y nos hace sentir bien. Y que hasta con las bragas en la cabeza un NO sea el fin y no el inicio de una negociación. Dicen los mozos que están confundidos y que no saben muy bien si un SÍ es un NO o un NO es un SÍ. Y que a ver si hay que firmar algún contrato antes de follar. De hecho, cada vez está más extendida esta práctica entre los adolescentes. La de firmar contratos de consentimiento. Como si un encuentro sexual fuera comprar un mueble y no una vivencia compartida y sentida en la cual se tiene en cuenta el bienestar y el placer mutuo. Hay gestos, miradas y movimientos que lo dicen todo sin mediar palabra. Pero claro, para entender ese lenguaje hace falta reconocer a la otra como un ser humano y no como un objeto a través del cual eyacular por encima de todo.

Parece que nos quieren convertir a todas en putas. ¡Bingo! No precisamente a

todas, pero sí nos hallamos ante un giro en la historia, a no ser que lo impidamos. Que muy a tiempo estamos. La función de las mujeres seguirá siendo la misma —traer hijos al mundo y satisfacer los deseos sexuales de los hombres—, sin embargo, el criterio de criba será distinto: las más pobres parirán para los más ricos en concepto de vientres de alquiler y las menos pobres pasarán a ser la mercancía del proxenetismo. Eso pasa en un mundo en el que todo está en venta y donde el pecado ya no existe o no tiene tanto peso. Nos inventamos el «derecho» de las mujeres más empobrecidas de vender a sus hijos o su cuerpo. En el caso de los vientres de alquiler no lo llaman exactamente así porque suena muy bestia (suena tal y como es), sino que hablan del «derecho» a ser padre o madre (por encima de todo). Sangre de su sangre, eso sí. Las madres solo son hornos. Al igual que lo fueron hasta hace poco y desde el inicio del patriarcado. Y como hemos conseguido ser consideradas parte, vuelta a la casilla de salida por culpa de los dados neoliberales tirados por el mercado y su libertad absoluta.

En este mundo neoliberal donde todo se compra, nuestro deseo sexual se anula y el deseo masculino parece un derecho. Y como se trata de productos de consumo en el mercado global, la industria tiene el interés de renovar su oferta y conseguir nuevas fórmulas para seguir vendiendo.

El consumo responsable está de moda. Gracias al activismo ecologista tenemos más conciencia del impacto que tienen nuestros hábitos de vida y consumo. Algo tan importante y noble como esta causa ha nutrido a los ideólogos proxenetes y sus estrategias de marketing. De modo que ahora está bien visto consumir productos sostenibles, con denominación de origen, libre de crueldad o kilómetro 0; es por el bien común, del planeta y de la economía local. Y este modelo de consumo se está implementando tal cual por la industria proxeneta: no colabores con el crimen organizado. Consume producto local, denominación de origen, kilómetro 0, libre de crueldad. Porque si algo ha podido calar en las mentes autóctonas es que las mujeres migradas prostituidas son en su mayoría víctimas de trata. Puede que la intención fuera buena al difundir a

diestras y siniestras esta cruda realidad. Sin embargo, al no haber hecho una denuncia centrada en los hombres que consumen y demandan prostitución no hemos llegado a la raíz del problema. El problema es instrumentalizar y mercantilizar el cuerpo y la vida de las mujeres. Lo hacen los proxenetes y lo hacen los puteros. Puede que algunos puteros ahora no quieran ser partícipes del crimen organizado, pero tampoco quieren renunciar a su privilegio de penetrar cuerpos de mujeres en concepto de ocio y diversión. Más que nada porque nadie los ha interpelado a gran escala hasta hace bien poco. Piensan que el problema son las bandas organizadas, no ellos. Lo piensan ellos y lo piensa la mayoría de la sociedad. Así que pueden seguir consumiendo mujeres con la conciencia tranquila porque cada vez se ofrecen más putas españolas. Jóvenes, «viciosas» y universitarias. No necesariamente pobres. Pero sí fabricadas como putas por la hipersexualización temprana, la violencia sexual como norma y la necesidad de comprar cosas innecesarias para llenar vacíos y ser vistas.

Eso es lo que toleramos y permitimos, cuando no fomentamos directamente. No una vez ni dos he sido testigo de cómo con un vino en la mano y apoyados en la barra de un bar, personas adultas, hombres y mujeres, defendían delante de sus hijas e hijos adolescentes que la prostitución es un trabajo y que la que quiera que lo haga. Oigan, que aquí no somos moralistas ni puritanos. Que cada cual haga con su cuerpo lo que le plazca. Ese es el mensaje que les estamos transmitiendo —tal vez de forma inconsciente— a nuestras hijas y nuestros hijos. Que la prostitución es inocua e irrelevante. A ver cómo explican después esas jóvenes que aunque hayan dicho que sí a las ofertas de cobrar por follar que les llueven a través de redes sociales o aplicaciones para búsqueda de trabajo, están depresivas, traumatizadas o dañadas. ¿Van a confiar en compartir eso con su familia si es la propia familia la que niega esa realidad, probablemente porque confían en que a su hija eso no le pasará nunca? Lo dudo. Lo que sé es que se sentirán igual de perdidas, incomprendidas, culpables y avergonzadas como me sentí yo al enfrentarme a una sociedad con un discurso proxeneta. No digo que la sociedad sea proxeneta. Digo que la sociedad repite y difunde el discurso

proxeneta. Suele ocurrir eso con cualquier tipo de discurso opresor: quien no reflexiona, se (in)forma y profundiza lo repite sin filtros y con el pecho henchido como si de alguna teoría rompedora se tratara. Aun cuando ese discurso juega en su contra. No hablo de culpa. Hablo de responsabilidad. Llega un momento en la vida en el cual ya no sirve el «yo creo». La «opinología» podría ser un arte. Manchar paredes con mierda también. Según quién. Personalmente prefiero el rigor, la seriedad y la reflexión que sigue a la investigación y estudio de una realidad. Prefiero a la gente que dice «no sé, me callo y escucho» a la gente que no sabe, pero ni calla ni escucha y si pregunta lo hace para rebatir con tópicos de inmediato, no para reflexionar.

Las mujeres sabemos qué es la falta de referentes. Esa pobreza que nos afecta y nos limita a la hora de desarrollar todo nuestro potencial. Gracias a la lucha feminista hemos conseguido rescatar del olvido y la ocultación intencionada a grandes mujeres en la historia. Son ejemplos para seguir y su rebeldía nos alumbró y alimenta cuando las fuerzas flaquean. Cuando nos dicen que somos unas exageradas, que estamos locas. Que nada vamos a conseguir. No renunciamos porque otras antes nos demostraron que no estaban locas ni eran exageradas. Y que la lucha nunca es en vano. ¿Qué referentes tienen ahora nuestras adolescentes? ¿Qué valores se les inculca? ¿A quién sigue tu hija en las redes sociales? ¿Lo sabes? Deberías. Más que nada porque todos esos medios son utilizados para transmitir el mensaje de que crear contenido pornográfico o cobrar por sexo empodera y es transgresor.

La adolescencia es la etapa de la vida en la cual más necesidad de transgredir tenemos. Buscamos nuestro lugar en el mundo y nos preparamos para abandonar la familia, en busca de otro nido. El sentido de pertenencia al grupo de iguales, en este caso otros y otras adolescentes, nos pueden empujar a hacer auténticas barbaridades. Más si es por llevarles la contraria a las personas adultas. Así que la manera como nos comunicamos con las y los adolescentes llevará a un camino o a otro. Prohibir, abroncar o imponer seguramente produzca el efecto contrario al esperado. De eso sé un poco. Lo que necesitan es tener la sensación de que

eligen por iniciativa propia. Y no hablo de libertinaje. Hablo de estrategia de comunicación. Es probable que, si tenemos un discurso honesto y cargado de argumentos no para convencerlos de nada sino para exponerles que hay gente que tiene muchos intereses en convertirlas a ellas en objetos de consumo y a ellos en agresores sexuales, puede que esa rebeldía característica se dirija a esa gente y sus intereses y no contra la familia. De esta manera la transgresión sería real y sin correr peligro. Decir «no te saques fotos desnuda» o «no te vayas de putas» será tomado como una prohibición que transgredir. Cuando en realidad no transgreden nada más allá de la prohibición, ya que la norma es sacarse fotos desnudas e ir de putas. Sin embargo, decir que hay quien pretende manipularlos, y ofrecerles una visión global del peligro al que se exponen reforzará el vínculo de confianza en la familia al tiempo que tendrán la oportunidad de transgredir la norma y no dejarse llevar. Es cuestión de orgullo propio y rebeldía. Dos cosas que siempre están bien mientras estén bien enfocadas. El mundo está lleno de rebeldes sin causa.

La familia es quien siembra valores. Y es difícil ir a contracorriente. Y aunque la familia no es el único ámbito que educa, sí que tiene un peso muy importante al ser el espejo en el cual se miran las nuevas generaciones. Somos partícipes de este sistema prostitucional. Nos guste o no. Ahora solo hace falta elegir en qué lado nos posicionamos. Me he emborrachado, me he drogado..., he hecho muchas cosas terribles. He incumplido todas las normas morales que mi madre y mi padre me han transmitido, educándome con el ejemplo especialmente. Podría parecer un fracaso. Pero no lo es. Porque tras transgredir esas normas encontré el camino de vuelta y conseguí agarrarme a unos valores. Porque mientras lo hacía mi conciencia me decía que eso estaba mal. Y la voz de la conciencia sonaba muy bajo porque la tormenta que vivía no me dejaba escucharla bien. Pero cuando la tormenta se calmó, supe qué tenía que hacer. Paso a paso y con grandes dificultades. Pero lo supe. No es magia. Es ciencia.

El consentimiento de las mujeres en el patriarcado neoliberal

El concepto de consentimiento es problemático siempre que no se dé en una situación donde las partes implicadas dispongan del mismo poder de decisión. El propio concepto define una situación de desigualdad: una parte propone mientras la otra consiente. Un sujeto activo y otro pasivo. El problema es cuando se le culpa o responsabiliza al sujeto pasivo de haber consentido su propia explotación, esclavitud, instrumentalización o deshumanización. Y es que una vez más el discurso del opresor está presente en las mentes oprimidas. Porque el opresor tiene medios y poder para colonizar nuestra mente.

No pocas veces me encuentro con hombres sindicalistas que defienden la prostitución como un trabajo (para nosotras, por supuesto) y cuyo argumento estrella es «¿Quién eres tú para decirles a las mujeres qué pueden hacer o no hacer con su cuerpo?». Ante ese despliegue de sabiduría solo me queda contestar con otra pregunta: ¿Y quién eres tú para decirles a los trabajadores que no pueden trabajar cuarenta horas semanales por seiscientos euros? Y entonces se ponen más pavos aún y me explican cosas. Para variar. Y dicen que son sindicalistas y que esto no va de estar en contra de la clase obrera, que no me equivoque. Que esto va de analizar la situación con perspectiva y que las decisiones o necesidades individuales no priman si con ello se alimenta la desigualdad y la injusticia social, política, económica y cultural. Y que ellos están para velar por los intereses, bienestar y liberación de la clase trabajadora. Entonces les interrumpo la clase magistral y les pido que cambien sindicalista por feminista y clase trabajadora por mujer. Y que ahí encontrarán mi respuesta a su pregunta. Lo más parecido a un macho de derechas es un macho de izquierdas. Comprobado.

Enfrentar el sistema prostitucional basándose en el consentimiento individual de las mujeres es una muestra de cómo el machismo se sirve del neoliberalismo para vaciar de contenido un bagaje intelectual muy pesado en cuanto a la izquierda se refiere.

Consentir es demasiadas veces sinónimo de sobrevivir. Y nos convierte en culpables. Culpables de elegir la vida aun cuando la vida es un infierno. Dejemos de fijarnos en el consentimiento para mirar a la cara a la injusticia y a quien la perpetúa. Y es que no vemos el bosque por culpa de los árboles. Así nos va.

El prostíbulo, mi campo de concentración

Mi campo de concentración

Recuerdo la primera noche. No podré olvidarla jamás. La tengo tatuada en el alma. El color de las luces tenues, el terciopelo rojo de las cortinas, la música muy alta que se mezclaba con el olor pestilente a tabaco, alcohol, cocaína.

Nada más entrar descubrí con asombro que el prostíbulo estaba lleno de chicas de mi ciudad, Galați. Las caras de algunas mujeres me sonaban, pero hacía tantos años que había perdido a mis amigas de la infancia que no lograba identificarlas. Sentí un pellizco en el corazón porque significaba que una ciudad entera de Rumanía de casi trescientos mil habitantes viola, domestica y vende a niñas y mujeres a proxenetas y puteros de España. Me habían dicho que aquí los hombres son muy educados, visten trajes elegantes e invitan a copas a las chicas, y que nosotras teníamos que beber y así obtendríamos una comisión. Yo tenía que aprovechar cualquier oportunidad, ser lista, ganar mucha pasta y retirarme cuanto antes. De lo que pasa dentro de la habitación nunca me hablaron. Se entendía que era mantener relaciones sexuales. Y punto.

Al llegar a Valencia bajé del autobús en el que viajaban mis sueños y me subí a un taxi que me esperaba para llevarme a la peor de las pesadillas. De repente sentí tristeza, soledad. Allí, «vestida» para llamar la atención de los consumidores, mi misión no era otra que la de convertirme en el objeto de deseo de cuantos más mejor. La diversión y el ocio de los puteros, frente a la sonrisa

fingida y doliente de quien se vende al mejor postor porque tiene que saldar la deuda contraída.

No había lugar para hacer amigas. El patriarcado, buen conocedor del divide y vencerás, recurría a la competitividad para evitar que nos sublevásemos contra la esclavitud que se nos imponía. También era la fórmula empresarial para obtener los máximos beneficios. Era yo frente al resto. Cada una tenía que demostrar a los puteros que era la mejor elección para ellos. Eso implicaba acercarnos, hablarles, dejarnos tocar y lo que hiciera falta.

Estaba aterrada, asustada. Me parecía tan violento tener que aproximarme a cualquiera de ellos que el corazón casi se me salía por la boca. Me sentía muy pequeña, tanto que opté por quedarme sentada en una silla, de la que no me quería despegar; solo deseaba cerrar los ojos y pensar que todo aquello era una pesadilla de la que despertaría y estaría a salvo, en algún lugar seguro que en realidad nunca había conocido.

Sentada en esa silla recibía la presión de la mirada del proxeneta. En un momento dado, con el fondo de la música latinoamericana que nunca dejaba de sonar y a cuyo ritmo se movían los puteros, como en una sala de fiestas cualquiera, el que se había convertido en mi dueño me dijo que espabilara, que no había ido allí de vacaciones, que tenía que ser lista. Me tocaba desempeñar el papel de la mujer cachonda y excitada que desea estar con cualquiera toda la noche.

Entonces se me acercó un putero, me preguntó dónde estaba el baño y le contesté lo único que sabía en castellano: el precio. Él se echó a reír y me dijo que esperase allí. No sabía si era de los que van al prostíbulo a hacerse una paja en el baño o a cumplir con el ritual completo en la habitación. Era de los segundos y un tío normal, español, moreno, de mediana edad, que incluso parecía amable y que no debería tener ningún problema en ligar con una mujer sin tener que recurrir a un puticlub. A su regreso del baño pasamos por recepción para recoger una bolsa sellada con un preservativo y la sábana desechable cuyo

precio se descontaba de nuestras ganancias al final de la noche. Estaba claro que mi primera vez no era la suya y que él sabía bien de qué iba la cosa.

Mientras subíamos a la habitación el miedo se iba apoderando de mí cada vez con más fuerza. Abrí la puerta. Todo era cutre: una pequeña habitación con un armario empotrado, una cama con un edredón azul y un pequeño baño. El hombre no fue excesivamente violento, como muchos con los que me encontraría después, pero me sentí tan utilizada... Mientras me dejaba hacer pensaba que no tenía otra manera de sobrevivir y que si era lista, si sabía administrarme bien, solo tendría que aguantar un poco hasta conseguir el dinero suficiente para saldar la deuda, salir de allí y llevar una vida normal. Esa misma noche estuve con dos puteros más. Uno, el más joven, iba puesto de coca hasta arriba y me hizo mucho daño. Tras acabar la jornada, con una mezcla de dolor físico y la sensación de tener el frío metido dentro, dejé de sentir. Me disocié de mí misma para adaptarme a la violencia infinita de la degradación. El papel de la *femme fatale* se convirtió en mi simulacro de vida mientras duraba la actuación de la puta. Después de hacer la cola con las demás y llevar los papeles con los «pases» realizados, el proxeneta, un español bajito de unos cincuenta años, me informó, a través del portero rumano que hacía de traductor, de la deuda que tenía contraída y me dijo que, por haber sido la jornada de adaptación, pasaba, pero me advirtió que debía ser muy consecuente con lo que había ido a hacer allí. «¡Tú y yo tenemos un trato! ¡Tienes que devolverme la deuda por la que te he traído! ¡Después repartiremos ganancias! ¡Tu tiempo aquí es limitado, aprovéchalo como la gran oportunidad que es!» Me había comprado por trescientos euros, pero además tenía otra deuda acumulada: tres mil euros por los seis meses que había pasado en el piso en Rumanía, más el pasaporte y el viaje. Apagadas las luces de neón, amanecía y a mi alrededor solo veía a chicas tan jóvenes como yo, ensimismadas, perdidas en sus pensamientos, que arrastraban cansancio y tristeza a partes iguales. Esa noche compartí habitación con dos de ellas. No tenía mantas, ni sábanas, ni toalla, ni nada. Nadie me explicó nada de aquel orden de cosas. Estábamos hacinadas y repartidas en las mismas

habitaciones que se usaban para estar con los puteros. Apestaba a semen, sudor, inmundicia. Me tocó sacar un colchón que había debajo de la cama porque había sido la última en llegar.

Durante varias semanas apenas pude conciliar el sueño. Cerrar los ojos era volver a ver a cada putero y recordar adónde me había arrastrado la vida. Intentaba soñar cosas bonitas. Imaginar mi vida futura. Pero era en vano. La realidad me aplastaba. Por la mañana desayunábamos sándwiches y fruta, cuyo importe nos cobraban y aumentaba nuestra deuda, y a las dos era la hora de la comida. No podíamos entretenernos mucho porque a las tres comenzaba de nuevo la representación y teníamos que ponernos el disfraz de la puta feliz para empezar a las cinco.

A esa hora se abría el prostíbulo y unas ochenta mujeres —las que hay de media en cada puticlub para saciar la demanda de carne fresca de los puteros, e incluso sobrepasarla, y así hacer caja con lo que cobran por dormir— salíamos de las habitaciones y nos poníamos en fila para bajar a la sala. Si no lo hacíamos, debíamos pagar una multa de quince euros por cada quince minutos de retraso.

A la vista de cualquiera, todas las mujeres que estábamos en aquel burdel, o en cualquier otro, éramos libres. No nos tenían encadenadas ni atadas. Sin embargo, había otras cadenas más dolorosas e invisibles que nos impedían salir de esos campos de concentración que son los burdeles. Debido al abandono social, estábamos adiestradas para no rechistar y acatar lo que el sistema había logrado hacer de nosotras. Tener todos los sentidos puestos en sobrevivir no deja margen para pensar y, cuando me recuerdo a mí misma teniendo que tomar decisiones, el miedo me invade y me paraliza igual que lo hacía entonces. Me estremece el recuerdo de vernos en fila, esperando el turno para cobrar el dinero que nos tocaba después de doce horas de eso que la industria de la explotación sexual llama «trabajo». Nos veo en fila esperando el cambio de sábanas, en fila dirigiéndonos a la sala del bar, en fila hablando a los puteros, en fila esperando el turno para comer, en fila haciendo cola para entrar en una habitación con un putero.

Aún me viene a la mente el olor a ambientador (juraría que en todos los prostíbulos compraban la misma marca y la misma fragancia) o el humo de los cigarrillos, el alcohol, la cocaína, la música alta y esas canciones de amor que poníamos con monedas, las películas porno que ellos escogían también con monedas, las luces rojas de neón... Recuerdo nuestras risas, llantos, peleas, las pequeñas conversaciones y los planes de futuro. Todas, absolutamente todas, soñábamos con salir de esa vida cuanto antes.

Según pasaban los días veía como algunas mujeres se adaptaban a los códigos de conducta del prostíbulo. Varias incluso ejercían de *mamis* (prostitutas retiradas españolas o portuguesas, que eran como una extensión del proxeneta) y mantenían «el orden» del negocio arengándonos a sacar el máximo partido de todo. Nosotras éramos el producto y como tal teníamos que obtener la mayor rentabilidad. A ellas les correspondían las migajas de todo lo recaudado por el poder machista, pero preferían aferrarse a aquello, y sentir de alguna manera su propio liderazgo, a reconocer que estaban igual de encarceladas que nosotras.

En las tres semanas que estuve en aquel prostíbulo logré pagar la deuda de los tres mil euros. Aquello me hizo feliz dentro de la desgracia, pero fue un espejismo momentáneo. Por más que había logrado saldar aquel importe a costa de tener que soportar a cientos de asquerosos puteros (las nuevas e inexpertas son las más demandadas), tenía otras deudas. Los números no salían después de pagar la deuda, la habitación, la manutención, el alcohol, la cocaína, la ropa, los cosméticos, las multas... todo estaba montado para quitarnos casi todo el dinero, y lo poco que nos quedaba debíamos invertirlo en seguir siendo putas y cumplir con los mandatos que los puteros exigían.

Pensé en escapar, pero no había manera de hacerlo. El proxeneta se encargaba de que, una vez que entrabas en el sistema, fuera imposible salir de él. Con la excusa de que podían producirse robos entre nosotras, me pidió el pasaporte para guardarlo en su caja fuerte. Se lo di sin rechistar.

Daba vueltas a cómo podía hacer para recuperar el documento, hasta que una noche nos dijeron que iba a haber una redada y nos los devolvieron, pero

teníamos que explicar a la Policía que estábamos allí voluntariamente y que quien era nuestro dueño tenía que pasar por un ángel de la caridad, que en realidad solo nos ayudaba a ganar dinero.

Vino la Policía. Pidieron que nos pusiéramos en fila y nos preguntaron una a una si estábamos allí por propia voluntad. Me temblaban las piernas. Quería salir corriendo con el pasaporte en el bolso, pero la angustia se apoderó de mí y pensé que debía hacer otra cosa y no arriesgarme a que me devolvieran a Rumanía sin nada. Muchas sentimos que lo peor que nos puede pasar es volver a casa. Los proxenetas lo saben y las leyes de extranjería les hacen la tarea más fácil.

Por eso en lugar de recurrir a la Policía preferí acudir a tres puteros para escaparme a otro prostíbulo. El primero se lavó las manos y me dijo que era libre para irme yo sola; el segundo se puso blanco, tenía miedo y se negó a socorrerme, y el tercero, después de insistirle varias veces, me ayudó. Salí a fumar un cigarrillo y, aprovechando un momento de descuido del portero, subí al coche de aquel hombre. Me llevó a otro prostíbulo, en Torre Vieja, donde según él estaría bien. Por el camino me maquillaba y lloraba al mismo tiempo. No podía ser la puta feliz que el sistema me obligaba a ser. Él me preguntaba por qué lloraba, si iba allí porque quería. Lo único que pude decirle era que se había muerto mi abuela. Si yo misma no podía explicarme cómo había llegado a aquella situación, cómo iba a explicarle lo que sentía por dentro.

Durante dos días me sentí morir. Estuve muy enferma. Tenía infección urinaria, muy común entre nosotras, como lo son también las heridas y desgarros vaginales o anales. Tras reponerme como pude, me advirtieron que una vez pasados veintiún días —que es el tiempo que una mujer permanece en un puticlub, ya que los puteros exigen producto nuevo—, tenía que irme de allí. El proxeneta me dijo que si quería podía quedarme diez días más a cambio de sexo con él y con el encargado, y que después me ayudaría a encontrar otro lugar al que ir, ya que trabajaba en red con varios socios. Acabé en Tudela, Navarra. Y de ahí fui a otro prostíbulo. Y a otro. Y así durante cinco largos años, por toda España.

Llevaba dos meses ejerciendo la prostitución cuando por fin creí encontrar la manera de salir. Me sentía tan desesperada y sola que empecé a llamar y a confesarle mi situación a un amigo de Rumanía. Este aprovechó la ocasión y me dijo que quería venir a España a trabajar, llevar una buena vida y formar una familia. Eso me motivó mucho. Le dije que alquilaría un piso, le pagaría el billete y ahorraría dinero para que pudiésemos vivir dignamente mientras encontrábamos trabajo. Con cada pase que hacía me acercaba más y más a mi sueño de libertad. Alquilé un piso cerca de Burgos, lo arreglé con mucho mimo, hice la compra y preparé la comida. ¡Parecía un hogar! Estaba muy muy feliz porque lo había conseguido. Tiré, sin pensármelo un segundo, toda la ropa y los zapatos de puta. Quería una familia, un hogar, un trabajo, respeto y amor.

El chico renunció a su trabajo de militar en Rumanía (entre los mejores trabajos en el país están el de militar y el de cura) y vino a España, se convirtió en mi novio y todo era perfecto. Hasta que me di cuenta de que yo no conseguía trabajo, que el dinero se acababa y él no se esforzaba en buscar un empleo. Mi sueño se terminaba. Mi *loverboy* (así se llama a una categoría de chulo) decía que era muy injusto y que él también sufría mucho, pero que no quedaba otra, que tenía que volver al club. Decía que yo, por lo menos, «tenía ese recurso para ganarme la vida», y que él tenía deudas con el banco y que le iban a quitar el piso donde vivía con su madre antes de «dejarlo todo por mí». Era un experto manipulador y maltratador. Yo tenía dieciocho años y no sabía nada. Él tenía treinta, mucha experiencia y pocos escrúpulos.

Y así volví de nuevo a los clubes, con un dolor tremendo. Me dolían el cuerpo, la mente y el alma, pero no quedaba otra. Empecé a acostumbrarme al sufrimiento y a la violencia, empecé a no pensar para no sentir con la ayuda de la cocaína y el alcohol. Tres años más tarde, una noche discutimos después de decirle que aquello no podía seguir y que, si tanto me quería, tenía que ayudarme porque lo que yo sufría cada día no era un trabajo, sino una auténtica esclavitud. No me pegó, no le hizo falta. El maltrato psicológico era mucho más efectivo.

Después de dejar la cocaína, el trastorno de conducta alimentaria ocupó el

vacío de la droga. La compulsión que sentía y que se calmaba dándome atracones de comida, yo misma la sofocaba y no me permitía comer nada más que una manzana. Seguía dándole dinero a él; pensaba que lo ahorraba y que estaba pagando la deuda con el banco y su casa también sería mía. Un día, él estaba borracho y, tras otra discusión, me agarró muy fuerte y me estampó contra una pared. Le dije que no aguantaba más, que se fuera. Me respondió que yo no valía nada, que solo era una puta más y que si quería perderlo de vista tenía que darle a cambio un BMW con el que volver a Rumanía.

El chantaje no se redujo solo a eso. Empezamos a negociar para que se marchase, y un día, tres semanas más tarde, al llegar a casa me encontré a unos hombres con pinta de matones. Me dijo que había pensado en mí y que quería regalarme un tatuaje. Me emborracharon y cuando desperté al día siguiente me encontré con el logo de la marca BMW tatuado en la ingle izquierda. Era su manera de decirme que estaba marcada, igual que cuando te tatúan el código de barras, y que era suya.

Al ver el tatuaje me sentí como un trapo, una mierda. No quería ser la propiedad de nadie y me habían marcado como al ganado. Recuerdo que en un intento desesperado de borrarlo froté mi piel con una esponja hasta sangrar. Era el año 2005. En 2019 lo cubrí con otro tatuaje: un majestuoso gato negro vigila con ojos brillantes que nunca más vuelva el fantasma del tormento y la tortura.

De nuevo volvió la culpa, la idea de que era responsable de lo que me pasaba y que no tenía solución. La culpa se quedó en mi mente de la misma manera que el tatuaje. La indefensión aprendida me gritaba que tenía que resignarme a mi destino. Dejar de luchar... Ni mi vida ni yo teníamos remedio.

Con el ánimo por los suelos, seguí siendo explotada sexualmente. Iba de prostíbulo en prostíbulo, hasta que acabé en Asturias. Una noche aparecieron dos hombres, uno viejo y otro más joven. Este último era el chófer del primero. Me dijeron que si iba a su casa me pagarían mucho dinero. Asustada por lo que podía encontrarme o me podía pasar, llamé a mi novio (sí, aún seguía considerando novio a mi maltratador) y me alentó a ir. Desde el otro lado del

teléfono notaba como veía en mí una mina perfecta para seguir manteniéndolo. «¡Pídele mucho dinero!», me dijo.

Así lo hice. Les pedí dos mil euros y el hombre mayor aceptó. «¡Cámbiate de ropa y vamos!», me dijo. Me estuvo torturando toda la noche. Tenía un espejo frente a la cama en el que se miraba y remiraba. Estaba tan rojo que parecía que iba a estallar. Tenía sobre mí a un auténtico sádico, un baboso de libro, que no paraba de fumar un puro Farias mientras me penetraba.

Me explicó que había sido diplomático y que estos eran sus últimos años de vida. Al acabar me dio un cheque. «¡Tú ve al banco y allí te darán el dinero!», me indicó. Al día siguiente, cuando fui a cobrar el cheque sentí la mirada de todos clavada en mí. Incluso llamaron al viejo para comprobar que era cierta la cifra que ponía. Salí con el dinero en el bolsillo, pero también con la mirada que me estigmatizaba a mí en lugar de al opresor.

Una vez fuera del banco, decidí inventarme una historia vital terrible (como si la que tenía no lo fuera) para que el putero me siguiera dando dinero. Aceptó. Me llevó a su casa y, tras varias semanas, me presentó a su familia como su novia. La novia a la que violentaba con sus dedos y sus manos mientras se masturbaba...

Me inventé la historia de que mi familia estaba enferma en Rumanía y necesitaba mi ayuda. Funcionó y logré convencerlo para que me diese otros catorce mil euros y me comprase un billete de autobús a Madrid. Se suponía que desde allí regresaría a mi país y escaparía de la prostitución. Me pasé el viaje temblando de miedo por si el viejo me seguía y descubría el engaño. Al llegar a la estación bajé del autobús y compré otro billete para Burgos. Mi plan consistía en darle a mi novio el dinero para que se comprara el puto coche, se fuera de casa y me dejara en paz.

Cada vez que personas que no saben o no quieren saber dicen que quien es puta lo es por libre elección me entra rabia. Mucha rabia. Dicen que no hay cadenas ni puertas con llave y que una puede irse del puticlub cuando quiera. No es cierto. Hay un candado que te bloquea y te impide marcharte de ese campo de

concentración que es cada lugar en el que se prostituye a menores y mujeres. Se llama miedo. Un temor cimentado en las amenazas que se ciernen sobre tu vida o la de tu familia.

Intenté varias veces salir de toda la opresión, pero el negocio de la esclavitud está tan bien montado que se hace muy difícil. La única manera de escapar es a través del propio verdugo de la violencia sexual y vital que sufrimos: el putero. Él/Ellos son el único contacto que te mantiene unida de alguna manera al mundo que está fuera. Además, están encantados de hacerlo; te hacen saber que ellos detentan la posición vertical del poder y tú no. El sueño de *Pretty Woman* rescatada por Richard Gere resonaba en nosotras porque sabíamos que, aunque sin el glamour ni el engaño de una película que ha hecho mucho daño, el putero es la llave que te saca del mercado de carne y degradación. Es preferible ser la puta de uno que de veinte al día.

Muchos puteros me decían: «¡Pero una chica como tú no debe estar aquí! Te puedo conseguir un trabajo fuera». Algunos llegaron incluso a pagar la multa de trescientos euros que nos ponían si salíamos fuera del prostíbulo, más otros setenta para llevarnos a comer. A cambio debíamos tener sexo cual novia entregada y sumisa y hacer cualquier cosa que nos pidieran. Era el juego perfecto para engañarnos. Sabía perfectamente el riesgo que asumía: follar sin cobrar por ello y después vuelta al prostíbulo. Pero necesitaba intentarlo. ¿Y si era verdad que alguno de ellos me ayudaría a encontrar un trabajo y a salir de allí? Recordarme tan joven y vulnerable me conmueve. Cada vez que me engañaban lo ocultaba porque quien se enteraba (proxenetas, mamis, otras mujeres prostituidas...) se reían de mí y me tachaban de tonta e ilusa. No era tonta. Puede que un poco ilusa. Solo intentaba avanzar con lo que la vida me ponía por delante. Y la vida me ponía por delante solo desgraciados que jugaban conscientemente con mis sueños y deseos de libertad, abusando del poder que tenían. Malditos puteros.

Recuerdo a uno que incluso me hizo creer que había alquilado un piso en Madrid. Estuvimos durante una semana en una casa que después resultó ser la de

su exmujer, que se había ido de vacaciones. Hasta que ella llegó y se descubrió el pastel fui la amante perfecta para él.

¿Cómo fueron los cinco años que pasé en más de cuarenta prostíbulos? Lo transmito con una imagen: un reloj sin agujas. La esclavitud es una vida sin sentido del tiempo. Sin voluntad para reconocerte a ti misma como persona. Cuando el proceso de deshumanización es constante, la disociación y el olvido son necesarios. Es más, son un mecanismo muy poderoso de supervivencia.

Solo hace falta imaginarse lo que es estar las veinticuatro horas del día obligada a ver películas porno, a no dormir cuando quieres, a no comer cuando tienes hambre, a ser y hacer lo que los puteros exigen, a vestir como ellos desean, a tener otro nombre, a dormir en la misma cama en la que durante horas los puteros han acabado por convertir el sexo en una de las formas más brutales de tortura. Imagina que el dinero que ganas en esa supuesta libertad es usurpado por los proxenetas y que, además, beneficia a ayuntamientos, a Hacienda, al Estado proxeneta.

En el prostíbulo pierdes tu identidad y te conviertes en una mujer en serie: intercambiable y utilizable sin medida. El campo de concentración te aliena, te despersonaliza. El tiempo se detiene, la mente se separa, el alma se esfuma y tu cuerpo solo intenta sobrevivir. Solo hace falta imaginarse a todas las que no pueden hablar y contar este relato: las que mueren por enfermarse gravemente a causa de las adicciones, los abusos y la tortura; las que son asesinadas: las víctimas de feminicidio por prostitución son las grandes olvidadas de la violencia machista. Mujeres desechables, nuestras hermanas, atravesadas por múltiples violencias durante su, por lo general, corta vida, son asesinadas con brutalidad y saña; sus cuerpos destrozados se encuentran en descampados, en contenedores o en bolsas de basura.

Sin contar con las desaparecidas. Si apenas importan las prostitutas asesinadas, ¿a quién le importan las putas desaparecidas? El campo de concentración nos abduce, nos explota, nos extermina, nos hace desaparecer o nos aniquila poco a poco. En cualquier caso como ya he señalado, debía «ser

lista y reunir el máximo dinero posible en el menor tiempo posible». Me lo recordaba una y otra vez mi proxeneta. Y añadía que yo era libre de hacer lo que quisiera, pero mejor ser lista y actuar de forma inteligente. Manejar a los hombres, sacarles la pasta, tener el poder sobre ellos. Es curioso cómo este mismo discurso lo tienen los y las que dicen estar en contra de la trata, pero defienden la prostitución en nombre de la transgresión y la liberación de las mujeres. Los mismos argumentos que han utilizado y utilizan los proxenetas y los tratantes para explotar sexualmente a miles, millones de mujeres en todo el mundo son los que utilizan algunas activistas que defienden la prostitución como un trabajo que empodera y libera.

Vemos ante nuestros ojos carreteras plagadas de prostíbulos, chicas en la calle medio desnudas pasando frío o calor, pisos donde las mujeres «nuevas, complacientes y disponibles las veinticuatro horas» desfilan cuando entra un putero y decide ejercer sus privilegios. La industria del proxenetismo tiene tanta sed de ingresos y poder que reinventa su explotación. La prostitución está a nuestro alrededor y, sin embargo, preferimos cerrar los ojos y no verla. Pero tenemos que abrirlos. Tenemos que ver la verdad del reclamo patriarcal que permite y fomenta tal humillación. No podemos permitir que nos sigan violando y que no pase nada. Porque los puteros y sus cómplices los proxenetas no nos dan trabajo, nos esclavizan. En la prostitución las mujeres no tienen un valor *per se*. El precio lo pone el mercado y el valor nos lo da quien nos compra. Es una doble manera de reforzar la masculinidad patriarcal, ya que quienes pagan trescientos euros son considerados más hombres que quienes pagan veinte. Y los hombres no están dispuestos a renunciar a sus privilegios patriarcales, capitalistas y racistas que cierto sector pretende legalizar y convertir en derechos. La esclavitud no es trabajo. Pagar por la fuerza de trabajo es emplear un servicio. Pagar por poner a una mujer al servicio de tu deseo sexual es esclavizar.

Las llamadas *escorts* son igual de esclavas, solo que su valor supuestamente superior lo obtienen a través de sus amos. No es ningún secreto que desde la

creación del patriarcado el valor de las mujeres dependía de los hombres que las poseían de manera privada o pública. Esto no ha cambiado nada en cuanto a las mujeres públicas. La prostitución es incompatible con la emancipación de las mujeres. No solo es incompatible, sino que es un obstáculo fundamental para alcanzarla.

El patriarcado capitalista actual intenta convencernos de que la prostitución debe abordarse como un derecho. Como sostiene Sonia Sánchez, eso que los *hooligans* de la industria prostitucional llaman trabajo sexual, en la cruda realidad «es la penetración de boca, vagina y ano». El campo de concentración te convierte en un agujero.

¿Hay algo más atroz que reducirnos a un hoyo y que luego la industria de la explotación sexual convierta ese hoyo en una mina de oro? ¿Podemos hablar de igualdad cuando hay al menos cien mil esclavas sexuales en el Estado español? ¿O es que la igualdad es solo para las mujeres blancas y españolas? España tiene una larga tradición imperialista y colonial en su pasado y ese colonialismo continúa en la actualidad a través de la esclavitud de las mujeres pobres de otros países: colonialismo sexual que permite a los hombres de todas las clases sociales tener a su alcance a rumanas, paraguayas, dominicanas, brasileñas, nigerianas... No nos engañemos, la aceptación de la esclavitud sexual de las mujeres y la prostitución tiene también que ver con el colonialismo, la raza y la clase. Llegó un momento en el que no pude escapar de la degradación que me producía todo. Me emborrachaba para olvidar. Tomaba cocaína. Acababa con taquicardias, con angustia. Estaba tan blanca que parecía un fantasma. Quería desaparecer. Entré en una espiral destructiva. Cuando vi que se me empezaban a mover los dientes y que podían caerse me asusté muchísimo. Lo pasé muy mal, pero aun así estaba convencida de no querer caer en un pozo sin fondo. De repente sentí vergüenza por drogarme y emborracharme. Mi familia me había educado con el mensaje de que eso era degradante para una persona. El recuerdo de imágenes fantasmagóricas de personas adultas, niños y niñas, que caminaban descalzos, con la ropa sucia, por las calles frías y grises durante la transición en

Rumanía, mientras esnifaban pegamento en bolsas de plástico y se meaban encima, me golpeó la conciencia y se quedó. Así dejé de drogarme y de emborracharme. Gracias, mamá. Gracias, papá. Gracias por cuidarme lo mejor que supisteis y pudisteis. No fue fácil. Ahora lo sé.

La destrucción de la psique es tan fuerte que había mujeres que se cortaban en brazos y piernas, para aplacar con el dolor físico el otro dolor y el sentido de la vergüenza. Romper con todos esos recuerdos me ha costado mucho trabajo y esfuerzo. De hecho, aún sigo en ello.

En el prostíbulo pierdes tu identidad y te conviertes en una mujer en serie: intercambiable y utilizable sin medida. Mi hermana Sonia Sánchez define la identidad de la puta en relación con el sometimiento al proxeneta, la competencia respecto a las demás mujeres creada por este, la culpa, la vergüenza y la soledad:[7]

Su condición de puta la despoja no solo de su nombre, sino también de su entorno. (...) La puta, además, ya frente a sí misma es una mentira. Lleva otro nombre, maquilla su actividad poniéndole todo tipo de sobrenombres. La puta está enajenada de su propio cuerpo, que es usado cotidianamente en un escenario de tortura. No existimos en el imaginario colectivo como personas.

Nunca usé como prostituta un nombre que no fuera el mío: Amelia. Tampoco entendía el porqué de la necesidad de hacerlo. Las mamis, los proxenetas y las demás chicas decían que era por salvaguardar el anonimato y la identidad real para que el día de mañana, cuando empecemos una nueva vida, no quede rastro de esa realidad. Sonaba tentador, la verdad, que en un futuro (siempre próximo) pudiéramos dejar atrás el pasado solo con volver a llamarnos por nuestro nombre, pero, no sé si instintivamente o por qué, aquello nunca me pareció lo bastante convincente como para hacerlo. De alguna manera me resistía a perder lo poco que me quedaba de quien era, puesto que ya tenía problemas con reconocermme en el espejo sin la máscara del maquillaje de la puta. Una vez más, aquello que se suponía que era por nuestro bien no era más que un mecanismo de disociación y despersonalización que unas usaban para sobrevivir y otros,

para mantenernos sometidas. Está claro que agresor y víctima pueden compartir un discurso idéntico, pero nunca con la misma intencionalidad. Ser capaces de identificar la cuestión situacional y sistémica nos dará claves para abordar el problema y saber diferenciar entre quien sufre la autoalienación y quien alienando abusa del poder y de una situación de vulnerabilidad sistémica en beneficio propio. Mi verdadero nombre era lo único que me mantenía aferrada a lo que quedaba de mi identidad, tan devastada y a la vez tan presente debido a sus fuertes raíces fijadas desde la primera infancia. Quizá a elegir conservar mi nombre haya influido el hecho de que desde siempre solo me llamaban así las personas lejanas, desconocidas o que no me importaban mucho, y las que sí me importaban pero solo cuando hacía algo que no les agradaba. Cariñosamente en mi familia me llamaban y me llaman Ami. Todavía hoy no me gusta que me llamen así otras personas, por mucho que me importen y por mucho cariño que les tenga. No se lo permito ni a mi marido, aunque, para ser sincera, nunca ha mostrado interés en llamarme de otra forma que no sea Amelia.

Esos destellos de conciencia de identidad me ayudaron a no conformarme, a seguir proyectando planes de futuro lejos de aquello y a no perder el rumbo del todo. Es increíble como algo en apariencia tan insignificante se convierte en cuestión de vida o muerte, psicológica o física. Aunque la situación era lo bastante violenta como para que la vida peligrara constantemente, siempre y en la medida de lo posible, he evitado el peligro, aunque ello a veces suponía someterme a la violencia. Esta estrategia de lucha no se considera válida y no es, ni mucho menos, una respuesta activa ante el peligro de muerte debido al androcentrismo y a la exaltación patriarcal de la lucha violenta o la huida, como métodos de respuesta ante el peligro real o imaginario. Esto lo aprendí de mi psicóloga.

La situación en España. El sistema prostitucional y sus actores

España es el prostíbulo de Europa. Se ha convertido en ello «gracias» a que en el año 1995 la denominada tercería locativa se despenalizó. A partir de ese momento el Código Penal dejó de ser una herramienta para perseguir y castigar a quienes se lucran de la prostitución ajena, alquilando espacios para la prostitución. A los proxenetas. Mabel Lozano ha documentado de manera excepcional la creación, desarrollo y funcionamiento de este complejo entramado malvado y su absoluta impunidad en su libro *El proxeneta: paso corto, mala leche* y en el documental homónimo. Para ello ha mostrado el testimonio en primera persona de un antiguo proxeneta, Miguel, uno de los criminales que abrieron el camino para llegar hasta la situación actual: más de mil setecientos prostíbulos se asoman a las carreteras españolas, funcionando legalmente con licencias de hotel; hay infinitos pisos de prostitución, millones de puteros y millones de vidas truncadas por el hecho de haber nacido mujer. En cuestión de dinero, solo en España, la prostitución mueve cinco millones de euros diarios. El trabajo de Mabel Lozano es imprescindible para entender la industria de la explotación sexual. Sus últimas investigaciones y obras nos acercan a un escenario mucho más déspota, con la llegada de lo que ella denomina prostitución 2.0: la explotación sexual de mujeres y niñas en la era virtual.

Quizá son proxenetas los intereses de algunos estados que pretenden o afirman alcanzar la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres y saben muy bien que eso representa invertir mucho dinero y esfuerzo para que sus ciudadanas tengan plenos derechos. Sobre todo en los países empobrecidos, mal llamados del tercer mundo, es más rentable desde una perspectiva neoliberal invertir dinero en fomentar la desigualdad y convertir a las mujeres en mercancía. Como superviviente de prostitución sé que existen ONG que simplemente se dedican a reproducir el sistema prostitucional. Se retroalimentan del sistema y hay muchísima gente que vive de este gran negocio que es la explotación sexual, además de los proxenetas. Creo que es lo que pasa con las ONG que no se declaran ni implementan prácticas y políticas abolicionistas. Por

un lado, recoger mujeres rotas a las que apenas se les concede una ayuda crea puestos de trabajo. Y quienes desde esos puestos de trabajo NO reclaman el fin de la prostitución solo tratan de garantizar la continuidad del sueldo y perpetúan la desigualdad y la injusticia. Suena muy mal. Pero es porque en realidad está muy mal.

El gran problema al analizar la prostitución es, en palabras de mi gran amiga y compañera, la doctora Beatriz Ranea:

El enfoque hegemónico, tanto en el debate feminista como en las investigaciones al respecto, en el imaginario colectivo, en la cultura popular y en los medios de comunicación que tiende a poner el foco únicamente en la prostituta, como si esta encarnase una institución tan compleja como es la prostitución. Se tiende a pensar que prostitución es sinónimo de prostituta, de tal forma que, además, recae sobre ella la responsabilidad, la culpa y el estigma social.[8]

Cuando reivindicamos abolir la prostitución nos referimos a la institución fundacional del patriarcado (junto con el matrimonio) que define el lugar en el mundo de unos y otras. Nos referimos al sistema prostitucional, un sistema que lo conforman los estados, que permiten y facilitan que esto exista; los proxenetas, considerados respetables empresarios de la noche; los pequeños y grandes negocios que se lucran directamente con la existencia de este sistema, y los puteros, el brazo ejecutor que destruye mujeres y niñas a la vez que financian y sostienen este orden patriarcal, capitalista y racista. Las mujeres son el eslabón más débil. Pero interesa mucho hacer que parezca un tema de mujeres para invisibilizar a los auténticos responsables de esta barbarie. Comprender el abolicionismo se torna complicado y requiere mucho esfuerzo. No es fácil analizar una cuestión al margen del individualismo y la supuesta «libre elección» de la que el neoliberalismo ha hecho bandera. Una bandera que hasta la izquierda más radical ha abrazado cuando se trata de la vida de las mujeres. La maestra Ana de Miguel desgrana portentosamente esta cuestión en su libro *Neoliberalismo sexual: el mito de la libre elección*, una obra indispensable.

El propósito de este libro no es convertirse en una especie de Biblia en donde

el dogma esté expuesto con precisión. No es un trabajo académico ni lo pretende. No quiero —tampoco podría— escribir para quien posee un alto grado de conocimientos lingüísticos o teóricos específicos. Escribo y hablo para las personas corrientes. Y para quien considera importante la visión y conocimientos de una mujer (de tantas) que nació en el último vagón del *Snowpiercer* de Bong Joon-ho.

Tras dar cientos de charlas y conferencias me han dicho infinidad de veces que a mí se me entiende cuando hablo. Yo también entiendo muy bien a quienes —tras intentar llegar a fin de mes— no les quedan fuerzas o energía para adentrarse en el mundo de los libros teóricos y entenderlos. Sin embargo, es muy importante comprender que si a mí se me entiende es porque me he nutrido y me nutro constantemente con ensayos feministas, sociológicos, filosóficos y psicológicos. Adquirir vocabulario y divulgar conceptos traducidos al lenguaje coloquial requiere una inmersión en los conocimientos estudiados, pensados y creados por otras mujeres, las teóricas. Asimilar la unión indispensable de estos dos mundos es clave. De manera bidireccional mejor. Por eso os recomiendo algunos libros y autoras, por si queréis profundizar en este tema. Saber es (tener) poder.

Hablando del poder de la palabra, quiero aclarar aquí algo que las feministas abolicionistas reivindicamos: la prostitución no la ejercen las mujeres, la ejercen los proxenetas y los puteros, los hombres que prostituyen a las mujeres y niñas atrapadas en este sistema prostitucional. No al revés. Este giro lingüístico lo propone Silvia Chejter en *Lugar común: la prostitución*.^[9] Sabemos de sobra que el lenguaje construye la realidad y la realidad es que para tener agencia hay que tener alternativas a la hora de elegir hacer una cosa u otra. La expresión «tener agencia» se refiere a la idea de que las personas —en este caso las mujeres— toman sus propias decisiones y son responsables de sus acciones. Y por elegir la vida no se nos puede considerar responsables de la desgracia causada por otros que abusan de su poder y nuestra situación de vulnerabilidad.

El tema de la agencia suscita mucho y muy interesante debate. Como activista

y como superviviente entiendo el punto de divergencia. A mí misma me costó asumir el concepto de mujer prostituida y hombre prostituidor. Llevaba años fuera de la prostitución y dentro del feminismo. Aun así me costó. Tenía cierta resistencia a reconocer y reconocirme como sujeto pasivo (u objeto) en esta multinacional criminal. A nivel psicológico nos desempodera y nos genera mucha inseguridad la pena que puede suscitar al colocarnos discursivamente en el lugar de la inacción aparente. Y nos agarramos a un clavo ardiente si hace falta para conseguir un papel de lucha activa. Ahí está la clave de digerir que resistir es verbo. Resistir es luchar.

Tuve mis momentos de crisis. No como abolicionista, pero sí para incorporar ciertos conceptos que rompían mis esquemas mentales. Esos esquemas que me habían ayudado a sobrevivir y a llegar hasta donde estoy ahora. En esos momentos las dudas las compartía en las redes sociales, principalmente Facebook, en conversaciones con mis compañeras abolicionistas. Recuerdo muchas de esas conversaciones y sobre todo lo mal que me lo hacían pasar las que me hablaban con paternalismo, intentando imponerme su visión sin tener en cuenta mis circunstancias y mis sentimientos. Tenían razón en sus argumentos, pero sus formas hacían que tuviera aún más resistencias.

Mi muy querida compañera Concha Hurtado (portavoz de la plataforma abolicionista más potente y activa en el Estado español, el Front Abolicionista del País Valencià, y traductora en Traductoras por la Abolición,[\[10\]](#)) desempeñó un papel fundamental en ello y en muchos otros aspectos más que me hicieron crecer. Ella y la también muy querida compañera y profesora universitaria Esther Torrado, ambas mujeres en primerísima línea en la lucha abolicionista y en constante relación directa con mujeres prostituidas. Ellas fueron las únicas que me preguntaron qué sentía, qué me provocaba ese cambio de lenguaje. Me preguntaron para saber, no para explicarme cosas. Esto es importante. Que alguien te escuche y se preocupe por ti, sin aleccionarte o ridiculizarte, y mucho menos públicamente. Les dije que eso me dejaba indefensa ante la creencia muy arraigada de que yo era en parte responsable de la situación al estar en la

prostitución, y que estaba convencida de que eso mismo les podía ocurrir a las demás mujeres en el mismo contexto. Esto me preocupaba, ya que yo quería y consideraba importante que mis hermanas comprendieran el abolicionismo y lo hicieran suyo.

Intenté explicar de la mejor manera posible que quitar el protagonismo de las mujeres en situación de prostitución a través de los conceptos, nombrándolas prostitutas a ellas y prostituidores a ellos, podía constituir una nueva barrera a la hora de acercar la postura abolicionista a las primeras —pero no únicas— afectadas por esta industria criminal.

Me escucharon con mucho interés, valoraron mi preocupación y me dijeron que lo comprendían. Me comprendieron. Y me creyeron. Una vez más la magia de la comunicación asertiva. A partir de ahí cedieron mis resistencias y las escuché con interés, sin miedo y en una dimensión alejada de la vivencia personal. Deje de tomármelo como un ataque personal. Comprendí la importancia que tenía nombrar la realidad de esta forma y tuve que encontrar la manera de renunciar a unas creencias ligadas al plano individual y psicológico, y colocarme en un plano global, sociológico. No lo hice sola. Lo hice gracias a ellas.

También ellas estuvieron cuando tuve mis dudas sobre la posibilidad de multar a los puteros. Mis dudas no eran sobre la cuestión moral —que tenía clara—, sino porque por parte del movimiento abolicionista no escuchaba las demandas claras dirigidas a la prevención, reparación y protección de las víctimas. No sé si lo hacía o no. A mí no me llegaba ese discurso. Y si no me llegaba a mí, estando dentro del propio movimiento, difícilmente les podría llegar a personas ajenas al mismo. Cuando en aquella ocasión se me estaban echando encima por plantear mis dudas —es decir, qué pedimos para las mujeres prostitutas, considerando que multar a los puteros sin unas políticas públicas destinadas a las mujeres aumentaría su vulnerabilidad— fueron otra vez ellas las que supieron acompañarme y aclarármelas. Ahora esa cuestión —la de nombrar las medidas que exigimos para las mujeres prostitutas— está muy

integrada en el discurso abolicionista. Para mí tenía y tiene todo el sentido articular nuestras demandas sobre estos tres ejes: la prevención, protección y reparación de las víctimas, la penalización de todas las formas de proxenetismo y la desincentivación de la demanda de prostitución. Y cuando lo explicamos así, la gente lo entiende mejor y se suma.

LOS PUTEROS

Nombrar la realidad es el primer y más importante paso hacia la prevención, la reparación y la justicia. Y me gustaría detenerme un poco más en esto. Porque enumerar las violencias que nos afectan no es suficiente, pensar no es suficiente; hace falta sentir y empatizar, o al menos intentarlo. No podemos seguir en esta disociación colectiva y social que nos caracteriza; es hora de hacer una transformación profunda, una revolución, una revuelta. La revuelta de las putas. Si pudiéramos sentir lo que es un día en un prostíbulo...

Lo que nos daña no son conceptos en abstracto: trata, prostitución, explotación sexual, sistema prostitucional, patriarcado, capitalismo, neoliberalismo, racismo, colonialismo... Quienes nos dañan profundamente son el brazo ejecutor de este sistema prostitucional: los consumidores. O demandantes. O compradores. Yo los llamo puteros. Hay quien prefiere un lenguaje más académico y los llama prostituidores o prostituyentes. Me parece perfecto. Yo utilizo putero porque un día un hombre me dijo molesto que esta palabra era muy fuerte y que sonaba muy despectivo. Y pensé «¡Anda, qué bien!». Por fin una palabra que cargue de rechazo social y estigmatice a quienes hasta hace poco han sido los eternos invisibilizados, cuando no directamente protegidos y amparados.

En el marco neoliberal del libre mercado nos hablan de clientes, usuarios o compradores de sexo. Como si el sexo fuera un mero producto y no una realidad que nos atraviesa y nos construye, o destruye, a los seres humanos. Como si en

las sociedades democráticas el propósito de los hombres fuera adquirir el sexo como algo ajeno a la subjetividad de las mujeres, usando sus privilegios, y el de las mujeres, ser meros instrumentos para obtener placer a través del dominio, y no compartir ambos la sexualidad de manera genuina y placentera con nosotras, sus iguales (desde la perspectiva feminista).

Clientes y compradores, en general, son personas que utilizan servicios. ¡A ver quién es el guapo que va a salir a señalar al cliente, amo y señor en este sistema de valores neoliberales! En el caso de la palabra «usuario» incluso hay más, ya que según su definición es una persona que tiene el derecho de usar una cosa ajena, con unas limitaciones determinadas, eso sí. Todo ello en nombre del progresismo y los derechos humanos y civiles, además. El lenguaje construye la realidad y me pregunto, ¿querremos seguir normalizando que los hombres accedan impunemente a penetrar por boca, vagina y ano y con ello reducir a las mujeres, niñas y cada vez más niños, a meros agujeros y a objetos de uso y disfrute? Un putero es un hombre machista que hace uso de sus privilegios, el dinero y el poder, para satisfacer sus deseos, sin tener en cuenta la condición humana y la vulnerabilidad de las mujeres prostituidas y sus circunstancias. La prostitución es violencia sexual. Ser penetradas de manera continuada y repetitiva es una tortura. El cuerpo de la mujer, y en especial nuestros órganos sexuales, no están hechos para ser penetrados durante doce horas los siete días de la semana. Sin embargo, muchos puteros no se reconocen como agresores sexuales, porque se ven a sí mismos como *puteros majos*. Incluso piensan que están haciendo un favor a la humanidad «ayudando» a mujeres que están en situación de pobreza, y que las tratan bien porque no les pegan ni las humillan, supuestamente. Pierden de vista que se puede maltratar y humillar de muchas otras formas sin usar la violencia directa y extrema. Porque los puteros pagan por penetrar a mujeres que no les desean. Esta idea de ser mujer y tener sexo sin querer sexo, fuera del sistema prostitucional, se consideraría una violación. Sin embargo, en la prostitución la violencia sexual queda justificada por el intercambio de dinero.

En este libro he desarrollado el proceso de fabricación de la puta, pero la industria del sexo también fabrica puteros, porque los hombres no nacen con un gen específico del putero en su ADN, como afirmó mi querido amigo, el psicólogo Marc Ruiz, en un programa que grabamos juntos para la ETB. Hay un gran interés en fabricar puteros para que la rueda siga girando y generando muchísimo dinero. El proxenetismo global utiliza todos los métodos para fabricar puteros. Sobre todo por medio de la pornografía —que crea adicción y erotiza la crueldad, la violencia y la tortura—, con unas consecuencias devastadoras sobre los propios hombres, despojados de su capacidad de conectar emocional y físicamente con una mujer a través del deseo, la ternura y el placer sexual compartido. Ningún hombre sería violador o putero si delante de él, en vez de ver un objeto de deseo y consumo, viera un ser humano; una mujer, con sus sueños, deseos y derechos.

Según los informes de Naciones Unidas un 39 por ciento de los varones en el Estado español ha consumido prostitución. Estamos rodeadas de puteros. Esto es problemático y está intrínsecamente ligado al consumo de los cuerpos. Hay adolescentes, de alrededor de dieciséis años, con problemas de disfunción eréctil. Son incapaces de excitarse y mantener relaciones sexuales satisfactorias al margen de la violencia. Antes de tener una experiencia sensual compartida son agredidos psicológicamente por la pornografía. Estamos ante una catástrofe, porque la pornografía se consume desde edades cada vez más tempranas y es la única educación sexual. Así es muy fácil perder de vista la conexión que hay entre el cuerpo y el ser, porque se nos está diciendo que son dos cosas diferentes, que no tienen nada que ver. Para muchos chicos jóvenes alcanzar el placer sexual se convierte en una gran frustración, que alimenta la violencia, porque el único placer lo sienten violentando mujeres. Estamos fabricando agresores sexuales a escala industrial.

Para conseguir excitación se consume pornografía con las peores agresiones, violaciones en grupo o en solitario, pedofilia, maltrato... Quienes la consumen cada vez necesitan más violencia para excitarse. No hay límites cuando la

degradación patriarcal entra en cualquier lugar. De hecho, en la pornografía las escenas sexuales que contienen agresiones contra una mujer conforman el 94 por ciento del total. Este consumo obedece a un acto comercial de pura misoginia. Cuando te excitas con tanta violencia de por medio es muy difícil empatizar con nadie. Esta falta de empatía forma parte del prostíbulo y de la pornografía. No es arte, no es cine. He conocido mujeres que han estado en la pornografía y en la prostitución y son personas con muchos trastornos psíquicos. Muchas acaban suicidándose. Además, nunca se podrán retirar del mercado pajillero internacional las imágenes de la que un día, y sin saber la repercusión de sus actos, decide mostrar su intimidad. Tenemos que abrir los ojos ante lo que es un auténtico sistema de destrucción y deshumanización de las personas.

La sociedad de hoy carece de sexo afectivo. Somos analfabetos sexuales. Hemos pasado de un extremo al otro. De una generación en la que la sexualidad era un tabú porque se consideraba pecado, a una en la que es tabú por la imposibilidad de abordar el tema con conocimientos profundos. ¿Quién educa a quienes educan? Hay padres y madres que se ven impedidos para afrontar la nueva realidad. No tienen herramientas para educar sexualmente a sus hijos e hijas y destapar la realidad del auténtico problema que supone el consumo masivo de pornografía, con un acceso tan sencillo, en el teléfono de cualquier joven con internet. Se incita a los chicos a consumir pornografía y a las chicas a crear contenido pornográfico. Cada vez hay más casos de chicas menores de edad captadas a través de las redes sociales y empujadas a la industria de la explotación sexual. Todo ello porque no somos capaces de afrontar la realidad y no cumplimos con nuestra responsabilidad de personas adultas. Negar un problema no lo hace desaparecer. Lo agranda y agrava, y tiene unos costes incalculables, pues se trata de la vida humana y en especial de aquellas personas que representan el futuro de la humanidad.

La prostitución es ocio, diversión y negocio para los hombres. La pornografía es el marketing de la prostitución. La pornografía es un producto y, como tal, se tiene que vender y renovar continuamente. Empezó con la infantilización de las

mujeres a través de la depilación. Luego fue dando pasos hacia una versión más misógina, más violenta y más cruel, con golpes, tirones de pelo, violaciones en grupo y hasta prácticas relacionadas con la asfixia. Con frecuencia adolescentes y jóvenes acuden a urgencias después de sufrir sexo. Porque las mujeres, en general, no tenemos sexo ni lo gozamos. Lo sufrimos. Cada vez más. También aumentan los crímenes machistas bajo el nombre de sexo duro. Mujeres que mueren asfixiadas y torturadas por los sádicos que fabrica esta multinacional criminal.

El nuevo relato de la industria criminal, ávida de mercancía joven, utiliza en la actualidad el perverso mensaje de dirigirse a las jóvenes para venderles «empoderamiento». Antes nos decían «usa tus armas de mujer para sacar el dinero a los hombres». Hoy en día «armas de mujer» suena a machista, porque lo es. Ahora le han puesto otro nombre: «capital erótico». «Usa tu capital erótico, no seas tonta.» Cuanto más niña y más delgada, más capital erótico. Las gordas se utilizan sobre todo para las prácticas BDSM. Las gordas excitamos especialmente a los más sádicos gracias a la pornografía. Nuestros cuerpos no se consideran bonitos ni atractivos. Solo sirven para ser torturados y como receptáculo de la misoginia más brutal. La pornografía siembra odio contra las mujeres y las niñas. Contra todas las mujeres y niñas.

Es importante entender que los puteros son agresores sexuales. Un billete no puede eximir de responsabilidad a un agresor sexual. Ese es un pensamiento neoliberal. Para nosotras, el dinero es la prueba de la coacción de la libertad sexual de las mujeres. La libertad sexual no es tener sexo con cualquiera, sino hacerlo con quien deseamos, desde el placer y el reconocimiento mutuo; y también tener la libertad de decir no y que ese no no sea el principio de una negociación, sino el fin de toda conversación. Mientras llenamos las calles al grito de «¡No es no!», «¡Hermana, yo te creo!» y «¡Ninguna agresión sin respuesta!», hay hombres —cuatro de cada diez— que no están dispuestos a escuchar un no y por ello van a comprar un sí —con total impunidad, sin cargo de conciencia y regodeándose de ello.

La demanda de niñas y también de niños va en aumento, porque la perversión no va a parar, irá a más. En países en los que se ha normalizado el consumo de la prostitución, donde se ha legalizado el acceso al cuerpo de las mujeres, las prácticas sexuales son cada vez más violentas, más denigrantes, más vejatorias. Esto se debe a que el mensaje que recibe la sociedad, que reciben los hombres, es que no pasa absolutamente nada por tener sexo con una mujer que no te desea, a la que incluso puedes dar asco.

Los puteros son, junto a los proxenetas, los culpables de que haya prostitución, pero apoyados por el silencio y la complicidad social, apenas se ven. Pasan desapercibidos. Y no será porque no los haya. Los hay a millones. Las pocas veces que salen a la opinión pública o en las conversaciones se cree que son pocos. También se les excusa con argumentos tan misóginos como no ser agraciados, carecer de habilidades sociales o tener alguna discapacidad. Se da por hecho que el sexo para ellos es un derecho y que ahí estamos las mujeres para satisfacerlos. Cualquiera de los hombres que nos rodean puede ser un putero. No hay un perfil establecido, da igual la edad, el estatus social, el nivel intelectual. Lo único que tienen en común, aparte de ser machistas, es que son hombres. Yo los he clasificado en tres categorías en función de cómo actuaban. Se me ocurrió hacer esta clasificación porque innumerables mujeres y hombres me decían que no todos los puteros son malos, que algunos son buenos y solo van a hablar. En cinco años no he visto ni uno que no acabe follando, después de hablar. Lo más gracioso es cuando dicen que las prostitutas hacemos de psicólogas. Lo siento mucho por quienes habéis estudiado la carrera de psicología. Lo llegáis a saber antes y os metéis a puta. ¡Ja!

También la bondad social defiende a quienes tienen una discapacidad. ¡Claro que sí! No pueden acceder a los derechos básicos, pero que follen, coño. Aunque sea pisoteando los derechos humanos de las más pobres y vulneradas. Total, son solo mujeres.

Veamos las categorías:

El **putero majo** es, para mí, uno de los peores maltratadores. Estos iban de

buenos y me hacían preguntas, me contaban cosas. Al principio cuando me preguntaban les contaba la verdad, pero se daban la vuelta y se iban con otra que ya sabía las reglas del juego. Aprendí rápido que estos puteros no preguntaban para saber la verdad, sino para alimentar su ego y tranquilizar su conciencia. Tenía que ser muy amable, sonreírles, escucharlos y aprobarlos con cariño y admiración. Para mí esa situación era una de las más enloquecedoras. Ellos me obligaban a estar allí presente, no solo en cuerpo, también en mente. Aquello era una tortura para mí y sé que lo es para la gran mayoría de las mujeres prostituidas.

Mientras estaba con ese tipo de putero no podía evadirme y contar mentalmente el dinero que había ganado ese día y cuánto me quedaría a mí, ni cuánto me faltaba para comprar esa casita con jardín. Tenía que estar allí, verle la cara, sentir sus sucias caricias y su aliento. Y abrazarlo y acariciarlo. Eso y sonreír. ¡Muy importante! La impotencia y la rabia que me producía eso no puedo describirlo con palabras. Babosos que querían mi cuerpo, mi alma, mi mente y todo mi ser por un miserable billete. Los puteros majos quieren comprar aquello que ni las putas vendemos: las caricias, el cariño, la ternura, los abrazos sinceros, los besos de amor... Lo quieren todo por un miserable billete. Y no les importa obligar a alguien a fingir cariño. Es mucho más difícil fingir cariño que fingir placer sexual. Una manera de torturar no solo el cuerpo y la mente, sino también el alma.

Además, parecía que debía estarles agradecida porque ellos supuestamente me trataban bien. Solía acabar desquiciada y les decía que follaran de una vez y se largaran; entonces se ofendían muchísimo y pasaban de ser novios amorosos a llamarme puta asquerosa, mentirosa y estafadora de la manera más violenta. Eso me daba mala fama y tuve que dejar de hacerlo así y tragar en silencio esos ataques de locura que me daban cada vez que estaba con un putero majo.

El **putero macho** es el tipo de putero que piensa que su masculinidad, su valor como hombre, tiene que ver con la cantidad de mujeres a las que penetra y a las que —en su imaginación, claro está— satisface sexualmente. El sexo es

negociación de placer entre dos: lo que tú quieres, más lo que yo quiero. Sin embargo, estos hombres no están dispuestos a negociar el placer con una mujer de igual a igual porque es probable que tengan que esforzarse muchísimo más. Su masculinidad tóxica patriarcal tiene que ver con penetrar, no con el sexo. Para ellos solo somos agujeros. No les importa lo que pensamos, o si somos cariñosas o no. Incluso diría que con este tipo hay que hacer una actuación de puta ideal: la loca por el sexo, que consiste básicamente en actuar como las mujeres de las películas porno. Él penetra, eyacula y se va, sin importarle nada más. Y nos quedamos con nuestro cuerpo violentado y dolorido.

El **putero misógino**, por último, es el más violento y peligroso, porque las prácticas que lleva a cabo para sentir placer dentro de su sadismo son difíciles de narrar. La mayoría de las mujeres que son asesinadas dentro del sistema prostitucional muere a manos de este tipo de putero, muy violento. Cuanto más dolor, humillación y miedo te hacen pasar, más disfrutan. Me he escapado de la muerte más de una vez tratando con ellos. Su escalada de violencia actual creo que tiene mucho que ver con los avances del feminismo, con la lucha de las mujeres, porque este tipo de hombres tiene menos espacios en el mundo real para ejercer su misoginia. Y la prostitución es el lugar libre de feminismo, el paraíso de los «hombres de siempre». Ahí pueden seguir ejerciendo ese odio hacia las mujeres. Pero no nos engañemos, su odio no es hacia la prostituta, es un odio hacia todas las mujeres.

Y luego están los hombres que dicen que no van de putas, sino que van de copas o que solo acompañan a sus amigos (puteros). Y yo pregunto ¿cómo te puedes divertir en un campo de concentración? Su violencia no es menor que la de quienes nos penetran en la habitación. Mientras toman esa copa pagan por tener a la vista la mercancía, manosearte, te preguntan qué les vas a hacer... Esa copa que toman también mantiene el sistema prostitucional y beneficia económicamente a los proxenetas.

Al principio pensaba que podía identificarlos antes de entrar en el cuarto, pero la experiencia me demostró lo contrario. Daba igual si el putero era político,

juez, policía, fiscal, periodista, sindicalista, obrero, empresario, deportista, casado, soltero, joven o mayor. Nunca sabía con cuál de los tres tipos de puteros me iba a encontrar una vez que se cerraba la puerta de la habitación. Todos eran repulsivos. Una vez que estás dentro te topas con una gama de puteros que van desde el verdadero monstruo que te pide sadismo nivel 10, a los que son expertos en llegar, penetrarte, correrse y marcharse. También están los que te regatean y aceptas cobrar menos porque estás desesperada y tienes que pagar las multas y la deuda.

A veces había tipos que se ponían violentos en las habitaciones porque les insistíamos en que en lugar de pagar allí lo hicieran en recepción. Una vez uno que tomaba cerveza y cocaína me estampó contra la pared y sentí que se me revolvía todo, porque en su media hora quería echarme dos polvos. De nada sirve el botón del pánico que hay al lado de la puerta para escapar de hombres así, porque primero tienes que llegar hasta él y luego darle.

Cada vez hay más chicos jóvenes que van a los burdeles. De hecho, organizan fiestas temáticas en las que sortean un polvo y una chica que pueden elegir. La percepción de un aumento del consumo de prostitución por parte de los más jóvenes lo ha señalado la Policía Nacional, que lleva años alertando de la bajada escalonada de la edad de los consumidores de prostitución, además de las sociólogas, los propios proxenetas o las asociaciones de asistencia a las víctimas. Asumamos que los puteros son explotadores, torturadores y hasta exterminadores. La vida de las putas es muy corta debido a ellos. Y cuando morimos o nos asesinan, seguimos siendo invisibles. La violencia sigue ahí después de que perdemos la vida. Mientras que para los puteros el prostíbulo es un oasis en el que campar a sus anchas, es una fiesta en la que se encuentran con mujeres disponibles y desnudas a las que babear, es su vía de escape, su último rincón de patriarcado puro, para nosotras es una cárcel donde las secuelas físicas y psicológicas nos reducen a la nada más absoluta. Hay que fijarse en que la prostitución es el único lugar, simbólicamente, en el que se permite a la mujer «tomar la iniciativa», y es una falsa iniciativa, porque quienes sí son libres de

elegir consumir cuerpos de mujeres son los hombres. La decisión de las mujeres, supuestamente libre, que en el discurso proxeneta se traduce en liberación sexual, no es más que un espejismo que responde al patriarcado: si ellas «eligen» deben tener muy claro quién es el que tiene el poder. A los hombres les gusta que una mujer tome la iniciativa siempre y cuando no vean amenazada su virilidad. En la prostitución los hombres no solo refuerzan su masculinidad, sino que también le dan descanso. A algunas mujeres se nos convierte en una cavidad en la que los hombres pueden verter el miedo a la «mujer sin miedo», como diría Eduardo Galeano.

LOS PROXENETAS

Al igual que los puteros, los proxenetas lo tienen muy fácil para pasar desapercibidos y lograr que el estigma recaiga sobre nosotras. Se mimetizan a la perfección con el disfraz del estereotipo (el del extranjero chulo y agresivo con pinta de matón) para no ser vistos. Nada más lejos de la realidad.

Son tipos normales en todos los sentidos: físicamente no llaman la atención; van por la calle, te saludan y parecen encantadores. La mayoría de ellos son españoles y, salvo excepciones, no usan la fuerza bruta, sino el maltrato psicológico para poner cadenas invisibles. Saben muy bien que esta técnica es más efectiva que la del maltrato físico. Seducir o engañar antes que golpear para conseguir sus objetivos les resulta no solo más útil, sino también más rentable. Un producto con el envase dañado puede venderse a un tipo de putero específico, el misógino. Pero aquí lo que da dinero es la venta al por mayor. Y los puteros, en general, quieren putas felices y sin desperfectos que les despierten la conciencia. Los moratones, las lágrimas, los dramas, las puertas cerradas, los barrotes y las cadenas no se estilan entre los puteros majos y los puteros machos, que son la mayoría. Así que los proxenetas se aseguran de tapar todo eso con purpurina y sonrisas.

Los proxenetas juegan a crear un ambiente de competición entre las mujeres, el divide y vencerás de siempre, para generar cuantos más billetes para ellos mejor. Por eso buscan a «sus favoritas», mujeres que por pura desesperación o supervivencia aceptan el papel, que en realidad no es otra cosa que el estatus de la zona de confort dentro de la opresión.

La demanda y los gustos de los proxenetas también deciden la gama de mujeres a las que esclavizar. Los hay que nos prefieren a las rumanas, ya que resultamos más baratas por la fama de secas y bruscas que tenemos, o los que escogen a latinoamericanas por ser más dulces o melosas. En cualquier caso nos tratan como el que ejerce de padre autoritario y tiene el poder y el monopolio de una casa.

Conocí a pocas mujeres que se revelaran. Cuando lo hacían era porque estaban borrachas o drogadas. Y la revolución no se hace ni borrachas, ni drogadas, ni en solitario. Tratábamos de adaptarnos lo mejor que sabíamos o podíamos. La estrategia de defensa es la de indefensión aprendida y la disociación. Apenas hay trato entre nosotras, tenemos relaciones muy frágiles, porque todas estamos de paso y porque la competitividad que te inculcan tampoco da para hacer amigas. Hay colectivos que están aliados con los proxenetas. Es el caso de algunos taxistas, que reciben una comisión por llevar a puteros. Les dan bonos y cobran al final de la noche. Luego están las alianzas con notarios o abogados, que arreglan papeles a las mujeres que no tienen pasaporte porque son latinoamericanas. Y están los empresarios que acaban las reuniones de trabajo o firman los acuerdos en un puticlub.

Las putas somos las últimas, las que cargamos con el estigma social. Arrastramos el asco y el rechazo y ellos, los causantes de todo, los que reparten carnets de puta y nos devalúan como seres humanos, se libran de todo. Socialmente se les consiente esta violencia machista. La gran mentira que vivíamos y nos repetíamos todo el tiempo era que solo íbamos a estar un año más. No he conocido a ninguna mujer que piense jubilarse de prostituta, ni siquiera que pasará diez años ejerciendo. Entre nosotras hablábamos

constantemente sobre quién ganaba más, quién tenía más clientes asiduos. El dinero era la única razón para estar allí. En la prostitución peleábamos como rivales porque creíamos que cuanto más ganáramos, antes conseguiríamos salir. Además, la que más dinero le hacía ganar al proxeneta se convertía en su preferida y tenía una serie de pequeños privilegios que las demás envidiaban. Así se fomentaba la rivalidad y el enfrentamiento entre nosotras. El proxeneta sacaba provecho porque si ansiábamos ser la preferida, estábamos dispuestas a hacer todo lo posible para llegar a esa posición. Eso se traducía en hacerle ganar mucho más dinero, porque nos obligábamos a nosotras mismas a superar nuestros límites humanos.

Dentro de esta maquinaria de evasión para sobrevivir, en la prostitución el consumo de sustancias aparece desde el primer día. Al principio es solo alcohol, presentado como una manera de alternar y ganar más dinero. Nadie nos obligaba por la fuerza, pero nos decían: «Tienes que ser lista y ganar mucho dinero, si él te invita tendrás que beber». Era una manera normalizada de engancharnos, con amabilidad y como si nos estuvieran haciendo el favor de facilitarnos ganar más dinero. Enseguida pasábamos a drogas más fuertes, como la cocaína, con la misma excusa de que íbamos a ganar más porque los puteros venían no solo a penetrar a mujeres, sino a consumir grandes cantidades de alcohol y de droga. La cocaína nos la vendían el encargado o el portero de los mismos prostíbulos para suministrársela a los clientes y consumir con ellos. Siempre acabábamos enganchadas.

Cuando empecé pensaba, como me habían dicho, que sí podía negarme a estar con algún cliente. Que podía elegir. Elegir como elige un corzo a su cazador en un coto privado. Pero el engaño duró muy poco, porque enseguida te das cuenta de que ese tipo de comportamiento te trae muy mala fama. Hoy en día los puteros tienen foros donde puntúan a las prostitutas y hablan de su experiencia con ellas. Pueden etiquetarte de borde o de fría si algo no les ha gustado. Los moderadores de estos foros llegan incluso a chantajear a las mujeres y pedirles sexo gratis para borrar esos comentarios, que sin duda repercuten negativamente

sobre ellas y el proxeneta. Con el negocio no se juega. Los proxenetas cuidan mucho su imagen. Las putas deben obedecer. Cuando yo estaba en la prostitución, aunque no existían los foros, los puteros también se comunicaban y castigaban a las mujeres que se atrevían a ponerles límites, o a las que sacaban a alguno de la habitación sin que se hubiera corrido. El castigo era simple, ningún putero te elegía y, por tanto, dejabas de facturar y tu deuda aumentaba. Es un sistema de control y presión porque al final, si quieres sobrevivir, no te queda otra que bajar los humos. Así que, aunque en teoría puedas decir que no, en la práctica no puedes negarte a nada. Para muchas de nosotras los proxenetas no eran criminales, sino que los veíamos como salvadores y protectores que nos ofrecían la posibilidad de, supuestamente, solucionar nuestra vida en un par de años; ganaríamos mucho dinero y, una vez saldada la deuda (que siempre se nos mostraba como un favor), repartiríamos las ganancias al cincuenta por ciento. Al no tener nada, aquello parecía un buen negocio y una buena oportunidad. Lo que no sabíamos era que de nuestra mitad tendríamos que pagar una fortuna por dormir hacinadas, la ropa, los cosméticos, la cocaína y el alcohol al que acabaríamos enganchadas, y todo un sistema de multas para controlarnos a nosotras y nuestro comportamiento. Se suponía que en dos años íbamos a ser libres y podríamos construir nuestra tan deseada «nueva vida». Todas veníamos de tremendas historias de pobreza, de desamor parental, malos tratos en el hogar, abandono y estigma social, violencia sexual a través de incestos o violaciones en grupo o sistemáticas... A todas nosotras nos habían destruido la autoestima y la humanidad convirtiéndonos en mujeres desechables, en putas. Solo soñábamos con conseguir tener una vida tranquila y en paz. Era un intento desesperado de ser consideradas alguien a través de los bienes materiales, ya que para el patriarcado éramos basura. Porque hay algo peor que ser puta y es ser puta pobre. En el mundo capitalista eres lo que tienes, así que lo intentamos, intentamos dejar de ser nadie. Porque tampoco teníamos más referentes que la santa o la puta. Y ya que éramos putas, «al menos ser listas y cobrar por ello», nos animaban los proxenetas. Todo ello forma parte de la estrategia que utilizan

los proxenetas para vendernos la salvación, abusando de su poder y aprovechándose de nuestra situación de vulnerabilidad, para captarnos y engañarnos.

Cuando entras en la prostitución puede que tengas claros tus límites, lo que harías y no harías, y que creas fielmente en ellos y digas: «De ahí no voy a pasar». Pero, aparte del chantaje de los puteros, las dinámicas del propio sistema prostituyente hacen que cuando ya no eres lo bastante nueva, cuando comienzas a deteriorarte físicamente, cuando psicológicamente ya no tienes el aguante para seguir riendo las gracias a los puteros, empieces a exponerte a prácticas cada vez más violentas y peligrosas, como permitir que te penetren sin preservativo. Si no aceptas, te encuentras en una ratonera sin salida, porque tienes que ganar al menos lo que te cuesta la habitación del prostíbulo. Cada día que pasa sin que consigas dinero acumulas deuda con tus proxenetas. Y eso contando con que hayas logrado pagar la deuda que contraes con ellos por traerte a España. No tienes escapatoria porque compites con el hecho de que siempre hay chicas jóvenes, nuevas y disponibles las veinticuatro horas y tú pasas a ser un desecho. Te toca acceder a cosas que con dieciocho años no las hubieras hecho porque eras joven, bonita y sonriente. Pero ya no lo eres porque te han destrozado.

La prostitución es el único trabajo en el que la experiencia resta puntos, por el simple hecho de que no es un trabajo. No hacemos ningún trabajo, somos solo agujeros donde los puteros eyaculan. Decir que es lo mismo prostituirse que fregar escaleras es frivolar hasta el extremo con las consecuencias físicas y psicológicas que tiene prostituirse. Lo que ocurre es que el intercambio de dinero hace que la violencia sexual quede justificada, apelando al consentimiento de las mujeres prostituidas. Pero se confunde consentimiento con resignación. En la prostitución lo que existe es la resignación para poder sobrevivir. Soy puta, esto es lo que hay, esto es lo que me toca hacer.

Durante todo el tiempo que estuve en la prostitución no conocí a ninguna mujer feliz de estar en un prostíbulo. Lo que vi fue mujeres que habían creado lazos de complicidad con los proxenetas, y que estos las utilizaban como

ganchos para captar a chicas jóvenes e inexpertas y engañarlas. Las únicas putas felices las he conocido una vez fuera y están todo el día en las redes sociales defendiendo la prostitución. Es obvio que estas chicas repiten este discurso como mecanismo de supervivencia, porque necesitan creérselo. Pero desde luego, el privilegio de unas pocas es el yugo de todas las demás, porque su discurso es el mejor marketing, la mejor publicidad para que la rueda de la prostitución siga girando. Creo que no se dan cuenta del daño, pero tampoco siento que pueda responsabilizarlas porque ellas necesitan sobrevivir. Y sin embargo, ellas no paran de hacernos responsables a las abolicionistas del estigma social que sufren por ser putas, cuando lo que hacemos nosotras es simplemente contar la realidad de la prostitución. Contar la verdad no nos convierte en culpables, sino que nos permite dejar de ser cómplices. A la gente le gustan las putas que defienden el derecho de los hombres a prostituirnos. No debería ser representativa la figura de las que ocupan el lugar del *kapo* en los campos de concentración exclusivos para mujeres y niñas vulneradas y empobrecidas que son los espacios de prostitución. Siempre ha habido y habrá quien se identifique con el agresor y actué en la misma línea, aun formando parte de la clase oprimida. No lo juzgo. Entiendo que es una manera de sobrevivir y adaptarse en contextos de mucha ferocidad. La especie humana no es ni de lejos una demostración de afabilidad y compasión constante.

Lo que sí resulta hipócrita, profundamente perverso y cuando menos peligroso, es centrar la cuestión de la prostitución en el consentimiento de las mujeres, responsabilizándolas de esta manera de su propia esclavitud y sometimiento a los deseos sexuales de los varones para sobrevivir. De la mano de mi psicóloga, la doctora Carmina Serrano, he aprendido que al no poder luchar o huir, el sometimiento es una práctica de supervivencia y una respuesta automática ligada a nuestros instintos primarios. Podremos sobrevivir —las que sobrevivimos y no acabamos asesinadas o muertas—, pero eso no es vivir y mucho menos hablamos de una auténtica emancipación de las mujeres, que es lo que perseguimos las feministas. Someterse para sobrevivir no es consentir. Uno

de los argumentos en contra de la abolición de la prostitución es la afirmación de que, si se aboliera, aumentarían las violaciones. Decir algo así implica pensar que los hombres no tienen capacidad de autocontrol y, por tanto, de estar en la sociedad. Si eso fuera así, como dice Ana de Miguel, habría que impedir que estén en el poder por irracionales, como ellos han hecho con nosotras a lo largo de la historia, excluyéndonos de los puestos de autoridad porque no podemos gestionar nuestras emociones. Esta frase debería ser ofensiva para los propios hombres, pero la asumen con total normalidad porque les viene bien preservar la existencia de la prostitución, por si acaso un día la necesitan. No se entiende cómo los hombres no se ofenden y no increpan a sus iguales diciéndoles que no pueden actuar así, si es que de verdad hemos avanzado y no vivimos en la misma sociedad primitiva de épocas pasadas.

A los hombres en general se les ha permitido desarrollarse pensando que el mundo entero gira alrededor de su pene. ¿Qué puede haber más importante? Han tenido una erección y no importa nada más, porque si no pueden acabar reventando. Para estar con alguien en la cama, no se plantean más deseo que el suyo propio. Por eso les vale la pena pagar y que las mujeres consientan. Para ellos la prostitución es sexo, pero analizándolo en profundidad, no es sexo, es dominación. La misma frase de «él desea, ella consiente» es una construcción patriarcal y deja claro quién tiene el poder. Es muy fácil entender que lo que pasa es que no reconocen nuestra humanidad, que nos consideran objetos. Pero a todas. Ellos ejercen su poder porque pueden, porque el sistema se lo consiente. Hasta ahora.

Cada vez que oigo que las mujeres ganamos mucho dinero en la prostitución me entra la risa. De hecho, no hay ninguna mujer que se haya hecho rica. Los precios los pone el prostíbulo. Quienes ganan mucho dinero son los dueños, los proxenetas, que en el Estado español se hacen llamar empresarios del ocio; del masculino, claro está. Donde hay dinero y hay poder están los hombres, no estamos las mujeres. En ninguna cabeza cabe pensar que los hombres permitirían que las mujeres manejáramos los cinco millones de euros al día que mueve la

prostitución en España. Hay toda una dinámica para pervertir el contrato inicial de que las prostitutas nos llevamos el cincuenta por ciento de lo que ganamos.

Los prostíbulos generan bienestar económico a su alrededor. Muchos se sitúan en zonas de paso, en pueblos prácticamente sin actividad económica. Los proxenetas aparecen entonces como mecenas de esos pueblos, porque hacen que se genere actividad y consumo, dan dinero para obras y por medio de sus contactos con el poder gestionan que haya mejores servicios. Así se congenian con el pueblo que además ya vive en torno al prostíbulo y a la explotación sexual de esas mujeres. Sin duda este negocio criminal va mucho más allá de las ganancias de los proxenetas, esos a los que el sector favorable a despenalizar la explotación sexual (que es lo único que queda por despenalizar en relación con la prostitución en España) llaman empresarios o patronos. De la explotación sexual de mujeres y niñas ganan estados, ONG, bancos, notarios, políticos, taxistas, comercios que hay alrededor de los espacios de prostitución... menos las mujeres. En la prostitución las mujeres no ganamos, solo sobrevivimos mientras se nos arrebatara la libertad, la dignidad, la salud física y psicológica, los derechos humanos e incluso la vida. Muchas veces he oído decir en tono de reproche que las putas no ahorramos. Que no pensamos en el mañana. Que no tenemos la capacidad de gestionar bien nuestro dinero y que lo derrochamos en caprichos. En el mundo... real, lo llamaré así, las personas en general (excepto las ricas) debemos preocuparnos para llegar a fin de mes. Preocuparnos de pagar todos los gastos de hipoteca, facturas, comida y, en general, ahí acaba el dinero (si es que llega) para las personas precarias. En el mundo de la prostitución la aplastante mayoría de las mujeres estamos atrapadas entre los dos mundos y sus respectivos gastos. Somos mujeres pobres y debemos «llegar a fin de mes» en el prostíbulo y pagar diariamente las fortunas que los proxenetas nos exigen y además participar en la economía familiar. Esas familias que reniegan de las putas, pero no tienen miramientos a la hora de vivir a su costa. Las putas no somos de nadie pero somos de todos. Las mujeres en general vivimos para otros. Las mujeres que acaban en la prostitución, por partida doble. Las cargas familiares son un hecho.

La presión cultural para que las mujeres nos ocupemos de la familia a costa de lo que sea, también. Ser para el otro. Nunca para una misma. La culpa como mando con pilas inagotables.

Muchas mujeres no salen de la prostitución porque sienten la obligación de hacerse cargo y ser el sustento de su familia. Las propias familias se aprovechan de ellas y hacen que carguen con toda la responsabilidad. Sacrificar una hija, madre, hermana y vivir de ella no es nuevo. Es la historia del patriarcado. Muchas confían el dinero a sus familias y se encuentran con que estas lo despilfarran. Y son juzgadas por confiar. Claro que entiendo ese funcionamiento. No confían por ser tontas, confían por sentirse importantes en el seno de sus propias familias. Así por lo menos son vistas, tenidas en cuenta. Aunque sea para ser despojadas. Los seres humanos anhelamos ser vistos, ser importantes para alguien. Es un anhelo que nos mueve, capaz de empujarnos a hacer auténticas locuras. Confiar en alguien si eres puta es una locura. Una de las gordas. Pero ¿cómo sobrevivir sin soñar, sin confiar, sin compartir?

Sé por experiencia que las putas somos generosas. Muy generosas. A la gente le encantamos las putas cuando somos así. Y nosotras lo sabemos. Claro que lo sabemos. Y llegamos a hacer aquello que los puteros majos hacen pero sin abusar de nadie, sino todo lo contrario. Buscamos cariño, afecto y reconocimiento en un mundo que nos detesta. A no ser que invitemos a todo y seamos la exótica alma de la fiesta. Las putas felices seducen. Todo el mundo tiene una amiga puta que es feliz y vive bien. Cada vez que doy una conferencia hay alguien que dice: «Todo esto está muy bien, pero yo tengo una amiga que...». Pues claro. Por eso la tienes como amiga. Porque no te atormenta con su historia, te paga las birras, te hace reír, te cuenta historias excéntricas y hasta puede que folles con ella como con nadie. Las putas follamos bien. Bien para los demás. Todo lo hacemos bien para los demás. Todo menos intentar dejar de ser puta feliz. Sabemos muy bien qué se espera de nosotras en cada situación y nos adaptamos. Eso es algo que hemos desarrollado a la fuerza. Adelantarnos a los deseos de los demás para complacerlos y así sobrevivir. Solo peleamos con

quien se convierte en rival. Todo lo demás lo solucionamos seduciendo. No se nos ha dejado hacer otra cosa especialmente con hombres de por medio. Enfrentarnos a los proxenetas trae problemas. Mejor seducirlos. Lo mismo con los puteros. ¿Y tú? ¿A cuántos hombres has seducido? ¿Con cuántas rivales has peleado?

Someterse puede adquirir varias formas. Dejarse hacer o hacer. ¿Y qué se puede hacer cuando solo puedes someterte? Seducir. Seducir como mecanismo de supervivencia incluido en la sumisión. No seducir para engañar, ni para disfrutar. Seducir para sobrevivir. Quizá eso pueda parecer un engaño. Y a ojos de la cultura patriarcal lo es, porque se mide a través de la mirada del opresor. Quien seduce desde un lugar de poder lo hace para instrumentalizar y sacar provecho. El jefe y la becaria. Quien seduce desde el lugar del peligro y la opresión lo hace para salvar la vida o evitar daños mayores. La película *Akelarre* de Pablo Agüero lo refleja de manera magistral.

La seducción en igualdad de condiciones no tendría nada de malo. Sería un juego divertido. Pero la seducción como única manera de sobrevivir es algo perverso y dañino para quien se ve obligada a llevarla a cabo. No solo debemos someternos, sino que debemos hacerlo desde una actitud que satisfaga al depredador. Esto es, que el depredador parezca la caza y al revés. No hay nada que genere más satisfacción en los maltratadores que aquello de parecer las víctimas, para ellos mismos y a ojos de todo el mundo. Y nosotras, las malvadas brujas. Para ello, a lo largo de estos siete mil años de patriarcado, se ha desarrollado y fijado una estructura de pensamiento individual y colectivo que alimenta el relato de los «pobres» privilegiados opresores.

LA FIGURA DE LA MAMI COMO PIEZA CLAVE PARA MANTENER EL SISTEMA PROSTITUCIONAL

Es importante hacer una distinción entre las mamis y las proxenetas. Aunque

comparten muchos aspectos —la mayoría son mujeres que fueron introducidas en el sistema prostitucional y explotadas sexualmente, por hombres principalmente, y han encontrado la manera de permanecer en esa industria criminal (cuando dejan de ser un producto rentable) aliándose con los proxenetas —, la diferencia reside en el rango de poder (superior en el caso de las proxenetas), el grado de implicación en el proceso de captación, transporte, traslado y acogida, y en especial en los beneficios económicos resultantes de su actividad. Las mamis son empleadas de los proxenetas, al igual que las personas que se encargan de la limpieza, cocinan o sirven bebidas alcohólicas en la barra de los prostíbulos. Aunque algunas veces se entremezclan estos dos roles —mamis y proxenetas— la mayoría de las mamis no participa de forma activa en el proceso de captación y explotación, ni se beneficia de un porcentaje de las ganancias.

Las mamis pueden considerarse unas trabajadoras más dentro del sistema legal de funcionamiento de prostíbulos, bajo la etiqueta de hoteles. Hay mamis que no vienen del mundo de la prostitución y en la mayor parte de estos casos son empleadas de empresas externas que facilitan servicios de limpieza y catering. Las auténticas mamis —mujeres exprostituidas— están sobre todo en la recepción y se encargan de controlar a las mujeres y hacer cumplir las normas; además, son los ojos y los oídos del proxeneta. La relación entre la mami y el proxeneta es más estrecha que la que este tiene con cualquier otra persona que trabaja —no me refiero aquí a las mujeres prostituidas, ya que no considero la prostitución un trabajo, sino, como ya he dicho, una de las formas más explícitas de sometimiento a la violencia machista— al implicar un vínculo de complicidad enfermiza a cambio de unas migajas de poder.

Analizando esta situación y teniendo claro que los daños patriarcales, que también son ideológicos, han afectado el sentido y el pensamiento de las mujeres, además de haber propuesto un pacto perverso al que muchas mujeres se han adherido, creo que la figura de la mami es clave para sostener el gran entramado que representa esta industria criminal.^[11] Es el puente que une la

distancia que hay entre prostituida y proxeneta, o mejor dicho la escalera que une los dos puntos teniendo en cuenta el desequilibrio de poder y estatus social. Esa escalera entre las mujeres prostituidas y los proxenetes considerados «respetables empresarios de la noche» es a su vez la demostración de un intento de las oprimidas de alejarse del suelo, acercarse al techo y acariciar el poder. Una vez que tomamos conciencia de que al ser prostituidas es imposible alcanzar el éxito, esto es, la riqueza económica —y con ello la ansiada libertad—, una vez que asumimos que nos han engañado y que aquello que nos prometieron no ocurrirá, solo quedan dos caminos: volver a la vida exterior y paralela del mundo «real» asumiendo el peso del fracaso aparentemente individual y enfrentar las terribles consecuencias y castigos sociales o, por el contrario, seguir en el entramado prostitucional, pero en un lugar distinto al de la puta, aunque eso tampoco ocurra porque sí, sino porque los propios puteros buscan chicas más jóvenes e inexpertas o a las que llevan un tiempo en el circuito les piden prácticas cada vez más denigrantes y más violentas por un precio inferior.

Dependiendo de muchos factores psicológicos y sociales, algunas mujeres salen y sobreviven; otras salen y mueren física o psicológicamente; otras salen y vuelven; otras se quedan atrapadas hasta la muerte (física o psicológica), y otras se quedan y ascienden a mami o a proxeneta. La posibilidad de ascenso en el mundo de la prostitución sigue estas reglas y, por supuesto, sobre el suelo pegajoso del mundo prostitucional también encontramos las escaleras rotas y el techo de cristal. Aunque se trate de una estructura criminal, las mujeres aspiran a alcanzar el éxito de los hombres, aunque en la prostitución sea prácticamente imposible que eso ocurra con el fin de mejorar la situación general de las mujeres en el mundo. Como tampoco me queda claro que una mujer alto cargo de la banca, por ejemplo, pueda mejorar la situación general de las mujeres. Las estructuras e instituciones patriarcales y capitalistas serán feministas cuando dejen de existir y no cuando hayan incorporado a las mujeres con una presencia mínima de un cincuenta por ciento.

Las mamis no suelen lucir una figura considerada femenina, más bien tienen

un aspecto andrógino, en un intento de diferenciarse de las putas y de la puta que fueron, alejar a los puteros y parecerse al opresor. Eso no es así para las que llegan al estatus de proxenetas, ya que el poder que detentan simbólicamente las aleja de sus hermanas prostitutas y de los puteros, y a la vez, necesariamente deben ser modelo de éxito para las nuevas prostitutas y para ello deben reforzar la femineidad patriarcal ligada a la seducción y la sexualización. El aspecto desexualizado de las mamis sirve a su vez para que las mujeres prostitutas no las consideren rivales y, por tanto, una amenaza a la propia supervivencia una vez dentro del sistema prostitucional, donde, como ya he explicado, las demás mujeres no se consideran iguales o amigas, sino competencia directa. Bien sabido es que las mujeres existimos en el patriarcado como cuerpo para el otro y eso incapacita que nos relacionemos como sujetos incluso entre nosotras. El grado de deshumanización es tal que los objetos-mujer no hacen amistad, los objetos-mujer son para el otro, el hombre.

La deshumanización es como una catarata en el cerebro que nubla el pensamiento y niega a otras personas su condición de seres humanos.[12] Cuando has estado deshumanizada, es posible que encuentres tentador intentar humanizarte deshumanizando a otras y ser la otredad. Deshumaniza quien es, y ‘ser’ se diferencia de ‘estar’ como ‘sujeto’ se diferencia de ‘objeto’. La deshumanización aparece siempre que un ser humano considera que se debe excluir a otro ser humano de la categoría moral de ser persona.[13]

Sistemáticamente, el patriarcado excluye de la categoría moral de ser persona a todo aquel ser humano que no representa al «hombre de verdad». Por tanto, considero que todas las personas tienen una misoginia interiorizada en mayor o menor medida. Las mamis y las proxenetas también, y además, con pocas probabilidades de cuestionarla y librarse de ella al ser «la prostitución un lugar libre de feminismo», en palabras de la filósofa feminista Ana de Miguel y al ser el feminismo lo único que puede restituir la dignidad de las mujeres, las niñas y los niños. «El feminismo, como teoría crítica y movimiento social, explora intelectualmente y lucha políticamente para erosionar esa subjetividad diseñada

para la subalternidad y para fortalecer creativamente una subjetividad colectiva e individual para la emancipación».[14] Cuenta la leyenda que circula por los prostíbulos que el nombre de «mami» surge porque las primeras mujeres que fueron vigiladas por las españolas y portuguesas veteranas provenían de América Latina, lugar del que se nutrieron las primeras redes de trata que surgieron en el Estado español cuando este se convirtió —gracias a la despenalización de la tercería locativa (el alquiler de espacios para la prostitución) en el año 1995 bajo el gobierno del PSOE— en un importante escenario de explotación sexual a nivel europeo y mundial. Puede que ellas utilizaran ese apelativo y que se haya quedado así en ese proceso en el cual la «prostitución artesanal»[15] se convirtió en una gran industria mundial ilícita: productos exóticos, importados y muy explotados sexualmente. Sin embargo, mi reflexión da un paso más allá de ese supuesto origen de la palabra que se emplea para nombrar esta figura clave y nada teorizada en el sistema prostitucional, que hoy pueden ser latinoamericanas pero también de Europa del Este, siguiendo el ciclo de las redes de trata y el origen, es decir, los países exportadores de la materia prima de esta industria criminal, las mujeres y las niñas.

Resulta imposible no vincular mami con madre y eso merece al menos una mirada atenta a esta figura maternal pero profundamente paternalista. Numerosos estudios afirman que la mayoría de las mujeres y niñas que son arrojadas a la prostitución provienen de entornos empobrecidos, violentos y de situaciones de maltrato y abandono emocional por la ausencia o la violencia de los padres y el sometimiento de las madres, quienes, a su vez, dada su cruda realidad vital, llegan a maltratar y abandonar emocionalmente a sus hijas e hijos. «Por supuesto que intentar entender las aportaciones de la situación y del sistema a la conducta de cualquier persona no excusa a la persona ni la exime de responsabilidad por la comisión de actos inmorales, ilegales o malvados», pero «es importante pasar de la persona a la situación y de la situación al sistema».[16] El propio sistema patriarcal exalta la figura de la madre y a la vez impide que las mujeres puedan ejercer una maternidad digna, no abyecta. ¿Cómo se

puede ser para el otro —y por tanto no ser nadie— y a la vez educar en respeto e igualdad? El patriarcado enferma a las mujeres.

«Si la madre está enferma, alterada o es prisionera del marido o de una sociedad rígida, los niños adquieren estilos de apego poco tranquilizadores o pasivos. Si sobreviene un accidente, estos niños son vulnerables. Solo pueden tejer una resiliencia si encuentran adultos motivados y formados para este trabajo, cosa que depende básicamente de quienes toman las decisiones políticas.»^[17] Sin embargo, con lo que nos encontramos es con más violencia y con personas adultas formadas para no dejar de manipularnos, deshumanizarnos y dañarnos profundamente. La mami es la madre que siempre añoramos, es quien tiene experiencia, nos enseña, nos protege del peligro y cuida de nosotras, todo esto en apariencia, mientras que en realidad representa la figura del poli bueno en contraposición al malo, que es el proxeneta; y poli bueno y poli malo tienen un interés común: que el negocio siga funcionando con el mejor producto disponible: mujeres sonrientes y siempre dispuestas, a poder ser. Las mami nos controlan, pero también nos secan las lágrimas y nos animan a salir al salón a «comernos el mundo». Cuando la mami no puede mantener el orden, interviene el proxeneta con violencia. Las mujeres corren a los brazos de la mami y la historia vuelve a empezar. Sin la figura de la mami no sería soportable la violenta experiencia concentracionaria. Nos rebelaríamos mucho antes. En el fondo confiamos y nos entregamos instintivamente a las mujeres, a aquellas que no despiertan rivalidad. Los proxenetas lo saben y por eso las utilizan a ellas para utilizarnos a nosotras.

El hecho de que se investigue o denuncie a un porcentaje elevado de mujeres por trata de mujeres —es el tipo de delito en que un porcentaje mayor de mujeres participa junto a los hombres— creo que se debe a dos cuestiones. La primera es lo funcionales que resultan las mujeres en esta institución donde el patriarcado recurre a todo aquello propio de las mujeres que le sea útil —maternidad y sexualidad— (por tanto, hablamos de una invitación abierta de los proxenetas a que participen); en un segundo lugar, la propia aceptación de las

mujeres a participar por lo normalizadas que están la misoginia y la violencia contra las mujeres. Quizá en otros delitos no suelen implicarse las mujeres justamente porque existe una dimensión moral que los califica de inadecuado, peligroso o violento: por ejemplo un robo, vender armas, vender drogas, violar, matar...; sin embargo, no existe esta dimensión moral y sociopolítica reconocida y aceptada universalmente en lo relativo al maltrato, la deshumanización, la cosificación y la actividad de prostituir a mujeres, sino más bien toda una normalización y banalización nacida en el patriarcado y reforzada por el capitalismo neoliberal. Las mujeres participan en esos delitos porque no les parecen violentos y porque los hombres se lo permiten, pues no suponen ningún peligro para su masculinidad. Además, estos tienen la certeza de que si algo sale mal, las mujeres serán doblemente juzgadas y castigadas. Por la sociedad y por la justicia, ambas patriarcales. Y mientras eso ocurre el foco no estará puesto en ellos. También creo que no les genera mayor conflicto moral debido a la interiorización de la disociación, la propia pérdida de identidad y la imposibilidad de verse fuera del contexto prostitucional.

La trata con fines de explotación sexual en la prostitución y la pornografía. ¿Hay una prostitución mala y una buena?

Para hablar de la trata con fines de explotación sexual debemos hablar primero de la prostitución como institución fundacional del patriarcado y como sistema.

La palabra ‘prostitución’ procede del latín *prostituere* y significa, literalmente, «exhibir para la venta». La última resolución del Parlamento Europeo aprobada en la estrategia de la Unión para la igualdad de género define la prostitución como «una forma de esclavitud incompatible con la dignidad humana y sus derechos fundamentales» y donde «todos los actos íntimos se rebajan a un valor mercantil y el ser humano queda reducido a mercancía o instrumento a disposición del cliente».

Según la RAE la prostitución es la «Actividad de quien mantiene relaciones sexuales con otras personas a cambio de dinero». ¡Uy! Qué rápido se adapta la Academia a nombrar personas como genérico para ocultar quién paga y quién cobra, quién compra y quién vende. La definición de la RAE ¿muestra la realidad? ¿O la esconde?

Las siguientes definiciones de la prostitución sí que exponen la realidad:

Ana de Miguel: «Institución que ofrece a los hombres cuerpos de mujeres de libre acceso por un precio variable».

Enrique J. Díez Gutiérrez: «Pago con bienes económicos o de otro tipo (...) para la obtención de placer sexual del “cliente” o “prostituidor”».

Victoria Sau: «La prostitución es una institución masculina patriarcal según la cual un número indeterminado de mujeres no llega nunca a ser distribuido a hombres concretos por el colectivo de varones a fin de que queden a merced no de uno solo, sino de todos aquellos que deseen tener acceso a ellas, lo cual suele estar mediatizado por una simple compensación económica».

Otra aproximación al concepto de prostitución puede ser definir qué no es. En este sentido, según Rosa Cobo, la prostitución no es una actividad económica contractual entre mujer prostituida y varón demandante, sino una relación de poder y explotación sexual. Alicia Pulleo hace suyas las palabras de Colette Guillaumin, socióloga y feminista francesa, y afirma: «Las mujeres en tanto que colectivo dominado han sido apropiadas por los hombres y rebajadas al rango de objeto sexual. La mujer reducida a sexualidad, y una sexualidad controlada. La apropiación de forma colectiva se da en la prostitución. La denota el apelativo de mujer pública».

Podemos escuchar a algunas de mis hermanas, mujeres que han salido de la situación de prostitución, que ofrecen testimonios en el libro *Ninguna mujer nace para puta*, de Sonia Sánchez.[18] En él, la autora define el «trabajo sexual» como la penetración por boca, vagina y ano, como ya hemos visto; la prostitución, como un campo de concentración; y el Estado que lo permite, como un Estado proxeneta. A lo largo de la historia, la prostitución ha tomado

diferentes formas y ha sido utilizada estructuralmente para someter a las mujeres. Como afirma Celia Amorós, el patriarcado se constituye mediante un sistema de prácticas reales variables para adaptarse al medio. Asimismo, Victoria Sau considera que la prostitución es el primero de los contratos no escritos del patriarcado a través del cual los hombres estipulan los criterios de reparto para el acceso al cuerpo de las mujeres. Carol Pateman explica que este contrato se llevó a cabo bajo la premisa de una mujer para cada varón y unas pocas para todos los varones.[19]

Para abordar esta problemática desde una perspectiva amplia es necesario incorporar la óptica feminista y la de los derechos humanos. La perspectiva feminista, porque los causantes principales de la prostitución son los prostituyentes —un 39 por ciento de los hombres del Estado español reconoce haber consumido prostitución—, y es donde hay que centrarse para la transformación social a favor de la igualdad de hombres y mujeres en la sociedad para acabar con las masculinidades violentas. Y porque la prostitución es uno de los pilares principales y primarios del sistema patriarcal. Es un problema relacionado con la desigualdad de género, simplemente, porque el 95 por ciento de las personas víctimas de trata con fines de explotación sexual o prostitución son mujeres y niñas.[20] Por lo que tiene que ver con las condiciones materiales y simbólicas de la posición de las mujeres respecto de los hombres. Sin olvidar la perspectiva interseccional, porque, en palabras de Rosa Cobo, la prostitución es un fenómeno social que se desarrolla en el marco de tres sistemas de dominio: el patriarcal, el capitalista neoliberal y el racial/cultural.[21]

Hay que abordar la problemática también desde la perspectiva de los derechos humanos, porque las normas de derecho internacional y de derechos humanos reconocen que la prostitución es una violación de los derechos de las personas. Además, ponen de manifiesto que la prostitución y la trata con fines de explotación sexual son fenómenos indisolubles. Algunos de los derechos vulnerados son:

- Derecho a la dignidad humana
- Derecho a no sufrir esclavitud, servidumbre forzada
- Derecho a no sufrir prácticas de tortura u otras formas de trato inhumano o degradante
- Derecho a la salud
- Derecho a no ser discriminada por razón de género
- Derecho a la integridad física y mental
- Derecho a la libertad y seguridad
- Derecho a la libertad de movimiento
- Derecho a la vida
- Derecho a la vida familiar y a la intimidad

La Declaración Universal de Derechos Humanos (1948), fuente de derecho para todos los países miembros de la ONU, establece que «la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana».[22]

El Convenio para la Represión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena aprobado por la ONU en 1949 fue ratificado por el Estado español en 1962 y despeja cualquier duda sobre la incompatibilidad de la prostitución con la dignidad humana: «Que la prostitución y el mal que la acompaña, la trata de personas para fines de prostitución, son incompatibles con la dignidad y el valor de la persona humana y ponen en peligro el bienestar del individuo, de la familia y de la comunidad».

El Convenio para la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), ratificado por el Estado español en 1983, establece en su artículo 6 que «Los Estados Parte tomarán todas las medidas apropiadas, incluso de carácter legislativo, para suprimir todas las formas de trata de mujeres y explotación de la prostitución de la mujer».[23]

Asimismo, en el Estado español se han promulgado otras leyes cuyo objetivo es avanzar en materia de igualdad de género.

La Ley Orgánica, 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres; esta ley determina que:

Las mujeres y los hombres son iguales en dignidad humana, e iguales en derechos y deberes. Tiene por objeto hacer efectivo el derecho de igualdad de trato y de oportunidades entre mujeres y hombres, en particular mediante la eliminación de la discriminación de la mujer, sea cual fuere su circunstancia o condición, en cualesquiera de los ámbitos de la vida y, singularmente, en las esferas política, civil, laboral, económica, social y cultural para, en el desarrollo de los artículos 9.2 y 14 de la Constitución, alcanzar una sociedad más democrática, más justa y más solidaria.[24]

A pesar de lo expresado en la ley, la efectividad de la igualdad entre hombres y mujeres sigue siendo inalcanzable, mientras exista la prostitución, y el mal que la acompaña, la trata.

El Plan Integral de Lucha contra la Trata de Mujeres y Niñas con Fines de Explotación Sexual afirma que «La trata de personas es un crimen que no es neutral en términos de género: la trata de seres humanos afecta a las mujeres de manera desproporcionada, no solo por registrar la mayor parte de las víctimas, sino porque las formas de explotación a las que son sometidas suelen ser más severas, en especial la trata con fines de explotación sexual».[25]

La transformación de la prostitución artesanal en una gran industria mundial ilícita está causalmente vinculada a la aparición del capitalismo neoliberal y las políticas económicas neoliberales.[26] Saskia Sassen señala que, a partir de los años ochenta comienza el capitalismo neoliberal, que provocó transformaciones muy significativas en el capitalismo que precarizan la vida de las personas que habitan el planeta y de una forma particular de las mujeres.[27] Hay algunos países que no se pueden enganchar a la economía global, una buena parte de Asia, América Latina y África encuentran en las economías ilícitas —la industria armamentística, la industria del sexo y el narcotráfico— la posibilidad de reconstruir su economía.

La prostitución, por tanto, forma parte de las estrategias de desarrollo de determinados estados, según Poulin.[28] Las mujeres entran, por circuitos semiinstitucionalizados, en las estrategias del desarrollo a la industria del sexo y del espectáculo a través de las remesas de dinero que envían a sus países, según Sassen. Por ejemplo, en el caso de Filipinas suponen la tercera mayor fuente de divisas extranjeras.[29] Son formas legales para transitar realidades no legales, lo que Manuel Castell denomina la economía criminal. En definitiva, estas economías ilícitas son imprescindibles para la acumulación del capital en el siglo XXI.

El masivo incremento en las últimas décadas de la demanda de prostitución y la aceleración del crecimiento de la industria de la explotación sexual es una realidad material. Al menos conocidos, hay mil setecientos clubs de alterne en el Estado español, documentados por el entramado de ingeniería financiera de la sociedad Larratruk, situada en un pueblo guipuzcoano, sociedad a la que se acogía el 90 por ciento de estos, según Zelaieta, sin contabilizar los pisos, que con la pandemia han ido en auge.[30] En palabras de Rosa Cobo, «La prostitución de hoy es la consecuencia tanto de la reconfiguración del capitalismo neoliberal como de la reestructuración de los patriarcados contemporáneos».[31] Actualmente, forma parte de la industria transnacional del ocio y desde el año 2014 está incluida en la contabilidad del producto interior bruto (PIB) del Estado español.

El sistema prostitucional, siguiendo a Rosa Cobo, se desarrolla dentro del marco de tres sistemas de dominación fundamentales; el sistema de dominación patriarcal, el capitalista y el sistema de dominación racial-cultural.[32] Y, además, en dos procesos de reestructuración, de las políticas patriarcales y de las políticas capitalistas. Por tanto, son principales la dimensión patriarcal y la dimensión capitalista. El patriarcado no se puede entender en estos momentos sin su joven pareja de hecho, el capitalismo.

La socióloga y feminista Eva Illouz, en su libro *El capital sexual en la modernidad tardía*,[33] señala que en la era actual el capitalismo comprende que

lo único que posibilita un consumo infinito son los cuerpos y las emociones. Propone el concepto de capital sexual, ampliando el concepto de capital de Pierre Bourdieu, para explicar cómo actualmente un individuo puede usar de manera legítima su cuerpo y su belleza para adquirir valor económico. Esa sexualización creciente se produce en un contexto en el que el individuo se convierte en mercancía y la sexualidad se coloca en la agenda cotidiana de hombres y mujeres a través de la publicidad, la moda, la belleza, la pornografía y la prostitución. Además, estas dinámicas de la exaltación de la sexualidad se han convertido en un caldo de cultivo para la prostitución, lo que Sheila Jeffreys define como la cultura de la violación en su libro *La industria de la vagina*.^[34]

El informe a nivel mundial que cada dos años presenta la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC)^[35] sobre la trata de personas señala en el de 2019 que el 72 por ciento de las víctimas detectadas en 2018 son mujeres; el 49 por ciento, mujeres adultas y el 23 por ciento, niñas, lo que representa un incremento con el informe anterior de 2016. La mayoría de las víctimas detectadas, el 82 por ciento, son objeto de trata con fines de explotación sexual, mientras que el 18 por ciento son víctimas de explotación laboral. Por lo tanto, la trata en la mayoría de los casos supone el medio por el cual las mujeres llegan a la situación de prostitución.

¿Qué es la trata con fines de explotación sexual?

La trata no es un fin en sí mismo sino un medio a través del cual se llega al fin, la explotación sexual. La trata marca la entrada en el sistema prostitucional y a este delito se le suma uno más: la explotación sexual. El hecho de captar, trasladar o acoger a una persona con la intención de explotarla sexualmente es un delito en sí, se haya consumado la explotación o no. Eso es la trata. En el caso de llegar a darse la explotación, hablaríamos de un delito añadido. Resulta fundamental diferenciar estos dos conceptos a la hora de entender dónde está la

trampa del discurso proxeneta, que empapa a conciencia el relato social, político y cultural.

Las noticias que se dan sobre la trata refuerzan por lo general el imaginario de que la trata consiste en mujeres encerradas, obligadas de manera violenta, encadenadas. Los medios de comunicación han desempeñado un papel fundamental para ayudar al proxenetismo y a sus intereses en este sentido. No es de extrañar que el *lobby* proxeneta ponga mucho empeño en crear contenido y guías para periodistas sobre cómo deben tratar esta cuestión. Muchas personas profesionales de la comunicación ni siquiera son conscientes de que participan activamente en la construcción y difusión de un discurso y un imaginario colectivo que beneficia a esta industria criminal, cuando lo único que pretenden es informar. Entiendo que estas personas también están atrapadas en las dinámicas neoliberales de la precariedad y de las prisas por generar contenido sobre cualquier tema y sin profundizar en nada. Especializarse es algo al alcance de pocas personas. Sin embargo, esto no quita que tengan una responsabilidad enorme y deban ser consecuentes y conscientes del lado de quién se posicionan con su relato.

No puedo dejar pasar la ocasión de aclarar que el concepto «trata de blancas» es obsoleto y racista, por tanto, está fuera de lugar. Este era el término utilizado cuando el comercio de mujeres negras estaba permitido. Tras la abolición de la esclavitud, la trata de todas las mujeres constituye un delito. Sorprende que hasta algunos profesionales de la comunicación siguen utilizando este término. Lo correcto es hablar de trata de personas con fines de explotación sexual o, para mayor concisión, trata de mujeres y niñas con fines de explotación sexual.

Para comprender cómo el discurso proxeneta se ha instalado en nuestras mentes es necesario hablar del *lobby* proxeneta. En palabras de Taina Bien-Aimé, abogada y directora de la Coalición contra la Trata de Mujeres —CATW por sus siglas en inglés—, en una entrevista concedida a geoviolenciassexual.com,^[36] *Lobby* proxeneta es un término que usamos para describir un sistema, unas instituciones y unos individuos que promueven el

comercio sexual o se benefician de él. Por ejemplo, lo que la mayoría de la gente y los medios no saben es que la expresión «trabajador/a sexual» fue inventado en los ochenta por un grupo de proxenetas condenados y otras personas con intereses financieros directos o indirectos en el comercio sexual. Acuñaron este término para normalizar la prostitución. La prostitución no es ni «sexo» ni «trabajo, sino violencia sexual de hombres contra mujeres. Aun así, treinta años después, vemos cómo el cada vez más exitoso *lobby* proxeneta ha estado vendiendo la demanda de sexo, el proxenetismo y la prostitución como una celebración de la «agencia» de las mujeres o su «consentimiento».

Hablando de *lobby* proxeneta y por poner un ejemplo, en la *Guía para periodistas* elaborada por Redtralsex (una poderosa supuesta red de «trabajadoras sexuales» de América Latina y el Caribe,^[37] de la que forma parte AMMAR, la hermana mayor y argentina de OTRAS, el «sindicato» de «trabajadoras sexuales» de España. Varias dirigentes de AMMAR tienen sentencias firmes o son investigadas por trata y/o explotación sexual), dice textualmente que «se debe diferenciar entre trata de personas, explotación laboral y trabajo sexual autónomo». Para analizar esto debemos ir por partes.

Fue al leer la definición presente en el artículo 3 del Protocolo de Palermo contra la Trata cuando me identifiqué como víctima de trata, después de siete años de salir de la prostitución. El *lobby* proxeneta tergiversa y dice que la trata es lo que ocurre sin el consentimiento de una persona, lo que se hace en contra de su voluntad.

En la citada guía se define la trata con fines de explotación sexual de la siguiente manera: «La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad» (hasta aquí citan el Protocolo de Palermo y cierran las comillas justo cuando venía la parte de «para obtener el consentimiento de una persona, que tenga autoridad sobre otra con fines de explotación») para sacarse de la manga lo siguiente: «para obligar a una persona a prestar servicios

sin su consentimiento. La trata de personas con fines de explotación sexual es solo una forma que adquiere este delito. El elemento distintivo de la trata es la retención en contra de la voluntad o el secuestro de documentación, el sometimiento por maltrato o amenaza de atentar contra la vida, el encierro y la obligatoriedad de realizar actividades en contra de la voluntad expresa de la persona víctima».

¡Menuda vuelta a la tortilla! En tres líneas y dos tempos, la finalidad —la explotación sexual— ha dejado de ser relevante y lo que ahora importa es si la víctima manifiesta de manera expresa su disconformidad. Lo peor de esto es que hasta en el movimiento feminista se ha colado este discurso. Sí. Nosotras, que llenamos las calles gritando «Hermana, yo te creo» cuando *machirulos* varios decían por activa y por pasiva y en todos los espacios posibles que los cinco violadores de los Sanfermines no eran violadores porque las barbaridades que cometieron no fueron en contra de la voluntad expresa de nuestra hermana. Ahí veíamos claramente la situación de vulnerabilidad y el gran desajuste de poder. Nosotras mismas ahora tenemos un falso debate «gracias» al *lobby* proxeneta y juzgando una situación de extrema y sistemática violencia machista en función de la existencia o no de una respuesta explícita por parte de las víctimas. Desnudas literalmente ante el crimen organizado y con el movimiento feminista discutiendo sobre la voluntad o la falta de ella. Me hierve la sangre. Me enerva a más no poder cuando caemos en la trampa de los proxenetes y debatimos sobre cuestiones que aplicadas a las mujeres decentes ya hemos superado o lo teníamos claro desde un principio. Lo único que me tranquiliza es saber que las abolicionistas somos mayoría y cada vez más. Aun cuando tenemos que enfrentar discursos creados desde la academia. Demasiadas académicas están creando contenido regulacionista. Sí, las mismas que dicen que no se puede hablar de prostitución sin ser o haber sido prostituta crean contenido o abrazan el contenido generado por aquellas que frivolizan con las secuelas y traumas que deja el paso por la prostitución.

Hablar de «trabajo sexual» no es inocuo. Hablar de «trabajadoras sexuales»

tampoco. Adquirir este lenguaje implica ser consecuente con lo que implica a continuación. Y lo que implica es que los proxenetas deben ser considerados meros «empresarios» o «patronos», la explotación sexual mera «explotación laboral», «el trabajo sexual autónomo» implica que puede haber «trabajo sexual por cuenta ajena», un «sindicato de trabajadoras sexuales» implica que debe haber «una patronal proxeneta» y podríamos seguir. No estamos en contra de este concepto por capricho. Tenemos motivos y argumentos de sobra. Las mujeres en situación de prostitución pueden organizarse. El asociacionismo es un derecho democrático. Pero aquí no hablamos de una asociación. Un sindicato es otra cosa y tiene otras implicaciones. Implicaciones que no estamos dispuestas a aceptar.

Muchas víctimas de trata no nos reconocemos precisamente porque nos dicen que lo hemos elegido, consentido y que tenemos que apegarnos con lo que nos pasa: ser explotadas sexualmente. Esta visión deja fuera de cualquier consideración el hecho de que no tenemos capacidad ni emocional, ni cultural, ni psicológica, ni intelectual, ni económica, ni política para que nuestro consentimiento sea de verdad un ejercicio de libertad. Además, ¿puede el consentimiento eximir de responsabilidad a un criminal? Sí. Siempre que lo que haga no sea considerado un crimen. Hay una enorme tolerancia hacia los puteros y proxenetas.

Al hablar sobre el proceso de fabricación de putas hago referencia a la violencia sexual a la que somos sometidas desde muy jóvenes, muchas veces coincidiendo con la pubertad. El desamparo del Estado y de la sociedad y la cultura patriarcal es el escenario perfecto para domesticar a niñas y transformarlas en materia prima para el gran negocio de la explotación sexual. Violaciones colectivas y repetidas como aleccionamiento, responsabilizar a las niñas de su destino y la marginalización a través del estigma de puta hace que veamos en los tratantes a nuestros salvadores y en la prostitución, nuestra única salida. Los argumentos de la puta empoderada los asumimos como si fueran la verdad absoluta. Nuestros tratantes, proxenetas y puteros ponen mucho interés

en hacernos sentir libres y poderosas. Superiores de alguna manera a las otras, las mojigatas que no aprovechan su cuerpo para manejar a los hombres, provocarlos. Y así aprovecharnos de su dinero y su supuesta debilidad por el sexo. Otra vez los «pobres» privilegiados.

Siempre nos alimentaban la idea de que ese era simplemente un trato entre adultos y que todas las partes ganaban. Las que no lo veían así eran las estrechas, las otras, que eran unas reprimidas sexuales y unas amargadas. Nos decían que si éramos listas en un par de años habríamos ganado una fortuna y que nos podríamos retirar y vivir la vida que quisiéramos. Muchos de esos hombres eran incluso nuestros novios o maridos. Y cómo no íbamos a creer en lo que nos decían si eran la única fuente de reconocimiento que teníamos. Necesitábamos creer en algo, en alguien. Tener un plan. Un sueño. Una meta. Y la meta siempre es vivir sin violencia, dejando atrás la vida anterior, incluida la prostitución. Pero el pasado siempre vuelve. O nunca se va cuando lo tienes pegado a la piel. Sobre todo cuando no hay un reconocimiento del daño causado y una reparación de este. Y una sociedad que vive en la ignorancia (elegida o no) nunca podrá ser justa.

El patriarcado se ha encargado de fabricar la imagen de la «víctima perfecta», totalmente intoxicada por una connotación negativa. A las mujeres nos cuesta mucho identificarnos como víctimas porque parecería que somos culpables de algo. Culpables de confiar, de creer, de intentar salir adelante, de caer en situaciones denigrantes o violentas, de no poder salir de ellas, culpables de no aparentar lo que se espera de una víctima... Culpables. Este mecanismo de no reconocerse como víctima (sujeto inocente cuyos derechos han sido vulnerados por un agresor) le es muy útil al patriarcado, ya que si no hay víctimas no hay agresores. Y si no hay ni víctimas ni agresores, el Estado no tiene nada que reconocer, proteger, reparar y garantizar. El mecanismo perfecto para seguir destruyendo mujeres, niñas y niños impunemente. Siguiendo este esquema, las putas somos culpables por naturaleza (patriarcal). ¿Por qué, si no, solo se

reconoce como engaño el hecho de no saber en absoluto que veníamos a la prostitución?

¿Qué pasa?, que si lo sabías ¿te mereces todo lo malo que te pase? ¿No es también un engaño que te digan que en un par de años vas a ser libre de hacer aquello que quieras o te oculten las repercusiones que tendrá sobre tu salud ser babeada, manoseada, penetrada por todos los agujeros, dormir hacinada, disociarte constantemente hasta el punto de no saber quién eres y de incluso no reconocerte en el espejo, perder tu identidad, hacer cola para comer y dormir cuando te dejan, ser y hacer la *performance* que otros quieren, ver pornografía todo el día, consumir alcohol y cocaína para resistir a ese campo de concentración? En la entrada a los campos de concentración nazis ponía «El trabajo os hará libres». Eso mismo nos repetían una y otra vez los proxenetas, los dueños de esos prostíbulos llamados locales de alterne. Y en todo momento nos sentíamos culpables de haber hecho una mala elección, sin tener herramientas para analizar la opresión y la discriminación en virtud del género, clase y raza. Nos preguntaron y dijimos que sí. Hemos consentido. Y como en toda la vida de las mujeres, parece que esa sí es una condena permanente e irrevisable.

Desde el desconocimiento y la buena fe a veces, o con intereses claros y auténtica maldad otras, se plantea que reconocer la prostitución como un trabajo ayudaría a las mujeres. No es necesario hacer crueles experimentos para saber que la legalización de la prostitución solo beneficia a los proxenetas y los puteros. Podemos mirar el infierno de Alemania, Países Bajos o Nueva Zelanda o lo que en Suecia se llama Ley de Paz para las Mujeres o Modelo Nórdico, implementado en cada vez más países que apuestan por garantizar los derechos humanos de las mujeres, las niñas y los niños.

En España, sin contar con las desapariciones y los suicidios, desde 2010 hasta hoy al menos cincuenta y cuatro mujeres prostituidas han sido brutalmente asesinadas por puteros en un 66 por ciento de los casos según Feminicidio.net, donde se documentan, entre otros, los «feminicidios por prostitución», término acuñado por Graciela Atencio,[\[38\]](#) directora de este reconocido observatorio de

la sociedad civil contra la violencia machista. ¿Deberían considerarse estos crímenes machistas «accidentes laborales»? Para nosotras eso sería inadmisibile y por ello exigimos que formen parte de las cifras oficiales de asesinatos machistas.

Al igual que las víctimas de violencia de género en el marco de la pareja, las víctimas de prostitución necesitamos que el Estado ponga todos los medios para poder alejarnos de esa situación de violencia y maltrato, garantizando nuestra protección y reparación mientras persiguen y castigan a proxenetas y puteros y a la vez fomentan la educación sexo-afectiva feminista. Nosotras, las supervivientes, también necesitamos tomar distancia en tiempo y lugar para poder asumir, analizar y poner palabras a las situaciones vividas. Escuchad las voces de las supervivientes, creednos y no permitáis que bajo el lema «El trabajo os hará libres» se sigan perpetuando la deshumanización, la aniquilación, la tortura, la crueldad, la despersonalización y la asolación de la dignidad humana. La prostitución no es un trabajo, es esclavitud. Y los prostíbulos son auténticos campos de concentración exclusivos para mujeres.

Consecuencias de la prostitución para la salud física y psicológica de las mujeres

Llevo días dándole vueltas al tema de este capítulo. Y cada vez que pienso en ello y quiero ponerme a escribir la mente se me queda en blanco y el cuerpo se me tensa. Estos días he dormido muy mal y han vuelto las pesadillas. Casi todas podrían resumirse en una, muy recurrente: estoy buscando desesperadamente afecto en otras personas y un hogar. Y cada vez que creo que me acerco a algo que se le asemeja aparecen distintos personajes, hombres y mujeres, que no solo me impiden avanzar sino que me obligan a pelear para defenderme. No cedo con facilidad. Lucho cada partida porque el corazón me dice que aquello que intento alcanzar y está tan cerca merece la pena. Y pierdo siempre porque la fuerza del

enemigo siempre es más y más brutal. Me retiro sin dar la espalda al demonio. No por dejar de verlo, sino por fijarme un poco más en lo que tiene detrás: mi hogar y gente dispuesta a mostrarme afecto y reconocimiento. Volveré, me digo a mí misma. Y de pronto me encuentro en un callejón sin fin, oscuro, mojado y frío. Me duele todo. Siento mucho frío y tristeza. Siento el peligro cerca. No lo veo, porque está oscuro, pero lo siento. Y en la noche de mis sueños hay hombres que se me echan encima, rompen mi ropa y me desnudan. Y miles de manos me tocan, me invaden, me agreden. Me despierto de la pesadilla llorando y gritando, sentada en la cama, y con el cuerpo agarrotado. Por suerte hay una pequeña luz que me vela y me ayuda a volver al presente. Es un truco que pongo en práctica desde hace muchos años. No evita mis pesadillas, pero sí me ayuda a conectar antes con la realidad cuando me despierto. Porque despertar en la oscuridad alarga mi pesadilla al no poder distinguir dónde estoy y cuándo es. Y tengo ataques de pánico. La lucecita que vela mis sueños es una lámpara infantil. Al lado siempre hay un pequeño búho de madera que me regaló mi hermana hace muchos años. Vaya donde vaya me llevo estas dos cosas. Me ayudan a reconectar con la vida en presente.

Me gustaría poder explicar todo el daño que nos causa la prostitución. Me gustaría ser capaz de hacer entender a la sociedad todo el daño y el sufrimiento que nos genera ser instrumentalizadas, cosificadas, mercantilizadas y despersonificadas. Estoy muy harta de ver cómo se banaliza o directamente se frivoliza con la prostitución, negando las graves consecuencias que tiene sobre la salud de las mujeres esta práctica e incluso negando lo más evidente. La prostitución no es inocua, ni mucho menos. Todo lo contrario. Hay miles de testimonios de supervivientes que relatan el horror sufrido antes, durante y después, en este *continuum* de la violencia machista que representa la fabricación de las putas, su explotación y su anulación. Porque la prostitución no empieza el primer día en el prostíbulo y acaba en el último. Va más allá.

Siempre digo que hace catorce años que salí de la prostitución físicamente. Aunque esto es algo relativo, porque sigo saliendo de la prostitución todos los

días psicológicamente. Y al hacerlo psicológicamente lo hago físicamente también. Hasta no hace tanto no lo habría dicho o pensado así. Ahora, tras dos años de terapia y gracias a Carmina Serrano, sé que soy cuerpo y no que tengo en propiedad un cuerpo. La integración es lo más complejo y doloroso que he experimentado en estos últimos años. Duele volver a la vida. Duele tanto como cuando me la robaron. Me acostumbré a vivir sin vida. Y pensaba que no sentía nada porque estaba bien. En realidad no sentía nada porque estaba totalmente desconectada de mis emociones debido a la disociación. Es ahora cuando empiezo a sentir. Incluso descubro olores y sabores que no sabía o no recordaba que existían. Y es abrumador. Paso días enteros llorando. Siento miedo porque soy consciente de mi vulnerabilidad. Y ser consciente de mi vulnerabilidad me lleva a recordar que cuando era humana me hicieron mucho daño. Hasta convertirme en una cosa para los demás. Hasta el punto de sentir que existía solo cuando era elegida para ser usada. Y buscaba ser la elegida, la más puta entre las putas, porque era lo único que me daba valor en ese mundo al que me habían empujado.

Me han preguntado muchas veces cómo he vuelto a tener relaciones sexuales después de la primera violación, porque la gente imagina que esa experiencia me habría traumatizado hasta el punto de detestar los encuentros sexuales. En lo primero aciertan, me traumatizó. En lo segundo, se equivocan. En general se da por hecho que tras sufrir un episodio de violencia sexual vivimos la sexualidad desde el miedo y el rechazo. Ese es un extremo, sí. Pero está el otro, el más común e incomprensible: repetir compulsivamente, en una espiral sin fin, aquella situación que nos ha traumatizado, en un intento de tener el control sobre ella a la vez que seguimos castigándonos y destruyéndonos con la colaboración esencial de quienes abusan de su poder. Esto no ocurriría en un mundo donde las relaciones afectivo-sexuales se dieran en un marco ético, feminista, de cuidados y bienestar. Desconocer el funcionamiento de la mente humana y su respuesta ante el trauma facilita y refuerza un relato social que culpabiliza a la víctima, y queda en un plano anecdótico e individual un problema complejo y global.

Lo último que necesitamos las víctimas de violencia sexual es un mercado de la explotación sexual. Aun así, hay quien se empeña en legitimarlo y consolidarlo en nombre de la libertad de quienes hemos sufrido el robo de la identidad y de la integridad moral y física. Tras ese atentado y sin reparación del daño causado, es perverso y profundamente dañino hablar del consentimiento de las colonizadas y no del proceso sistemático de colonización del cuerpo y la mente de las mujeres con el fin de explotar el único bien que el mercado considera valioso: el cuerpo. Ni al patriarcado ni al capitalismo le interesa nuestro valor como seres humanos íntegros, capaces de crear pensamiento, sentimientos y valores. Somos humanas convertidas en cuerpos. Cuerpos para procrear, para penetrar, cuerpos desconectados de la vida propia, cuerpos al servicio de los demás. Vidas destruidas.

Habían destruido mi ser hasta el punto de no verme valor alguno sin la existencia de los puteros. Es lo que nos pasa a las mujeres maltratadas. Que solo existimos a través de la mirada del agresor. Nos convencen de que sin nuestros agresores no somos nada. Es angustiante sentir que se es poco, pero lo es más temer ser menos aún. No es por gusto. Es por sobrevivir agarrada a un clavo ardiendo. Cada vez que un putero me elegía sentía una mezcla de miedo, asco, orgullo, tranquilidad y satisfacción que dejaría K.O. a cualquiera. Esa tormenta de sensaciones que chocan entre sí son el espejo de una lucha interna por sobrevivir entre lo que fuiste, una humana, y lo que eres, una marioneta en manos del sistema prostitucional. Ser la elegida no solo genera beneficios económicos para terceros. En realidad a los proxenetas les importa poco quién es la elegida, porque su interés no es que una sea elegida muchas veces, sino que haya muchas mujeres, más que puteros. Así nos pueden cobrar en concepto de alojamiento unos precios abusivos para dormir hacinadas; la variedad y abundancia del producto —nosotras— alimenta la fama del negocio entre sus clientes —los puteros—, y entre nosotras se generan dinámicas de competitividad atroz, en un sálvese quien pueda. Ser la elegida es ser la

ganadora de una competición perversa cuyo premio se entrega en el pódium de la despersonalización.

Es difícil explicar algo que en el imaginario colectivo tiene otra forma totalmente opuesta. ¿Cómo explicar que en ocasiones llegamos a sentir placer sexual y tenemos orgasmos con los puteros sin que con ello el mundo entero dé por hecho que eso significa que no es tan malo ni nos hace tanto daño? Cuando te secuestran la voluntad, pierdes la identidad y asumes que eres un objeto sexual, ¿qué puede ser más placentero que ser la mejor puta? Cuando todo gira alrededor de la sexualidad de los hombres y su placer, ¿cómo encontrar otra manera de sentir poder que no sea convirtiéndote en una máquina expendedora de eyaculaciones para hombres? El discurso del *lobby* proxeneta es peligroso para las mujeres en general, pero de manera especial para las mujeres que han sufrido la violencia sexual. Creo que el discurso abolicionista se equivoca al intentar convencer de que ninguna mujer puede disfrutar puntualmente de ser prostituida o disfrutar del sexo en la prostitución. Desde mi punto de vista es un error, y además debería ser irrelevante. ¿Qué más da que una noche te topes con un putero majo, guapo, que huele bien y que encima te come el coño como un dios hasta correrte, y que, además, te ha elegido entre cien mujeres y por eso te sientes especial?

Con ese discurso es fácil que se nos acuse de moralistas. ¿Acaso el orgasmo solo puede darse en igualdad de condiciones, con libertad, afecto y empatía? No. Hay muchos factores que lo desencadenan. Es una respuesta fisiológica a una estimulación física sobre un terreno mental y un orden social, económico, político y cultural que moldean el deseo y la excitación. ¿Ponemos en duda que quienes practican el BDSM llegan a sentir placer y a tener orgasmos? No. Simplemente esa no es la cuestión. El problema es erotizar la violencia, la cosificación y la tortura y que eso se convierta en la norma y el modelo replicable. O lo explicamos bien o las mujeres prostituidas que nos escuchan dirán: «¿Cómo que es imposible que yo tenga orgasmos con los puteros?». Seamos honestas. ¿Cuántas mujeres han tenido orgasmos con sus parejas aunque

fueran unos maltratadores? Pues eso. No vayamos ahora de puras y dignas. No porque no lo seamos, sino porque antes de ser dignas tenemos que ser francas. Sobre todo con nosotras mismas. Y reconocer que hay orgasmos que se disfrutan unos instantes y se sufren después, al volver a la realidad. Con tanto mensaje contradictorio es complicado no estar confusas y sentirnos culpables.

Por el otro lado, las prostitutas que defienden la prostitución como un trabajo han hecho bandera de este tema. Dicen que no hay violencia porque hay orgasmo. Este discurso tiene mucho que ver con el neoliberalismo que nos ha vendido que, sin que importe el cómo, el sexo es salud, vida y bienestar. Este discurso lo abraza ciegamente casi todo el mundo, por huir del dogma cristiano y de la etiqueta de puritanismo. Solo las feministas radicales llevamos décadas denunciando, documentando y luchando contra lo que se nos quiere vender por transgresor y empoderador. Entre la religión y el mercado, aún no hemos podido desarrollar nuestro modelo de sexualidad.

No se puede reducir la sexualidad al orgasmo. No deberíamos, al menos. Hacerlo significa ajustarnos a la simplificación tan oportuna para el sistema patriarcal y capitalista: eyacular es sexo, luego el sexo es lo más, luego eyacula como sea. El orgasmo femenino es algo que debemos reivindicar, lograr, disfrutar y hasta recuperar el tiempo perdido al respecto. Pero, si se pone en manos del mercado y sus dinámicas, mucho me temo que una vez más saldremos perdiendo. Mi opinión sobre el Satisfyer es crítica porque nace desde mi conciencia y relación con la razón, la emoción y el cuerpo. Durante muchos años he intentado construir puentes para que las conexiones más profundas hagan chispas, para que el sexo deje de ser un acto aislado del deseo, de la química, del encuentro entre seres completos y complejos, de la razón. Que deje de ser mera estimulación mecánica de la carne, objeto de consumo rápido, de descarga banal.

Hace unos años vi el documental *El imperio de los sin sexo*^[39] (disponible en YouTube y muy recomendable) en el marco de un curso online, y las reacciones de las compañeras situaban la crítica en Japón y no veían que aquí íbamos por el mismo camino. La industria del sexo incluye la juguetería «erótica» y sus

intereses son claros: hacer caja y condicionar conductas, imposibilitar las relaciones sexuales surgidas desde el reconocimiento de la humanidad e individualidad, la atracción química, la conexión emocional con el otro/la otra. Los tipos ya no se excitan ni gozan con mujeres reales, se van de putas porque la desindividualización y la cosificación marca sus deseos... nosotras nos quedamos con el Satisfyer.

Aunque es un juguete no fálico, ha sido creado específicamente para el placer corporal (la sexualidad es más que el cuerpo) femenino, lo cual lo convierte en transgresor... No nos olvidemos de que la auténtica transgresión va a la raíz del problema. Y el problema es que la sexualidad humana está profundamente colonizada por el patriarcado y el capitalismo. Mi cuñado dice que hay que follarse más porque menos es imposible. Yo digo que hay que follarse mejor porque peor es imposible. ¡Ojo! Que no te digo yo que no uses el Satisfyer. Digo que cuando te hartes de orgasmar en dos minutos y nueve velocidades —o mientras tanto— sigas siendo crítica con aquello que nos venden —literalmente— como emancipación.

A mí personalmente no me gustan ni ese ni cualquier otro juguete que vibra. ¿Soy la única que piensa que el ruido que hacen es igual de fuerte que el de los aviones que despegan? Eso corta mucho el rollo. En plan: «Cariño, súbete a mi cohete, que nos vamos a la Luna». Con mis amigas hablamos bastante sobre ello. No voy a reproducir aquí nuestras conversaciones. Ya. Ya sé que os gustaría. Pero no. En otro libro quizá. Pero de lo que me doy cuenta es de que siempre —y da igual el punto de partida— sentimos la necesidad de llegar al otro extremo, para experimentar, y después buscar el equilibrio. O intentarlo al menos. Las que hemos follado con muchos desconocidos y hemos normalizado el sexo duro, buscamos exclusividad, intimidad, estabilidad y ternura para llenar el vacío que nos dejan esas relaciones. Y al revés. Y al revés de nuevo. Y suma y sigue. Pero no salimos del papel de puta o santa. Aunque nos los intercambiamos a ratos. Nuestra libertad sexual está por construir.

No temamos abordar este tema abiertamente. Algo que hemos hecho muy bien

las feministas ha sido desmontar los fundamentos patriarcales según los cuales las mujeres, por cuestiones biológicas, somos seres irracionales con instinto maternal o sexual. Es decir, por «naturaleza» o somos madres o somos putas. El reparto de los papeles estará en manos del sistema, escudado en esa supuesta realidad biológica e inevitable. A pesar de que últimamente la palabra género ha sido secuestrada y se utiliza para lo contrario, es un concepto que nos explica cómo sobre la realidad biológica de los cuerpos sexuados se ha instalado un conjunto de normas culturales, sociales, políticas y económicas que condicionan nuestra existencia. A hombres y mujeres se nos han atribuido características duales. La masculinidad es fuerza, mente, razón, espacio público y actitud dominante. La femineidad es debilidad, cuerpo, emoción, espacio privado y actitud sumisa. Esas son las normas que nos construyen individual y colectivamente. Visto así podría parecer que las putas cometemos alguna transgresión al no ocupar el espacio privado que nos tocaría por ser mujeres. Creo que «espacio privado» debería llevar asterisco para así no dejar flecos sueltos. Si dejamos de visibilizar en todo momento que el patriarcado es un sistema que nace y se sostiene sobre la institución del matrimonio y la institución de la prostitución como dos caras de la misma moneda, generaremos confusión en las mujeres más jóvenes que, sin un conocimiento histórico de los orígenes de esta opresión, abrazan aquello que llamaron «feminismo liberal» y que tanto daño nos hace. Al hablar únicamente del espacio privado de las mujeres, seguimos la línea de la moral religiosa que solo considera mujeres a aquellas que no transgreden el papel de madre-esposa de... y por ello les otorga reconocimiento social. Y habrá quienes entiendan que ser puta y pertenecer al espacio público es transgredir una norma patriarcal. Cuando en realidad la norma está clara: o eres la mujer de uno (ahora mismo ya no para toda la vida, pero sí de manera secuencial) o eres la mujer de todos. Nunca tú y nunca para ti.

En este sistema sexo-género se nos han impuesto y ha potenciado características distintas, descompensadas y a la fuerza complementarias, que no dan lugar a una existencia sin dominación y sumisión. Así no habrá igualdad

entre mujeres y hombres. Eso está claro. Pero de lo que quiero hablar es de aquellas características impuestas y potenciadas de manera dual en el caso de las mujeres.

Reflexiono sobre ello para intentar aportar algo que nos ayude a afrontar el discurso del placer sexual: supuestamente inexistente en la prostitución (dicen las abolicionistas) y no solo presente, sino además prueba irrefutable de libertad sexual (dicen las regulacionistas). Para mí ni un discurso ni el contrario es acertado. Ambos cojean y faltan a la verdad. No voy a dar con la verdad absoluta porque no existe. Lo que pretendo es abrir la posibilidad de crear un pensamiento crítico ajustado a las vivencias de una puta —o sea, más— que se ha nutrido, se nutre y se nutrirá con el pensamiento feminista generado gracias a las mujeres que han aportado sus conocimientos dentro de sus posibilidades y limitaciones. Y tenemos y tengo mucho por agradecerles, sin duda. Sin ellas no habría llegado a plantear algo así. Lo más difícil está hecho. No hay nada más difícil que una página en blanco. Y nosotras gozamos de una obra excepcional, pero inacabada e inacabable. Hablemos del placer sexual de las putas.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la salud sexual es un estado de bienestar físico, mental y social en relación con la sexualidad. Requiere un enfoque positivo y respetuoso de la sexualidad y de las relaciones sexuales, así como la posibilidad de tener experiencias sexuales placenteras y seguras, libres de toda coacción, discriminación y violencia. Hasta aquí podemos afirmar que placer sexual no es sinónimo de salud sexual.

Cada palabra que contiene la definición de salud sexual deja patente que en la prostitución no hay tal cosa. Ni se espera que la haya. El orgasmo no es la prueba del algodón. Si a las mujeres «privadas» se les ha impuesto y potenciado «el instinto» maternal hasta el enajenamiento absoluto, a las mujeres «públicas» se nos ha hecho lo mismo pero con «el instinto sexual». No pueden juzgarse los daños o la ausencia de ellos desde la perspectiva casta, y mucho menos en concepto de opinión, sin los conocimientos científicos y multidisciplinarios de personas expertas. Eso llevaría una vez más a la revictimización. Dentro de la

enajenación, a las mujeres privadas «les pone» limpiar, cuidar, cocinar, criar y servir a su familia. No es que lo disfruten *per se*, sino que es la única forma de ser vistas y valoradas, aunque siempre infravaloradas. Un falso poder. Y dentro de esa tarea han desarrollado habilidades acordes. Dentro de la enajenación, a las mujeres públicas «les pone» ofrecerse, insinuarse, follar y servir sexualmente a los hombres. No es que lo disfruten *per se*, sino que es la única forma de ser vistas y valoradas, aunque siempre infravaloradas. Un falso poder.

Y en todos esos encuentros con puteros hay veces que llegamos a disfrutar de un orgasmo. Algunas mujeres no. Muchas lo niegan de cara a la galería porque lo viven con culpa. La mayoría de las mujeres en prostitución intentan desesperadamente separar su vida personal y su manera de sobrevivir. Difícil tarea cuando la sexualidad es algo que nos atraviesa a los seres humanos. Muchas quieren dejarlo y las que tienen pareja —que son mayoría— diferencian la sexualidad en «mi sexualidad» y «la prostitución». Temen decir que alguna vez sienten placer cuando están con puteros, pues sus parejas (rufianes, al fin y al cabo) lo considerarían una infidelidad y una ofensa, y socialmente se las condenaría a seguir siendo prostitutas, por putas viciosas merecedoras de su destino.

La conciencia individual y social es así: se apacigua con facilidad al encontrar un culpable. Y las putas somos culpables por «naturaleza». El blanco fácil. Esto no va de casos anecdóticos ni de cuestiones individuales. Ese orgasmo de la prostituta ni se da en una burbuja ni cambia el orden establecido. Más bien refuerza los estereotipos de género con ese asterisco antes mencionado. La situación sigue siendo la misma: una institución patriarcal y un sistema prostitucional que no solo define el lugar jerarquizado en el mundo de unas, otras y otros, sino que además condena a las mujeres a seguir siendo a través de los hombres. Unas, de manera privada y otras, de manera pública. Lo que proponemos y por lo que peleamos las feministas es la emancipación de las mujeres. Dejar de existir para los demás y ser para nosotras. Que nuestra

existencia deje de depender del dinero, la satisfacción y el reconocimiento de los hombres. Queremos volar, no confiar en la rama que nos sostiene.

En el feminismo intentamos darle la vuelta al concepto de consentimiento en cuanto a la sexualidad. Por múltiples razones —por desigualdad de poder, por dejar de tener un papel secundario (ya que consentir es decir que sí a lo que otros proponen), etc.— tratamos de encontrar la manera de construir una sexualidad feminista. Una sexualidad saludable. Somos ambiciosas y nos encantan los grandes retos. Porque, si bien todos los retos superados por el movimiento feminista lo fueron, este me parece con diferencia el más grande.

Pero el movimiento feminista también es más grande y más fuerte en esta cuarta ola que se caracteriza por ser internacional e intergeneracional. En este intento de hallar la manera de encontrarnos a nosotras mismas y descolonizarnos de la sexualidad patriarcal, he hablado alguna vez en mis charlas de sustituir el consentimiento por el deseo. Pero no me convence y, además, me preocupa. Los deseos pueden manipularse con facilidad —de eso el capitalismo sabe con creces— y son altamente eficaces para despolitizar. Así que con la definición de la OMS en la mano, apuesto por una sexualidad saludable. Los sectores más afines a la teoría *queer* hablan de sustituir el consentimiento por consenso. Consensuar quién ata y tortura a quién no es construir una sexualidad feminista. Mi psicóloga, Carmina Serrano, habla de introducir la ética en la cama y de erotizar el buen trato y la empatía. Ese es el camino por el que apuesto. El camino para gozar de salud sexual, en un estado de bienestar físico, mental y social, con un enfoque positivo y respetuoso de la sexualidad y de las relaciones sexuales, así como la posibilidad de tener experiencias sexuales placenteras y seguras, libres de toda coacción, discriminación y violencia. Eroticemos el buen trato y la empatía. Hasta que se nos mojen las bragas de pensarlo. Hasta que los hombres se empalmen al vernos como humanas. Hasta entonces y para siempre. Será nuestro mejor legado a las niñas y los niños de hoy.

Reconozco que me fascina escuchar lo que piensan las que no son putas sobre lo que las putas deben de sentir sexualmente. Incluso me hace gracia y me

despierta ternura. La mayor ternura que sentí al respecto, y cuando más consciente fui del abismo que nos separa a unas y a otras, fue con amigas abolicionistas —mujeres muy entregadas, empáticas y comprometidas— cuando preparábamos una acción de calle frente a unos prostíbulos. En algún momento del taller previo nos tocó hacer un *role playing* y representar la situación para comprenderla mejor y saber qué nos podíamos encontrar y cómo y con qué mensaje debíamos actuar ante ello. Los personajes eran el proxeneta, el putero, la mujer prostituida, la mami, el portero, la vecina que paseaba al perro, el vecino que volvía de hacer la compra semanal y la activista abolicionista. Yo pedí hacer de putero.

Nos dispusimos cada cual en su papel. Todo estaba perfectamente orquestado. El proxeneta arrogante fumaba y contaba el dinero en su sillón mientras la mami lo informaba de las novedades; el portero matón, en la puerta con cara de pocos amigos; el vecino pasaba con sus bolsas rápidamente y sin mirar; la activista explicaba a la vecina qué hacía allí... yo me disponía a ser el putero sobón que regatea el precio mientras intenta meter los dedos en el coño de la mujer para después ir al baño a hacerse una paja. Y cuando miré a la que hacía de mujer prostituida para acoplarme a ella dentro de la representación, me quedé totalmente descolocada. Y lo más curioso era que yo era la única. A todas las demás participantes les parecía muy normal y lógico que la mujer prostituida estuviera en una esquina, en posición fetal y llorando. «Mari, ¿qué coño haces ahí, amora?», le pregunté como Amelia. «¿Qué? ¿No lo hago bien?», me contestó con cara de sorpresa. Me enterneció tanto. No lo digo con ironía, lo digo de verdad. Fue un golpe de realidad muy fuerte. Las mujeres vivimos realidades paralelas, sin saber las unas de las otras. Solo sabemos lo que nos cuentan ellos y lo que intuimos que sería nuestra vida, con nuestra realidad, dentro de un contexto radicalmente opuesto. Claro que no nos íbamos a encontrar a las mujeres agachadas y llorando por las esquinas.

Antes de seguir con el *role playing* y hacer yo misma de puta para que supieran muy bien con lo que se iban a encontrar (mujeres despampanantes, que

pisan fuerte, miran con orgullo, fuman con arrogancia y contonean las caderas cual olas de un mar de concupiscencia) les tuve que explicar que, de ponernos como se había puesto Mari, no sobreviviríamos ni una semana. Y que el carácter de la puta se forja hasta ver en los puteros y proxenetas su salvación y en las demás mujeres, su competencia directa. Hay que tener claro que la subjetividad de las mujeres se construye en función del uso que se les va a dar. Es clave para romper con las propias estructuras mentales y los prejuicios. Las mujeres tenemos tanto de que hablar. Tenemos tanto por descubrir sobre nosotras mismas. No entiendo que no se entienda que las putas somos sumisas y soberbias a la vez. No entiendo esa necesidad de seguir alimentando el estereotipo de la víctima perfecta. No entiendo por qué no entienden que las putas somos a la fuerza otro estilo de víctima y que, entre purpurina, sonrisas y actitud soberbia, nos protegemos la mente de los hombres más sádicos que, al no ver miedo y dolor en nosotras, pierden el interés. Los puteros buscan la fantasía de la *femme fatale* y la sociedad, la fantasía de la *femme* arrastrada. Y nosotras, en medio, intentando encontrarnos a nosotras mismas entre tanta fantasía ajena.

El orgullo de las putas nace de la necesidad de protegerse. Es un síntoma de un reflejo en el espejo cuadrangular de la mente humana. Y qué gran farsa eso de que las putas somos seres inferiores que necesitamos de la excelencia de las no putas para entender la vida. ¿La vida de quién? ¿La vida según quién? Lo que necesitamos las mujeres —todas las mujeres— es encontrarnos, escucharnos, aprender las unas de las otras, salirnos del esquema donde el rango superior son las buenas mujeres. Eso nos debilita y nos impide el encuentro. No hay nada que a una puta le sienta peor que el paternalismo y la condescendencia. Nada. Lucharé con todas sus fuerzas contra ello. Porque eso la ningunea. Y a una puta nadie la ningunea así por las buenas. Los puteros y los proxenetas lo saben. Por eso juegan a ser los pobres que pierden el control y se entregan a sus encantos. A su «poder». Es el mundo al revés. Y ese mundo al revés lo sostienen el desconocimiento, los prejuicios y el discurso patriarcal, capitalista y neoliberal. Me encantaría leer alguna investigación científica feminista sobre las dinámicas

de poder y sumisión —desde un enfoque sociopsicológico— que se dan en los espacios prostitucionales. Me gustaría tanto que desde mi asociación, Emargi, hemos presentado un proyecto de investigación en esta línea.

Me preguntaba hace poco una buena amiga por qué a veces me llamo a mí misma puta si ya no lo soy. Y por qué cambio de registro y a veces hablo de mujeres y otras de putas. Me pareció una pregunta excelente. Porque a veces, muchas veces, doy por hecho que la gente entiende a qué me refiero. Y no siempre es así. Hablo de mí misma como puta por varias razones. Una es para perder el miedo al insulto. Si dijera «yo ya no soy puta», quien quisiera hacerme daño entendería que me importa y me lo diría. A la vez que con ello intentaría desmarcarme de mis hermanas que aún lo son. Y no quiero. Porque lo que me une a ellas es muy fuerte y nunca dejará de existir. Las consideradas y convertidas en putas, cuanto más nos resistimos a reconocernos como tales, más daño nos hace y más tardamos en liberarnos de esa identidad impuesta. No se trata de reconocernos como tal para aceptarlo y resignarnos, sino de asumirla para poder entenderla y enfrentarla. La idea es hacer un viaje a través de esa identidad para llegar a su raíz y encontrarnos todas ahí, como mujeres. Ni putas, ni santas, ni madres. Mujeres.

Me llamo a mí misma puta porque analizar el mundo desde la identidad de puta que se nos fabrica y con la distancia en el tiempo y el saber, añado una nueva perspectiva al pensamiento crítico. No puedo negar mi parte puta. No puedo negar la huella que dejó en mí. Ni puedo, ni debo, ni quiero. La transformo en algo revolucionario. Ese es el valor que le doy a mi parte puta. Esa puta que se rebela e interpela a cualquiera que la quiera utilizar, de cualquier forma. A la gente le fascinan las putas. Algunos se las quieren follar, otros las quieren matar, otras las quieren imitar, otras las quieren estudiar... muy pocas las quieren a secas.

Un día una mujer abolicionista en la que confiaba me hizo una confesión que me alejó de ella para siempre, o quizá hasta el día en el que yo vea que de verdad ha comprendido el porqué de mi enfado. Me dijo que en realidad a ella las putas

le producían rechazo y que la única que le gustaba era yo, porque lo que yo decía estaba muy bien. Tragué saliva y conté hasta cinco antes de contestarle. Le dije que eso no era ningún cumplido para mí, sino más bien todo lo contrario. Era un insulto hacia mí, hacia mi trabajo y especialmente hacia mis hermanas prostitutas. A mí es muy fácil quererme y admirarme. Ahora. Así. Y he llegado hasta aquí porque cuando no era ni querida, ni admirable y cuando más rechazo producía, hubo quien supo, pudo y quiso ver en mí la humanidad y me abrazó con mis defectos y virtudes, para acompañarme.

No me sirve quien me quiere a mí pero mis hermanas le generan rechazo. No quiero cerca gente así. Y si quieren estar cerca de mí, que se lo trabajen. Me sobran las adulaciones. A la gente le gusto no solo porque tengo un discurso claro, sino también porque tengo una historia dura pero fácil de digerir. Mi historia no es ni de lejos de las más duras en el mundo de la prostitución. Está claro que para quien ha sufrido la violencia extrema es duro de contar y revivir. Pero me pregunto, ¿realmente queremos escuchar?, ¿de verdad tenemos el valor de afrontar el horror y abrazar con empatía y admiración a quien después de sufrirlo lo comparte? El día que hagamos nuestro el dolor de las niñas y mujeres prostitutas, ese día no habrá vuelta atrás en el camino de la justicia social.

Tras el tiempo que llevo en terapia, ya no puedo contar mi experiencia sin romperme. En realidad ya no quiero contar mi experiencia. Ya basta. La he contado en más de mil entrevistas y he generado contenido de todo tipo. He vuelto a ver algunas de mis charlas y soy capaz de ver en qué momento me desconecto de mis emociones y me pongo en piloto automático. Eso es algo que me han preguntado siempre, que cómo puedo contar algo tan duro con total naturalidad e incluso haciendo bromas. Y es que en general desconocemos absolutamente el funcionamiento de la mente humana. Que no haya rastro de dolor o de emoción no significa que no pase nada, sino que el daño es tan grave que la desconexión es absoluta. Y vivir sin sentir no es vivir. Naturalizar la violencia para sobrevivir no hace que el daño desaparezca. Y negar el daño es agrandarlo.

Hay un empeño generalizado en negar y frivolar con las graves repercusiones sobre la salud de las mujeres que genera esta forma de violencia machista que es la prostitución. Y como decía antes, lo que nos enferma no son los conceptos en abstracto. Es la propia situación generada por el sistema prostitucional. Por acción u omisión estamos participando en la devastación de la salud física y psicológica de millones de mujeres y niñas a nivel global. Podríamos hablar de datos y de las demasiado pocas investigaciones al respecto.

Según el macroestudio realizado por Melissa Farley,[40] el 70 por ciento de las mujeres en prostitución hemos sufrido violaciones en algún momento y la huella psicológica de la prostitución muestra niveles de vulnerabilidad, estado de alerta, pérdida de control, ansiedad, deterioro físico, trastornos de alimentación, pérdida de autoestima, disociación, estrés postraumático, aislamiento, estados depresivos, trastornos del sueño, alteraciones emocionales, ideación suicida e intentos de suicidio.

Otra gran experta en este tema, la doctora Ingeborg Kraus, equipara los traumas de las mujeres prostituidas a los de los veteranos de guerra.[41] Y no es meramente simbólico. Es la guerra contra las mujeres —que diría Laura Segato— que se lleva a cabo sobre el cuerpo y la vida de las más olvidadas.

Si bien no puede definirse un perfil del putero, en general sí puede perfilarse la víctima de este sórdido mundo: mujer, joven, inmigrante, con grandes responsabilidades familiares, en situación de vulnerabilidad y exclusión social, con gran precariedad económica, en ocasiones con dificultades con el idioma, que sufre una gran movilidad y un gran desconocimiento de los derechos y (los insuficientes) recursos existentes.

A nosotras nos toca cargar con el castigo físico y psicológico que deja el paso por la prostitución. Porque la prostitución nos enferma gravemente. A algunas, las que sobrevivimos, nos toca lidiar con las terribles consecuencias: los problemas de salud física derivados por los horarios interminables en los que somos sometidas a tortura física y psicológica, el uso prolongado de tacones, la alimentación escasa y desordenada, las enfermedades de transmisión sexual, las

adicciones, los abortos, incluso los embarazos no deseados... Muchas veces los proxenetas obligan a las prostitutas a concebir para aprovechar la gran demanda de mujeres embarazadas (sobre todo en avanzado estado) que hacen los puteros. También aprovechan para quedarse con las criaturas (especialmente las nacidas en el marco de la prostitución), para así tener más control aún sobre las mujeres. Imagínate a miles de kilómetros de tu casa, sola y con tu hija o hijo en posesión de un proxeneta que amenaza con pegarle, violarlo o asesinarlo si no obedeces. Estos últimos días hay un gran despliegue y debate mediático sobre la violencia vicaria. No nos olvidemos de las mujeres prostituidas en ese sentido tampoco. Los problemas de salud psicológicos son innumerables y a veces irreparables. La apatía, el bajo estado de ánimo, la escasa autoestima, la ansiedad, el estrés, las autolesiones, la desconfianza hacia las personas, el miedo a la toma de decisiones, las adicciones, el síndrome del estrés postraumático, la disociación... son solo algunas de las consecuencias sobre la salud que se nos infligen por parte de puteros y proxenetas, amparados por los propios estados. La sociedad es el Estado también, no hace falta que lo recuerde. O igual sí.

Es triste reconocer la cantidad de potencial, talento, capacidades y vidas humanas destruidas por el sistema prostitucional. Triste pero imprescindible. El patriarcado nos enferma. El capitalismo nos enferma. El feminismo es la cura a tanto sufrimiento y desigualdad. Porque el feminismo no solo salva vidas, además las dota de un profundo sentido de humanidad.

Este ejercicio de intentar tocar la conciencia y las emociones de otras personas removiendo las propias implica un acto de valentía, compromiso e inmensa generosidad. Una valentía, compromiso y generosidad que de no ser bidireccionales se transforman una vez más en la injusticia, soledad y dolor que son nuestras compañeras de viaje solo por haber nacido mujeres.

Después de todo lo vivido, después de la destrucción absoluta del ser y debajo de las ruinas producidas por el patriarcado y el capitalismo, aún conservamos la capacidad de creer y de crear. Capacidad que florece al encontrarnos por el

camino con otras mujeres y con la lucha feminista. Porque ninguna se salva sola.
Nos salvamos juntas. La resiliencia tiene rostro de mujer. Y sonrisa de niña.

La revuelta de las putas

La alianza putero-proxeneta-Estado. Las nadie: feminicidio por prostitución

La prostitución es un grave problema social que impide la igualdad entre sexos y daña profundamente la salud física y psíquica de las mujeres y las niñas — muchas veces de forma irremediable—, pero, a pesar de ello, no recibe la debida atención por parte de los poderes políticos. Y es que, a diferencia de otras formas de violencia machista, y tal y como afirma Melissa Farley, la prostitución produce grandes beneficios económicos. De ahí el gran interés en convertir la cosificación y mercantilización de las mujeres en un trabajo. Entre los años 2002 y 2007, cuando estuve dentro del sistema prostitucional español, jamás me topé con el discurso del «trabajo sexual» y tampoco conocí a ninguna mujer que hablara de ella misma como «trabajadora sexual» o que pretendiera cotizar a la Seguridad Social.

He conocido a miles de mujeres que se cambiaban el nombre con la esperanza de que nadie las reconociera una vez acabada la etapa de prostituta. Lo llamábamos trabajo, sí, porque así nos lo nombraron desde un principio. Pero no buscábamos el reconocimiento de esa actividad como tal en todas sus implicaciones, sino todo lo contrario. Soñábamos con encontrar un trabajo y vivir tranquilas. Ninguna de nosotras se planteaba la situación en la que nos encontrábamos como una profesión en la que jubilarse. Además, ¿cómo se calcula la edad de jubilación de una prostituta si la vida útil de una es de dos a tres años, ya que después la mayoría (de las que sobreviven) quedan

absolutamente inservibles? La permanencia en el «puesto de trabajo» la decide la demanda. Cuando ya nadie pague por eyacularte dentro o encima, te tirarán por la puerta de atrás al contenedor, como un producto caducado de un supermercado. Y desde allí te podrán aprovechar los más pobres, que dirán: «No está mal, aún se puede consumir».

La idea de la prostitución como trabajo sexual surge de los proxenetas y ha sido formalizada por la Organización Internacional del Trabajo: en el año 1998 este organismo de la ONU hizo esta recomendación a los países empobrecidos del sudeste asiático para pasar los beneficios económicos al circuito legal y así saldar sus deudas con el Banco Mundial. Mujeres y niñas sacrificadas por el bien de la comunidad. Sin tener en cuenta que ninguna comunidad podrá presumir de estar bien si la mitad de su población no solo no lo está, sino que tampoco se le reconocen y garantizan los derechos universales a la salud e integridad física, psíquica y moral. La alianza entre el patriarcado y el capitalismo es un horror superlativo.

Si la vida de las mujeres y niñas prostituidas no importa nada, menos aún importa su muerte —siempre violenta—; ya se trate de la muerte por las secuelas físicas y psíquicas producidas por los hombres que no quieren escuchar un no (enfermedades de transmisión sexual, derivadas del consumo de drogas o el suicidio) o de feminicidios, las muertes de las prostituidas ni duelen, ni indignan, ni constan como cifras oficiales de asesinatos machistas. La soledad de la puta de la que habla Sonia Sánchez va más allá de la vida. Comprende la muerte también.

Convivir con el miedo constante a la muerte es algo de lo que también sabemos las putas. Cuando en marzo de 2020 se declaró el estado de alarma por la pandemia de la COVID-19, pensé que por fin el mundo entero sabría lo que se siente —salvando las distancias— al estar encerrada y no tener libertad de movimiento. Sin duda, quien peor lo pasó durante el confinamiento fue la clase trabajadora y, sobre todo, las mujeres, niños y niñas maltratados. Eso es lo que más se puede asemejar a vivir en un prostíbulo. Pero quienes han tenido una

vivencia cercana al miedo constante a la muerte es el personal médico y sanitario que diariamente vivió el agotamiento físico y psíquico ante una realidad demoledora cuyas terribles consecuencias sobre la salud aún están por visibilizar, nombrar, denunciar.

La vivencia de las mujeres prostituidas es una mezcla entre vivir desnuda, encerrada y hacinada; con el miedo constante a la muerte que puede señalarte en cualquier momento, mientras cientos de hombres desconocidos —de uno en uno o en grupo— te manosean, te babea, te sudan encima, te escupen, te insultan, te pegan, te empalan, te meten su pene por boca, vagina y ano y te llenan, además de con su semen, con desprecio y odio por las mujeres. Todas las mujeres. ¿Os imagináis una vida así? ¿La queréis para vosotras y los vuestros? Entonces no permitáis que nos lo sigan haciendo a las mujeres y niñas más excluidas.

El Estado y los proxenetas ponen y facilitan el marco. Pero son cuatro de cada diez hombres con los que convivimos los que llevan a cabo estas prácticas. La mayoría de ellos son abusadores y maltratadores de sus parejas. Porque la aplastante mayoría de los puteros están emparejados. Toda esta violencia simbólica, psicológica, física, económica, institucional, sexual y sociocultural que nos atraviesa a las mujeres prostituidas culmina con la violencia feminicida. Y sigue después de ser brutalmente asesinadas. La violencia simbólica, institucional y sociocultural sigue impulsando la rueda monstruosa que nos aniquila. Porque el asesinato de las mujeres prostituidas es silenciado e invisibilizado. Lo es por parte de los medios de comunicación, que no les dan una cobertura acorde a los derechos humanos. Lo es por parte de la sociedad, que ni se inmuta. Lo es por parte de los poderes políticos, al no reconocerlos como crímenes machistas y a las víctimas, como cifras oficiales. No somos siquiera un número. No somos nada en una sociedad que presume y se le llena la boca con palabras como democracia, igualdad, justicia y libertad.

Tuve la inmensa suerte de trabajar durante los primeros tres años de mi militancia feminista con Graciela Atencio, la directora de Feminicio.net, el portal puntero de información y periodismo de datos con perspectiva feminista, que se

nutre de la elaboración de reportajes, entrevistas, artículos, investigaciones especiales e informes sobre feminicidio y violencia machista en España. Es también observatorio de la sociedad civil contra la violencia machista cuyo modelo, investigaciones y base de datos son de los más reconocidos a nivel europeo y a nivel mundial en países de habla hispana. Después hablaré de la huella y el impacto personal y político que esta alianza entre Graciela y yo tuvo, tiene y tendrá en mi trayectoria. Ahora os dejo con sus palabras:

Desde el 25 de noviembre del año 2010 nos encomendamos a la tarea de brindar nuestro aporte a la construcción de la memoria histórica de las mujeres asesinadas por las distintas violencias machistas, las víctimas del feminicidio en el Estado español.

Cuando comenzamos a documentar los feminicidios nos encontramos con una violencia extrema ignorada, el asesinato de mujeres en situación de prostitución. Entre 2010 y 2020 se cometieron al menos 54 feminicidios y otros asesinatos de mujeres en el sistema prostitucional del Estado español, la inmensa mayoría de ellos perpetrados por «clientes» de prostitución. En dichos crímenes machistas y misóginos, los cuerpos de las mujeres fueron tratados con enorme saña y como si los asesinos los consideraran un campo de batalla, un territorio sobre el que canalizaban la guerra que el machismo libra contra todas las mujeres. Si la prostitución es la mayor escuela de desigualdad y cosificación humana, los feminicidios por prostitución son los crímenes machistas por antonomasia, aquellos en los que las mujeres en situación de prostitución son consideradas desechos humanos, mujeres-basura.

DATOS SOBRE FEMINICIDIOS EN EL SISTEMA PROSTITUCIONAL ESPAÑOL (2010-2020)

- En el sistema prostitucional español se registraron 54 feminicidios y otros asesinatos de mujeres de 2010 a 2020.
- De ellos, 39 eran feminicidios por prostitución (el 72,2 por ciento), 9 feminicidios íntimos (el 16,7 por ciento), 2 asesinatos por robo (el 3,7 por ciento), 2 feminicidios/asesinatos sin datos suficientes (el 3,7 por ciento), 1 feminicidio no íntimo (el 1,85 por ciento) y 1 feminicidio transfóbico (el 1,85 por ciento).
- Por comunidades autónomas, la que más casos registra es Andalucía, con 14 mujeres asesinadas desde 2010 (el 25,9 por ciento del total, una de cada

cuatro mujeres asesinadas en el sistema prostitucional español). Le sigue la Comunidad Valenciana, con 12 casos, el 22,2 por ciento, cuatro de ellos conocidos en 2019 con los tres casos vinculados a José Ignacio Palma y un caso, perpetrado por un conocido de la víctima, trabajador de la limpieza en un prostíbulo encubierto en el que era prostituida la víctima, Sara Fernández.

- La tercera comunidad autónoma con más casos conocidos es Cataluña, con 10 de los 54 casos, el 18,5 por ciento; seguida de la Comunidad de Madrid, con 7 casos, el 13 por ciento, entre los que se encuentra el último conocido en el momento de redactar estas líneas, el feminicidio por prostitución de Esther Escobar Ríos, registrado en febrero de 2020 y perpetrado por un putero que frecuentaba el establecimiento en que era prostituida la víctima, que recibió un disparo en la cabeza en plena calle en el distrito de Ciudad Lineal.
- Más de la mitad de los casos fueron perpetrados por demandantes de prostitución (31 casos, el 57,4 por ciento). La segunda relación más común en estos casos es la de la pareja (8 casos, el 14,8 por ciento), seguida de la de un conocido (5 casos, el 9,3 por ciento) y un desconocido (3 casos, el 5,6 por ciento). Aunque se desconoce la relación en 6 de los 54 casos (el 11,1 por ciento), se sabe que el último caso fue perpetrado por la expareja de la víctima (el 1,9 por ciento).

FEMINICIDIOS EN EL SISTEMA PROSTITUCIONAL ESPAÑOL (2021)

En lo que va de año, al momento de redactar estas líneas hemos confirmado dos casos de feminicidios por prostitución y mantenemos otro más en investigación.

Primer caso: 4 de enero de 2021 (fecha de aparición del cadáver). Aintzane Pujana, treinta y dos años. Aizarnazabal (Gipuzkoa, Euskadi). Feminicidio por prostitución. No es cifra oficial. Un grupo de operarios que se encontraba

trabajando en el entorno del río Urola a su paso por la localidad guipuzcoana de Aizarnazabal encontró el pasado 4 de enero de 2021 hacia las 11:00 el cadáver de la víctima. De inmediato se desplazó a la zona un dispositivo de la Ertzaintza que constató que el cuerpo había sufrido seis puñaladas. Horas más tarde, el director de la Ertzaintza, Rodrigo Gartzia, confirmó que el cadáver era el de Aintzane Pujana, donostiarra de treinta y dos años desaparecida desde el pasado 1 de enero, fecha en que fue asesinada. La investigación de la Ertzaintza confirmó que la víctima se había alojado en un establecimiento rural de la localidad de Aizarnazabal durante las horas previas a su desaparición. El agroturismo había sido desalojado por la Ertzaintza durante la Nochevieja, ya que en el interior se estaba celebrando una fiesta en la que no se respetaban las medidas sanitarias.

El 12 de enero de 2021 la Ertzaintza detuvo a una mujer y un hombre como presuntos autores del asesinato de Aintzane Pujana en la localidad guipuzcoana de Aizarnazabal. Estas dos personas han sido detenidas como presuntos autores del crimen. Al parecer ambos habrían estado explotando sexualmente a la víctima, que no habría sido la única mujer prostituida por la pareja. Hemos clasificado el caso como feminicidio por prostitución. No es cifra oficial.

Segundo caso: 31 de enero de 2021 (fecha de hallazgo del cadáver). Florina Gogos, diecinueve años. Albal (Valencia, Comunidad Valenciana). Feminicidio por prostitución. No es cifra oficial. La denuncia de la desaparición de la mujer se tramitó a principios del mes de enero a través de una compañera de piso, cuando la joven no volvió a casa. Florina era prostituida por una organización proxeneta y las cámaras del lugar donde solía ponerse registran su último movimiento conocido al subirse a un coche que ahora busca la Guardia Civil. Su cuerpo fue descubierto por un cazador el 31 de enero en unos humedales de la Albufera, en avanzado estado de descomposición, por lo que los investigadores barajan que fuera asesinada el día que desapareció. Por el momento no se conocen detenidos en relación con el caso, que hemos clasificado como feminicidio por prostitución. No es cifra oficial.

Permanece en investigación por parte de Femicidio. net un caso del 17 de marzo de 2021. Nombre y apellidos no conocidos, edad no conocida. Cembranos (León, Castilla y León). Posible feminicidio por prostitución. Los sanitarios de Emergencias fueron requeridos para acudir a un incidente sanitario en la localidad leonesa de Cembranos, distante poco más de 14 kilómetros de la capital, a través del 112, al filo de las 22:00 horas del 17 de marzo de 2021, en una finca con chalet unifamiliar por una situación de asfixia de una mujer. Personados en el lugar los sanitarios se encontraron que la mujer no ofrecía síntomas vitales, no había posibilidad real de reanimación, y el entorno dejaba ver un comportamiento violento previo (algunos elementos descolocados en la vivienda) y signos de fuertes golpes y de un posible estrangulamiento en la fallecida. A través del propio 112 los sanitarios requirieron de inmediato la presencia de la Guardia Civil y alertaron de una situación «crítica». Personados en el lugar los agentes tomaron una primera declaración a un hombre, quien reconoció, según fuentes del caso, que la mujer era una prostituta a la que se había invitado a participar en una «fiesta blanca» en la que la mezcla de sexo y drogas es habitual. En ese entorno se enmarcó en un primer momento el fallecimiento de la mujer. En principio, en la escena no había rastros de sangre. Los agentes, sin embargo, requirieron de forma reiterada al ahora detenido y decidieron revisar la vivienda, donde localizaron en el interior del armario a una segunda persona, una mujer, que presentaba algunas manchas de sangre. De inmediato se procedió a la detención de ambos a la espera de que las actuaciones avanzaran y de que la intervención de los equipos judiciales de investigación determinaran de forma concreta lo sucedido. En principio la fallecida habría sido recogida por la pareja y trasladada al domicilio en el que se desataron los fatales acontecimientos, aunque algunos vecinos creen que la mujer era prostituida en locales no tan distantes del lugar. Los dos acusados de este crimen, calificado como «violento y doloso», esperan en los calabozos de la Guardia Civil su puesta a disposición judicial. Con seguridad ambos irán a prisión de forma comunicada y sin fianza a la espera de que el correspondiente juicio determine el

grado de culpabilidad en el caso. Por el momento, hemos clasificado el caso como feminicidio/asesinato en investigación.

EL TRABAJO EN TORNO AL FEMINICIDIO POR PROSTITUCIÓN

El trabajo de documentación del feminicidio por prostitución nos hizo tomar cartas en el asunto y poner en práctica la implementación de una plataforma de formación *on line* y un proyecto de prevención y sensibilización en prostitución, trata y feminicidio, que funciona desde 2012 y por el que han pasado anualmente cientos de personas. En 2018 ampliamos el marco de documentación a las violencias sexuales y así nació Geoviolenciassexual.com con el objetivo principal de poner en primer plano las violencias sexuales en la lucha por la erradicación de las violencias machistas y donde este año 2021 hemos inaugurado La Escuela Abolicionista Internacional, un espacio virtual de formación que ya en los pocos meses que lleva en marcha cuenta con muchas de las mejores personas expertas en la materia que imparten formación a miles de personas de todo el mundo. Nuestro compromiso con una sociedad feminista es absoluto.

Estremece conocer la realidad de las mujeres prostituidas. Humanizarnos es imprescindible para que igualdad, justicia y libertad no sean palabras vacías dichas desde la perversidad y sobre la detestable desconexión moral del estúpido rebaño.

Durante el tiempo en que coordiné el proyecto de formación, sensibilización y prevención de la prostitución de Feminicidio.net también me dediqué a echar una mano en la elaboración de los informes de feminicidio por prostitución, término acuñado por Graciela Atencio. No soy capaz de describir el impacto que me producía —y me produce— nombrar a mis hermanas asesinadas, ver sus fotos, contar las historias de su vida y la historia de su muerte. Podría haber sido yo. Podría haber sido yo. Y yo soy cualquiera de ellas porque quien mata a una hermana mía me mata a mí. Nos mata a todas un poquito más, más lento y más

doloroso. Podría haber sido yo, pero yo escribo sobre ello, desde mi hogar, arropada por mucha gente que me ama, me mira y me reconoce como humana. Y lloro desconsoladamente por la rabia y la impotencia que me causa saber que millones de mujeres y niñas en el mundo son deshumanizadas, aniquiladas, asesinadas, desaparecidas. Ser abolicionista es tener dignidad. La dignidad es una cualidad inherente al ser humano. Pero ¿qué es un ser humano sin humanidad? Nosotras, las mujeres prostituidas jamás perdemos la dignidad. La pierden los puteros, los proxenetas y las personas que por acción u omisión permiten que esta barbarie siga existiendo.

Estos feminicidios son prueba y confirmación de la barbarie patriarcal y capitalista. Sin embargo, hay historias más invisibilizadas aún: las desapariciones. Si a nadie le importa el asesinato de una mujer prostituida cuyo cuerpo aparece, ¿a quién le van a importar las desaparecidas? A lo largo de los cinco años en los prostíbulos fui testigo de alguna desaparición. Mujeres que salían con puteros y que jamás volvían. Y cuando preguntábamos por ellas, las mamis nos decían «la habrá sacado de la prostitución para darle una buena vida. Tú no te preocupes. Sigue a lo tuyo». Y como no teníamos contacto y relación entre nosotras —ya no solo por la competitividad, sino también porque nos trasladaban continuamente—, tampoco podíamos hacer mucho más que confiar en que así fuera.

En diciembre de 2016 escribí para Femicidio.net un artículo que Graciela Atencio introducía así:

Pese a que valoramos incluirla en el listado de feminicidios y otros asesinatos de mujeres documentados por Femicidio.net en 2016, no fue asesinada. Su caso no será considerado un feminicidio por trata, pero murió ahogada el 4 de diciembre pasado en el sótano de un prostíbulo de Estepona, debido a que las lluvias torrenciales inundaron el local. Pudo haber sido víctima de trata y haber sido encerrada por el proxeneta y dueño del prostíbulo, quien desmintió esta hipótesis en su declaración policial. En este artículo, Amelia Tiganus pone su mirada en el sistema prostitucional, al que considera responsable de la muerte de Ionela.^[42]

Ionela era rumana. De Braila, ciudad colindante a la mía. Nacida en 1993. Tenía veintitrés años. Como yo cuando conseguí escapar del sistema prostitucional. Han pasado cinco años desde entonces. Y a Ionela no la olvidamos porque leemos sobre ella. Sobre la niña que fue. Sobre sus sueños. Sobre su valentía al luchar por una vida mejor. Sobre su trágico final. Os dejo con aquello que escribí con el corazón partido un diciembre helado de 2016, desde la otra punta del país que utilizó, ahogó y mató a Ionela.

Murió ahogada. Quizá nunca sabremos del todo qué ocurrió con Ionela Olguta Pantelimon (Rumanía, Braila, 12.01.1993). Leyendo la prensa española y rumana encontré varias contradicciones en la información difundida. Los medios publicaron que el dueño del prostíbulo fue detenido. Las noticias también señalaban que una amiga de la fallecida hizo una llamada de socorro y avisó a Emergencias de que Ionela necesitaba ser rescatada de la inundación provocada por las lluvias. Otras, que la llamada la hizo la encargada del prostíbulo, Natalia, una mujer de origen paraguayo de treinta y un años, pareja de Francisco Carrasco, de sesenta años y muy conocido en la zona por ser el dueño de varios prostíbulos, entre ellos el Club California. Quizá ahora comprendo mejor, porque el día que vi en las noticias a la supuesta amiga que fue la última en hablar con la joven rumana, me quedé muy sorprendida con sus palabras. Tuve la impresión de que solo salía para defender al dueño del club y la legalización de la prostitución. Ponía mucho empeño en hacer ver que el proxeneta era una persona noble que permitió que Ionela durmiera allí porque no conseguía alquilar un piso sin tener un trabajo regulado. Como si tener un trabajo fuese garantía de poder alquilar un piso. Me pregunté por qué lo haría Natalia. Porque si su amiga acababa de ahogarse y fue la última en hablar con ella: ¿su discurso iba encaminado a disculpar al proxeneta? Pensé que igual lo hacía por miedo, por presiones externas, por sentirse identificada con un «tratante». Todo era muy raro. Pero también pienso que igual fue por intereses comunes y por amor. No niego su posible complicidad desde la opresión. Ni tampoco la juzgo.

Vecinos de la zona también afirman que la chica rumana llevaba varios meses durmiendo en el prostíbulo mientras el dueño del club y su pareja declararon que Ionela dormía en el local desde hacía cuatro días. Según algunas noticias estaba encerrada (como lo estuve yo cuando me secuestraban el pasaporte). No pudo abrir la puerta por la presión que ejercía el agua. O no encontró las llaves de la puerta. O no alcanzó a abrir alguna ventana que tenía el prostíbulo.

Sé por experiencia que es muy difícil conseguir una plaza en un club de Estepona, Málaga, Andalucía, zona con un enorme consumo de prostitución. Como prostituta «libre» intenté acceder a alguno de estos clubes que se consideran apetecibles dentro del círculo de las prostitutas debido a que las ganancias pueden llegar a ser altas... Nunca me dieron una plaza y siempre me decían que debía ir recomendada. A cierto tipo de prostíbulos se accede únicamente a base de «amistades» del sistema prostitucional. La mayor parte del dinero de la explotación de nuestros cuerpos va al bolsillo de los proxenetes. Pero en este caso me refiero a que hay jerarquías y clases de prostíbulos. Y que en ciertos prostíbulos de esta zona, trabajar allí significa que hay que pagar un precio más alto que va a parar a algunos bolsillos de círculos

determinados, no solo el bolsillo del proxeneta. No vale cualquier tío o contacto amigo. Tiene que tratarse de un cliente vinculado al poder político. O un policía. O un funcionario de Hacienda. En el mundo de la prostitución ellos se ponen de acuerdo para disfrazar de legalidad la institución masculina más antigua del patriarcado. No debemos perder de vista que el Estado patriarcal y proxeneta pone el marco.

Según la prensa rumana, Ionela fue captada hace cuatro años por Lica, un hombre de cuarenta y dos años, vecino de Braila. Primero la llevó a Inglaterra y luego la trajo a España, aquí ejercía la prostitución desde hacía tres años. La historia de Ionela es la de cientos de miles, tal vez millones de mujeres en el mundo. Nacida en una familia de clase obrera, era la mayor de dos hermanas, una buena estudiante que sentía una especial devoción por su hermana pequeña. Sus progenitores, Nicu y Nicoleta Pantelimon, nunca estuvieron de acuerdo con la relación que mantenía su hija con un *loverboy* ni con el hecho de que se fuera del país. Desde que conoció a este hombre la relación con su familia se fue enfriando, hasta el punto de perder todo contacto. También cerró su cuenta de Facebook. Esto ocurre con frecuencia, los tratantes ponen su empeño en que su víctima dependa totalmente de ellos. Hasta donde pude leer en las noticias, la familia no tenía dinero para repatriar el cuerpo de su hija: somos desechos del Estado patriarcal hasta después de la muerte.

En el mundo de la prostitución se hacía llamar Alicia (Ali) y las personas que la conocían cuentan que la joven deseaba alquilar un piso en España para traer a su marido. La ilusionaba poder vivir algún día una vida tranquila, lejos de la prostitución. Según algunas noticias, su pareja rumana la tenía amenazada con contarle a su familia que era una puta si no le entregaba a él todo el dinero que ganaba. Mientras tanto, Lica, el tratante de Ionela, jura y perjura que no sabía nada de lo que la joven hacía para conseguir el dinero que esta le mandaba.

El proxeneta español también declaró que no sabe nada de lo que cobraba la mujer y que él solo se limitaba a facturar las copas de los puteros. Lo demás parece ser que le es ajeno...

¿Alguien cree que los cinco millones de euros que mueve la prostitución al día en España quedan en manos de las mujeres que se prostituyen?

Ionela fue víctima de trata y de explotación sexual. Víctima del sistema prostitucional y de la indiferencia social española que permite que sus carreteras estén plagadas de locales donde sus machos nos someten y se enriquecen con nuestros cuerpos. Víctima de un Estado proxeneta que engrosa su producto interior bruto con la desesperación de las mujeres de países más pobres. Víctima de un mundo patriarcal que nos roba a las mujeres cualquier oportunidad del derecho a vivir una vida digna.

La prostitución también es un campo de concentración que mata mujeres.

España coloniza nuestros cuerpos a través del Estado proxeneta y son vuestros puteros los que hacen posible que las otras existamos para acabar siendo rentables y desechables. ¿Qué hacemos con eso?

Debió haber sido la 97 del listado de casos documentados por Feminicidio.net en 2016, pero no fue asesinada. Su caso no será considerado un feminicidio por trata.

Ionela Olguta Pantelimon es una nadie más. Tenía veintitrés años cuando murió sola y abandonada el 4 de diciembre pasado, en el sótano de un prostíbulo de Andalucía.[43]

Hoy, casi cinco años después, siguen teniendo lugar historias de profundo

dolor, violencia, desesperación y desamparo. Historias de mujeres que cargan sobre sus espaldas el peso de este sistema criminal.

Mujeres como Lily, rusa, de treinta años, que llevaba cinco siendo prostituida en la calle Robadors de Barcelona. Murió tras una de las sistemáticas y brutales palizas que su proxeneta rumano le daba mientras tenía a sus hijos secuestrados en Rusia. Lily pedía ayuda, aunque nunca llegó a denunciar por miedo. Las vecinas y los vecinos del Raval intentaron ayudarla y hasta se manifestaron frente al Ayuntamiento, que, conocedor de estos hechos, afirmó no poder hacer nada al no haber denuncia. Como si fuera tan fácil denunciar a quien no solo te prostituye y te pega, sino que tiene a tus hijos en su poder. Es bien conocido el posicionamiento de este consistorio frente a la explotación sexual de mujeres: legalizarlo y lucrarse a través de los impuestos. Lily llegó con graves heridas al hospital, donde descubrieron que, aparte de muchas cicatrices prueba de las palizas reiteradas, la mujer sufría de leucemia en estado avanzado, lo cual le impediría recuperarse de los golpes. Murió a los pocos días, enferma y apaleada no solo por el proxeneta, sino también por quienes nos gobiernan. Merecen especial mención las personas que sí la intentaron ayudar y la recuerdan como una mujer cariñosa, especialmente con los niños y las niñas. Por el amor que sentía por sus hijos, Lily intentó con todas sus fuerzas agarrarse a la vida, pero ahora son huérfanos y están en manos criminales. Cuántas vidas destrozadas. Cuánto dolor.

Mujeres como Monica —rumana de treinta años— y July —dominicana de cuarenta y dos años—, que encontraron su desdichado final en Barreda (Torrelavega, Cantabria) en junio de 2020. Las dos mujeres compartían piso a pocos metros de las líneas del tren y eran prostitutas por puteros en un prostíbulo cercano. Los testigos cuentan que Monica pasaba por una situación muy complicada y que su madre acababa de fallecer; que era buena chica, aunque tenía problemas con el alcohol y mostraba síntomas de depresión. De July dicen también que era buena chica, y que se desvivía por ofrecer a su hija y a su nieto, que estaban al otro lado del océano, una vida mejor. Es la bonita

historia de amistad entre dos mujeres que la desgracia unió hasta convertirse en una desgracia aún mayor. July fue el apoyo de Monica durante la pandemia y en sus problemas personales. En este caso queda muy claro que estos problemas personales son profundamente políticos. Hay quien cuenta que a Monica, su marido y proxeneta le pedía un mínimo de dinero al día, algo ya de por sí complicado de lograr, mucho más en la situación de pandemia, y que la amenazaba con hacerle daño al hijo que tenían en común y que tenía en su poder en Rumanía. Lo que ocurrió es que Monica salió corriendo del portal hacia las vías del tren y July corrió detrás para detenerla y salvarle la vida. Murieron las dos arrolladas por un tren de mercancías. Lo último que Monica gritó antes de que ambas perdieran la vida fue «¡QUIERO SER FELIZ!».

Quiero ser feliz... Quiero ser feliz... Estas palabras resuenan en mi alma y me taladran la mente. Monica quería ser feliz. Al igual que Aintzane, Florina, Ionela, Lily, July... al igual que yo y que todas las mujeres y niñas del mundo. Ellas ya no pueden serlo. Quizá nunca lo hayan sido. Pero quedamos nosotras. Y podemos honrarlas y luchar para que el deseo de todas, verbalizado de manera tan dramática por Monica, se haga realidad: que las mujeres y las niñas vivamos en paz y podamos ser felices.

¡Basta ya!

Sobrevivir y combatir: de víctima a activista

Después de cinco años soportando prácticas cada vez más violentas y denigrantes fui incapaz de seguir haciendo la *performance* de la puta feliz. Había perdido la esperanza o la ilusión de que era posible conseguir mucho dinero y solucionar mi vida. Un día, harta de todo y viendo que mi *loverboy* no iba a cumplir su parte de la promesa, le anuncié que iba a sentarme en una silla y no volvería a ejercer jamás; pagaría los gastos del prostíbulo con el poco dinero que había conseguido las semanas anteriores, así que no se lo mandaría y cuanto más

tardara en buscarse un trabajo y empezara una nueva vida, menos dinero habría. Me presionó durante dos semanas para que cambiara de opinión y, como no lo conseguí, vino al club donde estaba, me dejó dos bolsas negras y grandes de basura llenas con mi ropa y mis cosas y se fue.

Después de esto me derrumbé. Era incapaz de acercarme a los puteros o soportarlos. Pero tenía que hacer algo, así que intenté seguir en la prostitución porque, aunque era malo, era lo único que conocía aquí. Estaba tan harta que al último baboso que tuve que soportar se lo demostré: salió de la habitación con el labio colgando. Los puteros saben que hay reglas que no deben transgredir, pero les encanta transgredirlas. Es lo que más satisfacción les produce. Las putas no queremos besar. Los besos tienen, hasta para nosotras, un carácter íntimo y por ello se convierten en nuestro bien máspreciado. Un beso son dos almas que se acarician, conectan y se reconocen; es aquello que nos recuerda que somos vulnerables, humanas, genuinas. Un beso nos desnuda el alma. Así que peleamos por mantenerla a salvo, bien tapada, para que no se vea, para que no nos la roben también con violencia. Para tener algo especial para compartir con quien amamos y queremos regalarle lo más profundo de nosotras. Follar ya no tiene ese significado de entregarse plenamente a alguien. Follar es solo cuerpo para las putas. Besar, en cambio, es cuerpo, mente y alma.

Esto lo compartimos las mujeres que hemos sufrido violaciones, al margen del sistema prostitucional. Llegamos a sentirnos más violentadas si, además de penetrarnos, nos intentan besar. Quizá porque el mensaje contradictorio que lanzan estos dos hechos —el saberse violentada a la vez que hay muestra de afecto— nos dinamita todos los mecanismos psicológicos de defensa y nos hace enloquecer.

Este último putero —como otros muchos antes— quería besarme a toda costa y yo me resistía. Creo que lo hacen no para besarnos, sino para provocar nuestra resistencia y así excitarse más. Solo que en esta ocasión mi resistencia no cedió y fue un paso más allá: le mordí con todas las ganas. Tenía ganas de matarlo. Tenía ganas y me sentía capaz de hacerlo, tal era mi furia. Salió por patas,

ensangrentado y asustado llamándome «puta loca». La bronca del proxeneta fue tremenda. Mi respuesta fue sentarme en una silla y quedarme inmóvil. Era incapaz de hacer nada más. Ya no tenía miedo a nada. Me habían llevado al límite. Estaba colapsada, sin miedo, pero sin poder pensar, y acumulaba cada vez más deudas. El encargado me dijo que o espabilaba o tenía que irme de allí. Que no podía vivir de balde y tener una cama y comida caliente por mi cara bonita.

Me encontraba en esa situación cuando hablé con un putero de veintitrés años, la misma edad que yo, y le propuse ir a su casa a vivir con él a cambio de sexo gratis. Aceptó encantado. Las putas solo tenemos el cuerpo para sobrevivir, y a los puteros, como único puente con el mundo exterior. Así que hice lo único que podía hacer: someterme una vez más.

Cuando salí el encargado me dijo que tenía una deuda de mil doscientos euros de dos semanas y que iba a volver. «¡Te vas pero, como todas, volverás! —me dijo—. ¡Todas volvéis!» Su sentencia conmigo no se cumplió en esta ocasión. A los tres días de escapar de allí vi un anuncio de trabajo. Buscaban una camarera con urgencia. Hice la entrevista y les corría tanta prisa que al día siguiente ya estaba trabajando. Casualidades de la vida, aquel día era el 8 de marzo de 2007. Tres días más tarde cumplía veintitrés años.

Pasé mucho miedo. Todo me resultaba extraño. La luz del día, la gente, las voces de las personas, las risas. Tuve que readaptarme a la vida normal después de cinco años de vivir bajo las luces rojas de neón. Nada más empezar en el restaurante de mis jefes, un matrimonio con el que he trabajado durante once años, las habladurías dieron para mucho. Una vez más el estigma de la puta volvía a marcarme a mí en lugar de recaer en el responsable de todo mi sufrimiento. ¡Ten mucho cuidado con ella! ¡No es de fiar! Puta y rumana era el tándem perfecto para colgarme la etiqueta de indeseable. Sin embargo, los chismes no les afectaron. Confiaron en mí y yo respondía igual.

Seguía viviendo en casa del putero. Tenía tanta necesidad de cariño y afecto que me enamoré de él. Cualquier cosa me parecía amor aunque no lo fuera. Me trataba bien y teníamos ciertas afinidades. A las pocas semanas me pidió que

abandonara el trabajo. Tenía celos y pensaba que estaba liada con mi jefe. Pero mi trabajo era mi libertad, no podía pensar en dejarlo. Así que su reacción fue comenzar a maltratarme. Era muy violento. Quise escapar de su casa, pero me chantajeó con hacer daño a Nicoleta, la gata que él me había regalado. No podía irme dejándola con él. Durante once meses, el tiempo que necesité para tener fuerzas y dar el paso de buscar un lugar en el que vivir, urdí el plan de hacer que no pasaba nada con él y de nuevo aguantar...

Cuando me fui vino lo peor. Comenzó a perseguirme. Pasaba al lado de la casa donde yo vivía acelerando con el coche y con la música a todo volumen. Una noche se presentó en el bar y pidió a mis jefes que me despidiesen. Otra noche que yo había salido a cenar con una pareja de amigos, nos siguió con el coche y casi nos saca de la carretera.

Ni aun así tenía las fuerzas para denunciar. Tras la agresión con el coche paramos en una gasolinera en la que había una patrulla de la Ertzaintza y mis amigos me obligaron a que lo denunciara. Al día siguiente hubo un juicio rápido y el juez, al ver la retahíla de mensajes amenazantes de mi móvil y el intento de asesinato con el coche junto a mis amigos, estableció una orden de alejamiento de quinientos metros. No le importó. Durante dos años más mi vida siguió siendo un infierno. Me sentía como un sándwich. Por un lado, el miedo continuo a que acabara con mi vida y por otro, a los policías de paisano que cuidaron de mí. Le ampliaron a un año más la orden de alejamiento.

Tras esta relación de maltrato, caí de nuevo en otra. Como con cualquier otro maltratador, los principios fueron de película. Me quedé embarazada y, aunque yo no quería tener hijos porque no me sentía preparada, él me convenció para seguir adelante. También me pidió que dejara mi trabajo de camarera, y una vez más me negué. Estaba embarazada de tres meses cuando empezó el calvario de los malos tratos. Cuando estuvo seguro de que ya no podía abortar, empezó a torturarme y a agredirme. Me llamaba puta y me decía que esa criatura que crecía en mi vientre seguro que no era suya, sino de mi ex. Hasta que una noche me echó de su casa y me vi en la calle, literal. Embarazada y con Nicoleta en un

transportín empecé de cero una vez más. Recuerdo esa noche. Fue la más dolorosa de mi vida. Tenía tanto miedo de acabar de nuevo en un prostíbulo. Sabía que si volvía los puteros pagarían más por mí porque les encanta prostituir a mujeres embarazadas, aparte de a menores de edad y mujeres con discapacidad intelectual. Esos son los perfiles más cotizados. No sabía qué hacer, no sabía qué iba a ser de mí. No quería abandonar a Nicoleta y volver al puticlub significaba hacerlo sí o sí. No. No la iba a abandonar. Instintivamente me agarraba al trabajo como camarera porque mis padres me habían criado así, poniendo en valor el trabajo y la honestidad. Pero no fue fácil. Nada fácil.

La pelea interna entre estos valores y la creencia de que no valgo para otra cosa que para ser puta fue una batalla sangrienta a la que resistí. Hasta que dejé de temer la vuelta al prostíbulo. Aborté en una clínica privada de Bilbao, fuera de plazo y endeudándome. Fue una decisión muy dura de tomar y más de asumir. Porque al principio no quería tener el bebé, pero después —cuando me convenció de tenerlo— había oído los latidos de su corazón, le había hablado, había soñado una vida feliz para esa criatura que iba a salir de mi vientre. Fue doloroso. Lo sigue siendo. De todos los hombres que me hicieron daño, aquel es el único al que odio. Lo odio con todas mis fuerzas, por haberme hecho pasar por algo así. Cuando se enteró de que había abortado me amargó la vida diciendo que había matado a su hijo. Un hombre así no debería tener hijos. No estoy orgullosa de lo que hice, pero sé que evité mucho sufrimiento; el mío y el de otro ser humano que estaba por nacer. Puedo vivir con esta carga. No podría perdonarme haber traído al mundo una vida para el sufrimiento extremo, asegurado de antemano. Quizá ahora no tomaría la misma decisión. Pero ahora mi vida es muy distinta. Ya no estoy sola en el mundo, ni me acecha el peligro de caer en la prostitución. Antes de acabar torturada por un putero, me lo cargo y voy a la cárcel. Al menos allí el Estado me garantiza techo y comida gratis. Y a la falta de libertad y la violencia carcelaria me podría adaptar. No sería la primera vez. Al menos allí nadie me tocaría un pelo. Lo sé.

Seguí de camarera. Enkarni y Paulo, mis jefes del restaurante, desempeñaron

un papel fundamental en esa etapa de mi vida. Nunca podré agradecerles lo suficiente que hayan sido madre y padre para mí cuando más descolocada estaba. Sin su confianza y amor —y yo entonces no era para nada «querible», ya que el miedo me hacía ser violenta y borde—, no habría podido construir la base de mi nueva vida. Era muy buena trabajando. Y si no se metían conmigo, hasta era un encanto. Algunas personas fueron muy agradables conmigo desde siempre. Como Marian y Primi, una pareja que siempre vio en mí bondad, fuerza y carisma. Al final será verdad que uno ve en los demás lo que tiene. Por supuesto que eso dio lugar a una bonita amistad. Marian nos dejó y el vacío es enorme, pero también lo es su recuerdo. Era tan bella, tan valiente, tan justa, tan generosa, tan luchadora, tan tierna... la echamos de menos.

Me saqué el carnet de conducir. Y conocí a Miguel Angel. Al principio me caía mal, cuando venía al bar y me pedía la cerveza de la manera más seca posible. Me gustaba mucho, porque era muy guapo; alto, fuerte, de ojos azules... Después me gustó más cuando empezamos a hablar un poco. Me costó mucho conquistarlo. Mis amigas se ríen mucho cuando cuento todo lo que hice para lo que yo llamo «la conquista del vasco». Seis meses me costó que tuviéramos nuestra primera cita, en la que me metió la superchapa sobre el sindicalismo y la lucha obrera, con catorce kalimotxos y la obligatoria vuelta por el monte al día siguiente... Sí, lo sé. Todo muy sensual y romántico. Pues resulta que en ese proceso de conquista del vasco, y como sabía que tenía dos caballos y le gustaba salir a montar, le dije que a mí también me gustaba. Por supuesto que no era verdad, nunca había montado a caballo y casi nunca había visto ninguno. Pero, bueno, eso me daba igual. Tenía veinticinco años y los peligros no los valoraba como lo hago ahora. Además, quería que el vasco hiciera algo romántico. Ahora me entra la risa. Era tan inocente e ilusa. Cuando le dije que me gustaba montar a caballo, me contestó: «Ah, ¿sí? ¡Pues cuando quieras!». Pero no me lo dijo con un tono romántico y pestañeando, más bien como si aceptara una apuesta de partir troncos o algo así.

Llegó el día y estaba superilusionada. Y como había visto en las películas de

vaqueros, me puse mi mejor vestido para impresionarlo. Y sí, quedó impresionado, porque yo era un monumento y el vestido era precioso, pero sobre todo porque no entendía qué hacía vestida así, en un pueblo perdido en los montes guipuzcoanos donde para ligar es mejor ponerse ropa de ir al monte (eso lo descubrí después y con ello definitivamente lo enamoré). A mitad de camino empecé a decirle que paráramos a «descansar» sobre la hierba porque tenía «calor» y hubo todo un repertorio de insinuaciones. Y él me decía que sí, sí y se reía, pero no paraba. Cuando terminó el paseo me ayudó a bajar y me dijo que era muy graciosa y que, aunque le había tomado el pelo durante todo el camino, fue un paseo agradable. Y así, confusa pero contenta, volví a mi casa, pensando si ese hombre era de otro planeta o era yo la que había caído en otro planeta. Y bueno, las dos respuestas son válidas.

Empezamos a salir. Había en él algo muy diferente a lo que había conocido hasta entonces. Me trataba de una manera rara. Me reconocía como un ser libre, no me sexualizaba, me pedía que tomara decisiones, me escuchaba, no me controlaba. Era todo tan extraño para mí que siempre le preguntaba: «Pero ¿tú no tienes miedo a que me vaya con otro?». A lo que él respondía que no. Que si quería irme con otro era libre de hacerlo porque lo último que quería era saber que estaba con él sin desearlo. Le dije que había sido prostituta. Me contestó que eso lo supo el primer día que pisó el bar. En mi primer día de trabajo. Que algún día tuvo que poner en su sitio a algún que otro chismoso y decirle que no le importaba quién era yo mientras le sacara la cerveza e hiciera mi trabajo. Y después nadie nunca le dijo más sobre mí. Que estuviera tranquila, porque todo el mundo tiene un pasado y lo que importa es el presente y el futuro.

Adaptarme a esta nueva forma de relacionarme con un hombre tuvo sus dificultades. No fue fácil. Otra batalla interna se dio en mí entre lo que estaba acostumbrada a vivir y esto nuevo que se me planteaba. Y venció lo bueno y no me fui —buscando otras relaciones de malos tratos— porque nuestra relación me recordaba a aquella que vi de pequeña entre mi madre y mi padre. Yo me había convertido en mi madre y él actuaba como mi padre. Yo, eternamente

insegura y asustada, me manifestaba con violencia ante todo ese malestar que sufría. Él, eternamente tranquilo y seguro de sí mismo, me obligaba a parar y a reflexionar cada vez que me preguntaba qué era lo que me estaba pasando. Y yo no sabía poner palabras a aquello y me enfurecía más aún. Nunca discutimos. No por mí, que lo habría hecho encantada, sino porque él siempre me decía que cuando se me pasara el arrebato de furia lo hablaríamos. Antes no. Qué temple. Cuánta inteligencia emocional y generosidad. Ahora le pregunto cómo me aguantó tanto y me dice que no me aguantó. Que aprendió mucho conmigo y que siempre vio en mí lo que ahora ve todo el mundo. Que gracias a mí su mundo se abrió muchísimo y que soy muy inteligente. Y cariñosa y divertida. A veces, añade.

Solo una vez se enfadó muchísimo conmigo, al principio de nuestra relación. Estábamos follando y en algún momento desconecté porque desde un principio no tenía ganas. Pero yo no sabía que eso importaba. Había asimilado que si un hombre quería, era mejor hacerlo con una sonrisa y cuanto antes, para evitar un mal rato y, además, acabar haciéndolo igual. Y en esa desconexión mía, de repente sentí que paraba y me preguntaba «¿No tienes ganas?», y me asusté mucho. ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para que se me notara? ¿Qué iba a ser de mí ahora que lo había ofendido? «Pensaré que tengo a otro. Que ya no lo quiero. Que no soy una buena mujer. Y se irá con otra por mi culpa. Y se enfadará y pasaremos toda la noche con una movida impresionante.» ¡Qué angustia! Y en mi mente resonaba la pregunta acusadora de «¿Me vas a dejar así?» que tantas y tantas veces me habían dicho los hombres para obligarme a seguir hasta que eyacularan, como si fuera cuestión de vida o muerte... Reaccioné enseguida y con una sonrisa le dije que sí, que tenía muchas ganas, que por supuesto que sí. E intenté enredarlo entre mis brazos para seguir, pero se hizo a un lado y me dijo que no era verdad. Y yo me esperaba toda la retahíla de costumbre. Pero lo que me dijo nada tenía que ver con aquello que yo conocía. «No vuelvas a hacerme esto nunca más. Si no tienes ganas y no quieres, dímelo. Yo no quiero ser ningún violador.» Y me quedé petrificada. ¿Por qué decía eso?

¿Cómo iba a ser un violador? Cuando pude reaccionar le solté un «Pero ¿qué dices?». «Lo que has oído. No quiero violarte. No me hagas esto nunca más.» Y seguía sin entenderlo. Me vio confusa. Me abrazó y lloró. «Amelia, no tienes que follar cuando no te apetece hacerlo», me dijo. Y me quedé mirando el techo fijamente, abrazada por él y sin saber cómo asimilar aquello. No tenía que follar si no me apetecía... No tenía que follar si no me apetecía...

Tuvo todo el poder sobre mí y, sin embargo, no lo utilizó en mi contra. Lo utilizó para enseñarme a ser libre. Y ser libre es muy complicado cuando nunca lo has sido. E implica mucha responsabilidad. No todo el mundo quiere ser libre.

En 2013, a los cuatro años de estar juntos, y cuando todo estaba mejor (mi pareja, mi casa, mi trabajo, mi red social...), me puse enferma. No tenía ganas de vivir. Quería suicidarme. Ni siquiera soportaba la luz del día. Miguel Angel no aguantaba verme así. Decidió buscar una solución y me obligó a ir al médico. Le conté que había sido prostituta y que en la adolescencia me habían violado. Me diagnosticó depresión y me recetó pastillas. Me drogaron. Es lo que hace el sistema de salud con las mujeres cuando manifestamos los males del sistema patriarcal. Nos drogan para callarnos. Para domarnos. Para mantener el origen del problema y enriquecer a las farmacéuticas.

Ya no quería suicidarme, pero tampoco tenía ganas de nada más. Estaba completamente anulada. Ese mar de tristeza y dolor se hacía más grande cuando personas de mi entorno me decían frases de mierda del tipo: «Debes agradecer lo que tienes porque otros no tienen ni para comer», «Lo tienes todo y aun así no estás contenta», «Venga, chica, haz un esfuerzo y disfruta de la vida, que eres joven». Tanto las pastillas como la gente querían que borrara de un plumazo los daños que me habían provocado y hacer como que nada había pasado. Estuve un año así, viviendo sin sentido. Hasta que un día conecté con esa sensación que tenía cuando me emborrachaba y me metía cocaína para no pensar, para no sentir, para no ser. E instintivamente me rebelé contra esa situación. Le pedí a la psiquiatra que me bajara la dosis hasta dejarlo.

Nicoleta es mi gata y compañera de viaje desde que salí de la prostitución.

Nos rescatamos mutuamente. Es mi compañerita del alma. Arisca con todo el mundo y entregada a mí. Hemos vivido muchas cosas juntas. Pero siempre hemos cuidado la una de la otra. El año que estuve medicada por la depresión ella no salía del armario más que para beber y comer un poco, siempre de noche. Y se arrancaba los pelitos de la tripa hasta quedarse pelada. La llevé muchas veces al veterinario. Me decían que tenía depresión. Se curó cuando yo me curé. Y yo empecé a curarme cuando volví al mundo de la lectura.

En el momento preciso de dejar la medicación y de buscar un sentido a la vida que me permitiera dejar de sentirme culpable y no merecedora de aquello bueno que había conseguido, conecté con una etapa de mi infancia en la que me sentía segura y me había refugiado en la lectura. El recuerdo de mi padre, que me llevaba de la mano para pedir libros prestados, su mesita de noche siempre con una pila de libros, sus ojos negros enormes posados entre las páginas de algún libro, mis viajes imaginarios a los lugares que los libros describían...

Empecé a leer compulsivamente.

Sin embargo, no fue suficiente. Tuve que casarme para seguir con mi proceso de recuperación. El 30 de agosto de 2014 y después de cinco años de relación, me casé con Miguel Angel. Bueno, para ser honesta, obligué a Miguel Angel a que se casara conmigo. O al menos lo presioné todo lo que pude. Y soy intensa cuando quiero. Nadie entendía ese empeño en casarme. Pero para mí era una meta imprescindible. Necesitaba tener ese reconocimiento social que solo tienen las mujeres casadas. Porque lo tienen. Lo tenemos. Y habrá quien me diga que eso ya no existe, que es cosa del pasado o de países «tercermundistas», pero se equivocan. Una cosa es haber vivido siempre para el matrimonio (aunque de manera sutil) como fin y por ello no ser consciente del lugar que te otorgan los demás, del estigma, y otra muy diferente es venir del otro extremo y ser vista como aquella puta que tiene pareja, pero que no es más que un entretenimiento, nada serio. Hay quien lleva doce años pronosticando que Miguel Angel y yo pronto romperemos. Pasarán treinta años más y quizá lo dejemos y entonces dirán «¿Ves? ¡Lo sabía! ¡Os lo dije!».

Nadie entendía por qué quería casarme y hasta había caras progres aburridas en la ceremonia, aunque no en la fiesta. Nadie lo entendía, pero tras la boda todo cambió. Se me abrieron las puertas de par en par. Me tenían en cuenta de otra manera. Y no era porque me había casado con un hombre, sino que lo había hecho con un autóctono. De haberme casado con un rumano habría sido mirada como una buena mujer. No por mí, sino por esa validación que solo otorgan los hombres. Pero al casarme con un vasco sumé puntos, no solo en la escala de valoración patriarcal, sino también en la racista. Soy perfectamente consciente de que el estigma es externo e interno. Que mi manera subjetiva de verme en el mundo influye en cómo me ven los demás. Pero siempre influirá más cómo te ven los demás. Es un círculo que se retroalimenta, pero la mirada social es capaz de construir o destruir al individuo. Y el matrimonio sigue teniendo un significado profundamente patriarcal.

El matrimonio como institución patriarcal, aunque se haya transformado gracias a la lucha feminista, sigue cumpliendo con la función con la que cumplen todas las instituciones: mantener un orden, definir el lugar en el mundo de las personas y la manera de ser vistas o entendidas y, por tanto, tratadas. Por cada contrato matrimonial habrá un contrato prostitucional. En algún lugar del mundo. Es cierto que en la prostitución no hay manera alguna de revertir la situación, ya que los ingresos y la supervivencia siempre dependerá de la subordinación directa a los hombres. Y en el matrimonio sí se puede llegar a tener una relación entre dos más igualitaria. Pero aquí no hablamos de casos particulares, sino de lo que representa socialmente el matrimonio, la pareja, la familia como vínculo de sangre, etc.

No se puede analizar una institución a partir de experiencias subjetivas. A mí el matrimonio me ha ido bien. A otras, también. Pero la pareja (heterosexual) y la prostitución siguen siendo lugares peligrosos para las mujeres. Y lo más perverso es que socialmente la pareja (heterosexual) se venda como más segura que la prostitución. Las cifras de feminicidios —que no son más que la punta del iceberg de la violencia machista—, tanto en el marco de la pareja como en la

prostitución, dejan en evidencia que seguir moviéndonos entre la esposa-madre y la puta es altamente dañino y peligroso. Yo vengo de un lugar del mundo donde las mujeres hemos pasado a ser las putas de aquellos hombres que se casan con mujeres que piensan que lo hacen en igualdad de condiciones. Y que su pareja (heterosexual) monógama y hermética es un lugar justo y seguro. Y lo es. Para los hombres. Porque siguen gozando de los privilegios que les corresponde por ser hombres y viven la vida como les da la real gana, ahora incluso más desahogados por no tener que hacerse cargo en exclusiva de la economía familiar. Y nosotras ganamos dinero, pero seguimos cargando con el peso de los tan necesarios cuidados.

Tenemos que seguir buscando nuevas formas de relacionarnos y de construirnos socialmente como individuos y como grupo. Organizarse alrededor de reliquias patriarcales no puede traer nada bueno.

La propuesta de Israel Sánchez en su libro *Agamia: Programa para la emancipación relacional colectiva. Día uno*^[44] me parece muy interesante. Aunque es compleja, porque rompe muchos de los esquemas mentales que tenemos, propone llevar el programa ilustrado al espacio de las relaciones; abandonar las supersticiones del libro sagrado del amor para darnos colectivamente una verdadera moral racional y un modelo de buen trato.

Me casé y al cabo de un mes descubrí el feminismo. Fue por casualidad y gracias a mi amiga Laida. Empecé a empaparme, a comprender, a liberarme. Cayó en mis manos *Feminismo para principiantes*, el libro escrito por Nuria Varela, y comprendí que todo cuanto me había pasado no era culpa mía. Mi historia personal no era un caso aislado, sino la consecuencia de un sistema de dominación que subyuga a las mujeres. Me liberé de la culpa, del miedo y de la vergüenza. No tenía nada de lo que avergonzarme. El feminismo daba respuestas a todas mis preguntas. Me salvó la vida porque pude encontrar las respuestas en un plano político y global. A medida que iba leyendo encontraba más respuestas y argumentos. Tenía en mis manos y ante mis ojos la capacidad de argumentar más allá de la experiencia personal. Podía comprender que mi historia era

profundamente política. La historia de aquellas mujeres que son arrojadas a servir públicamente a los hombres. Y no os podéis imaginar la cara de Miguel Angel cuando le soltaba auténticas charlas sobre el carácter opresivo de la institución del matrimonio, uno de los pilares del patriarcado. Era un poema. «Solo falta que ahora, después de todo, me pidas el divorcio», me dijo con la tranquilidad y la paciencia que le caracterizan.

Ahora no volvería a casarme, pero de no haberlo hecho entonces es muy probable que no hubiera llegado hasta aquí, ya que era un tema que me obsesionaba, porque durante toda la vida había oído decir que las putas no se casan. Y pensé: «¡Por mis ovarios que las putas se casan!». Y ahora, que ya he sido una mala y una buena mujer, busco ser una mujer.

Descubrir el feminismo me liberó a la vez que me empujó —a través de la obligación moral que sentí— a hacer activismo. Aparte de los conocimientos que iba adquiriendo tenía el apoyo absoluto de Miguel Angel. «Eres valiente y fuerte. Y tienes poder. Utilízalo», me decía. Así fue como en mi pueblo organicé un pequeño grupo de mujeres, a quienes les di charlas y hacíamos talleres. Empecé por cosas pequeñas para entrenarme y llegar después a algo más grande. Quise militar en organizaciones feministas de Euskadi, pero me encontré con mucho rechazo. Y me afectaba, porque eran justo aquellas que más vociferaban «que hablen las putas» las que no me querían cerca. «Que hablen las putas pero que no jodan» sería el eslogan completo.

Decidí dar el paso de hablar públicamente de mi historia el día que por casualidad vi la charla TED «Ninguna mujer nace para puta» de Sonia Sánchez. [45] Su fuerza y su dignidad fueron el espejo en el que me miré y pensé: yo también puedo hacerlo. Yo también quiero hacerlo. Cuán importante es tener referentes. Y cuánto te puede cambiar la vida gracias a ello. Cuando me vi con fuerza y con la confianza suficiente concedí mi primera entrevista. En una jornada feminista en Donostia estaba Graciela Atencio, de Feminicidio.net, y en el turno de palabra decidí contar ante doscientas personas mi experiencia personal y las ganas de servir con mi activismo abolicionista para cambiar este

mundo tan doloroso con nosotras. Entre el público había una periodista a la que le interesó mi testimonio y pidió entrevistarme. Recuerdo que antes de que publicara la entrevista tenía mucho miedo. Salir a doble página y con foto en un periódico muy leído no es cualquier cosa. Hacerlo para contar mi historia aún es más complicado. Para superar aquello, la mañana de la publicación decidí que tocaba ponerse el mundo por montera y como una folclórica de toda la vida saqué del armario mi vestido largo de flores, mis tacones y de manera impecable y orgullosa me fui a hacer la compra por el pueblo. Me lo tomé con cierta calma. Aquel paseo era un acto político de dignidad. De decir que no tenía nada de lo que avergonzarme. Al contrario, debían ser otros los que lo hicieran. Noté que todo el mundo me miraba, y también cómo algunas personas apartaban la mirada. Otras me felicitaron por la valentía de contarlo. Volví a casa y me derrumbé por el estrés.

A partir de ese momento los puteros que conocía dejaron de hacer bromitas con los colegas y de venir al bar. Bajaron su mirada ante mí. El poder cambió de bando: lo tenía yo. Desde aquella doble página he hecho cientos de charlas y entrevistas por toda España.

Mi muy estimada psicoterapeuta, la doctora Carmina Serrano, me dijo un día: «todo lo que es “auto” antes debe haber sido “hetero”». La autoestima, la autoaceptación, el autovalor y el autoaprendizaje que me acompañan y me definen hoy en día como activista reconocida empezaron a cuajar el día en el que Graciela Atencio, la directora de Femicidio.net, me contactó y me aceptó con mis virtudes y defectos, creyó en mi valor, se convirtió en amiga y maestra y me demostró sin fisuras respeto, admiración y consideración retándome constantemente a superarme y superar las muchas barreras y obstáculos que se presentaron frente a mí en esa nueva aventura, por aquel entonces. Me retó, asumí los retos y mientras trataba de superarlos ella me acompañaba. No me ayudaba, me acompañaba. Y me dejaba descubrir que era capaz de hacer cosas increíbles. Inicié mi trayectoria como activista de su mano y de la mano del pequeño gran equipo de Femicidio.net. Empecé a tejer una red de feministas a

lo largo y ancho de este país. Menos en Euskadi. En casa no era bienvenida. Y me lo dejaron claro por activa y por pasiva. La mayor demostración de ello la viví el 25 de noviembre de 2016.

Ese día llamé a una referente del feminismo vasco y le dije que no tenía con quién ir a la manifestación y que me gustaría sumarme a ellas. Sabía perfectamente que ellas eran regulacionistas, pero ante todo las pensaba feministas e incapaces de dejarme tirada un 25N (Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres). Pero lo hicieron. Pinté mi primera pancarta con la ayuda de Miguel Angel, que en militancia y hacer pancartas tiene mucha experiencia. Pensé en no provocarlas, ya que sabía su postura sobre la prostitución. No iba a renunciar a llevar un mensaje abolicionista en mi pancarta pero elegí un texto en el que pensaba que da igual el posicionamiento porque todas estamos de acuerdo. De mi puño y letra y a pulso escribí «Los feminicidios del sistema prostitucional son asesinatos machistas. #nolasolvizamos #nosqueremosvivas #bizirikegonnahidugu #eztabatgutxiago».

Llegué a Donostia en tren y no estaban en el lugar donde habíamos quedado; me dijeron por WhatsApp que me había confundido, que en realidad ellas estaban en Irún. Se me encogió el corazón pero eché a andar con mi pancarta. Recordé el frío y la soledad de la puta. Pensé mucho en mis hermanas que en esos mismos momentos estaban siendo violadas en los prostíbulos, los campos de concentración con los que convivimos con total naturalidad. Una mujer se ofreció a ayudarme a llevar la pancarta. Le dije que me había perdido de mis amigas. Mentí. Me dio vergüenza decirle que venía sola, que me sentía sola y pequeña. Que tenía frío por dentro.

La batucada hacía que todo me pareciera tan... cruel. Leyeron el manifiesto. Me pareció muy hipócrita... faltaba la prostitución. La mujer que me ayudó a llevar la pancarta se despidió de mí con un sincero abrazo y sin saber quién era y qué hacía allí; pensaba que yo era una chica que se había perdido de sus amigas. Levanté mi pancarta bien alto para que alguien la viera, para que alguien nos recuerde, para que alguien nos sienta como seres humanos. Al vaciarse la plaza

me dirigí a la estación de tren para volver a mi casa. Lo peor fue cuando delante de un bar, fumando y tomando cañas entre risas, vi a las mujeres con las que había quedado y me habían engañado. Se me cayó el alma a los pies. Tenía la esperanza de que aquello de que estaban en Irún no fuera mentira. Seguí caminando con mi pancarta ya doblada bajo el brazo. Me eché a llorar y me senté en un banco. Pensé que debía llegar cuanto antes a mi casa, a mi hogar, para protegerme, para resguardarme. Me sentí tan vulnerable.

Dos años más tarde, el 25 de noviembre de 2018, leía el manifiesto feminista en Sol. Un manifiesto que por primera vez incluía demandas abolicionistas gracias al gran esfuerzo de mis compañeras madrileñas. Y estaba ahí, en el escenario, frente a una plaza abarrotada por mujeres y algún hombre. Y en primera línea estaban las feministas históricas de este país que me miraban con orgullo y admiración. Pensé en mi padre, que acababa de fallecer. Pensé «Mírame, papá. Mira dónde estoy», y supe que estaría más que orgulloso de mí y de mi lucha. Porque en vida también lo estuvo y además así me lo dijo.

Mientras leía el manifiesto, a lo lejos, se oía la batucada. Por norma y decencia, cuando se lee un manifiesto la música cesa. Pero en esa ocasión siguieron tocando, porque las que la llevaban eran regulacionistas y fue su manera de mostrar el descontento con las demandas abolicionistas del manifiesto. No me importó demasiado. Ya había asimilado cómo me tratan las feministas que quieren que hablen las putas mientras no alteren el orden patriarcal. Mi voz inundó la plaza y se impuso a la batucada. Y por una cosa u otra, le he cogido mucha manía a la batucada en manifestaciones feministas. No la soporto. Llamadme exagerada si queréis. Bailamos porque es nuestra revolución, pero no bailamos pisoteando a otras. Ya no es cuestión de posicionamiento político. Es cuestión de un mínimo de educación y saber estar.

Por suerte las cosas también están cambiando en Euskadi y cada vez hay más abolicionistas dispuestas a romper el pacto social silencioso que permite a los puteros hacer uso de sus privilegios. Aquí la cultura putera está muy arraigada. Conozco muchas historias de hijos e hijas de puteros que recuerdan a su madre

que iba el fin de semana al puticlub a quitarle a su padre el sobre del sueldo antes de que se gastara todo el dinero en el prostíbulo. Es cierto que ahora la masculinidad patriarcal está fuertemente cuestionada y la mayoría de los hombres aquí no se resiste —en apariencia— al cambio, pero ajusta el discurso a lo políticamente correcto para conservar el privilegio de irse de putas. He visto que en países de Europa del Este o de América Latina los hombres se resisten de forma explícita y se encierran en ese papel tradicional de macho, pero aquí disimulan para preservar ese privilegio.

Quizá las mujeres hoy en día tienen el poder de no aceptar tener una relación con un putero, pero eso no significa que los hombres hayan dejado de ir de putas. Y mucho menos en una época en la que la industria del sexo utiliza estrategias de marketing en las que ha convertido el sexo en algo impulsivo e instantáneo, y fomenta la sobreexcitación para que los hombres la canalicen en la prostitución como ocio y diversión. Hay que tener en cuenta que muchos de los puteros tienen doble vida. Antes lo hacían abiertamente porque podían, por el entorno, por el momento histórico. Pero ahora, como la prostitución se está moviendo a pisos y estos son clandestinos, a los puteros les viene mejor y así conservan la confidencialidad y la discreción. Todo esto sigue y está en auge.

La revuelta de las putas

Las putas reímos y hacemos reír mucho. Quizá de ahí la fama de mujeres de vida alegre. Reímos más que lloramos. Hacemos reír más que hacemos llorar. Entretenemos a puteros, proxenetas y a toda la sociedad. Somos los bufones de una corte perversa; esos seres considerados inferiores por quienes necesitan sentirse superiores. Porque estas cosas van parejas: no puede haber alguien superior sin alguien inferior; no pueden existir las buenas mujeres sin las malas; no puede reforzarse la masculinidad sin despreciar a las mujeres. Y en este sistema jerárquico las putas ocupamos el escalón más bajo. Nuestra revuelta es

posible solo si las mujeres que están en el siguiente escalón, el penúltimo, renuncian a querer ser superiores. Si renuncian a ser buenas mujeres y se bajan con nosotras al último escalón, ahí donde residen los cimientos del patriarcado y juntas, sumando fuerzas, empezamos a derribar los siete mil años de opresión haciendo la revuelta de las putas.

Y será la revuelta de las putas la que propicie el fin del patriarcado. No tengo ninguna duda. La llamo así por varias razones. No es la revuelta de las mujeres. No es la revuelta feminista. Es la revuelta de las putas. Hace cinco años empecé mi activismo y durante todo este tiempo me he hecho un sitio a codazos, dando puñetazos en muchas mesas y poniendo en su lugar a mucha gente. En sentido figurado, por supuesto. Me gustaría decir que toda esa gente era afín a la regulación de la prostitución como un trabajo. Ojalá hubiera sido así, porque los golpes del bando contrario te los esperas y los encajas antes y mejor. Aunque solo sea por estar prevenida. Mi salida al escenario público generó muchos dolores de cabeza a quienes defienden la prostitución. Pero no menos que a las abolicionistas. Es muy comprensible que así fuera y siga siendo.

No debe de ser fácil encontrarte de repente con una puta que no solo quiere y se atreve a sentarse a tu mesa para contar al mundo entero su testimonio — apoyando tu tesis—, sino que además se dedica a analizar cuestiones teóricas e incluso interpelar tus planteamientos aunque no el resultado final: la abolición. Encima cobra por ello y pide lo mismo que tú, que te has dedicado años a estudiar el fenómeno. Sé que soy insolente. Amable, pero insolente. Me gusta serlo, además. Porque no es suficiente con ser abolicionista. Hay que tener el valor de considerar a las putas tus iguales. Con todas las consecuencias. Y creer que son capaces no solo de contar su testimonio, sino también de tener pensamiento propio, nutrido con el pensamiento intelectual que has generado como teórica pero pasado por la vivencia y la óptica de quien ha estado ahí. Aceptar que sabes mucho, pero no por ello eres superior, y que alguien que consideras inferior pueda aportarte cosas muy valiosas a la hora de encontrar la

mejor estrategia requiere de mucha humildad, generosidad y honestidad. Y el clasismo es un mal que el feminismo debe erradicar de su seno.

El movimiento abolicionista está deseando que las supervivientes den la cara, ofrezcan su testimonio, pero a veces parece que nos apoyan siempre que sea dentro de unos límites. Somos las propias supervivientes las que necesitamos poner palabras a lo vivido más allá del yo y de forma más amplia, es justo lo que nos sana. No podemos contar nuestra historia en abstracto, porque eso incluso nos puede volver a traumatizar. Contar nuestro propio relato nos humaniza. Que las supervivientes no hayamos podido ocupar ese lugar hasta ahora tiene que ver con el estigma que sufrimos, pero también con el racismo, el clasismo, el colonialismo... y todo eso lo tenemos que revisar a la hora de cómo nos relacionamos con las supervivientes. Por suerte la inmensa mayoría de las abolicionistas me han apoyado y me apoyan. Y me otorgan autoridad. Pero las que no me soportan no son pocas y son muy maliciosas. Ser feminista no te convierte automáticamente en un ser de luz. Es lo que tiene ser humana: que la envidia, los celos y la maldad no desaparecen cuando pretendes cambiar el mundo de fuera hacia dentro. Poner guirnaldas en las fachadas sin barrer la casa no transforma la realidad. La tapa. Y la mierda se ve cuando alguien pretende tocar tu puerta y entrar.

Yo soy esa figura que va tocando puertas, que pretende entrar en el corazón de quien se dice sorora. Porque quiero mostrar lo difícil que es hacer una revolución sin contar con todas sus protagonistas como sujetos activos y no como meros objetos de estudio. Una revolución pretende conseguir un cambio radical. Esa es la revolución feminista. Sin embargo, no llegaremos a esta sin la revuelta de las putas. Puede parecer que con ello perdemos tiempo o al menos ralentizamos la revolución. Pero no es así. Es asegurarse la fuerza y avanzar quizá más despacio, pero más seguro.

Dice la RAE de manera muy escueta que revuelta es «desorden o agitación que produce una alteración del orden público». Marga Arzabal, en su artículo «Diferencias entre una revuelta, una rebelión y una revolución»,[\[46\]](#) ahonda más

y define revuelta como «una protesta espontánea y de corta duración en respuesta a una decisión o acción política que va en contra de los intereses y el bienestar de un sector delimitado de una sociedad. Su carácter espontáneo implica que suele no tener un programa ni una proclama bien definida y, por lo tanto, no tiene gran peso por sí sola. Sin embargo, puede ser el puntapié inicial de protestas más organizadas, masivas, profundas y sistemáticas».

La revuelta de las putas no va de las putas. Va de todas las mujeres —unidas en el suelo prostitucional— contra esta forma de violencia patriarcal. Una revuelta que, aunque no tenga gran peso por sí sola, pueda ser el puntapié inicial de protestas más organizadas, masivas, profundas y sistemáticas. Y con más eficacia, ya que surge en la raíz. Creo que mucha gente, incluido el movimiento feminista, se ha dado cuenta de la importancia que tienen las voces de las supervivientes. Pero no como algo caído del cielo, sino como la necesidad de trabajar con las supervivientes para que sitúen su historia en un contexto político, que adquieran conocimientos, argumentos y, de esta manera, estén más protegidas no solo de las críticas personales, sino que también puedan defender aquello que ni siquiera sabían que existía. La mayoría de nosotras no pensaba que existía otra verdad debido a esa imposibilidad de vernos por fuera del propio contexto. Entonces es fundamental la participación activa de las personas comprometidas, ya sean del movimiento feminista o no, de ir a la par con nosotras. Lo que quiero decir es que me parece injusto que se espere algún tipo de heroísmo por parte de las supervivientes, que se conviertan en cabezas visibles, sin tener apoyo social. Supervivientes y no supervivientes tenemos que ir de la mano en esta lucha horizontal porque la prostitución es una institución que afecta a toda la sociedad.

¿Qué podemos hacer para que mis hermanas putas tomen las riendas de su vida y emprendan el viaje de vuelta a su esencia libre e indomable? ¿Qué herramientas podemos ofrecerles para que se empoderen? Cuando estamos en el campo de concentración, las únicas herramientas que encontramos para empoderarnos son las que nos dan los mismos interesados en que esto continúe

siendo así. Como sostenía Audre Lorde, «Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo». Y es hora de que empiece la revuelta de las putas, las esclavas invisibles, y que el empoderamiento feminista sea sin duda una cuestión prioritaria para ellas. Necesitamos la sabiduría de las mujeres para conseguir nuestra liberación. Necesitamos vuestro apoyo, vuestra ayuda y vuestra sororidad para desmontar la casa del amo patriarcado.

Creo que, sobre todo en Europa, en Occidente, el movimiento feminista se centra mucho en la cuestión intelectual y lo que surge de la academia. El problema es que solo llega a algunas mujeres, que pueden ser de distintas clases sociales, por supuesto, pero es un conocimiento denso que aún no está traducido a un lenguaje más coloquial. Lo digo porque hay muchísima gente, sobre todo mujeres adolescentes, cuyo día a día es tan duro que no pueden ponerse a filosofar ni leer libros con un lenguaje académico. Como comentaba, a mí me dicen a menudo: «es que tú cuando hablas se te entiende». Por tanto, esto es problemático porque las mujeres que generan todo ese conocimiento necesitan estudiar y analizar mucho, crear ese pensamiento que agradecemos porque es muy importante teorizar y conceptualizar, pero luego hace falta el trabajo de convertir ese conocimiento en popular.

Me di cuenta de esto cuando estuve en Argentina: allí las académicas abolicionistas generan un pensamiento teórico-conceptual, pero también articulan un puente entre la sociedad y la academia. Allí las activistas saben transformar ese lenguaje en un lenguaje llano que es accesible a todo el mundo para que pueda tener argumentos. Opinar puede hacerlo cualquiera, pero hacerlo con argumentos es más difícil.

No puedo culpabilizar a las teóricas de que no estuvieran en los prostíbulos, de que no hablaran con las prostitutas o de que ni siquiera fuesen capaces de sentarse a comer con una prostituta, cosa que recomiendo mucho. A todo el mundo le vendría bien escucharnos, reflexionar sobre esta forma de esclavitud porque creo que tenemos una especie de clasismo interiorizado, hablando en general, que hace que aspiremos a identificarnos más con lo que dicen las

académicas. Y yo digo esto en primera persona, porque también caí en esa dinámica cuando mi lucha contra el estigma era muy inicial.

Es cierto que cuando empecé me sirvió mucho empaparme de todo el conocimiento académico para resistir y tener argumentos. Pero, por otro lado, me distanciaba del lugar donde iba a ser más útil, donde podía generar auténticos cambios, que estaban en la calle, los barrios, los colegios, hablando de la transformación popular. Y, de hecho, he tenido la suerte de contar con mujeres auténticas que me han hecho ver que mi valor no estaba en difundir conocimiento teórico como tal, sino en transformar la vivencia y la teoría en conocimiento y en inteligencia social.

Pero esto es un trabajo que tenemos que hacer entre todas y no dejarlo en manos solo de supervivientes o solo de académicas. Las activistas tenemos que hallar la manera de encontrar sinergias entre las académicas y las supervivientes. Es urgente, ya que delante de nuestros ojos hay carreteras plagadas de prostíbulos, mujeres en la calle medio desnudas, pasando frío o calor, pisos donde las mujeres «nuevas, complacientes y disponibles las veinticuatro horas» desfilan cada vez que entra un putero y decide hacer uso de su privilegio. Anuncios en prensa, en internet, *flyers*, tarjetas... ¿Cómo podemos permitirlo?

Mientras estamos leyendo esto solo en España hay al menos doscientas mil mujeres en prostíbulos, en la calle y en miles de pisos. Mujeres como nosotras, que merecen vivir una vida libre de violencia proxeneta y putera.

¿Qué podemos hacer para acabar con la impunidad con la que los perpetuadores actúan y se desenvuelven ante la sociedad? Esos proxenetas que son amigos de políticos, periodistas, policías, jueces. Que son hombres vinculados al poder, que se enriquecen a costa de nuestros cuerpos, nuestras vidas y sostienen al que los sostiene, como lo que es, un sistema que se autorreproduce en el Estado proxeneta. Esos puteros que pueden ser el panadero, el profesor, el vecino, el amigo, el esposo, el camarero, el hijo y el padre.

El patriarcado capitalista actual intenta convencernos de que la prostitución debe abordarse como un derecho. Como sostiene Sonia Sánchez, el «trabajo

sexual» es la penetración de boca, vagina y ano. El campo de concentración te convierte en un agujero, ¿qué más quiere el patriarcado más atroz que reducirnos a un hoyo? Y luego la industria del sexo convierte a ese hoyo en una mina de oro.

¿Podemos hablar de igualdad cuando hay centenares de miles de esclavas sexuales en el Estado español? ¿O es que la igualdad es solo para las mujeres autóctonas? España tiene una larga tradición imperialista y colonial en su pasado y ese colonialismo continúa en la actualidad a través de la esclavitud de las mujeres pobres de otros países: colonialismo sexual que les permite a los hombres de todas las clases sociales tener a su alcance a rumanas, paraguayas, dominicanas, brasileñas, nigerianas... No nos engañemos, la aceptación de la esclavitud sexual de las mujeres y la prostitución tienen también que ver con el colonialismo, la raza y la clase.

Me consta que mi activismo ha ayudado a que otras supervivientes se vayan acercando poco a poco a esta revuelta de las putas, observando cómo han sido las dinámicas que se han dado entre lo que yo he representado a lo largo de estos cinco años y las reacciones por parte de la sociedad, del movimiento feminista, de los medios de comunicación... Mi experiencia puede representar una prueba de cómo será tratada una posible superviviente si el día de mañana decide dar la cara. Es crucial que existan esos espacios empáticos y respetuosos para abordar la implicación de las supervivientes. Como modelo de buenas prácticas está la asociación Acción Contra la Trata de la cual ha nacido Las Poderosas, un grupo de mujeres diversas, de distintos orígenes, algunas supervivientes de prostitución y otras no, que juntas convierten el dolor en arte y recuperan el vínculo y el poderío de las mujeres libres. He tenido el honor de participar y poner mi granito de arena desde el principio, y me siento muy orgullosa de ser una más de Las Poderosas. Juntas hemos hecho muchas cosas. Lo que se podía difundir en redes sociales nunca suscitó un gran interés entre la gente que me sigue. Desconozco el motivo. Lo cierto es que se han perdido conocer en profundidad un proyecto

del todo vanguardista que hace justamente lo que planteo con *La revuelta de las putas*.

Estamos cada vez más cerca de lograr romper con la dicotomía entre las unas y las otras. No nos dejéis solas, compañeras. Os invito a que os unáis a la revuelta de las putas.

Modelos teóricos: prohibicionismo, regulacionismo y abolicionismo

Todo el mundo tiene una opinión acerca de la prostitución. De una u otra forma —y la mayoría de las veces desde el mayor desconocimiento y hasta con buena intención—, la sociedad repite hasta el cansancio aquello que al sistema patriarcal y capitalista neoliberal le viene de perlas. Es lo que ocurre cuando no hay un esfuerzo claro para profundizar y averiguar qué hay más allá. No sé muy bien cómo era en el pasado. Seguramente la falta de acceso a la educación y a la información cumplía con esa función; la de mantener idiotizada a la mayoría de la gente y que, hagan lo hagan, beneficie al orden establecido. Algunos desde el lugar de privilegiados opresores (machistas) oprimidos (por el capitalismo), y otras en el lugar de oprimidas y muchas veces aliadas de su propia opresión.

En España, a través del discurso capitalista patriarcal se nos vende la prostitución como algo transgresor, como la mujer superior que utiliza su poder, que con su sexo domina... Este mensaje es más peligroso aún, porque va dirigido abiertamente a las adolescentes, que son la nueva mercancía, el «producto» en fabricación. Y como las cadenas físicas son rechazadas por una sociedad del bienestar, se tejen esas cadenas psicológicas y se transforma esa subjetividad en la subjetividad de «puta», de «para esto valgo y esto es lo que yo sé hacer». Y ahí sí que es donde tendríamos que entender lo que dicen nuestras compañeras argentinas: «Vienen a por nuestras hijas». Pero no vienen con unas cadenas y con una furgoneta blanca, llegan a través de Instagram, Onlyfans, TikTok y la propaganda del porno, los medios de comunicación, la publicidad...

El *lobby* proxeneta tiene mucho interés en introducir el discurso del «trabajo sexual» en todas las esferas y seguir manipulando y confundiendo a la gente haciendo ver que abolición es sinónimo de prohibición. Por ello es fundamental que el mensaje abolicionista llegue a todas partes. Si aspiramos a vivir en una sociedad democrática que respeta y persigue alcanzar los valores universales de los derechos humanos es imprescindible que, ante la tergiversación y el desconocimiento general que hay sobre el tema de la prostitución, trabajemos y difundamos el único modelo que pone en el centro el buen trato, la libertad y la igualdad entre mujeres y hombres.

Es una lucha titánica, porque el discurso que defiende la regulación de la prostitución como un trabajo es un bombardeo constante que llega desde medios de comunicación, organismos internacionales, ONG y fundaciones financiadas por filántropos de la talla de George Soros y Bill Gates, y se asienta sobre una base de pensamiento social patriarcal, capitalista, neoliberal y racista en el que cuaja fácilmente. No querer pensar y profundizar es un acto antidemocrático. Lo transgresor no es defender posturas que refuerzan el *statu quo* y alimentan las desigualdades. La libertad de pensamiento requiere romper esquemas mentales, políticos, sociales, económicos y culturales. Y el abolicionismo lo hace con creces, ya que pone en jaque todas estas estructuras. No pretendo que tengáis mi pensamiento. Pretendo que penséis.

Hay que partir de la base de que la prostitución se ha prohibido o regulado, según los intereses, a lo largo de la historia. Ahora mismo, tenemos el ejemplo de países prohibicionistas —principalmente de la Europa del Este—, donde en teoría se persigue a todos los actores del sistema prostitucional, pero en la práctica son las mujeres prostituidas las que acaban estigmatizadas, perseguidas, multadas e incluso encarceladas, al ser la cara visible de este problema social. El modelo prohibicionista carece de un enfoque de derechos humanos. Es conservador, moralista, hipócrita y del todo ineficaz: pretende invisibilizar la prostitución a la vez que culpabiliza y castiga a las víctimas.

Rumanía es uno de esos países. Parece hasta curioso que el mayor exportador

criminal europeo de mujeres y niñas para la explotación sexual en la Europa rica mantenga en origen leyes que prohíben la prostitución. En realidad es la estrategia perfecta. Así los proxenetas tienen más herramientas para, una vez fabricadas las putas, venderles la salvación fuera del país y convertirse así en supremos protectores. Si la policía te persigue, te multa, te encarcela y hasta te viola, querrás ir a un sitio donde esto no ocurra, aunque ello no signifique que seas tratada como una persona ni te devuelva la categoría de sujeto. También se garantiza que no puedas volver a tu comunidad y mucho menos denunciar lo ocurrido, ya que el estigma que impregna la sociedad es absoluto.

Últimamente está entrando con fuerza el discurso del *lobby* proxeneta, impulsado por sectores progresistas rumanos, cuyos argumentos se asemejan a los planteados por el partido Ciudadanos en España: la prostitución es un trabajo como otro cualquiera y legalizarlo generaría una mejora considerable de la economía. Este es el modelo regulacionista.

El modelo regulacionista está implementado en países como Alemania y Países Bajos, entre otros, donde las consecuencias de la legalización de la prostitución son catastróficas: el comercio sexual, la trata, ha aumentado; los proxenetas se han convertido en empresarios; la explotación sexual, en explotación laboral y los hombres han recibido el mensaje de que no pasa nada por pagar por penetrar cuerpos de mujeres, y además la demanda de prácticas sexuales cada vez más brutales y degradantes ha ido en aumento y la situación de las mujeres ha empeorado mucho.

Este modelo, también llamado reglamentarista, prosex o proderechos, habla de trabajadoras sexuales y reclama derechos laborales para las mismas. El poder del lenguaje de transformar la percepción y de invisibilizar la injusticia es absoluto. Si os preguntáis por qué este modelo tiene tantos nombres os diré que por dos razones principalmente. Primero, porque al ir desmontando con argumentos sólidos y ejemplos claros a partir de los resultados empíricos donde este modelo ha sido aplicado, le han ido cambiando de nombre pretendiendo hacer creer que proponen algo diferente y así alimentar la confusión de la gente y mantener un

falso debate. No es raro oír «No soy regulacionista, soy prosex» o «No soy reglamentarista, soy proderechos». Yo contesto: «¿Y qué? Total, patatas». Es decir, da lo mismo. Sin embargo, esta no es la única razón. Al apropiarse de los términos «sexo» y «derechos» y nombrarlos en positivo (pro) ya condicionan mucho la visión general e impiden que alguien se posicione con facilidad en contra de esta postura. A ver quién es la guapa o el guapo que se atreve a ser tachado como «antisex» o «antiderechos» ante la mínima crítica. Es decir, te obligan a defenderte en lo personal antes de poder criticar políticamente lo que pretenden. Para hacerlo y para desmontar esta falacia de que estar en contra de este modelo te convierte en antisex o antiderechos, hace falta un conocimiento mucho más profundo y un esfuerzo importante.

A través del lenguaje han conseguido no solo banalizar la violencia y desviar el foco del sistema prostitucional, sino también poner una barrera importante a la hora de criticar el contenido de su propuesta. Aquí confluyen dos formas de pensar en apariencia distintas. Dentro de este modelo hay dos posturas: la postura liberal (la prostitución es un trabajo como otro cualquiera) y la postura progresista (la prostitución es libertad sexual y lo importante es el consentimiento de las mujeres).

La postura liberal está perfectamente representada por el discurso de Ciudadanos. Eso sí, la prostitución es un trabajo como otro cualquiera hasta que Inés Arrimadas responde al «insulto machista y repugnante» del cómico catalán Toni Albà. Toni Albà manda a Inés Arrimadas a ponerse en un escaparate del Barrio Rojo de Ámsterdam, con todos los derechos laborales garantizados. Entonces ya deja de ser un trabajo como otro cualquiera y la sola invitación a hacerlo se convierte en un insulto machista y repugnante para Arrimadas. Que lo es, sin duda. Pero no debería serlo para ella. ¿Cuánto debería importarle que la manden a colocarse en una vitrina en tanga y tacones, y no en una panadería con bata y gorro, si no ve gran diferencia entre chupar pollas y hacer pan? Es como si pensara que el «trabajo sexual es trabajo», pero solo en el caso de las putas, no

en el suyo, dado que ella es una mujer respetable. Ahí va una ración de doble moral y gran perversidad. ¿Cuántas Ineses tenemos a nuestro alrededor?

En cuanto a la postura progresista dentro de este modelo, a la izquierda progresista se le ha ido la pinza con la libertad individual y ha perdido el foco de su lucha contra la desigualdad. Quien es capaz de ver que no puede haber «libertad» de vender órganos porque esto supone alimentar la desigualdad estructural entre pobres y ricos, y no es capaz de ver que no puede haber «libertad» de vender el cuerpo porque eso alimenta la desigualdad estructural entre mujeres y hombres y entre las mujeres pobres y las ricas, solo demuestra que tiene absolutamente integrado el machismo clasista.

Dicen que las putas somos clase trabajadora, pero las putas somos las hijas de la clase trabajadora. Y no tenemos trabajo. Eso al parecer a los camaradas no les importa mucho. No les importa prostituir a su propia clase. Porque total, solo somos mujeres. El machismo rancio y el machismo progre lo tienen claro: no toques a mi puta.

El modelo abolicionista habla de mujeres en situación (o contexto) de prostitución para resaltar que es una cuestión de género y que, al tratarse de una situación o un contexto, es perfectamente reversible y no ocurre por cuestiones inmutables. También entendemos que la prostitución consolida los roles patriarcales y la desigualdad cosifica y mercantiliza a las mujeres, al servicio del afán del dominio masculino.

El pensamiento abolicionista no es nuevo. Está en las raíces del propio pensamiento feminista. En mi cómic *Amelia: Historia de una lucha*, mi gran amiga, compañera y coguionista de la obra, Alicia Palmer, dedica las últimas páginas a documentar la historia de cuatro de las abolicionistas más influyentes del siglo XIX: Concepción Arenal Ponte, Josephine Butler, Clara Campoamor y Margarita Nelken. También nos recuerda que el 28 de junio de 1935 la Segunda República se declaró abolicionista. Seguro que hoy en día habitaríamos un país mejor si esta no hubiera durado tan poco.

El modelo abolicionista implementado en varios —y cada vez más— países

como Suecia, Noruega y Francia es el único que ofrece prevención, protección y reparación a las mujeres y las niñas, y castiga todas las formas de proxenetismo junto con la compra de sexo, o sea, al putero. La abolición de la prostitución es un largo camino que ha de ser global, ya que el proxenetismo lo es. Para poner un ejemplo cercano, de poco o nada sirve si Francia es abolicionista y España no. Zonas como Irún y La Junquera se inundan de puteros franceses que cruzan la frontera para seguir agrediendo sexualmente a las mujeres. Y hay que aclarar que abolición de la prostitución no significa erradicación de la prostitución. Son matices pequeños pero importantes. Abolir la prostitución significa deslegitimar a través de todos los mecanismos (políticos, jurídicos, económicos, socioculturales...) esta realidad, para, como fin, llegar a erradicarla. Me enferma cada vez que oigo «Ya. Y mientras tanto, ¿qué?». ¿Cómo que mientras tanto qué? ¿Les parece poco lo que planteamos?

Las abolicionistas tenemos una agenda clarísima: pedimos una Ley Abolicionista del Sistema Prostitucional y de Atención Integral a Personas Prostituidas, que incluya la descriminalización de las mujeres prostituidas, así como la reparación económica, acceso a la vivienda, acompañamiento psicosocial, asesoramiento jurídico, formación, terapia y trabajo. Esos son derechos para nosotras. Y no el «derecho» a pagar impuestos por ser esclavizada. Un Estado que se lucra con la prostitución ajena solo tiene un nombre: Estado proxeneta.

Exigimos la prohibición y castigo de todas las formas de proxenetismo. En el Estado español no se persiguen todas. El rufianismo, el proxenetismo no coercitivo o la tercería locativa son formas permitidas. La tercería locativa — alquilar espacios para la prostitución, que es justamente en lo que se escudan los prostíbulos que funcionan con licencia de hoteles— está permitida y se despenalizó, como ya he mencionado, del código penal en el año 1995, bajo el gobierno del PSOE y en contra de las feministas (incluso las de su propio partido), que alertaban de que aquello iba a facilitar la instalación y expansión del proxenetismo y la cultura putera, en detrimento de las mujeres y sus

derechos. En el año 2020, Unidas Podemos dio un paso al frente e incluyó en un anteproyecto de Ley de Libertades Sexuales medidas para penar el proxenetismo en todas sus formas. La ministra de Igualdad Irene Montero anuncia también ayudas socioeconómicas para las mujeres prostituidas.

Es una buena noticia que se pretenda cumplir con una exigencia del movimiento feminista que lleva más de veinte años luchando para cerrar los prostíbulos y que se tomen medidas de prevención, protección y reparación con las víctimas de prostitución. Pero cuidado: estas medidas son incompletas y llegan tarde. Me preocupa especialmente que a la hora de tipificar el proxenetismo en varias de sus formas, se pase por alto lo que Mabel Lozano llamó proxenetismo 2.0. Ahora casi toda la explotación sexual se produce a través de aplicaciones y webs dedicadas a ello. Ojalá no tardemos otros veinticinco años en conseguir una ley abolicionista. Tal vez al *lobby* proxeneta no le importe ahora cerrar los prostíbulos, es la crónica de una muerte anunciada debido a la pandemia, la digitalización... pero sí reaccionará con fuerza si pretendemos tocar el negocio global virtual. No podemos ir siempre un paso por detrás del *lobby* proxeneta porque el coste lo pagan millones de víctimas.

Para seguir con lo problemático, la ministra Montero se niega tajantemente a cumplir con una de las demandas más importantes del abolicionismo: perseguir y castigar la compra de sexo. Es decir, perseguir y multar a los puteros. En general es la medida que más rechazo causa a quienes escuchan nuestras demandas. ¿Por qué será? ¿Por qué esa identificación colectiva con el agresor? Suecia fue el primer país del mundo que, en 1999, incluyó en el código penal la compra de sexo, en el marco de la llamada Ley de Paz para las Mujeres. Fue el primero —ya no es el único— que puso el foco en los auténticos responsables de sostener económicamente este sistema criminal y el brazo ejecutor que enferma física y psicológicamente a las mujeres que prostituyen.

Resulta cuando menos sorprendente que yo pueda denunciar por acoso sexual a un tío que me grita vulgaridades por la calle, pero no puedo hacerlo si me ofrece cincuenta euros para que le chupe la polla. ¿Podría considerarse eso una

oferta laboral y no acoso sexual y violencia machista? Podéis preguntar a las mujeres y niñas que llegan en patera a las costas españolas, exhaustas y en estado de shock tras un viaje infernal plagado de violencia y violaciones, cuántas veces les ha pasado; o a las mujeres racializadas, cuántas veces les ha pasado yendo por la calle, o a las que buscan trabajo en portales virtuales cuántas ofertas de trabajo reciben para lo que se anuncian y cuántas agresiones machistas por parte de hombres que ofrecen dinero a cambio de sexo a mujeres sin trabajo y probablemente sin ingresos y con importantes problemas familiares. ¿Podríamos considerar a estos una especie de benefactores que para saciar el hambre de las mujeres primero les meterían el pene en la boca? Es vomitivo. A veces me han dicho que al hablar de los puteros mi tono se convierte en agresivo. No es agresividad. Es indignación. Es rabia. Es dolor ante la injusticia y la impunidad de quien la comete. Contengo la agresividad porque de no hacerlo no sería abolicionista, sino que me tomaría la justicia por mi mano.

Quienes están en contra de multar a los puteros dicen que esas son medidas punitivistas y que solo la derecha es punitivista. ¿Perdona? En un Estado democrático hay y debe haber unas normas que se deben cumplir —bajo sanción si es necesario— para garantizar la salud y el bienestar físico, psicológico y moral de las personas. La ley educa. Yo me puedo pasar un radar de 80 a 120 km/h y con ello poner en peligro no solo mi vida sino la de los demás. Lo puedo hacer, pero me multarán y me quitarán puntos (hasta quedarme sin carnet si soy reincidente). Son normas cívicas sin las cuales la convivencia no sería posible.

Para ejemplo de cómo educa la ley, la del 30 de diciembre de 2010: la Ley Antitabaco que prohibió fumar en establecimientos cerrados por motivos de salud pública. Lo recuerdo muy bien. Llevaba casi tres años trabajando como camarera y —aun siendo fumadora— me tragaba durante doce horas al día el humo de cientos de cigarrillos y decenas de puros. Parecía que la Ley Antitabaco iba a causar una hecatombe. Hosteleros preocupados por el fin de sus negocios y fumadores indignados porque el Estado coartaba su «libertad» de fumar. El mensaje de los responsables políticos era claro: el negocio de la hostelería y la

«libertad» de envenenarse no estaba por encima de la salud pública y el coste que suponía a las arcas del Estado. Salvando las distancias, se trata de hacer lo mismo con los puteros. Multarlos. Porque sus prácticas nos enferman. Porque sus prácticas impiden alcanzar la igualdad entre mujeres y hombres.

Yo no puedo fumar en un bar porque vulnero el derecho a la salud de los demás. Es por un bien mayor. Y si eso me importa un pepino, me multarán, pero antes de que venga la autoridad para hacerlo, toda la gente me mirará mal y me lo recriminará e incluso me denunciará. Es tal el poder de educar de la ley que a las niñas y los niños de menos de diez o doce años les parece absolutamente impensable que entre plato y plato, en un restaurante, una persona adulta fume. Nosotras tenemos recuerdos de eso porque era así no hace tanto. Pero las nuevas generaciones crecen más respetuosas con la salud de los demás. Y ni siquiera lo saben. Solo les parece impensable hacerlo. De la misma manera en Suecia los chicos crecen con la idea de que es absolutamente impensable pagar por sexo. La ley educa. Y si no quieres pagar una multa, no te vayas de putas. Y si lo haces y hasta pagas la multa, sufrirás el rechazo social de una sociedad que habrá comprendido que pagar por follar está mal. Muy mal. Por fin serás tratado como lo que eres: una persona *non grata*, y el estigma estará donde siempre debió estar. Se habrá hecho justicia. Porque no podemos hablar de la reparación de las supervivientes de prostitución sin castigar a quienes les causaron los daños. Pretender hacer justicia y reparar a las víctimas del terrorismo sin perseguir y condenar públicamente el terrorismo y a los terroristas sería considerado un despropósito y una ofensa. A nosotras nos quieren hacer justicia y reparar sin condenar públicamente la prostitución y a los puteros: un fraude.

Pero hay más demandas. Para que luego digan «mientras tanto, qué»... Para seguir con nuestras reivindicaciones, exigimos el reconocimiento de mujeres prostituidas asesinadas como víctimas oficiales de violencia de género; formación especializada en intervención con víctimas dirigida a fuerzas de seguridad y otros funcionarios del Estado; educación afectivo-sexual feminista en todas las etapas y niveles educativos; campañas públicas de prevención y

desincentivación del consumo de prostitución; estadísticas y transparencia de datos del número de consumidores de prostitución, número de mujeres prostituidas, número de prostíbulos y pisos, e ingresos del consumo de prostitución y otras formas de explotación sexual y económica de la industria del sexo en el Estado español.

Es difícil negarse a estas propuestas desde una perspectiva de derechos humanos. Es difícil rebatir semejante despliegue de argumentos, propuestas y demandas. Es difícil y el *lobby* proxeneta lo sabe. Estamos haciendo un gran trabajo. Y no podemos perder de vista qué estrategia discursiva utilizan quienes defienden el modelo regulacionista-reglamentarista-prosex-proderechos. Yo las escucho mucho. Me gusta hacerlo para analizar sus jugadas. Últimamente dicen que en realidad son abolicionistas. Son abolicionistas, pero... mientras tanto (¡maldito mientras tanto!) piden que se regule el «trabajo sexual». ¿Para qué sirve esta broma de mal gusto? Para seguir confundiendo y generar y/o mantener un falso debate. Les sirve igual que les sirvió ponerle otro nombre a lo mismo una y otra vez. También dicen que no defienden el modelo alemán o de Países Bajos —reconociendo que es un auténtico fracaso— pero sí el modelo neozelandés. Este modelo plantea lo mismo que los anteriores pero con otros nombres, siguiendo la misma dinámica. Para saber más sobre este modelo y en general sobre la prostitución el blog de Traductoras por la Abolición[47] y la página web Geoviolenciasexual.com ofrecen mucho material inédito. De cara a desmontar el modelo neozelandés destaca el trabajo de la reconocida periodista británica Julie Bindel y de la activista Sabrinna Valisce, superviviente de prostitución en Nueva Zelanda, que luchó por la implementación de este modelo y cuando vio lo que era se arrepintió y ahora es activista abolicionista.[48]

También dicen que la prostitución es una forma de violencia machista. Por fin lo reconocen. Pero ¿dónde está la trampa? Pues en lo que dicen a continuación: que no se toque nada (ni la tercería locativa ni multar a los puteros) hasta no garantizar primero ayudas integrales a las mujeres en situación de prostitución. Podría parecer razonable. Muy razonable. Pero no lo es. Y tenemos pruebas de

ello. Tanto en Navarra como en Canarias las mujeres reciben ayudas por abandono de prostitución. Es lo poco que pueden hacer las comunidades autónomas al considerar la prostitución violencia machista. Para poder hacer más haría falta una ley estatal y una reforma del código penal. ¿Qué ocurre? Pues que son los propios proxenetas los que tramitan esas ayudas, en nombre de las mujeres, y se quedan con nuestro dinero público, aparte de seguir vendiendo a las mujeres a los puteros. Y cuando ya son inservibles las desechan y traen otras nuevas, y así suma y sigue. Los parches no sirven. Todas las medidas deben ir a la par. Porque, como he dicho, abolir significa deslegitimar a través de todos los mecanismos (políticos, jurídicos, económicos, socioculturales...) la prostitución.

En cuanto a los y las representantes políticas creo que tenemos que dejar claro que el movimiento feminista y, por tanto, el movimiento abolicionista, es un movimiento de la sociedad civil que pertenece a la sociedad civil. El gran problema es que los partidos políticos han hecho bandera de esta lucha y lo que tienen que hacer no es autodenominarse abolicionistas o feministas, sino cumplir las exigencias de la sociedad. El movimiento feminista está frente a los partidos políticos para exigir y los partidos políticos tienen que cumplir.

No es una invitación a la guerra, pero debemos tener claro cuál es nuestro lugar para que esto no se convierta en una instrumentalización por parte de los partidos políticos. No nos sirve que haya partidos políticos que se denominen abolicionistas o feministas de discurso, lo que queremos es que demuestren que cumplen con las exigencias que reciben por parte del movimiento feminista. Solo entonces vamos a tener claro que se nos reconoce la validez como interlocutoras y que van a cumplir con lo que estamos pidiendo.

Hay quien dice que abolir la prostitución es una utopía. No lo es y aunque lo fuera, utopía no es sinónimo de imposible y si hemos logrado avances en derechos y libertades acordes al buen trato y la ética, es gracias a las personas que lucharon y caminaron hacia la utopía. No nos conformamos con la resignación, así que caminamos hacia un mundo mejor. Los propios derechos

humanos son una utopía, pero no por ello dejamos de luchar para conseguirlos. Esa es la diferencia entre la gente que acepta las normas de un sistema criminal y la gente que se rebela ante él. El abolicionismo es antipatriarcal, anticapitalista, antirracista y anticolonialista. El abolicionismo es transgresor. Ahora solo falta que la gente decida si está del lado del opresor o de la gente oprimida.

Lo cierto es que el movimiento abolicionista crece cada vez más porque cada día hay más mujeres muy diversas (políticas, juezas, policías, periodistas, empresarias, obreras, estudiantes...) que profundizan y comprenden que la existencia de la prostitución imposibilita alcanzar la igualdad real y ya no están dispuestas a aceptar y a sentir que las prostitutas somos «las otras», sino que somos todas mujeres y si vamos a luchar por la libertad lo hacemos por todas nosotras. También hay algunos hombres que se niegan a cumplir con el pacto que la masculinidad hegemónica les impone. Como dice Laura Segato en su libro *Contrapedagogías de la crueldad*, «muchos hombres hoy se están retirando del pacto corporativo, marcando un camino que va a transformar la sociedad. Lo hacen por sí, en primer lugar. No por nosotras. Y así debe ser».[49]

¿Se puede combatir el estigma de la puta?

Podría empezar hablando del estigma desde la propia vivencia, después desde la teoría y con ello pretender que ese es el orden por el que el estigma de la puta llegó a mi vida. Y no sería mentira. Sin embargo, no definiría la verdad. Mi verdad. Aun cuando llevaba muchos años sufriendo el estigma, no lo (re)conocía porque no sabía nombrarlo, ni mucho menos analizarlo. Cuando era puta no sufría el estigma, mientras asumía ese rol y me comportaba tal y como se esperaba de mí. De mí o de cualquier puta. Esa era mi vida y la única realidad que conocía. Era lo normal. Solo empecé a sentirlo —sin saber nombrarlo— cuando pretendí salirme de ese papel que socialmente se me había asignado. Ahora sé que sufro el estigma de la puta desde los trece años, y de forma más

virulenta a partir de los veintitrés, cuando logré transgredir la barrera que me mantenía como mero cuerpo a disposición de los hombres y sus deseos sexuales, nacidos desde la erotización de la desigualdad de sexo, de clase y/o de raza. Nacidos en el mismo lugar donde nace el estigma de la puta. El estigma sirve para meternos y mantenernos en la prostitución. La exclusión, marginalización y discriminación las empezamos a sentir con conciencia cuando intentamos dejar de ser putas.

El estigma nos lo recuerda el entorno y también la subjetividad. No solo el entorno piensa que no valemos para otra cosa, sino que nosotras mismas y tras años de ser atravesadas por la violencia del estigma (entre otras), tenemos grandes dificultades para creernos capaces de ser y hacer otra cosa. Como ya cité, «Todo lo que es “auto” debe haber sido primero “hetero”», nos recuerda Carmina Serrano. Por ello es tan importante cómo miramos a las mujeres en situación de prostitución a la hora de alimentar su propia mirada sobre sí mismas. Podemos seguir haciendo mucho daño o podemos construir una realidad mucho más justa y empoderante. Pero empoderante desde una perspectiva feminista. Hasta ahora las putas solo se pueden «empoderar» desde una perspectiva patriarcal que el *lobby* proxeneta utiliza con mucha habilidad. El orgullo de puta es necesario para sobrevivir en el contexto prostitucional. Pero el orgullo de puta no es transgresor ni desarma el orden patriarcal, porque no se construye en contraposición al opresor sino a otras mujeres. Las no putas.

La construcción de la subjetividad de las mujeres se sigue dando en la dicotomía patriarcal entre las unas y las otras. O la otra y la otra de la otra. Hasta ahora solo el discurso proxeneta ofrece la posibilidad de construir una manera de sentirse subjetivamente activa. Aunque no ponga en jaque la estructura patriarcal, el orgullo de puta ofrece la posibilidad de ser sujeto activo. Aunque ello se traduzca en ser sujeto activo al servicio del propio sistema que te domina y despersonaliza. Pero activo al fin y al cabo. Alguien cuenta contigo, aunque sea el opresor. ¿Cómo encontrar la manera de hacerlo desde el abolicionismo? Me refiero a cómo hacerlo para que a nivel subjetivo las propias mujeres

prostituidas lo vivan de forma empoderadora. Porque a nivel macro, teórico y sociológico, el abolicionismo es realmente quien combate el estigma de la puta al defender que las mujeres no hemos nacido para ser instrumentalizadas en beneficio de los hombres. Lo hace cada vez que saca el debate de lo individual y lo coloca en un plano global, y hace un análisis crítico e histórico de la institución de la prostitución y del sistema prostitucional.

Pero ¿cómo trasladarlo a lo individual sin perder de vista lo global? Y sobre todo teniendo plena conciencia de que decir que ellas quieren, lo eligen, les gusta, etc., sirve para reforzar el estigma y alimentar la culpa y la revictimización. La propuesta del abolicionismo de considerar víctimas a las mujeres prostituidas me parece acertada desde un punto de vista sociológico, pero no tanto desde un punto de vista psicológico. Desde el proxenetismo las mujeres en situación de prostitución pueden alimentarse del orgullo de la «trabajadora sexual» y participar activamente en reforzar su propia esclavitud —renombrada «trabajo sexual»— en un intento de librarse del estigma. ¿Desde el abolicionismo pueden las mujeres en situación de prostitución alimentarse del «orgullo de la víctima» y participar activamente en su emancipación y librarse del estigma? NO. No porque no puede existir tal cosa. Es impensable que se pueda construir un «orgullo de la víctima». Y es imprescindible —y más que justo— que las mujeres en prostitución sean parte activa de la lucha abolicionista.

Entonces ¿cómo lo hacemos? El concepto de superviviente nos dota de cierto empoderamiento a las víctimas y es indiscutible que la participación de las supervivientes de prostitución en la lucha abolicionista aporta una visión imprescindible. Pero superviviente no deja de ser una manera de nombrarte activa en pasado y con ello atarte a él. Y atarte al pasado, por mucho valor testimonial que tenga socialmente, te impide evolucionar y moverte de lugar psicológicamente. A mí no me gusta esta identidad, siempre me ha chirriado. Menos que la de víctima, es cierto, pero no me convence en absoluto. Me

identifico con la de activista. Porque es lo que soy actualmente y desde el año 2016 que di mi primera charla.

Sobrevivir sobrevivimos todas las que seguimos con vida en este sistema patriarcal y al margen de si pasamos o no por la prostitución. Y el «orgullo de superviviente» no existe y de existir tampoco sería transgresor porque se construiría en contraposición a las que no sobrevivieron y no a los agresores. Seguimos en las mismas. Para mí —y desde mi punto de vista— solo hay una forma de construir un orgullo para las mujeres que están o hemos estado en prostitución desde la perspectiva abolicionista: el orgullo de activista feminista. Sentirse parte activa de algo tan grande, de esta lucha por nuestros derechos y por los derechos de las niñas, se puede convertir fácilmente en un gran orgullo que nos mueva. Y nuestra fortaleza, nuestros conocimientos, nuestra bravura, nuestro ímpetu de pelear por la vida contra viento y marea, encontrarían un cauce y un sentido mucho más amplio, poderoso y transformador.

Los proxenetas lo tienen mucho más fácil, lo sé. Es mucho más sencillo fabricar putas orgullosas que activistas feministas. Lo tenemos todo en contra, pero debemos hacerlo. Debemos acercar el feminismo a las mujeres en prostitución y empezar a considerarlas compañeras imprescindibles de lucha. Darles ese lugar nos beneficia a todas. Soy plenamente consciente de las dificultades que eso implica. Pero hagámoslo. Tengamos esa capacidad de respetar los procesos de cada mujer desde el acompañamiento y la sororidad, sin pedir ni esperar nada a cambio. Os aseguro que así nos demostráis que otra forma de vivir es posible. Porque las putas no sabemos qué es la ayuda o el amor incondicional. Porque lo que parecía ayuda o amor se convirtió siempre en deuda, obligación, maltrato y desprecio. Por eso las putas no queremos ayuda. Quizá toleremos el acompañamiento. Poco a poco. Las feministas no vamos a ayudar porque ello nos colocaría en un lugar superior moralmente que despertaría el rechazo de nuestras hermanas putas. Simplemente vamos a acompañar y a dar sin esperar nada a cambio; a ser ejemplo de lo que predicamos. Y el cambio surgirá de ahí. Un cambio radical que solo la sororidad

puede generar. Teniendo en cuenta que no llegan las palabras sin los actos. Las putas estamos hartas de mensajes contradictorios. Te amo, pero te utilizo. Te respeto, pero te impongo mi voluntad. Te ayudo pero chúpame la polla. O reza un padrenuestro. Las palabras se las lleva el viento; los actos se quedan y transforman. Para bien o para mal. Y nosotras sabemos en qué bando estamos. Demostremoslo una vez más.

Mi resiliencia y mi empoderamiento tienen que ver con esas mujeres valientes que aunque nunca estuvieron en el lugar donde yo sí estuve, fueron capaces de verme como a una igual y de reconocermme como a una persona valiosa y mucho más que un cuerpo a disposición de la satisfacción sexual de los hombres. Y así me lo hicieron saber (al contrario que las defensoras de la prostitución como un trabajo). Ellas, las abolicionistas, se atrevieron a transgredir el estigma de la puta y con ello rompieron con la dicotomía que nos discrimina a las mujeres y nos enfrenta a unas contra otras.

Con las mujeres abolicionistas aprendí a vivir y dejé de sobrevivir en la competitividad férrea en la que se nos adiestra en la prostitución. También aprendo todos los días a trabajar en equipo. Colaborando. A las víctimas y supervivientes del sistema prostitucional se nos tacha muchas veces de tener actitudes egoístas e individualistas. Eso no es del todo cierto. Esas actitudes tienen que ver con la soledad, el miedo, la desconfianza, el abandono y la autosuficiencia extrema hechas callo. Por eso necesitamos que se nos escuche y se nos tenga en cuenta como interlocutoras válidas y expertas en una realidad no solo pensada y reflexionada, sino también vivida. Y juntas hacer esa revuelta de las putas, reconociéndonos todas como hermanas.

Hoy puedo hablar del estigma, nombrarlo y analizarlo gracias, sobre todo, a Beatriz Gimeno, una mujer que ha influido muchísimo en mi desarrollo como activista feminista y cuyo pensamiento está muy presente en mi discurso. Beatriz es una de las mujeres más importantes de mi vida y fueron ella y su forma de plantear el debate sobre la prostitución las que me ofrecieron la posibilidad de encontrar un lugar amable, desde el cual aprender, pensar, poner en duda todo y

después acercarme con pasos pequeños pero firmes hacia una postura inapelable frente a este problema social. La admiro profundamente, por muchas razones. Su forma de ser y de comunicar me advierte constantemente que no hay diosas, ni atalayas, ni púlpitos desde los cuales se predique la verdad absoluta. Beatriz Gimeno es humana y me recuerda que yo también lo soy. Es perfectamente imperfecta. Como yo. Como tú. Como todas. No estoy de acuerdo con todo lo que ella piensa o plantea; no lo estoy, nunca lo he estado y creo que tampoco lo estaré. Pero no hace falta. El sectarismo es algo que, aparte de peligroso, me parece insufrible. Fui pupila suya y ella fue mi primera maestra de muchas. Lo pongo con mayúsculas porque ella es de esa clase de maestra que no teme aprender de y a quien enseña y que valora sobremanera e incorpora los conocimientos de alguien que no tiene los mismos que ella plantea. Y además lo reconoce públicamente. Gimeno me reconoció como interlocutora válida cuando mis conocimientos eran muy limitados (más de lo que son ahora, quiero decir), demostrando de esta manera que no solo analiza y escribe sobre el estigma de la puta (entre otras muchas cosas), sino que, además, sabe combatirlo en la práctica. Estoy convencida de que esa forma de ser suya está muy ligada a su faceta de militante de base. Me gusta la gente que lucha en el barro. Me identifico plenamente con ella. Y sé que ese es mi lugar.

Su libro *La prostitución*^[50] marcó un antes y un después en el debate sobre la prostitución y consiguió desenredar muchos nudos de este y con ello dar un enorme impulso al abolicionismo. Los puntos de fuga que ella proponía y los — por aquel entonces— nuevos argumentos hoy en día están profundamente fijados, normalizados, desarrollados y mejorados en el discurso abolicionista. En especial en el de las abolicionistas más recientes o jóvenes, que, como yo, encuentran razonable y actualizado este discurso. Gimeno no ha creado un dogma. Nos ha abierto una puerta para que nosotras podamos seguir pensando, construyendo y luchando por el abolicionismo. Le debemos mucho; a ella y a las que construyeron y lucharon por el abolicionismo anteriormente. De manera más o menos acertada, pero sin ellas ni Gimeno podría haber creado líneas de fuga ni

nosotras habríamos llegado hasta aquí. Porque fueron somos y porque somos serán. Siento un profundo orgullo abolicionista. Y serlo me libera del estigma de la puta. Soy activista feminista. Y transformo la realidad de la mano de mis compañeras. Todas somos importantes y todas tenemos un lugar. No se trata de ser amigas ni de simpatías. Se trata de sororidad. Y la sororidad no es cualquier cosa.

Para terminar con esta cuestión, querría recordar unas palabras de Marcela Lagarde:

La sororidad es una dimensión ética, política y práctica del feminismo contemporáneo. Es una experiencia de las mujeres que conduce a la búsqueda de relaciones positivas y la alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas formas de opresión y al apoyo mutuo para lograr el poderío genérico de todas y el empoderamiento vital de cada mujer.[51]

Un mensaje para la sociedad (del buen trato)

«El dolor solo es soportable si sabemos que terminará, no si negamos que exista.»

VIKTOR FRANKL

Son la cinco de la tarde y estoy firmado ejemplares de mi cómic en la librería Libreramente de Barakaldo. Me siento feliz a pesar del cansancio acumulado, del tremendo calor que hace estos días y de que la mascarilla haga que me sude el bigote mientras casi me asfixio. Me acompañan la librera, mi gran amiga y compañera Enya Diez, y mis compañeras y amigas del alma, Oiane Menika y Leire Candel. Ellas dos no solo son compañeras, amigas y cofundadoras conmigo de la Asociación para la emancipación de mujeres y niñas Emargi. También son mi hogar. El lugar donde me encuentro a salvo. Me comprenden, me arropan y me quieren con mis muchos defectos y algunas virtudes. Y me dan caña. Saben que de vez en cuando me da un ramalazo barriobajero. Hasta saben cuándo es posible que pase: en marzo, septiembre o noviembre. Los meses más

exigentes y duros para las activistas. Oiane es educadora social y Leire es trabajadora social. Y aparte de sus muchos conocimientos profesionales han decidido que sería una buena idea tener siempre un michi a mano para enseñármelo y desactivarme la agresividad en un segundo. Saben que los michis pueden convertirme en la persona más amorosa y tranquila del mundo solo con su presencia. Son magia. Los michis también.

Firmo ejemplares, especialmente a las cincuenta participantes de la primera edición del club de lectura que Enya ha organizado y coordinado; mi cómic *Amelia: Historia de una lucha* es la obra que hemos trabajado este último mes. Después de la sesión de firmas nos iremos todas al Teatro de Barakaldo para la ceremonia de fin de curso, en la que presentaré la publicación.

Las lectoras me entregan cartas y regalos, todo envuelto con mucho mimo y detalle, y me dicen cosas emocionantes. Nos miramos a los ojos y nos reconocemos como mujeres valientes, fuertes, inteligentes, luchadoras..., hermanas. Principalmente me agradecen la valentía, la fortaleza y la generosidad de abrirme en canal y ofrecerles la posibilidad de conocer de cerca algo que intuían pero que nunca lo vieron tan claro. Hablamos del patriarcado, de la necesidad de proteger la infancia, del abolicionismo como única vía de conseguir un mundo mejor para todas nosotras. Se van y vienen. A ratos hay cola y a ratos nos quedamos solas Enya, Oiane, Leire y yo. Vienen compañeros de chicas que no pueden venir a la firma, así que se encargan de ello sus parejas; alguno bajo la amenaza de que como se le olvide venir y conseguir mi firma se va a enterar. Me río. Firmo. Siento. Pienso. Recibo cartas. Palabras. Miradas. Amor. Reconocimiento. Paz. Y miedo. Mucho miedo. Estoy aprendiendo a vivir en un mundo que no me agrede y donde las personas me protegen, me cuidan y me reconocen incondicionalmente. Les pido que no me pongan en un pedestal porque no quiero estar sola. No quiero que me endiosen. Les digo que no se dejen engañar por el personaje y me vean como persona. Les aseguro que tengo más sombras que luces. No sé si me creen. Pero es verdad.

Estoy orgullosa de haber podido crear. Les hablo de este libro, *La revuelta de*

las putas. Lo hago con orgullo. No porque piense que es un gran libro. Mi perfeccionismo me impide siquiera acercarme a considerarlo satisfactorio. Pero estoy feliz de ver que soy capaz de crear cosas buenas que pueden servir para evitar o aliviar el dolor de la herida colectiva de las mujeres y las niñas y con ello construir un mundo mejor para todos. La creatividad rescatada del fondo del mar tras el naufragio que durante años me obligó a poner todos mis sentidos en sobrevivir.

Acaba de entrar una chica muy joven que abraza mi cómic mientras camina hacia mí. Lo hace acompañada por un chico. Ella es un poco tímida o al menos lo parece. Me saluda y le firmo su ejemplar. Me dice que ha traído a un amigo para que hable con él. Él me explica que su amiga le ha prestado el cómic y se lo está leyendo, le parece interesante. Me fijo en él. Es un chico guapísimo; ojazos, morenazo, con buena percha, bien vestido y educado. He visto muchos puteros así en el puticlub. Pero no pienso que él podría ser uno de ellos. Soy así de ingenua a veces. Se pone cómodo. Yo no sé si es por el calor o por qué, pero me parece un chico muy seductor y atractivo. Mis amigas dicen que ellas no suelen mirar a los hombres así, de buenas a primeras. Será que inconscientemente me manejo con otros códigos debido a mi experiencia con los hombres. En todo caso no actúo como los machunos. Admiro la belleza y el atractivo, pero veo a la persona que hay detrás.

El chico me cuenta que una vez estuvo en un puticlub tomando algo con un amigo que subió a la habitación, pero que él no. Fue allí por curiosidad. Sabía que estaba mal, porque esas copas que cuestan tanto benefician al proxeneta. Lo escucho con atención. No digo nada. Veo que busca en mí algún tipo de reacción. Y la encuentra en mi silencio. Quiero escuchar. Sigue y dice que volvió una segunda vez con otros amigos y que solo estuvo hablando con una profesional. «¿Una profesional en chupar pollas?», le pregunto. Le sorprende mi pregunta. No sabe qué decir. «¿No es así?», le pregunto. Titubea. Está descolocado. Dice que no quiere entrar ahí, que lo que quiere es contarme otra cosa. «¡Ah, bueno!», pienso. «Sigue, sigue. Perdón por el zasca. Qué guapo es el

muy cabrón.» «Bueno, espera. Voy a comprar tu cómic. Lo quiero para mí. ¿Me lo firmarás?», me pregunta. «Pues claro», le digo.

Veo a la chica más contenta que antes y empiezo a entender por qué trajo a su amigo y le metió el cómic con calzador. La verdad es que me siento como una sacerdotisa. Mi confesionario es el sofá de la librería de mi amiga. De puta a sacerdotisa. No está nada mal. Me acomodo con cierta gracia y chulería. Bueno, la que pueda tener como hija de la clase obrera. En mis sueños tengo más gracia y soy menos bruta, pero llevo en la piel la chulería del proletariado y su manera de andar, sentarse y estar. Pienso que a ver qué me cuenta este pequeño diablo, aunque lo intuyo. Vuelve con el cómic. Se acomoda. Se lo firmo. Se apoya con los codos sobre las rodillas marcando claramente el inicio de la confesión. Resulta que volvió una tercera vez y que consumió prostitución pero que no trató mal a la chica. «¡Ah, eres el putero majo!», le digo. «¿Qué?», pregunta extrañado. «El putero majo. ¿No has leído el cómic?» «No. Es que justo me he parado al llegar al capítulo que habla de los puteros.» «¡Oh, qué casualidad!», le digo. «No pasa nada. Cuando lo leas lo entenderás. Sigue, sigue.»

Me cuenta que en realidad él no quería, pero que la chica lo excitó. Ya, pobre. Lo pienso con ironía pero no lo interrumpo. Dice que ha reflexionado sobre ello, es consciente de que eso no está bien, porque sabe perfectamente que detrás hay mafias y todo eso. Y no entiende por qué, aunque lo sabía, volvía una y otra vez y hasta pagó por sexo. Me entran ganas de decirle que pagó por sexo cuando podía hincharse a follar con mujeres libres. No se lo digo por no alimentar su ego y porque seguramente él ya lo sepa. A continuación le suelto todo este discurso. Me escucha con mucha atención. A ratos parece que le estoy mostrando el fuego por primera vez. Me escucha como quien escucha la palabra de Dios. Le estoy mostrando el camino. Quiere saber el camino. Doy por acabada la tertulia. Se levantan, me dan las gracias y se van. Él, pensativo; ella, contenta. Puede que hayamos facilitado entre las dos que ese hombre se convierta en uno de los cada vez más desertores de la masculinidad patriarcal.

Porque detrás de cada hombre en deconstrucción hay una feminista. O dos. Larga vida a las feministas.

Mira, moreno: podría decirte que tienes unos cojones que te los pisas al plantarte aquí y contarme lo que me has contado. Pero no lo voy a abordar así porque eres un putero arrepentido. Uno de muchos. Te diré que aprecio tu honestidad. No cagarla no tiene mucho mérito, así en general. Lo que sí tiene mérito es ser honesto con uno mismo y con las demás personas. Me gusta la gente honesta. La honestidad nos permite crecer y mejorar.

Cuando tenía trece años me violaron por primera vez y, después, de forma reiterada. A los dieciséis años vi por primera vez pornografía. Me la pusieron. Mi reacción fue extraña a primera vista. Me horrorizó y me sentí muy violentada como mujer al ver esas imágenes. Me eché a llorar y por primera vez reaccioné con rabia aun estando rodeada de hombres y sabiendo que no era la mejor estrategia. Se rieron de mí y de mi reacción y comentaron que a ver si de pronto me había convertido en una mojigata. Después reprodujeron las mismas prácticas conmigo. Para quitarme el susto, me dijeron. Solo ahora puedo tratar de entender por qué reaccioné de esa forma ante unas escenas pornográficas que ahora serían consideradas de lo más *light*, cuando ya llevaba años siendo agredida sexualmente. Y creo que he encontrado la respuesta. En mis charlas en institutos explico al alumnado lo que es la disociación con el siguiente ejemplo: imagínate que vas en bici, te caes y te das un golpe tan fuerte que resulta insoportable. Y te desmayas. El daño sigue ahí pero la mente produce esa desconexión para protegerte de ese dolor terrible. Lo mismo ocurre cuando te infringen un daño psíquico que resulta imposible de soportar. No te desmayas, pero la mente se desconecta de las emociones para protegerte. El daño sigue ahí, solo que al no ser físico no se ve ni se cura. Después empiezas a hacer cosas raras que no entiendes. Porque la herida te afecta aunque no se vea. La disociación nos protege en un momento puntual pero no nos evita el daño, sino que lo agranda al permanecer oculto. Al ver las primeras imágenes pornográficas vi aquello que mi mente borraba para poder sobrevivir y me puso por delante

todo el dolor. La industria de la explotación sexual no solo utiliza las consecuencias del trauma generado por la violencia sexual para beneficiarse a través de la prostitución, sino que además somete nuestras mentes a la violencia pornográfica para normalizar la cosificación, la despersonalización, la mercantilización y la tortura.

Una vez me dijo una amiga animalista que en campañas de sensibilización contra la violencia hacia los animales utilizan imágenes reales de animales maltratados y cruelmente torturados y que tienen un gran impacto. Pero esa estrategia no es aplicable en el caso de la lucha contra la violencia sexual. Porque detrás del maltrato animal no hay toda una industria dedicada a sexualizar ese maltrato y esa tortura. En el caso de la violencia sexual sí la hay. La pornografía cumple con esa función. La violencia contra las mujeres excita sexualmente a los hombres. Todo lo que los rodea los mantiene en continuo estado de excitación sexual y fomenta que nos vean como cosas. Así no os rebeláis contra el sistema. Así los esclavos tienen sus propias esclavas y renuncian a su propia humanidad cuando se identifican con el opresor. El problema es el sistema, pero del sistema formamos parte nosotros y nosotras. Y las mujeres hemos avanzado, luchado y cambiado mucho. Os toca a vosotros, compañeros. Os toca decidir con quién estáis y con quién queréis caminar de la mano. Lo podéis hacer con nosotras como compañeras de viaje hacia ese mundo mejor o lo podéis hacer en contra de nosotras y de la mano de un sistema que destruye la vida y vuestra propia humanidad.

Por supuesto que creo que vamos a ganar. Es por ello por lo que las abolicionistas nos exponemos al enfrentarnos a una perversa, mafiosa, poderosa y dañina industria millonaria que pretende que nuestro destino sea servir sexualmente a los hombres. Es una batalla larga y dura y quizá muchas ya no estemos cuando se haya conseguido la erradicación de la prostitución a través de la abolición. Pero será todo un orgullo saber que hemos formado parte de un movimiento noble y justo, que ha dejado como legado para las que quizá aún no han nacido, un mundo sin prostitución. Un mundo sin prostitución es un mundo

donde los cuidados, el «ser», el deseo mutuo, el placer compartido, la ética, el amor, el reconocimiento, el buen trato y la igualdad de oportunidades ocupan el centro de la vida y la hacen girar de una manera mucho más humana y respetuosa.

Estamos escribiendo una página muy importante en la historia de la humanidad. ¿De la mano de quién vas a honrar la vida?

A mis hermanas

Queridas hermanas putas, me dirijo y os hablo a vosotras. No quiero y no debo hablar por todas vosotras. Ninguna puta debería hablar por todas. Hay mucha gente que proclama a los cuatro vientos que habléis y decidáis cosas. Una carga demasiado injusta para algo que nos afecta no solo a las putas, sino a todas las mujeres. Lo que debéis saber es que vuestra historia personal es parte de un gran entramado que arroja a la prostitución a miles, millones de mujeres y niñas. Así pues, se trata de un problema social de difícil solución y que se ha intensificado con el neoliberalismo. Me gustaría deciros que una parte de mí se ha quedado con vosotras para siempre y espero que ese lazo que nos une se fortalezca. Insisto, ninguna debería hablar por todas. Y todas deberíamos poder hablar. Sé lo difícil que es poner en palabras lo vivido, lo que se siente en el durante y el después, por mucho tiempo. Hasta el día de hoy. Y mañana también. No es fácil explicar aquello que nunca se nombra. Reclamar lo que desconocemos. Porque la mayoría de nosotras nunca supo qué son la igualdad, la justicia y la libertad. Probablemente —y por desgracia— algunas nunca consigan saberlo, mucho menos vivirlo. Qué difícil verse desde fuera de un contexto y una realidad que nos devora y exige que pongamos todos los sentidos al servicio de la supervivencia. La vida. Nuestro bien más preciado. Pero ¿qué es la vida humana sin humanidad? ¿Qué es la vida sin cuidados, reconocimiento, protección y bienestar? Un infierno. Vosotras, ángeles hermosos que sobrevivís en un infierno repugnante, a la espera de poder abrir las alas de la dignidad —que nunca serán capaces de arrebataros—. Vosotras, niñas que soñasteis con la libertad del amor incondicional. No nos dijeron que el amor era una trampa, en demasiadas ocasiones mortal, física y psicológicamente. ¿Cómo saber qué es el amor propio

si quien se suponía que debía o decía querernos y protegernos nos maltrataba? ¿Cómo perdonar a quienes no supieron amarnos, cuidarnos y ponernos límites (sin autoritarismo) porque tampoco nadie les supo amar, cuidar y poner límites (sin autoritarismo)? Dicen que el abandono parental destruye más que el autoritarismo parental. Dicen que la falta de normas daña más que la imposición violenta de las mismas. Puede ser. Pero no me convence cuantificar algo que a nivel individual nos lleva al límite —de una u otra forma— a través del sufrimiento y la desesperación. Aunque puede que al haber tenido límites alguna vez encontremos las herramientas para distinguir mejor entre el bien y el mal, y que nos permitan sobreponernos antes y encontrar el camino de la sanación. Puede ser. Lo más seguro es que sí.

Todos los días veo el sufrimiento de las niñas que fueron descuidadas y su falta de herramientas para enfrentarse a la vida y sus retos, al margen de lo que a la fuerza se ha convertido en la zona de confort: la violencia en cualquiera de sus dimensiones y formas. También veo y siento el sufrimiento que me genera el hecho de haber recibido una educación autoritaria y haber sido una niña sobreprotegida, con autoritarismo y, por tanto, maltratada. Algo que dejó en mí una huella profunda que me dificulta relacionarme conmigo misma y con otras personas. La autosuficiencia, la autoexigencia desmesuradas. La rigidez o la falta de flexibilidad. Soy una inútil porque nada de lo que hago está bien. Por mucho que haga y me esfuerce a cada instante. Quizá tú eres una inútil porque no haces nada para estar bien y salir de la violencia. Dame tu mano. Y escúchame. Nada de eso es verdad. No somos inútiles. Somos el resultado de lo que nos hicieron desde que nos trajeron al mundo. Fuimos niñas deseadas. O no. Fuimos niñas queridas. O no. Fuimos niñas y somos mujeres, producto de una sociedad que nos utiliza, menosprecia y maltrata. De una sociedad jerarquizada en la que debemos obediencia a los mayores, primero, y a los hombres, siempre. Somos hijas de madres que fueron tratadas igual de mal. Y nietas de abuelas que a su vez tuvieron que enfrentarse a la soledad, la miseria, el hambre, la muerte de sus criaturas por enfermedades, por partos o por ir a la guerra.

En cualquier caso, aquí estamos aquellas a las que la vida nos golpeó demasiado temprano, generación tras generación; con nuestra herida que nos duele individualmente y cuyo dolor se extiende colectivamente. Somos las otras de las otras. Las putas. Las que ni *las otras* del hombre, las mujeres, nos reconocen como iguales. El estigma y su enorme función. El reconocimiento social y su gran atractivo. Todo en función de si servimos a un hombre (aunque sea de forma secuencial en el tiempo) de manera privada o a cualquiera de manera pública. En todo caso, actos de sumisión profundamente políticos marcados por instituciones patriarcales y dinámicas neoliberales. Actos de sumisión que muestran que elegimos la vida cuando no podemos ni huir ni luchar. Someteros como resistencia activa. La única alternativa para muchas, hasta ahora. Hagamos la revuelta de las putas, de las empobrecidas, de las vulneradas, de las violentadas, de las migradas, de las racializadas, de las violadas, de las estigmatizadas, de las indocumentadas. De las rebeldes que ya no piensan verse como *la otra y la otra de la otra* del hombre. De las mujeres. De las que somos o hemos sido putas y de las que nos han llamado putas. ¿Sabéis?, no os llamaron putas por ser libres y rebeldes. Lo hicieron para arrebatarnos la categoría de persona. Para deshumanizaros y rebajaros ante los ojos del agresor. Para que así pudiera sentir legitimidad y ejercer la violencia sobre vosotras, por desobedecer. No os confundáis. Me hierve la sangre cuando oigo decir a mujeres que jamás fueron ni serán prostitutas que todas somos putas. A veces incluso lo hacen en nombre de la hermandad con las putas. Señoras, no se flipen. Y dejen de frivolar. Ustedes no son putas. No tenéis ni idea de lo que es ser puta. Si queréis mostrar vuestra sororidad con las putas, repetid conmigo: ¡Todas somos mujeres! ¡Todas somos mujeres! Eso sí que es transgresor. Y sobre todo, os hará entender antes que las decisiones políticas que se tomen al respecto de la prostitución no son cuestión de las otras, sino de todas nosotras. Porque tú igual no sirves pero tu hija, tu nieta, tu sobrina, sí. Y vienen a por ellas. No lo dudéis. No es casualidad que ante la enorme crisis económica, social y política que sufrimos, los discursos de la maternidad esclava y la

prostitución —eso sí, «libremente» elegidas— adquieran cada vez más fuerza y sean vendidos como fuente de satisfacción y empoderamiento femenino. Nos empoderamos en lo que el patriarcado ha reservado para nosotras como destino hace más de cinco mil años. ¿Es una broma?

Corear «todas somos putas» hubiera sido transgresor si en época de Franco las casadas lo hubieran gritado a los cuatro vientos. Ahora decir y reivindicar que todas somos putas solo se ajusta a los intereses patriarcales y capitalistas. No seamos bobas. Todas somos mujeres. Sujeto del feminismo. Ni todas somos putas ni la prostitución es un trabajo. Porque chupar pollas para sobrevivir no dignifica ni deja ilesa ninguna mente humana. Porque la sexualidad nos atraviesa. Por eso no es lo mismo hacer, vender o servir un producto que ser el producto. Lo sé porque fui puta y fui camarera. Y no hay término de comparación. No lo hay. Además, quien tenga dudas podrá comprobarlo fácilmente en su propia piel. Y después hablamos.

Me repatean las niñas pijas que se visten de manera provocativa a ojos patriarcales y se les llena la boca con que son putas y a mucha honra. Niña, cierra el pico. Porque tú te vas a casa con tus padres, que te esperan con la calefacción puesta y la cena preparada, después de divertirse con tus amistades tras salir de la uni, donde posiblemente estudias artes escénicas, plásticas o sonoras (porque las artes siempre han sido muy permisivas e incluso han fomentado aquello que podría parecer transgresor, pero solo si sirve para alimentar el orden patriarcal). Eso como te descuides y no adquieras conciencia feminista para intentar revertir el arte y su función. Y en todo caso sería a un coste personal y profesional muy alto; muy cerca de tu hogar, en donde dejas de hacer el papel frívolo de puta... ¡Un momento! ¿te piensas que ser puta es ponerse minifalda, pintarse los labios de rojo y follarse con quien te apetece? Ya es hora de que despiertes de tu ignorancia. Hay miles de niñas y mujeres que no han tenido ni la mitad de tus oportunidades —que también son pocas porque eres mujer en un mundo patriarcal— y que solo se les ha permitido ser un cuerpo. Un cuerpo reducido a tres agujeros penetrados sistemáticamente por los cuatro de

cada diez hombres que reconocen pagar por instrumentalizar, cosificar, mercantilizar y convertir a las mujeres en meros receptáculos de semen al servicio de su placer de dominar y despreciar a todas las mujeres a través de la figura de la puta. Con el respaldo del Estado proxeneta y la sociedad cómplice, el cuerpo de la puta como campo de batalla en donde se disputa la batalla real y simbólica del machismo y la misoginia que todavía tienen visto bueno.

Serás puta el día que estés a cientos o a miles de kilómetros de tu casa, en un lugar extraño del que tal vez no conozcas ni el idioma, en una rotonda, en tanga y tacones —haga frío o haga calor— (en realidad con esto ya te valdría para comprender lo violento del lugar de la puta y su sentir) o en un prostíbulo, o en un piso, medio desnuda desfilando frente a hombres de todas las edades, tamaños, colores, clases sociales, ideología política, etc., para que te elijan para que les chupes el pene a cambio de un billete que acabará en los bolsillos de tu proxeneta. Porque ¿no te creerás que sin la «protección» de un hombre sobrevivirías en la selva en la que se convierte la prostitución, que mueve más dinero que las armas y las drogas a nivel mundial (siempre que incluyamos en esos cálculos la pornografía, que pornografía es prostitución grabada)? ¿No serás tan inocente como para pensar que detrás de las «máquinas de hacer dinero» — palabras textuales de un proxeneta— no están los mayores criminales, muy bien organizados a todos los niveles?

Serás puta cuando, tras acabar un día y una noche, tengas que empezar de nuevo otra jornada para hacer lo mismo, una y otra vez, hasta el agotamiento y sin fecha exacta de caducidad. (Dicen los proxenetes que la vida útil de una puta es de unos dos o tres años; que después colapsa y ya no sirve. Y como somos desechables, pues fuera y a por otras nuevas y disponibles las veinticuatro horas, el gran reclamo proxeneta.)

Ese día serás puta. Mientras tanto, eres una artista —ironía— que actúa y banaliza la injusticia, el dolor y la aniquilación de las mujeres como sujetos. Tú no eres puta. Eres mujer. Al igual que las putas.

Hagamos la revuelta definitiva para la emancipación de las mujeres. Ha

llegado la hora y es el mejor momento: la cuarta ola feminista. Para que la sumisión deje de ser la única alternativa. Y para ello debemos romper las normas patriarcales, capitalistas y neoliberales. El feminismo es anticapitalista o no es.

Queridas hermanas putas, este relato no sería posible si no me sintiera unida a vosotras. Y si puedo hablar y poner en palabras el horror, la violencia y la deshumanización, es porque vosotras me acompañáis en la memoria y también en mi día a día. Despierta tanto en mí vuestra presencia en mi vida y el lugar donde y desde donde nos encontramos hoy. Según algunas personas —creo que la mayoría—, por el hecho de haber pasado por experiencias similares debemos ser amigas y saber perfectamente cómo tratarnos, arroparnos, apoyarnos y acompañarnos las unas a las otras. Qué grave error. El mismo error que se comete al esperar de las mujeres que sean madres perfectas, amorosas, comprensivas, pacientes, no violentas, cargadas de recursos ligados a la inteligencia emocional y unos superpoderes físicos y psíquicos surgidos ya no solo de la nada sino todo lo contrario: de la violencia, el miedo, el maltrato, la falta de oportunidades. Criaturas malheridas de las cuales se esperan milagros. La bondad es una cualidad. Pero a veces, muchas veces, no es suficiente para enfrentarnos a la vida y los retos que supone interactuar con otras personas igualmente malheridas. Debemos dejar de pensarnos, analizarnos y (auto)criticarnos en abstracto y al margen de la dimensión social. Apelar a la empatía está bien, pero no es suficiente. Sí podemos intentar tratarnos, arroparnos, apoyarnos y acompañarnos desde la empatía. Sin embargo hace falta mucho más. Debemos reventar y reconstruir un nuevo sistema de valores. Un mundo regido por la ética feminista.

Entiendo que es complicado sentir empatía —por mucho que se intente— cuando las vivencias no se asemejan y teniendo en cuenta que la realidad supera con creces la ficción. En eso tienen razón. Puedo empatizar mejor con vosotras. Aunque eso no me convierta automáticamente en una persona maravillosa. Porque sentir empatía es una cosa útil cuando tienes herramientas para manejar la situación o cuando la propia situación no te despierta los mil demonios de la

memoria traumática. Y a mí aún me genera mucho miedo vuestra presencia. Me cuesta muchísimo mantenerme conectada al aquí y al ahora cuando estoy con vosotras. Mi trauma me conecta con lo que vivimos en el prostíbulo como rivales, nunca como compañeras y amigas.

Sufro de muchísimo estrés al encontrarme con mujeres que han estado o están en la prostitución. Mi cerebro se pone alerta y no sabe si una sonrisa es sincera o es para despistarme y no llegar a entrarle a un putero antes que la otra; no sé si tras unas lágrimas y un abrazo vendrá una pelea con cuchillos en el comedor y la culpa será de la cocaína, el alcohol y la propia situación violenta en la que sobrevivimos día y noche. No sé si relajarme y que me pisoteen o pisar firme, con la cabeza en alto y el pecho abierto para que se aparten y se lo piensen dos veces antes de atacarme. Sé que no soy la única que siente eso. Lo más seguro es que vosotras también lo sintáis. Lo único que hago diferente es verbalizarlo y plantearlo como un problema que tenemos las supervivientes de prostitución. Uno entre tantos. Ninguna de nosotras sale ilesa de esos campos de concentración. Y los daños psicológicos son los que menos se tienen en cuenta a la hora de hablar de la reparación. Y eso que, en concepto de reparación, tampoco se nos garantiza el acceso a una vivienda, la formación, el asesoramiento jurídico, el acompañamiento psicosocial, el trabajo digno. Se habla muy a la ligera de la reinserción, y no se tiene en cuenta que para muchas se trataría de una inserción, ya que nunca han formado parte de la sociedad ni conocen sus normas éticas y morales. Quien ha vivido en una selva toda su vida no maneja el mismo lenguaje verbal y no verbal que quien ha formado parte de la sociedad, aunque sea por un corto periodo de su vida, especialmente en la infancia. Por eso no solo hay que reparar, también hay que prevenir. Y para prevenir hay que proteger la infancia y a quienes cuidan de la infancia. En su amplia mayoría, las madres y las abuelas. Es tan importante ir a la raíz. Siempre. Volver a la raíz para identificar el origen del problema, buscar soluciones y aplicarlas a quienes ahora empiezan a echar raíces en la vida: las niñas y los niños. Nunca en abstracto. Criaturas siempre rodeadas de una familia, una

comunidad, una sociedad. Educamos con el ejemplo. Para bien o para mal. No se nos olvide. El prostíbulo es una especie de cárcel en donde las dinámicas de poder y las jerarquías pueden salvarte o hundirte. Las más fuertes sobrevivimos y lideramos (siempre bajo la sombra de un hombre); las menos fuertes sobreviven solo si saben dónde arrimarse. A veces es cuestión de un segundo. Tienes un segundo para decidir en qué bando estás antes de que empiece la pelea. Y no habrá vuelta atrás. En esta cuestión he tenido la suerte de ser una mujer que impone. Soy alta, 1,76, y, aun cuando estoy delgada (mi peso suele variar mucho), peso más de 70 kilos. Piso firme y se me da muy bien poner cara de mala hostia. Muy bien. Creo que es lo que mejor se me da. También se me dan bien los zascas. Puedo ser pasivoagresiva sin despeinarme. O directamente agresiva y despeinarme. Y mi lenguaje corporal sabe muy bien cómo decir «como te me acerques, ¡te reviento!». Cada vez lo hago menos, pero porque cada vez me siento menos amenazada de forma real o a través de la memoria traumática.

En el prostíbulo no solo debemos protegernos de los puteros y de los proxenetas y entrar en su mente para intentar adelantarnos y actuar para reducir el posible daño, además debemos protegernos de las otras mujeres. Se nos entrena en la competitividad en general. Pero en el prostíbulo eso se eleva a rango de ley del más fuerte. Pura supervivencia. O pisas o te pisan. ¿Cuánto aguantarías en un ambiente así? Por eso nos movemos bien en la violencia. Sabemos de qué va y cómo adelantarnos y/o posicionarnos en el tablero. Se convierte en nuestra zona de confort, porque fuera de ahí no sabemos y debemos aprender a vivir. Aprender a vivir sin violencia genera mucho estrés, inseguridad y miedo. La libertad da miedo. El buen trato da miedo. Porque lo desconocido da miedo. Y normalizamos aquello que conocemos como única realidad. Aunque esa realidad nos dañe profundamente. No conocemos otra. ¿Qué se supone que debo hacer en una situación así?, se preguntará aturdida una mujer que de repente es dueña de su vida en teoría, pero cuyas conexiones neuronales se han desarrollado y fortalecido en las situaciones más violentas y no sabe cómo

interpretar un mundo donde su vida no está en el borde de un precipicio. Os puedo decir que es muy doloroso y violento aprender a vivir y dejar de sobrevivir. Pero merece la pena hacerlo.

La memoria puede ser una herida abierta que se cicatriza con el amor de la reparación. Y la reparación aún no ha llegado para mí. Ni para mí ni para la mayoría.

Por mi activismo me han convertido en una especie de heroína. A la gente le encanta crear ídolos. Así se olvidan de la vulnerabilidad y humanidad del objeto venerado; de sus miserias, sus sombras, sus sentimientos y limitaciones. Los ídolos todo lo pueden porque son sobrenaturales. No son personas. Y luego vienen los problemas. Y los descontentos. He recibido cientos de mensajes de gente que me decía «Me has defraudado», «Qué decepción que hagas o digas eso o lo otro», «No me gusta tu tono», «Ya no confío en ti». Personas que no conocía de nada. Y yo tenía la soberbia de pensar: pero ¿tú quién cojones eres y qué te debo yo a ti? No comprendía la pobreza de quienes solo tienen ídolos para encontrar un sentido a su vida. Del vacío existencial siempre ha habido quien ha sabido sacar provecho a través de inducir a la veneración de seres sobrenaturales. No soy una diosa. Tampoco un producto. Haréis bien en buscaros otra fuente de satisfacción. No actúo, hablo ni escribo para gustaros. Si os llego a gustar me alegraré, por supuesto. Pero lo que pretendo es incomodaros. Porque de ahí surgen la reflexión y el cambio radical.

Este relato es reparador para mí y un puente que tiendo para —ojalá— encontrar y ayudar a otras mujeres como yo y que juntas construyamos un relato coral, el de nuestra liberación y reparación colectiva, porque como bien sostiene la querida Sonia Sánchez: «Ninguna mujer nace para puta».[52]

Me siento privilegiada por muchas razones, pero principalmente por poder pensar. Pensar me parece un acto de rebeldía. Algo tan humano como esto me fue arrebatado —como a muchas mujeres— a través de la violencia simbólica, la violencia psicológica, la violencia física, la violencia económica, la violencia

sexual, la violencia institucional, la violencia sociocultural... A las putas nos atraviesan todas las violencias.

Pude despertar de aquella sensación de estar muerta en vida el día que descubrí que mi historia no era algo personal, sino que era la historia de muchas mujeres; la historia de mujeres que el patriarcado pone a disposición de los hombres de manera pública. Y empecé a pensar, a indagar, a encontrar respuestas, a perder el miedo y la vergüenza y a sentirme en la obligación ética de actuar. Porque yo pude salir de ese campo de concentración que es la prostitución, pero millones de mujeres y niñas siguen allí, sufriendo la pérdida de identidad, la tortura física y psicológica, el miedo, el desconocimiento, el silencio, la indiferencia, el olvido y el desamparo del Estado proxeneta y de la sociedad cómplice.

Y con el tiempo, muchos años después y con la ayuda de la psicoterapia, he vuelto a sentir. A sentir sensaciones, emociones, sabores, olores... que ni recordaba que existían. Hasta no hace mucho pensaba que no sentía nada porque estaba bien. Resulta que no sentía nada porque seguía totalmente desconectada de mis emociones y de mi propio cuerpo.

Así que hace poco que deje de sobrevivir para empezar a vivir. Y vivir es doloroso cuando sientes el daño que te han hecho en el pasado, y que siguen haciendo en los cuerpos de otras mujeres y niñas. Un dolor que nos marca a todas por esa herida colectiva que sufrimos las mujeres debido a la discriminación por sexos y a la opresión basada en nuestra capacidad sexual y reproductiva. Una herida que solo cura el feminismo. El feminismo como recuperación y remedio a una pandemia que empezó hace entre cinco mil y siete mil años, desde la creación del patriarcado hasta hoy, según Gerda Lerner.^[53]

Por primera vez puedo sentir compasión por mí y por mi cuerpo. Ahora puedo sentir lo que mis amigas decían sentir al escucharme hablar en mis conferencias. Y lloraban. Y ahora que he empezado a sentir —y a llorar— ya no puedo hablar en público sobre mi vida. No puedo volver a contar una y otra vez cómo fue y

qué pasó. Ni quiero. Me siento desnuda, sin el caparazón que crea el trauma y la desconexión emocional. Pero sin el caparazón soy libre. Y ya no quiero vivir en el pasado.

Cuesta sentir el horror, la rabia, la tristeza, el asco. Cuesta sentir alegría y afecto sin sentirse una estafadora, no merecedora de ello. Cuesta abrazar, amar y aceptar un cuerpo al que castigaron y castigaste sin piedad durante décadas. Lo castigaron con desprecio en un intento de aleccionarte. Lo castigaste con desprecio en un intento de huir de una realidad demasiado dura de asumir. Renegaste de él como quienes reniegan de ti cuando los avergüenzas por incumplir las normas morales del bien y el mal. Ese castigo sin piedad a las que quizá nos equivocamos sin tener conciencia de ello. O a las que llevamos el peso de la reputación, aunque los actos criminales sean de otros. Y es ahí donde deberían quererte y protegerte más que nunca. Pero se alejan y te abandonan a tu suerte y se quedan del lado de los verdugos. Porque la revolución no es para cualquiera.

Hice con mi cuerpo lo que hicieron conmigo. Porque hasta ahora la norma moral dice que está mal ser violada, está mal ser prostituta... Ojalá pronto la moral deje de ser judeocristiana y empiece a ser feminista. Quizá así empecemos a tener claro que está mal violar, está mal pagar por sexo, está mal utilizar a las mujeres como mercancía, como receptáculos de semen, como hornos para traer criaturas al mundo. Porque el discurso cambia, pero no para hacernos justicia sino para banalizar la violencia mientras se sigue invisibilizando a los culpables. La piedra fundamental del patriarcado —explotar a las mujeres por su capacidad sexual y reproductiva— se nos vende ahora como moderna y transgresora en nombre de la «libre elección» y de unos falsos derechos: el derecho al sexo, el derecho a tener hijos... los deseos y necesidades acaban siendo derechos para quien maneja el dinero. Aun cuando pisotean los derechos humanos de las mujeres y las niñas. Maldito dinero. Nubla la capacidad de analizar y cambia el relato para seguir reforzando los esquemas que benefician a los privilegiados. La sociedad intoxicada por la mirada neoliberal de los derechos para quien pueda

pagárselos. Los privilegios llamados derechos. ¿Cuán idiotizada está nuestra sociedad? ¿Hay esperanza?

Si consideramos que la sexualidad es una necesidad biológica (que ante todo puede disfrutarse tras cubrir las demás necesidades vitales, como tener cobijo, alimento, agua y un entorno afectivo-social que nos arrope) y, por tanto, un derecho, ¿para cuándo enfocar ese derecho hacia el lado de las oprimidas? Porque hasta ahora —y desde la creación del patriarcado— ha sido un derecho indiscutible de los varones. Y cuando un derecho se impone por sistema, en detrimento de la mitad de la población mundial, se convierte en privilegio. Dicen que las abolicionistas somos moralistas, puritanas, mojigatas, antisex... en realidad somos las únicas que luchamos por la libertad sexual de las mujeres. Y no de la libertad de venderla, precisamente. Quien vende su libertad se convierte en esclavo.

Según Françoise Héritier, «Decir que las mujeres tienen derecho a venderse es ocultar que los hombres tienen derecho a comprarlas».[54] Igual de brillante es la frase de Kajsa Ekis Ekman, «La prostitución es sexo entre dos personas, una que quiere y otra que no».[55] Y si eliminamos el dinero como blanqueador de la violencia sexual comercial —tan aceptada socialmente— nos queda una «bonita» violación. El derecho a tener sexo acaba donde empieza el derecho a la dignidad. Porque el derecho de las mujeres de tener cobijo y alimento no puede ser garantizado por la instrumentalización, mercantilización y cosificación de su ser por parte de quienes se supone que son sus iguales. O al menos a eso aspiramos las feministas. A la igualdad entre sexos. A la emancipación de las mujeres. Es decir, librarnos de la dependencia y subordinación a los hombres. Nuestra supervivencia ya no puede seguir sujeta a la servidumbre. Queremos igualdad, justicia y libertad. «Privilegiar la libertad sobre la igualdad, la libertad sobre la justicia, no es sino liberar aún más el poder de los poderosos.»[56]

Epílogo

Cuando Amelia me propuso escribir el epílogo de su libro *La revuelta de las putas*, noté una cascada de emociones y pensamientos que se fueron sucediendo en mi interior. En un primer momento sentí una profunda satisfacción, pues con su petición Amelia me mostraba su interés en hacer público el trabajo terapéutico que hemos realizado conjuntamente durante estos dos últimos años.

La elaboración de este libro ha sido un tema central en nuestros encuentros, ya que coincidía con uno de los objetivos importantes de nuestro trabajo terapéutico. Que Amelia pudiera construir una narrativa sobre su vida y que esa narrativa le permitiera establecer conexiones entre sus fuentes de malestar, con sus luces y sus sombras, y su historia vital.

Cada semana y en cada sesión fuimos creando juntas un relato en el que se iban entrelazando nuestras miradas y experiencias. Ella aportaba al encuentro su gran conocimiento sobre violencia sexual —un saber amplio y profundo—, que ha ido adquiriendo a través de las múltiples formas de violencia sexual que ha sufrido. Yo aportaba lo que sé sobre los efectos de la violencia de género y del trauma en el desarrollo psíquico. La visión abolicionista y feminista compartida facilitó mucho nuestra comunicación y nuestro trabajo.

Las dos teníamos claro que los diferentes tipos de violencia sufrida por parte de Amelia —emocional, simbólica, económica y sexual— le habían producido profundos daños. No es posible entender la personalidad de ningún ser humano sin tener en cuenta el contexto emocional, social y cultural en el que esa persona ha vivido y vive.

Como se desprende del relato de Amelia, la salud y la enfermedad no son fenómenos exclusivamente individuales, ni están tan determinados por la

genética, como tradicionalmente nos han hecho creer. Las condiciones ambientales en las que vive cada persona y las interacciones que mantiene en su seno —incluidos desde los intercambios fisiológicos, la alimentación y la respiración hasta los intercambios emocionales, culturales, políticos y sexuales— condicionan nuestro estado de salud y nuestro equilibrio psicofisiológico. No somos seres aislados. Somos el producto de lo que hemos vivido y vivimos.

Esta mirada integradora que incorpora lo biológico, lo psicológico y lo cultural no suele estar muy presente en los modelos de pensamiento vigentes en la ciencia. Nos han enseñado a entender el mundo de una forma simplista, en virtud de la cual cada disciplina científica explica la realidad de forma fragmentada. No se tiene suficientemente en cuenta que somos sistemas complejos en constante transformación. Ni que todos los intercambios repercuten en nuestro cuerpo, nuestras emociones, nuestros pensamientos... Esta mirada integradora ha sido expuesta de forma brillante a lo largo del libro de Amelia. En él se revela de forma nítida que el equilibrio emocional de Amelia se rompió a causa de las diferentes experiencias traumáticas sufridas.

Fue necesario incorporar al encuentro los conocimientos sobre el apego y el trauma, para que muchas de las vivencias traumáticas de Amelia pasaran del saber inconsciente al consciente. Uno de los efectos de las experiencias traumáticas es que no se pueden recordar de forma consciente, se conservan de manera disociada, como memorias implícitas o memorias corporales. Entender esto le ha permitido comprender que muchas conductas propias que le resultaban odiosas y difíciles de asumir —atracones, descontroles emocionales, rabia o sentimientos de impotencia— obedecían a distintas maneras de hacer frente a sus experiencias traumáticas. Lo relatado en este libro opera como la radiactividad, se expande de forma inconsciente, invadiéndonos por completo con cada observación y aprendizaje. Comprender los mecanismos a través de los cuales se activan los recuerdos le ha permitido a Amelia aceptar sus sombras sin odiarse. Darse cuenta de que ya no está en el pasado, colocarse en el presente y

poder buscar, cuando se siente en peligro, otras formas de actuar menos automáticas y más pensadas.

Estos saberes, así como su activismo abolicionista, le han permitido consumir sucesivos y continuos actos de triunfo. Desde la perspectiva del trauma, se considera necesaria una defensa efectiva del daño sufrido, así como de aquellas situaciones en las que una no pudo hacerlo y tuvo que someterse. Por esta razón, su compromiso diario con el abolicionismo es algo sanador, ya que le permite defenderse tanto de la cultura como de los estados que legitiman la violencia sexual, de los proxenetas, puteros y todos aquellos que defienden el sistema prostitucional.

Un hilo conductor recorre todo el libro: el deseo de iluminar los efectos perniciosos de la violencia sexual, tanto en los que la ejercen como en las que lo sufren. Esta violencia es una de las semillas de los males que azotan a nuestra sociedad y conforman una pandemia mucho más dañina que la de la COVID-19, a través de la cual se naturaliza e incluso se erotiza el uso de la violencia en las relaciones afectivosexuales. Por eso considero que este es un libro sanador no solo para Amelia, también para el conjunto de la sociedad. ¡¡¡Gracias Amelia!!!

CARMINA SERRANO

Agradecimientos

A mi madre y a mi padre, por haberme traído al mundo fruto del amor y la esperanza. Y por haberme transmitido la importancia del esfuerzo, el trabajo, la honestidad y el coraje. Gracias por haberme criado y protegido dentro de las escasas posibilidades. Y perdón por todo el sufrimiento que os he causado.

A mi hermana Cristina, por su amor incondicional y por ser faro en las tinieblas. Mi amor y admiración por ti son infinitos. Y a Marius, mi cuñado, por ser un hombre digno del amor de mi hermana.

A Miguel Angel, mi marido, por demostrarme que soy más que un cuerpo y enseñarme a ser libre. Tu amor, consideración y respeto han curado heridas que parecían incurables. Pase lo que pase, siempre serás el amor de mi vida. Qué suerte la mía, querido vasco. Te llevo dentro, siempre y para siempre.

A mis gatitas Nicoleta, Sol y Cris. Porque su existencia hace de mi vida un lugar más habitable y sus cuerpecitos sedosos, sus ojos preciosos, su amor incondicional y sus ronroneos me sanan en lo más profundo.

A Enkarni y a Paulo, por ser madre y padre cuando más perdida estaba y por ofrecerme la oportunidad de trabajar y recuperar mi vida. Y a su hija Eli, por aceptarme como hermana mayor adoptiva. Sois mi familia vasca. Y qué orgullosa estoy de ello.

A mis cuñadas Lourdes, Koro y Mari José y sus maridos Luis Javier, Inaxio y Jesús Mari. Por acogerme en vuestra familia con respeto, amor y comprensión. Sois tan buena gente. Os admiro.

A mis amigas Laida, Tamara, Eva y Tarana. Los desayunos con vosotras siempre me recuerdan que estabais ahí cuando no era más que Amelia, la camarera borde del pueblo. Supisteis ver en mí la humanidad, la inteligencia y la

bondad. Porque vosotras las tenéis. Vuestra amistad incondicional es sanadora. Perdón por abandonaros a ratos y gracias por recibirme siempre con los brazos abiertos y sin reproches.

A Marian y a Primi, por verme siempre y por quererme con mis virtudes y defectos desde el minuto uno. Me habéis hecho mucho bien. Y me lo seguís haciendo. Marian desde el cielo y tu desde la tierra, querido Primi.

A Gerard, por tu amistad e infinita paciencia y bondad. Las conversaciones y los ratos junto a ti me hacen mejor persona. Eres paz, delicadeza y reflexión.

A Julio, por seguirme en mis locuras y superarlas. Quemás la vida con tantas ganas que quien se acerca se prende. Eres fuego.

A Alicia Giménez, por tu amor incondicional. Eres increíble y a tu lado soy feliz. Y a Las Poderosas, por ser demostración de dignidad y poderío. Estoy tan orgullosa de ser una más de vosotras, hermanas. Gracias por permitirme caminar de vuestra mano en este camino de la reparación.

A Begoña Vera, mi querida hermana canaria. Por ser hogar y maestra. Por hablar el mismo lenguaje emocional que yo. Somos piel con piel. Tus platos me colman de amor y me siento la persona más afortunada del mundo recibiendo esa muestra de afecto. Eres el sabor de mi vida. Gracias por llamarme solo para saber cómo estoy. Tu fuerza, honestidad, alegría, inteligencia y perseverancia son el espejo en el que me miro. Infinita admiración y gratitud por el enorme trabajo que estás haciendo por mis hermanas prostituidas, y, con ello, por todas las mujeres. Te quiero.

A todas mis compañeras y amistades de Canarias. Gracias por todo lo que hacéis por mí y por regalarme esos abrazos que solo en Canarias se dan. Esos abrazos que abrazan hasta la médula y que hacen que la vuelta a mi querida Euskadi siempre parezca algo dramático. Sois arte, magia y amor. Os quiero.

A Alicia Palmer, por acompañarme siempre con respeto y generosidad. De tu mano me siento segura, maestra. Gracias por devolverme la capacidad de confiar plenamente en otro ser humano. Y por ser la madrina de Emargi.

Al equipo de Serendipia Editorial por haberme ofrecido la posibilidad de crear

un cómic y por entenderme. Me gusta la gente que se toma mis arrebatos de protesta con buena filosofía y asertividad. Tenéis una calidad humana increíble y a vuestro lado me siento cuidada y valorada.

A mis compañeras de Euskal Herriko Mugimendu Abolizionista, del Front Abolicionista del País Valencià, de Manada Fuenlabrada y de la Asamblea Feminista Paxaretas. Sois más que compañeras de lucha. Sois amigas. Gracias por hacerme sentir querida y respetada. Y por enseñarme que la rebeldía, las discrepancias y la libertad de pensamiento se pueden ejercer con respeto. Me enseñáis en la práctica lo que he leído en muchos libros: la sororidad.

A Graciela Atencio, por darme la mano, confiar en mí y retarme constantemente. Por abrirme la puerta de la militancia y por enseñarme lo que es el trabajo en equipo. Por tu enorme paciencia y gran amistad. Y por acercarme al mundo del arte y la cultura y así no solo apreciar el trabajo, sino también el ocio. Sin ti no sería la mujer que hoy en día soy. Gracias por haberme enseñado a volar. Y por quererme libre. Eres muy importante para mí.

Al equipo de Feminicidio.net, mi primer nido: Loreto de la Carrera, Nerea Novo, Juan Carlos Griffin, Francisco Gatica, María del Mar Daza y Marta Torres. Un honor haber sido vuestra compañera. Gracias por confiar en mí y por mostrarme siempre comprensión, confianza y afecto. Mis alas se han hecho fuertes por ello.

A Sonia Sánchez, por su rebeldía, resistencia y alegría. Y por hacerme creer que yo también podía ser activista. Sin tú pretenderlo, has cambiado mi vida, hermana. Te debemos muchísimo. Y no sé si alguna vez te lo podremos devolver. Recibe mi agradecimiento como una muestra de reconocimiento, respeto y admiración. Eres auténtica.

A mis amistades argentinas, por haberme hecho sentir como en casa y por enseñarme la dignidad de quienes luchan desde abajo hacia arriba, entre otras muchas cosas. Me habéis reconectado con mi origen. Eternamente agradecida.

A Corina Fuks, por tu amistad incondicional. Eres una mujer que transforma

mi vida todos los días. Eres la dignidad, la perseverancia, la inteligencia, la generosidad y la bondad hechas persona. Qué suerte la mía.

A Zua Méndez y Teresa Lozano, mis queridas Towanda Rebels. Por cuidarme y quererme con ímpetu. A vuestro lado soy feliz. Y libre. No imagino mi vida sin vosotras. Gracias por todo lo que hacéis por mí y por todas nosotras. Sois increíbles, amigas.

A Beatriz Ranea, por ser amiga, compañera y confidente. Tu inteligencia y calma me envuelven, y tu mirada me alimenta la autoestima. Eres muy grande, pequeña. Siempre aprendo contigo.

A Oiane Menika y Leire Candel, por ser mi hogar y por empezar juntas esta aventura llamada Emargi. Todo es más fácil a vuestro lado, queridas amigas. Y a Enya Diez y Lucía Nieto, por estar siempre, con alegría y generosidad. Ni yo sería la misma sin vosotras cuatro, ni Emargi sería un sueño alcanzable. Os admiro.

A Maye Bobadilla, por ser caricia en el alma. Gracias por hacerme sentir valiosa y por cuidarme y mimarme incondicionalmente. Lo nuestro fue amor a primera vista y para siempre. Tu huella la llevo con orgullo a todas partes. Eres una mujer excepcional.

A Nathalie Poza, por convertirse en amiga del alma tras haberme llevado en la piel durante meses sobre los escenarios de teatro de todo el país. Y a Carolina Yuste, por la química que hay entre nosotras. Vuestro talento y determinación alimentan mi amor por la vida. Gracias, hermanas.

A Beatriz Gimeno, por su amistad y consideración. Gracias por ser como eres, maestra. Esto no habría sido posible sin ti. Ni el libro, ni mi militancia. Mi casa es tu casa y mi lealtad inquebrantable, a pesar de las discrepancias. Crecemos juntas.

A Yolanda Rodríguez, por acompañarme desde mi primera charla y ser amiga. Tu energía inagotable me asombra al tiempo que me alimenta. Al equipo de Médicos del Mundo Navarra, por confiar en mí y por ofrecerme la posibilidad de

trabajar con ellas cuando mi nombre y apellido no significaban nada especial. Gracias especialmente a Vero, Maite y Patricia. Os llevo dentro.

A la Tertulia Feminista Les Comadres, por las décadas de incansable trabajo en pro de los derechos de las mujeres y niñas. Y por otorgarme el reconocimiento de Comadre de Oro y con ello colocarme junto a las mujeres más increíbles de este país. Es un honor. Me ayudáis a creer en mí y a saber que, si algo sale mal, estaréis ahí para sostenerme. Enorme admiración y gratitud.

A Rosa Cobo, por ser una mujer extraordinaria. Tu calidad humana, sumada a la inteligencia, el saber estar y la honestidad que manejas, me da la seguridad para hacerte confesiones y dejarme aconsejar como Amelia, la humana. Gracias por escucharme siempre con mucha atención y por contar conmigo de forma intelectual, emocional y física. Mi admiración por ti es enorme. Gracias por acompañarme y por hacerme crecer, maestra.

A Carmina Serrano, por devolverme la vida. Hace ya un tiempo que a ratos me invade una pregunta que me produce mucho miedo y ansiedad: ¿Qué será de mí cuando Carmina ya no esté? Y tras confesárselo a Carmina me dijo: «La verdad es que yo espero vivir muchos años más. Pero no te preocupes porque yo siempre viviré dentro de ti.» Y lloré al escucharlo. Es verdad que siempre vivirás dentro de mí. Ya vives dentro de mí. ¿De qué sirve ser una buena comunicadora si cuando más necesito comunicar me quedo sin palabras? ¿Y cómo agradecerte todo lo que has conseguido conmigo y para mí? Solo puedo decirte gracias, de todo corazón y con todas mis fuerzas.

Este libro es realidad gracias a innumerables personas que han influido en mi vida. Gracias a todas y cada una de vosotras. Las que me habéis mirado, abrazado, agradecido, ofrecido vuestra casa y vuestro corazón. Las que habéis llorado por mí cuando yo no podía hacerlo. Las que habéis visto en mí fortaleza y coraje. Las que me habéis defendido a capa y espada. Las que me habéis hecho saber con respeto cuándo me equivocaba y me habéis perdonado o habéis aceptado con inteligencia nuestras discrepancias. Las que nunca me dejaréis

sola. Ni me olvidaréis, no como personaje sino como persona. Gracias por acompañarme.

A mis hermanas prostitutas y supervivientes de la prostitución, por recordarnos una y otra vez que las mujeres somos fuertes y tenemos la capacidad de sobreponernos, así como de devolver belleza y justicia tras conocer el infierno. Buscamos paz. Y nos necesitamos todas.

A Yolanda Cespedosa, mi editora. Por proponerme este reto y por ayudarme y confiar en mí aun cuando parecía que al final no lo iba a conseguir. Fue un camino muy duro pero no habría llegado al destino sin tu paciencia, comprensión, flexibilidad, cariño y profesionalidad. Antes ya me habían ofrecido escribir este libro. No lo hice porque no me sentía preparada. Cuando Yolanda me llamó tampoco me sentía preparada, pero me llegó su energía y sentí que de su mano iba a caminar segura. No me he equivocado. Este libro se ha materializado gracias a ti, querida Yolanda. Eternamente agradecida.

A ti, que has leído estas paginas y me has acompañado por el viaje de mi vida y de la lucha por un mundo mejor.

A la niña que fui, por sus ganas de descubrir el milagro de la vida y por resistir.



Amelia Tiganus es un referente en su activismo y se ha convertido en una voz fundamental del movimiento feminista en España, así como entre quienes construyen una teoría abolicionista de la prostitución. A raíz de su experiencia personal y de su manera de entender y practicar la militancia, nos transmite la importancia de entender por qué «lo personal es político» y nos carga de razones para luchar por un mundo más justo, igualitario y sin prostitución, para las mujeres y las niñas.

«Comprendí que mi historia personal era una cuestión profundamente política, era la historia de las mujeres que el patriarcado pone a disposición de los hombres como mujeres públicas [...].Las abolicionistas nos exponemos mucho al enfrentarnos a una perversa, mafiosa, poderosa y dañina industria millonaria, que pretende que nuestro destino sea servir sexualmente a los hombres. Es una batalla larga y dura, pero será un orgullo saber que hemos formado parte de un movimiento noble y justo, que ha dejado como legado, para las que quizá aún no han nacido, un mundo sin prostitución [...].Hagamos la "revuelta de las putas". Por las niñas de hoy y las mujeres de mañana.»

Amelia Tiganus nació en Galati, Rumanía, en 1984. Es activista feminista y formadora en cursos y talleres de sensibilización y prevención la prostitución y la violencia sexual.

En los últimos cuatro años ha impartido más de cuatrocientas conferencias, charlas y talleres por todo el territorio español y por otros países de Europa y América Latina. Ha recibido varios premios y reconocimientos a su labor en pro de los derechos humanos de las mujeres y las niñas. En 2019 recibió el reconocimiento al compromiso mostrado por lograr una sociedad libre de violencia contra las mujeres, entregado por el Ministerio de Igualdad y el Gobierno de España.

Es fundadora de Emargi, una asociación dedicada a luchar de manera integral por un futuro libre de explotación sexual y reproductiva de mujeres y niñas con una dimensión local, nacional e internacional.

Es cofundadora y militante del Movimiento Abolicionista del País Vasco, EHMA, y también cofundadora y coordinadora de la Escuela Abolicionista Internacional, un proyecto destinado a la divulgación feminista y la sensibilización y formación de la sociedad civil en países de habla hispana, que cuenta con el apoyo de CAP Internacional y Rescue Freedom (Estados Unidos).

Tiganus es una interlocutora experta en constante agitación en los medios de comunicación. Ha concedido entrevistas a los principales diarios nacionales y a numerosos periódicos y revistas independientes y programas de radio y televisión en España y en otros países.

Ha sido autora y participado en la redacción de varios textos académicos y ha publicado artículos en *Atlánticas*, revista internacional de estudios feministas, concretamente en su monográfico *La prostitución: entre viejos privilegios masculinos y nuevos imaginarios neoliberales*. Recientemente ha publicado el cómic *Amelia. Historia de una lucha*.

Colabora activamente con diversas asociaciones en España y América Latina,

principalmente participando en proyectos de incidencia política y de empoderamiento personal y político de grupos de mujeres prostituidas y/o supervivientes de la prostitución.



Edición en formato digital: septiembre de 2021

© 2021, Amelia Tiganus

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Marc Cubillas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6886-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks

Twitter: penguinlibros

Instagram: penguinlibros

- [1] Frankl, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 2005.
- [2] Beauvoir, Simone, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2017.
- [3] Zimbardo, Philip, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, Barcelona, Planeta, 2008.
- [4] Atwood, Margaret, *El cuento de la criada*, Barcelona, Salamandra, 2018.
- [5] Cobo, Rosa, *La prostitución en el corazón del capitalismo*, Madrid, Catarata, 2017.
- [6] Ballester, Lluís, y Orte, Carmen, *Nueva pornografía y cambios en las relaciones interpersonales*, Barcelona, Octaedro, 2019, <<https://cdn.20m.es/adj/2019/06/10/4007.pdf>>.
- [7] Sánchez, Sonia y Galindo, María, *Ninguna mujer nace para puta*, Buenos Aires, Lavaca, 2007.
- [8] Material didáctico del curso «Por qué los hombres consumen prostitución», <<https://feminicidio.net/curso-online-por-que-los-hombresconsumen-prostitucion/>>.
- [9] Chejter, Silvia, *Lugar común: la prostitución*, Buenos Aires, Eudeba, 2011.
- [10] <<https://traductorasparaaboliciondelaprostitucion.weebly.com/>>.
- [11] Morance, Sara, y Renzi, Dario, *El origen femenino de la humanidad*, Madrid, Asociación Ruta Ediciones, 2017.
- [12] Zimbardo, Philip, *op. cit.*
- [13] *Ibidem.*
- [14] Cobo, Rosa, *op. cit.*
- [15] *Ibidem.*
- [16] Zimbardo, Philip, *op. cit.*
- [17] Cyrulnik, Boris, *Los patitos feos*, Barcelona, Debolsillo Clave, 2013.
- [18] Sánchez, Sonia, y Galindo, María, *op. cit.*
- [19] Pateman, Carole, *El contrato sexual*, Madrid, Ménades, 2019.
- [20] Según una información publicada por el Eurostat en 2015.
- [21] Cobo, Rosa, *op. cit.*
- [22] <<https://www.humanium.org/es/ddhh-texto-completo/>>” [https:// www.humanium.org/es/ddhh-texto-completo/#>](https://www.humanium.org/es/ddhh-texto-completo/#>).
- [23] <<https://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/CEDAW.aspx>>.
- [24] <<https://www.boe.es/buscar/pdf/2007/BOE-A-2007-6115-consolidado.pdf>>.
- [25] <<https://violenciagenero.igualdad.gob.es/otrasFormas/trata/normativaProtocolo/planIntegral/home.htm>>.
- [26] Cobo, Rosa, *op. cit.*
- [27] *Ibidem.*
- [28] *Ibidem.*
- [29] *Ibidem.*
- [30] Zelaieta, Ahoztar, *El narco-oasis vasco. Capos del narcotráfico y mafias policiales con impunidad política*, Tafalla (Navarra), Txalaparta, 2019.
- [31] Cobo, Rosa, *op. cit.*
- [32] *Ibidem.*
- [33] Illouz, Eva, *El capital sexual en la modernidad tardía*, Barcelona, Herder, 2020.
- [34] Jeffreys, Sheila, *La industria de la vagina*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

- [35] <<https://www.unodc.org/bolivia/es/La-UNODC-presento-elInforme-Global-de-Trata-de-Personas-2018-con-enfasis-en-sudamerica.html>>.
- [36] <<https://geoviolenciasexual.com/taina-bien-aime-necesitamosuna-resistencia-feminista-fuerte-ante-el-avance-del-lobby-proxeneta-global/>>.
- [37] <http://www.redtralsex.org/IMG/pdf/guia_periodistas_redtralsex.pdf>.
- [38] Atencio, Graciela, *Feminicidio. De la categoría político-jurídica a la justicia universal*, Madrid, Catarata, 2015.
- [39] <<https://www.youtube.com/watch?v=jsvq5KeHdiA>>.
- [40] <https://archivo.argentina.indymedia.org/uploads/2011/06/farley_cast.pdf>.
- [41] <<https://traductorasparaaboliciondelaprostitucion.weebly.com/blog/el-trauma-como-requisito-previo-y-como-consecuencia-de-la-prostitucion>>.
- [42] <<https://geoviolenciasexual.com/ionela-olgota-pantelimon-lavictima-del-feminicidio-por-trata-que-no-fue/>>.
- [43] *Ibid.*
- [44] Sánchez, Israel, *Agamia: Programa para la emancipación relacional colectiva. Día uno*, Madrid, autopublicado, 2020.
- [45] <<https://youtu.be/nXos8UOMayo>>.
- [46] <<https://www.vix.com/es/btg/curiosidades/7868/diferenciasentre-una-revuelta-una-rebelion-y-una-revolucion>>.
- [47] <<https://traductorasparaaboliciondelaprostitucion.weebly.com/>>.
- [48] <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-41470171>>.
- [49] Segato, Rita, *Contrapedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2018.
- [50] Gimeno, Beatriz, *La prostitución*, Barcelona, Bellaterra, 2012.
- [51] <http://pmayobre.webs.uvigo.es/textos/marcela_lagarde_y_de_los_rios/sororidad.pdf>.
- [52] Sánchez, Sonia, y Galindo, María, *op. cit.*
- [53] Lerner, Gerda, *La creación del patriarcado*, Pamplona, Katakarak, 2017.
- [54] <<https://promigprostitucion.wordpress.com/2016/02/21/francoise-heritier/>>.
- [55] Ekis Ekman, Kajsa, *El ser y la mercancía. Prostitución, vientres de alquiler y disociación*, Barcelona, Bellaterra, 2017.
- [56] Catharine MacKinnon, citada en Brown, Wendy, *Estados del agravio*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



   Penguinlibros

Índice

La revuelta de las putas

Prólogo

1. Memorias de cómo se fabrica una puta

2. El prostíbulo, mi campo de concentración

3. La revuelta de las putas

A mis hermanas

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Amelia Tiganus

Créditos

Notas